


*L*as olas  
Virginia Woolf



Las olas  
Virginia Woolf





Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires  
05-08-2019

**Virginia Woolf**

# **Las Olas**

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires  
05-08-2019

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

ISBN 978-987-678-462-7

Publisher: Vi-Da Global S.A.

Copyright: Vi-Da Global S.A.

Domicilio: Costa Rica 5639 (CABA)

CUIT: 30-70827052-7

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires  
05-08-2019



# Virginia Woolf

(1882-1941)

Novelista y crítica británica cuya técnica del monólogo interior y estilo poético se consideran entre las contribuciones más importantes a la novela moderna.

Adeline Virginia Stephen, hija del biógrafo y filósofo Leslie Stephen, nació en Londres y estudió en su casa. Después de la muerte de su padre en 1905, habitó con su hermana Vanessa -pintora que se casaría con el crítico Clive Bell- y sus dos hermanos en una casa del barrio londinense de Bloomsbury que se convirtió en lugar de reunión de librepensadores y antiguos compañeros de universidad de su hermano mayor. En el grupo, conocido como Grupo de Bloomsbury, participó -además de Bell y otros intelectuales londinenses- el escritor Leonard Woolf, con quien se casó Virginia en 1912. En 1917 ambos fundaron la editorial Hogarth.

Sus primeras novelas, *Fin de viaje* (1915), *Noche y día* (1919) y *El cuarto de Jacob* (1922), ponen de manifiesto su determinación por ampliar las perspectivas de la novela más allá del mero acto de la

narración. En sus novelas siguientes, *La señora Dalloway* (1925) y *Al faro* (1927), el argumento surge de la vida interior de los personajes, y los efectos psicológicos se logran a través de imágenes, símbolos y metáforas. Los personajes se despliegan gracias al flujo y reflujo de sus impresiones personales, sentimientos y pensamientos: un monólogo interior en el que los seres humanos y sus circunstancias normales aparecen como extraordinarios. Influida por el filósofo francés Henri Bergson, Woolf, como el escritor francés Marcel Proust, se adentra en la idea del tiempo. Los acontecimientos en *La señora Dalloway* abarcan un espacio de doce horas y el transcurso del tiempo se expresa a través de los cambios que paso a paso se suceden en el interior de los personajes, en la conciencia que tienen de sí mismos, de los demás y de sus mundos caleidoscópicos. De sus restantes novelas, *Las olas* (1931) es la más evasiva y estilizada, y *Orlando* (1928), más o menos basada en la vida de su amiga Vita Sackville-West, es una fantasía histórica a la vez que un análisis del sexo, la creatividad y la identidad.

También escribió biografías y ensayos; en *Una habitación propia* (1929), defendió los derechos de la mujer. Su correspondencia y sus diarios, publicados póstumamente, son valiosos tanto para los escritores en ciernes como para los lectores de su obra. El 29 de marzo de 1941 se suicidó ahogándose.

Enciclopedia Microsoft(R) Encarta(R) 98. (c) 1993-1997 Microsoft Corporation.

Virginia Woolf

**Las Olas**

Traducción de Lenka Franulic

(Edición de 1940)

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires  
05-08-2019



# PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

*"El tema propio de la novela no existe: todo constituye el tema propio de la novela"* escribió Virginia Woolf, hace algunos años, en un ensayo sobre la novela moderna, en el cual esbozó un programa destinado a hacer salir a esta rama de la literatura, la más genuinamente representativa de nuestra época, del círculo vicioso en que se movía. La forma clásica de la novela, que había producido obras maestras como las de Dickens, Jane Austen, Flaubert o Balzac, resultaba al presente inadecuada para expresar las posibilidades infinitas del mundo contemporáneo, a la vez que era demasiado lógica para captar la complejidad y variedad de percepciones del ser humano. No obstante, la mayor parte de los novelistas gastaba una paciencia y esfuerzo enormes en continuar la tradición clásica. Construía cuidadosamente sus capítulos para culminar con el desenlace que dejaba a sus héroes eternamente felices o desdichados, y nos brindaba toda clase de detalles concernientes al aspecto exterior de sus personajes, quienes vestían y hablaban según los más rigurosos dictados de la moda; pero, ¿qué nos decían del movimiento interior del pensamiento, de aquellas súbitas percepciones o interrogaciones que asaltan el espíritu mientras el ser humano se encuentra entregado a las faenas de la existencia cotidiana?

*"Examinemos, por un instante, un cerebro normal en un día cualquiera. La mente percibe miríadas de impresiones triviales, fantásticas, ya efímeras, ya grabadas con la precisión del acero. Ellas surgen de todas partes, en un incesante espectáculo de innumerables átomos, y a medida que caen, a medida que adquieren forma en la vida del lunes o del martes, el acento cae diferente al de antaño; el momento de importancia ocurrió aquí y no allá; de modo que si el escritor fuera un hombre libre y no un esclavo, si pudiera escribir lo que desea y no lo que debe, si pudiera basar su obra en su propio sentimiento y no en convencionalismos,*

*no habría trama, ni comedia, ni tragedia, ni interés amoroso, ni catástrofe en el estilo establecido. La vida no es una serie de lámparas dispuestas sistemáticamente; la vida es un halo luminoso, una envoltura semitransparente que nos rodea desde el nacimiento de nuestra conciencia hasta el fin. ¿No es acaso la tarea del novelista coger este espíritu cambiante, desconocido, ilimitado, con todas sus aberraciones y complejidades y con la menor mezcla posible de los hechos exteriores y ajenos?"*

Después de explicar su concepción de la novela, Virginia Woolf se entregó a la tarea de realizar, por sí misma, este programa, rompiendo con todas las ligaduras que ataban a la ficción ordinaria y convirtiéndose en la más avanzada experimentadora en este campo de la literatura. Desechando los convencionalismos de la forma y la acción, de la unidad de lugar y de tiempo y la coherencia aparente de la trama, escribió *La Pieza de Jacob*, obra en que las transiciones del argumento son omitidas, en que sólo nos muestra los puntos culminantes de la vida del héroe, y en que los cambios son realizados sin advertencia previa. A esta novela siguieron *La señora Dalloway*, en la cual describe un solo día en la existencia de la heroína, día que se prolonga, sin embargo, hacia el pasado, a través de la corriente de los pensamientos que fluyen a la mente de la protagonista y que son suscitados por cualquier estímulo pequeño o trivial: una nube en el cielo, un perfume, el espectáculo de una mendiga; *Orlando*, en que la autora no sólo juega deliciosamente con la noción del tiempo, sino incluso con la de sexo y, finalmente, *Las Olas*, en que los hechos externos son enteramente suprimidos y sólo percibimos el mundo concreto a través de las conciencias humanas.

La base de la técnica empleada por Virginia Woolf en *Las Olas* es el soliloquio interior que ya había utilizado James Joyce en *Ulysses*, pero esta vez no es un solo personaje el que habla, sino que las seis figuras centrales se entregan a monólogos que a veces se entrecruzan transformándose en coloquios, que no se desarrollan jamás, sin embargo, en un plano real, sino en la conciencia de cada personaje. Cada cual registra las percepciones que caen sobre su conciencia, y sus pláticas nos van proporcionando, gradualmente, la clave de sus respectivas personalidades, que se tornan cada vez más

precisas e inconfundibles, a medida que avanzamos en las páginas del libro. Nada sabemos del aspecto físico de estos personajes, de los acontecimientos en que ellos participan, de cómo viven o viven. Y no necesitamos saberlo; pues, a través de sus percepciones, llegamos a conocerles tan íntimamente que sabemos que Bernardo jamás escribirá la novela que siempre está pensando escribir, con la misma certidumbre con que comprendemos que para Rhoda no existe evasión posible fuera de la muerte.

Cada capítulo de *Las Olas* está precedido de la descripción de un paisaje, siempre el mismo, pero que varía de color y de aspecto según la hora del día. Tampoco la naturaleza humana cambia; sólo parece transformarse, de la misma manera que partículas de agua movidas por una ola.

Primero es el amanecer, que corresponde a la infancia de los protagonistas; en seguida el mediodía y la tarde, con la luz plena de la juventud, y finalmente el crepúsculo y la noche, con la madurez y la vejez, que sobrevienen implacablemente.

Los franceses han denominado a Virginia Woolf "*la fée des lettres anglaises*." El hada, por la magia y la riqueza verbal de su estilo; por la belleza de sus imágenes, que hace imperceptible el límite que separa a la prosa de la poesía en sus páginas. Con un toque seguro, extrae de la vida cotidiana un objeto mil veces descrito, mil veces contemplado por nuestros ojos y, en el acto, dicho objeto adquiere un contorno y un matiz inesperados y se reviste de una sugestión misteriosa y extraña.

Todo constituye el tema propio de la novela cuando se posee el talento creador, la originalidad y el genio poético de Virginia Woolf.

LENKA FRANULIC.

# PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

La muerte tiene el poder misterioso de arrancar a los seres humanos del marco estrecho de su época, para situarlos, junto con su obra, dentro del plano ilimitado de la eternidad.

Nadie escatimó su grandeza a Virginia Woolf en vida: unánimemente se la reconoció como la más notable escritora de nuestro tiempo; mas su muerte, acaecida en su retiro de Sussex, en los momentos en que Inglaterra soportaba angustiosamente todo el rigor de la guerra, ha venido a conferir a su obra el sello de permanencia que posee la literatura clásica universal. Virginia Woolf, que supo expresar en un estilo incomparable la belleza fugitiva de un instante, la angustia del deseo humano, la esencia misma de lo ilusorio, de lo mutable, de lo intangible, no sólo es ahora la más grande novelista de la literatura inglesa, sino que figura, por el contenido poético de su prosa, entre los poetas ingleses de todos los tiempos: Shakespeare, Shelley, Blake.

Ante su desaparición, su novela *Las Olas* se consagra también definitivamente, como su obra maestra; ella contiene, más que ninguna otra, la clave de su suicidio, de aquel trágico impulso que llevó a su autora a buscar la muerte en medio del elemento que la obsesionaba: el agua. *"Abajo se extienden las luces de las barcas de pesca,"* exclama Virginia Woolf a través de Rhoda: *"Las rocas se desvanecen. Innumerables y pequeñas olas grises se extienden delante de nosotros. Ya no toco nada; no veo nada. Podríamos caer y reposar sobre las olas. El mar golpeará en mis oídos. Los pétalos blancos se obscurecerán al contacto del agua marina. Flotarán por un instante y después se hundirán. Seré arrollada por una ola. Otra me llevará sobre sus hombros. Todo se derrumba en una catarata gigantesca en la que me siento disolver..."*

Después de la muerte de Virginia Woolf ha aparecido su última novela: *"Between the Acts"*, en la que los críticos han querido

encontrar la posible explicación de su trágico fin, pero como ha dicho Allanah Harper, una no puede menos de desear que "Between the Acts" hubiese precedido a "Las Olas" y que ésta hubiese sido la última novela de Virginia Woolf, pues fuese largo poema en prosa que constituye un experimento sin paralelo en la literatura inglesa, es un libro de tan rara belleza y tristeza, que hay algo de conclusivo en él".

L.F.

El sol no había nacido todavía. Hubiera sido imposible distinguir el mar del cielo, excepto por los mil pliegues ligeros de las ondas que le hacían semejar a una tela arrugada. Poco a poco, a medida que una palidez se extendía por el cielo, una franja sombría separó en el horizonte al cielo del mar, y la inmensa tela gris se rayó con grandes líneas que se movían debajo de su superficie, siguiéndose una a otra persiguiéndose en un ritmo sin fin.

Al aproximarse a la orilla, cada una de ellas adquiría forma, se hinchaba y se rompía arrojando sobre la arena un delgado velo de blanca espuma. La ola se detenía para alzarse enseguida nuevamente, suspirando como una criatura dormida cuya respiración va y viene inconscientemente. Poco a poco, la franja oscura del horizonte se aclaró: se hubiera dicho un sedimento depositado en el fondo de una vieja botella, dejando al cristal su transparencia verde. En el fondo, el cielo también se hizo translúcido, cual si el sedimento blanco se hubiera desprendido o cual si el brazo de una mujer tendida debajo del horizonte hubiera alzado una lámpara, y bandas blancas, amarillas y verdes se alargaron sobre el cielo, igual que las varillas de un abanico. Enseguida la mujer alzó más alto su lámpara y el aire pareció dividirse en fibras, desprenderse de la verde superficie en una palpitación ardiente de fibras amarillas y rojas, como los resplandores humeantes de un fuego de alegría. Poco a poco las fibras se fundieron en un solo fluido, en una sola incandescencia que levantó la pesada cobertura gris del cielo transformándola en un millón de átomos de un azul tierno. La superficie del mar fue adquiriendo gradualmente transparencia y yació ondulando y despidiendo destellos hasta que las franjas oscuras desaparecieron casi totalmente. El brazo que sostenía la lámpara se alzó todavía más, lentamente, se alzó más y más alto, hasta que una inmensa llama se hizo visible: un arco de fuego ardió en el borde del horizonte, y a su alrededor el mar ya no fue sino una sola extensión de oro.

La luz golpeó sucesivamente los árboles del jardín iluminando una tras otra las hojas, que se tornaron transparentes. Un pájaro gorjeó muy alto; hubo una pausa: más abajo, otro pájaro repitió su gorjeo. El sol utilizó las paredes de la casa y se apoyó, como la punta de un abanico, sobre una persiana blanca; el dedo del sol marcó sombras azules en el arbusto junto a la ventana del dormitorio. La persiana se estremeció dulcemente. Pero todo en la casa continuó siendo vago e insubstancial. Afuera, los pájaros cantaban sus vacías melodías.

—Veo un anillo suspendido encima de mí —dijo Bernardo—. Un anillo que tiembla suspendido en un nudo de luz.

—Veo un charco amarillo pálido —dijo Susana—, que se extiende para ir al encuentro de una banda púrpura.

—Oigo un ruido —dijo Rhoda—, chirp, chirp, chirp... Un ruido que sube y baja.

—Veo un globo —dijo Neville— suspendido como una gota a los flancos enormes de una colina.

—Veo una borla carmesí —dijo Jinny— entrelazada con hilos de oro.

—Oigo algo que patea contra el suelo —dijo Luis—. Es el pie de una gran bestia encadenada que golpea, golpea, golpea la tierra...

—Mirad la telaraña en el rincón del balcón —dijo Bernardo—. En ella están suspendidas gotas de agua que semejan blancas perlas de luz.

—Las hojas se han agrupado alrededor de la ventana como orejas puntiagudas —dijo Susana.

—Una sombra se extiende sobre el sendero —dijo Luis— como un codo doblado.

—Islas de luz caen entre los árboles y flotan sobre el césped —dijo Rhoda.

—Los ojos de los pájaros brillan en los túneles entre las hojas —dijo Neville.

—Los tallos están cubiertos de pelos cortos y duros —dijo Jinny— y gotas de agua se han adherido a ellos.

—Una oruga está enroscada sobre sí misma, semejante a un anillo verde en el cual las patas romas forman muescas —dijo Susana.

—El gusano gris se arrastra sobre el sendero aplastando las hojas a su paso —dijo Rhoda.

—Y las luces encendidas en los cristales de las ventanas iluminan el césped —dijo Luis.

—Las piedras están heladas bajo mis pies —dijo Neville—. Percibo separadamente cada una de ellas, ya redonda, ya puntiaguda.

—El dorso de mi mano arde —dijo Jinny—, pero tengo la palma húmeda de rocío.

—Ahora el gallo se ha puesto a cantar igual que un chorro de agua dura y roja en la marea blanca de la mañana —dijo Bernardo.

—A nuestro alrededor trinan los pájaros por doquier —dijo Susana.

—La bestia golpea el suelo —dijo Luis—. El elefante que tiene las patas encadenadas, el eran bruto de la playa, golpea el suelo.

—Mirad la casa —dijo Jinny— con todas sus ventanas cubiertas con postigos blancos.

—Han abierto el grifo del lavaplatos, —dijo Rhoda— y el agua helada cae sobre el pescado colocado en el tazón.

—Las paredes están hendidas con grietas de oro —dijo Bernardo— y hay sombras de hojas azules en forma de dedos bajo las



ventanas.

—Ahora Mrs. Constable se coloca sus gruesas medias negras —dijo Susana.

—Cuando sube el humo, el sueño se evapora sobre los tejados como una ligera neblina —dijo Luis.

—Los pájaros cantaban en coro —dijo Rhoda—, pero el ruido de la aldaba que ha sido quitada a la puerta del servicio los ha hecho volar, dispersados como una flecha de semillas. Uno se ha quedado cantando solo, sin embargo, junto a la ventana del dormitorio.

—En la superficie de la cacerola se forman burbujas —dijo Jinny—. Ellas suben cada vez más rápidas en un racimo de plata.

—Sobre la mesa de la cocina, Bidy quita las escamas de los pescados con un cuchillo dentado — dijo Neville.

—La ventana del comedor se ha tornado de un azul oscuro —dijo Bernardo—, y el aire caliente vibra encima de la chimenea.

—Una golondrina se ha posado sobre el pararrayos —dijo Susana— y Bidy ha vaciado ruidosamente el balde sobre las baldosas.

—Ha sonado la primera campanada de la iglesia —dijo Luis—. Luego siguen las demás: una... dos... una... dos—

—¡Mirad cómo el mantel inunda la mesa, semejante a una ola blanca! —dijo Rhoda—. Un disco de porcelana blanca, subrayado por un doble trazo de plata, es colocado ahora en cada lugar.

—Una abeja zumba junto a mi oreja —dijo Neville—. Aquí está, pero ya se ha ido...

—Mi cuerpo arde y se estremece al pasar bruscamente del sol a la oscuridad —dijo Jinny.

—Todos se han marchado ya —dijo Luis—. He quedado solo. Han regresado a la casa para tomar el desayuno y yo he quedado solo al pie del muro, en medio de las flores. Es muy temprano y las lecciones no comenzarán todavía. En medio de las profundidades verdes aparecen manchas de flores. Sus pétalos se asemejan a arlequines. Los tallos emergen de entre huecos negros, de la tierra. Las flores nadan como peces de luz sobre las sombrías aguas verdes. Tengo un tallo en mi mano. Yo mismo soy un tallo y mis raíces llegan hasta las profundidades del mundo, a través de la tierra seca de ladrillo y a través de la tierra húmeda, a través de venas de plomo y plata. Mi cuerpo no es sino una sola fibra. Todas las sacudidas repercuten en mí y siento el peso de la tierra contra mis costados. Bajo mi frente, mis ojos son hojas verdes, ciegas. Aquí no soy sino un niño vestido con un traje de franela gris y tengo un cinturón de cuero con una hebilla de cobre que representa una serpiente. Pero allá abajo, mis ojos son los ojos sin párpados de una figura de granito en un desierto junto al Nilo. Veo a mujeres que se dirigen con cántaros rojos hacia el río; veo camellos, que se balancean y hombres con turbantes. A mi alrededor, percibo ruido de pasos, temblores, agitaciones...

«Aquí arriba, Bernardo, Neville, Jinny y Susana (todos menos Rhoda) rozan los parterres con sus redes para cazar mariposas y espantan a las mariposas posadas sobre las corolas temblorosas de las flores. Ellos rasan la superficie del mundo. Sus redes están llenas de alas palpitantes. «¡Luis, Luis, Luis!» gritan, pero no pueden verme. Estoy al otro lado del seto. Sólo hay pequeños resquicios, entre las hojas. ¡Oh, Señor, haced que se marchen de aquí! Señor, haced que desplieguen sus mariposas sobre sus pañuelos en medio de la arena, que cuenten a gusto sus mariposas color tortuga, sus mariposas rojas y las blancas. ¡Pero haced que yo permanezca invisible!... Yo soy verde como un tejo aquí, a la sombra del seto. Mis cabellos son hojas. Mis raíces llegan hasta el centro de la tierra. Mi cuerpo es un tallo. Aprieto el tallo y una gota lenta, espesa, se filtra por el orificio de la boca y se torna más grande. Algo rosado pasa por entre los resquicios de las hojas. El brillo de una mirada ha penetrado la grieta. Esta mirada me ciega. No soy ya sino un

muchachito vestido con un traje de franela gris. Ella me ha descubierto. Siento un golpe en la nuca. Ella me ha besado. Todo se desmorona—

—Eché a correr por el jardín después del desayuno —dijo Jinny—. Al ver que las hojas se movían en un hueco en el seto, pensé: «Es un pájaro en su nido». Apartándome de los demás, fui a mirar, pero no encontré ningún nido. Las hojas continuaban moviéndose: entonces tuve miedo y eché a correr otra vez pasando junto a Susana, junto a Rhoda y junto a Neville y Bernardo que estaban conversando en la caseta del jardinero. Corrí cada vez más ligero, gritando. ¿Qué fue lo que movió las hojas? ¿Qué es lo que mueve mi corazón, mis piernas? Y me precipité donde estabas tú, Luis. verde como un arbusto, como una rama inmóvil, con los ojos fijos. «¿Estará muerto?...» pensé y te besé mientras mi corazón brincaba bajo mi traje rosado como las hojas que se mueven sin cesar, incluso cuando no hay nada, que las agite. Siento ahora el perfume de los geranios, siento el olor a tierra húmeda... Me pongo a danzar como una burbuja, me siento lanzada sobre ti como una red de luz que te envuelve todo entero y queda vibrando sobre ti.

—A través de la grieta del seto yo vi a Jinny besarle —dijo Susana—. Al alzar mi cabeza inclinada sobre un macetero de flores y mirar a través de la grieta, vi cómo le besaba. Los vi a ambos, a Jinny y a Luis, besándose. Ahora, voy a envolver mi congoja en mi pañuelo, la apretaré en un nudo y, antes de que comiencen las lecciones, iré sola al bosque de hayas. No me sentaré delante de una mesa a sacar sumas. No me sentaré junto a Jinny y junto a Luis, sino que iré a depositar mi congoja entre las raíces de las hayas. Allí, la examinaré y la cogeré entre mis dedos. Ellos no podrán encontrarme. Comeré nueces y buscaré huevos entre las zarzas y mis cabellos estarán desgredados y dormiré bajo los setos y beberé agua en las zanjas y allí me moriré.

—Susana acaba de pasar junto a nosotros —dijo Bernardo—. Acaba de pasar junto a la cabaña del jardinero con su pañuelo hecho un ovillo. No estaba llorando. Pero sus ojos que son tan

hermosos, parecían acechar como los ojos de los gatos prontos a dar un salto. Voy a seguirla, Neville. Voy ir despacio detrás de ella para estar pronto, con mi curiosidad, y poder confortarla en el momento en que ella estalle de ira pensando: «Estoy sola».

«Ahora atraviesa el campo con un paso lento, perezoso a fin de despistarnos. Y luego, cuando cree que nadie la observa, echa a correr con los puños apretados. Sus uñas se encierran en su pañuelo hecho un ovillo. Se dirige hacia el bosque de hayas donde no penetra la luz del sol. Al entrar en él, abre los brazos y se hunde en las sombras como una nadadora. Pero, como viene cegada por la luz, tropieza y cae entre las raíces de los árboles, donde la luz va y viene en una palpitación sin fin. Las ramas se inclinan, luego vuelven a erguirse. Todo está lleno de agitación e inquietud, aquí. Todo es lúgubre. La luz es caprichosa. Todo está lleno de angustia aquí. Las raíces trazan un esqueleto en la tierra y en todos los rincones se amontonan las hojas muertas. Susana ha esparcido su angustia. Ha depositado su pañuelo sobre las raíces de las hayas y solloza, hecha un montón, en el sitio donde tropezó y cayó.

—Vi a Jinny besarle —dijo Susana—. Al mirar entre las hojas la vi. Se aproximaba danzando, salpicada de diamantes y ligera como una nube. En cambio yo soy pequeña, Bernardo, y rechoncha. Mis ojos miran al suelo de cerca y ven insectos en el césped. El color amarillo que arde en mi pecho se convirtió en una piedra cuando vi a Jinny besando a Luis. Quiero comer pasto y morir en una zanja, en medio del agua parda donde se pudren las hojas muertas.

—Te vi pasar delante de la cabaña del jardinero —dijo Bernardo— y te oí gemir— «Soy desdichada». Neville y yo estábamos construyendo barcos de madera, pero al verte, dejé a un lado mi cuchillo. Tengo los cabellos en desorden porque cuando Mrs. Constable me dijo que me los peinara, vi a una mosca cogida en una telaraña y me pregunté: «¿Debo libertar a la mosca? ¿Dejaré que se la coma la araña?» Así es como me atraso siempre. Mis cabellos están despeinados y estas virutas de madera se han adherido a ellos. Al oír que gemías, te seguí y te vi depositar sobre

las raíces tu pañuelo, en el cual habías anudado tu furor y tu odio. Pero todo pasará. Nuestros cuerpos están muy próximos ahora. Tú escuchas mi respiración. Al mismo tiempo, ves a aquel escarabajo que arrastra una hoja sobre su dorso, corriendo de un lado a otro. En idéntica forma mientras lo observas, tu deseo de poseer un objeto único (que en este momento es Luis) debe oscilar, como la luz que penetra y sale por entre las hojas de las hayas. Más tarde, las palabras que se mueven oscuramente, en las profundidades de tu cerebro, romperán este nudo de dureza enrollada en tu pañuelo.

—Yo amo y odio —dijo Susana—. Yo no deseo sino una sola cosa. Mis ojos son hoscos. Los ojos de Jinny brillan con millares de luces. Los ojos de Rhoda son como esas flores pálidas a las cuales se acercan las mariposas al atardecer. Los tuyos son como agua que sube hasta la superficie y nunca se derrama. Pero yo estoy ya lanzada sobre mi pista. Mis ojos ven los insectos en el césped y aun cuando mi madre toda, vía teje calcetines y cose delantales para mí, a pesar de que soy todavía una niña, sé amar y aborrecer.

—Pero mientras permanecemos sentados así, muy próximos —dijo Bernardo—, nuestras palabras nos funden al uno en el otro. Y entre ambos, formamos una especie de territorio impregnable.

—Veo el escarabajo —dijo Susana—. Es negro: lo veo es verde: lo veo. Yo estoy atada con palabras cortas, monosilábicas. Tú, en cambio, te echas a vagar con las tuyas a la aventura: te escapas: subes cada vez más alto, con palabras y más palabras hilvanadas en frases.

—Y ahora, vamos a explorar a nuestro alrededor —dijo Bernardo—. Allá abajo, entre los árboles, hay una casa blanca. Nos hundiremos como los nadadores que rozan el fondo con las puntas de sus pies, nos sumergiremos a través de la atmósfera verde de las hojas. A medida que corramos, iremos sumergiéndonos, Susana. Las olas se cierran sobre nosotros, las hojas de las hayas se entrecruzan por encima de nuestras cabezas. Se ven relucir los punteros dorados del reloj de las caballerizas. Allí está el techo de la casa grande. Las

botas de caucho del mozo de cuadra resuenan en el patio de Elvedon.

«Ahora, descendemos por entre las copas de los árboles hasta el suelo. El aire no agita ya sobre nosotros sus tristes olas púrpuras. Estamos tocando tierra; hollamos el suelo. Aquél es el cerco del jardín de las señoras, donde ellas salen a pasearse al mediodía y a cortar rosas con sus tijeras. Ahora estamos en el bosquecillo rodeado de una muralla. Esto es Elvedon. Yo he visto letreros en los cruces de caminos con un brazo que señalaba: «A Elvedon». Nadie había llegado jamás hasta aquí. Los helechos despiden un olor fuerte y debajo de ellos crecen hongos rojos. Hemos despertado a las cornejas soñolientas que jamás han visto una figura humana y hollamos glándulas podridas que el tiempo ha tornado resbalosas y rojas. Un círculo de murallas rodea este bosque: nadie viene jamás aquí. ¡Escucha!— Ese ruido sordo es el de un sapo gigantesco que brinca entre los matorrales; aquel crujido es el de una piña prehistórica que cae entre los helechos y va a pudrirse allí.

«Afirma tu pie sobre este ladrillo. Mira por encima de la muralla. Aquello es Elvedon. Una señora está sentada entre los largos ventanales escribiendo. Los jardineros barren el jardín con enormes escobas. Nosotros somos los primeros que hemos llegado a este lugar. Somos los exploradores de una tierra desconocida. No te muevas: si los jardineros nos vieran, dispararían contra nosotros. Nos clavarían como a armiños sobre la puerta de la caballeriza. ¡Cuidado! ¡No te muevas!— Aférrate fuertemente a los helechos que están encima de la muralla.

—Veo a la señora que está escribiendo —dijo Susana—. Veo a los jardineros que están barriendo. Si muriésemos aquí, no habría nadie que nos diera sepultura.

—¡Huyamos! —dijo Bernardo—. ¡Huyamos! ¡El jardinero de la barba negra nos ha visto! ¡Van a disparar contra nosotros! ¡Van a matarnos como a cornejas y a clavarnos sobre la pared! Estamos en una comarca hostil. Escapémonos al bosque de hayas. Escondámonos bajo los árboles. Yo quebré, al pasar, una rama que marca un

sendero. Agáchate tanto como puedas. Sígueme sin volver la cabeza hacia atrás. Van a tomarnos por zorros. ¡Huyamos!

—Ahora, ya estamos a salvo. Ahora podemos enderezarnos nuevamente y estirar los brazos bajo este amplio dosel, en este vasto bosque. No oigo otra cosa que un murmullo de olas en el aire— Es una paloma torcaz que sale de su escondite entre las hayas y bate el aire, bate el aire con sus alas fatigadas.

—Nuevamente te me has escapado con tus frases —dijo Susana—. Y subes como un volantín, cada vez más alto, más alto, a través de las capas de hojas, fuera de mi alcance. Ahora te detienes y tiras mis vestidos, mirando hacia atrás, siempre ocupado en hacer frases. Te me has escapado. He aquí el jardín, he aquí el seto. He aquí a Rhoda en el sendero: ella mece un estanque lleno de pétalos de flores.

—Todos mis barcos son blancos —dijo Rhoda—. No quiero pétalos rojos de geranios. Quiero pétalos blancos que floten al inclinar yo el estanque. Tensó ahora una flota que bogara de playa en playa. Dejaré caer una rama cual si fuera una balsa para un marinero que se ahoga. Dejaré caer también una piedra a fin de ver subir las burbujas desde las profundidades del mar. Neville y Susana se han marchado: Jinny está en la huerta cogiendo grosellas en compañía de Luis, quizás. Tengo un breve espacio de tiempo para estar sola mientras Miss Hudson distribuye nuestros cuadernos sobre las mesas de la sala de clases. Tengo una breve tregua de libertad. He recogido todos los pétalos caídos y los he hecho nadar. En algunos he depositado gotas de lluvia. Plantaré aquí un clarín a guisa de faro. Y ahora meceré el estanque pardo a fin de que mis barcos puedan surcar las olas. Algunos se irán a pique. Otros se estrellarán contra los riscos. Uno de ellos navega solo: es el mío. Navega en el interior de cavernas heladas donde gruñe el oso polar y las estalactitas cuelgan en cadenas verdes. Las olas se embravecen, sus crestas se enroscan. Mirad la luz en los mástiles. Todos los barcos se han dispersado, se han hundido: todos, excepto el mío

que surca las olas, en medio de la tempestad, y llega a las islas donde los papagayos chillan y donde los reptiles...

—¿Dónde está Bernardo? —dijo Neville—. Él tiene mi cuchillo. Estábamos en la caseta del jardinero haciendo barcos cuando Susana pasó junto a la puerta. Al verla, Bernardo plantó su barco y se fue tras ella llevándose mi cuchillo, ése afilado que sirve para cortar la quilla. Bernardo es como un hilo eléctrico que cuelga, como el cordón de alambre quebrado de un timbre, que está siempre resonando. Es como el alga marina que cuelga en la ventana, ora húmeda, ora seca. Me deja en un atolladero por seguir a Susana, y si Susana se pone a llorar, cogerá mi cuchillo y le contará historias. La lámina grande es un emperador, la lámina quebrada es un negro. Yo detesto las cosas que cuelgan: detesto las cosas húmedas. Detesto las vagancias y las mezclas de cosas. Pero la campana ha sonado y vamos a llegar atrasados. Abandonemos nuestros juguetes y entremos todos juntos. Los cuadernos están ordenados sobre el tapiz verde de la mesa.

—No conjugaré el verbo hasta que no lo haya hecho Bernardo — dijo Luis—. Mi padre es un banquero en Brisbane y yo hablo con un acento australiano. Voy a esperar que lo haga Bernardo y enseguida le imitaré. El es inglés. Todos son ingleses. El padre de Susana es un campesino. Rhoda no tiene padre. Bernardo y Neville pertenecen a familias distinguidas. Jinny vive con su abuela en Londres. En este momento, ellos muerden sus lapiceros. Ahora abren sus cuadernos y, mirando de soslayo a Miss Hudson, cuentan los botones púrpuras de su blusa. Bernardo tiene una viruta en el pelo. Susana tiene los ojos enrojecidos. Ambos están agitados y tienen las mejillas encendidas. En cuanto a mí, soy pálido; yo estoy limpio y mi pantalón corto está sostenido por un cinturón cuya hebilla de cobre representa una serpiente. Yo se mi lección de memoria. Sé mucho más de lo que ellos sabrán jamás. Sé todos los casos y los géneros: si lo deseara, podría saber todas las cosas del mundo. Pero no quiero emerger a la superficie y recitar mi lección. Mis raíces se entrelazan alrededor del globo, como las de las plantas en un macetero. No quiero emerger a la superficie y vivir a la luz de este



gran reloj de rostro amarillo cuyo tic tac no tiene fin, Jinny y Susana, Bernardo y Neville se entrelazan en una correa para fustigarme. Se mofan de mi limpieza y de mi acento australiano. Pero ahora voy a tratar de imitar a Bernardo que cecea dulcemente el latín.

—Estas palabras son blancas —dijo Susana— como los guijarros que recojo en la playa.

—Ellas agitan la cola a derecha e izquierda a medida que yo las pronuncio —dijo Bernardo—. Ellas baten el aire con sus colas; vuelan por el espacio en bandada. primero por aquí, en seguida por allá: se mueven simultáneamente, ya separándose, ya reuniéndose nuevamente.

—Estas palabras son amarillas, son palabras ardientes —dijo Jinny— Yo quisiera tener un traje ardiente, un traje amarillo, un traje color leonado para ponérmelo por la noche.

—Cada tiempo tiene un sentido diferente —dijo Neville—. Existe un orden en este mundo; existen distinciones, existen diferencias en este mundo, en cuyo umbral me encuentro. Porque esto no es sino un comienzo.

—Ahora —dijo Rhoda—, Miss Hudson ha cerrado el libro. Ahora comienza la pesadilla. Cogiendo un trozo de tiza ella se pone a trazar cifras: seis, siete, ocho y después, una cruz y una línea sobre el pizarrón. ¿Cuál es la solución? Los demás miran, miran y comprenden. Luis escribe; Susana escribe; Neville escribe; Jinny escribe: incluso Bernardo se pone a escribir. Pero yo no puedo; yo no veo sino cifras desprovistas de sentido. Los demás van entregando a Miss Hudson su solución, uno tras otro. Ahora me toca mi turno. Pero yo no tengo solución. A los demás les está permitido irse, y se marchan cerrando la puerta tras sí. Miss Hudson también se va. Me dejan sola para que busque una solución. Las cifras ya no poseen significado. El significado se ha ido. El reloj hace tic tac. Las dos agujas son dos caravanas que atraviesan un desierto. Las barras negras sobre el cuadrante son oasis verdes. La aguja más larga ha marchado adelante para encontrar agua. La otra tropieza

penosamente entre las piedras calcinantes del desierto. Ella perecerá en el desierto. La puerta de la cocina golpea. Un perro errante ladra a lo lejos. ¡Mirad: el ojal de esta cifra comienza a llenarse de tiempo! Él contiene el mundo. Me pongo a trazar una cifra que enlaza el mundo, pero yo quedo fuera de él. Acercando los dos extremos del ojal, los uno y completo la cifra. El mundo está completo y yo he quedado fuera de él. ¡Oh, salvadme! ¡No me dejéis caer para siempre fuera del ojal del Tiempo!...

—Allí está Rhoda con los ojos clavados en el pizarrón —dijo Luis—, mientras nosotros holgazaneamos, cogiendo aquí una rama de tomillo, apretando allá una hoja de toronjil, y en tanto que Bernardo narra una historia. Los omoplatos de Rhoda se juntan en su espalda igual que las alas de una mariposa. Y mientras ella contempla las cifras trazadas con tiza, su espíritu se aposenta en aquellos círculos blancos; cae a través de esos ojales blancos en el vacío, totalmente solo. Esas cifras carecen de significado para Rhoda. Ella no encontrará la solución. Rhoda no es como los demás: ella está desprovista de cuerpo. Y yo, que hablo con un acento australiano, yo que soy hijo de un banquero en Brisbane, no tengo miedo de ella como de los demás.

—Deslicémonos ahora bajo el dosel de las hojas del grosellero —dijo Bernardo—, y contemos historias. Instalémonos en el mundo subterráneo. Tomemos posesión de nuestro territorio secreto, que está iluminado por grosellas suspendidas como candelabros, relucientes y rojas por un lado, negras por el otro. Si nos apretujamos un poco, Jinny, podremos caber bajo el dosel de las hojas de grosella y observar cómo se columpian los incensarios. Este es nuestro universo. Los demás atraviesan la ruta para vehículos. Las polleras de Miss Hadson y de Miss Curry se deslizan como apagavelas sobre el suelo. Aquellos son los calcetines blancos de Susana. Aquellas son las sandalias siempre tan limpias de Luis; ellas van dejando su firme huella sobre la arena. Hasta aquí llegan ráfagas tibias de hojas en descomposición, de vegetación podrida. Estamos aquí en un pantano, en una jungla infestada de malaria. Allí, cubierto de un tapiz de gusanos blancos, hay un

elefante que fue muerto por una flecha disparada entre sus ojos. Ojos brillantes de aves de rapiña —águilas, buitres— surgen por todas partes. Nos confunden con hojas caídas. Picotean un gusano —que es una cobra con caperuza— y lo abandonan allí mismo con una úlcera parda y purulenta a fin de que sea destruido por los leones. Este es nuestro universo, iluminado con medias lunas y estrellas de luz: y grandes pétalos semitransparentes bloquean las aberturas, como vitrales purpúreos. Todo es extraño aquí. Las cosas son inmensas o muy pequeñas. Los tallos de las flores son gruesos como robles. Las hojas son altas como cúpulas de enormes catedrales. En cuanto a nosotros, somos gigantes que pueden hacer estremecerse las selvas.

—Lo que estás diciendo es verdad aquí, donde estamos —dijo Jinny— y en este momento. Pero pronto nos marcharemos. Pronto Miss Curry tocará su silbato y tendremos que separarnos. Tú iras al colegio. Tendrás profesores que ostentarán cruces en el pecho y corbatas blancas. Yo iré a un internado de East Coast, donde tendré una maestra que se sentará debajo de un retrato de la reina Alejandra. Porque allí es a donde iremos Susana, Rhoda y yo. Lo que tú dices no es verdad, por consiguiente, sino aquí y en este momento. En este momento, estamos tendidos debajo del grosellero y cada vez que se agita la brisa, ella proyecta sobre nosotros sombras multicolores. Mi mano es como la piel de una serpiente. Mis rodillas son rosadas islas flotantes. Tu rostro es como un manzano cubierto de una fina redecilla.

—El calor comienza a atenuarse en la jungla —dijo Bernardo—. Las hojas columpian sus alas negras sobre nosotros. El silbato de Miss Curry ha resonado en la terraza. Debemos deslizarnos fuera del pabellón formado por las hojas de grosella y enderezarnos. Tienes ramitas prendidas a tus cabellos, Jinny, y un gusano verde en el cuello. Debemos ir a formar fila de a dos en dos. Miss Curry va a llevarnos a dar un breve paseo mientras Miss Hudson arregla sus cuentas en el escritorio.

—¡Qué monótono es caminar por este sendero a cuyos lados no hay escaparates que mirar —dijo Jinny—, y donde no hay ojos ofuscados de vidrio azul incrustados en el pavimento!

—Debemos formarnos de a dos —dijo Susana— y caminar en orden, sin arrastrar los pies, sin quedarnos atrás dejando que Luis se nos adelante para guiarnos porque Luis es alerta y no un soñador.

—Puesto que soy demasiado delicado para ir con ellos —dijo Neville —, puesto que me fatigo demasiado pronto y caigo enfermo de cualquier cosa, voy a aprovechar de esta hora de soledad, de esta tregua de silencio para recorrer los alrededores de la casa y reponerme, si es que puedo, de la impresión que experimenté al oír, a través de la puerta giratoria, aquello del hombre muerto anoche, cuando la cocinera estaba removiendo los apagadores de la cocina. Lo habían encontrado degollado. Las hojas de los manzanos se inmovilizaron contra el cielo; la luna se quedó mirando con un ojo fijo y yo no pude mover mi pie del peldaño. Lo encontraron en la alcantarilla, por la que corría su sangre. Tenía la mejilla blanca como un pedazo de bacalao. «La muerte bajo el manzano» es el nombre con que yo designare para siempre, en lo sucesivo, esta contracción, esta rigidez. Allí estaban las nubes grises y flotantes y el árbol clavado, el árbol implacable con su corteza de plata cincelada. El borbollón de mi vida era infructuoso— Yo no podía pasar al otro lado. Había un obstáculo: «No puedo vencer este obstáculo incomprensible», me dije. Los demás, sin embargo, pasaron. Pero todos estamos condenados, todos nosotros, por la maldición de los manzanos por el árbol enclavado que no podremos pasar».

«Pero ya la rigidez, la contracción se han desvanecido y yo proseguiré mi ronda por los alrededores de la casa, en este crepúsculo, a esta hora en que el sol traza manchas oleaginosas sobre el linóleo y un rayo de luz se incrusta en la pared, haciendo aparecer las patas de las sillas como si estuvieran quebradas.

—Vi a Florrie en la huerta —dijo Susana—, al regresar de nuestro paseo, mientras la ropa recién lavada —los pijamas, calzones y camisas de noche— se agitaba en los cordeles a su alrededor. Y Ernesto la besó. El acababa de limpiar la platería y tenía puesto todavía su delantal de hule verde. Su boca estaba hinchada y arrugada como una bolsa y cogió a Florrie entre sus brazos, en medio de los pijamas que flotaban al viento. Parecía un toro ciego. Ella desfallecía, llena de angustia, y pequeñas venas rojas se diseñaban sobre sus pálidas mejillas. Ambos circulan ahora a nuestro alrededor pasándonos platos cargados de pan con mantequilla y tazas de leche, pero yo veo una hendidura en el suelo, de la que sube un vapor caliente, y la tetera del té ruga como rugía Ernesto, y yo floto al viento, igual que los pijamas, aun en este momento en que mis dientes se encuentran en mi blando pan untado de mantequilla y lamo la leche dulce. Yo no tengo miedo del calor ni del invierno glacial. Rhoda sueña sorbiendo una corteza empapada en leche; Luis fija sobre la pared de enfrente sus ojos verdes como un gusano; Bernardo hace pelotillas con el pan y las denomina «personas». Neville» con sus modales correctos y precisos, ya ha concluido su merienda. Ha doblado la servilleta y la ha metido dentro de su argolla de plata. Jinny hace piruetear sus dedos sobre el mantel como si estuvieran bailando al sol. Pero yo no tengo miedo del calor ni del invierno glacial.

—Ahora —dijo Luis—, todos nos ponemos de pie. Miss Curry extiende el libro negro sobre el armonio se hace difícil no llorar cuando entonamos himnos rogando a Dios que vele nuestro sueño y hablamos de nosotros como de niñitos. Cuando estamos tristes y temblamos de aprensión, es dulce cantar todos juntos, apoyándonos ligeramente los unos en los otros: yo en Susana, Susana en Bernardo, con las manos enlazadas, temerosos de muchas cosas: yo, de mi acento, Rhoda de las cifras y, sin embargo, todos resueltos a conquistar y a vencer.

—Ahora trotamos escaleras arriba como una manada de poneys —dijo Bernardo—pateando, reclamando con gran algazara nuestro turno en el cuarto de baño; discutimos, armamos grescas y

brincamos sobre nuestros lechos duros y blancos. Pero ha llegado mi turno y paso al baño. Mrs. Constable, con una toalla atada alrededor de su cintura, coge su esponja color limón y la humedece en el agua: al empaparse del líquido, la esponja adquiere un color chocolate. Mrs. Constable la alza muy en alto y la oprime por encima de mi cuerpo que se estremece. El agua se desliza por el arroyuelo de mi espina dorsal. Brillantes flechas de sensación rebotan a ambos lados de mi cuerpo. Estoy cubierto de carne tibia. El agua se desliza por todas las hendiduras de mi cuerpo, haciéndolo resplandecer. El agua desciende y me envuelve como una anguila. Ahora me rodean toallas calientes, me envuelven en su aspereza y, al sentar su frotamiento en mi espalda, mi sangre ronronea como un gato satisfecho. Sensaciones poderosas y pesadas se forman en el tejado de mi pensamiento: por él desciende, como una llovizna, el día: los bosques y Elvedon: Susana y las palomas. Deslizándose por las murallas de mi pensamiento, corriendo paralelamente, cae el día copioso, resplandeciente. Ahora cierro alrededor de mi cintura el cordón de mi pijama y me tiendo debajo de esta delgada sábana que flota en la claridad difusa como una capa de agua que una ola hubiera extendido sobre mis ojos. Lejos, muy lejos, percibo a través de ella, débil y remoto, el coro que comienza: ruedas, perros; hombres que gritan; campanas de iglesias. ¡El coro nocturno ha comenzado!

—En la misma forma que me quito y cuelgo mi vestido y mi camisa —dijo Rhoda—, así cuelgo mi inútil deseo de ser Susana, de ser Jinny. Pero voy a estirar mis pies hasta que ellos toquen el fierro al extremo del lecho. Tocando el fierro confirmo la presencia reconfortante de algo duro. Ahora ya no puedo hundirme, no puedo sumirme a través de la delgada sábana. Ahora extiendo mi cuerpo sobre este frágil colchón y quedo suspendida por encima de la tierra. Ya no estoy de pie, expuesta a recibir golpes, expuesta a que me hagan daño. Todo es suave, todo es blando. Las paredes y, los pizarrones palidecen e inclinan sus cuadriláteros amarillos, por encima de los cuales resplandece un pálido cristal. Mi espíritu puede ahora desprenderse de mi cuerpo. Puedo pensar en mis armadas que surcan las altas olas. Estoy al abrigo de los contactos ásperos y

de las colisiones. Navego sola al pie de arrecifes blancos. ¡Oh, pero me hundo, me caigo!... Aquélla es la esquina del pizarrón: aquél es el espejo de la nursery. Pero ellos se alargan... se alejan... Me hundo ahora en las plumas negras del sueño: sus espesas alas oprimen mis párpados. Viajando a través de la oscuridad veo parterres de flores y a Mrs. Constable que aparece corriendo a la vuelta de la esquina para decirme que mi tía ha venido a buscarme en un coche. Yo subo a él y me escapo; con ayuda de unas botas de tacones muy altos, trepo a la copa de los árboles. Pero ahora he caído en el coche a la puerta del vestíbulo, donde mi tía está sentada inclinando sus plumas amarillas con unos ojos duros como bolitas heladas. ¡Oh, si yo pudiera despertar de mis sueños! Mirad: ahí está la cómoda. ¡Dejadme salir de estas aguas!... Pero las olas se precipitan sobre mí, me arrastran sobre sus inmensos hombros, me hacen dar tumbos, me arrollan; estoy extendida entre estas largas luces, entre estas largas olas, entre estos interminables senderos donde la gente me persigue, me persigue—

El sol ascendió en el cielo. Olas azules y verdes abrían rápidos abanicos sobre la playa, rodeando con sus ondas las espigas del cardo marino, poniendo aquí y allá ligeras lagunas de luz sobre la arena y dejando tras sí un ligero borde negro. Las rocas que habían estado envueltas en neblina, perfilaron sus contornos y mostraron sus grietas rojas.

Agudas franjas de sombra cubrían el césped, y el rocío que danzaba sobre las hojas y las corolas de las flores convirtió al jardín en un mosaico de chispas solitarias que no se encendían todavía en un todo de luz. Los pájaros de gargantas manchadas de amarillo y rosa, lanzaban ahora una nota o dos, salvajemente, como alegres patinadores que se deslizaran cogidos del brazo. Después, se quedaban súbitamente silenciosos, para volver a estallar un instante más tarde.

El sol vertía sobre la casa rayos de luz más anchos. La luz tocó algo verde en el rincón de la ventana convirtiéndolo en un bloque de esmeralda, en una caverna de un verde purísimo, semejante a una

fruta sin cuesco, agudizó los bordes de las sillas y de las mesas y orlo los manteles blancos con hebras de oro. A medida que el día crecía, aquí y allá se abría un botón de una flor que se quedaba temblando, veteada de verde, cual si el esfuerzo de abrirse la hubiese dejado bamboleándose, y sus frágiles batientes, al golpearse contra sus paredes blancas, desgranaban un dulce carillón. Todo se tornó suavemente amorfo: se hubiese dicho que la porcelana fluía y que el acero de los cuchillos se tornaba líquido. Entretanto el ruido de las olas al romperse repercutía semejante al de leños que cayeran sobre la playa.

—Por fin ha llagado el momento dijo Bernardo, ha llegado el día. El coche aguarda a la puerta. El peso de mi maleta grande arquea más que nunca las piernas encorvadas de Jorge. La odiosa ceremonia de las propinas y de los adioses en el vestíbulo ha concluido, pero queda la despedida con sollozos ahogados de mi madre y el apretón de manos de mi padre. Y ahora, tengo que agitar mi pañuelo, tengo que seguir agitando mi pañuelo hasta que hayamos doblado la esquina. En fin, gracias a Dios, esto también ha concluido. Ahora estoy solo y voy al colegio por primera vez en mi vida.

«Cada uno de nosotros parece estar haciendo cosas únicamente para este momento y para nunca más. Nunca más... Es terrible este sentimiento de la inmediata fatalidad. Todo el mundo sabe que voy al colegio, que voy al colegio por vez primera». «Aquel muchacho va al colegio por primera vez», dice la sirvienta que lava los peldaños de la escalera. No debo llorar. Debo mirarlos a todos con indiferencia. Y ahora, he aquí el horrible portal de la estación que abre sus fauces: el «reloj con cara de luna me contempla». Debo inventar frases y más frases para interponer de este modo algo entre mi persona y las miradas de las sirvientas y de los relojes, las miradas insistentes y las miradas indiferentes de lo contrario, me echaré a llorar. Ahí van Luis y Neville, ambos con sobretodos largos; pasan con sus maletas de mano junto a la boletería. Ambos van muy serenos, pero no tienen el aire de todos los días.



—Ahí viene Bernardo —dijo Luis—. Tiene ademanes seguros y fáciles. Camina balanceando su maleta. Seguiré a Bernardo porque él no tiene miedo. Somos empujados desde la boletería hasta la plataforma, igual que ramillas, como briznas de paja que la corriente arrastra alrededor de los pilares de un puente. Allí está la potente locomotora, color verde botella, la máquina sin cuello, sin otra cosa que dorso y muslos, respirando vapor. El jefe de estación toca su silbato: la bandera es girada. Sin esfuerzo, con su propio ímpetu, como una avalancha desencadenada por un breve empujón, nos lanzamos hacia adelante. Bernardo extiende una manta y se pone a hacer sonar sus nudillos. Neville lee. Londres se desmigaja. Londres palpita y se hincha erizado de chimeneas y de torres. Allí se ve una torre blanca; allá un mástil entre los chapiteles. Allí un canal. Ahora surgen espacios abiertos con senderos de asfalto sobre los que resulta extraño ver pasar gente, Allí hay una colina listada de casas rojas. Un hombre atraviesa un puente con un perro pegado a los talones. Ahora, el muchacho vestido de rojo le dispara a un faisán. El muchacho vestido de azul le hace a un lado de un empujón. «Mi tío es el mejor tirador de Inglaterra. Mi primo es montero mayor». Y cada cual se jacta a su manera. Sólo yo no puedo jactarme porque mi padre es banquero en Brisbane y hablo con un acento australiano.

—Después de toda esta batahola —dijo Neville—, después de tanto ajetreo y confusión, hemos llegado. Este es, en verdad, un momento solemne. Yo entro al colegio igual que un señor que viene a tomar posesión de sus dominios. Aquélla es la estatua de nuestro ilustre fundador, erguida en el patio con un pie en el aire. Saludo a nuestro fundador. Una atmósfera de una majestad romana flota sobre estos austeros cuadrángulos. Las luces se han encendido ya en las salas de clase. Aquéllos deben ser los laboratorios y ésta, una biblioteca en la cual exploraré la exactitud de la lengua latina. Inclinado sobre un gran libro, un in—quarto con grandes imágenes, voy a pisar firmemente sobre las frases bien construidas, voy a recitar los sonoros y claros hexámetros de Virgilio y de Lucrecio y a cantar los amores de Catulo con una pasión que no tiene jamás nada de oscuro ni de vago. Iré a tenderme también a los campos entre el

césped cosquilleante. En compañía de mis amigos iré a reposar a la sombra de los olmos majestuosos.

«Atención: ahí viene el Rector. ¡Mas ay! ¡Qué lástima que él produzca una sensación de ridículo! Es demasiado delgado. Es además, demasiado reluciente y demasiado negro: parece una estatua en un jardín público. Y al lado izquierdo de su chaleco tieso y estirado como la piel de un tambor, cuelga un crucifijo.

—El viejo Dr. Crane —dijo Bernardo— tiene una nariz que se asemeja a una montaña durante una puesta de sol y una grieta azul en su barbilla, cual un barranco de madera que algún andarín hubiera incendiado; cual un barranco de madera visto desde la ventanilla de un tren. Se inclina ligeramente enunciando sus palabras sonoras y grandilocuentes. Yo amo las palabras grandilocuentes y sonoras, pero las suyas son demasiado pulidas para poder ser cancelas. Sin embargo, él ha llegado a convencerse a sí mismo de que lo son. Y cuando abandona la sala moviéndose pesadamente y atraviesa el umbral balanceándose igual que un navío, todos los profesores le siguen, caminando con el mismo vaivén. Esta es nuestra primera noche en el colegio. Es la primera noche que dormiremos lejos de nuestras hermanas.

—Esta es mi primera noche en el internado —dijo Susana—. Estoy lejos de mi padre, lejos de mi hogar. Tengo los ojos hinchados de llorar y siento el escozor de nuevas lagrimas que quieren asomar a ellos. Detesto el olor a pino y a linóleo que se respira aquí. Odio los arbustos despojados por el viento y las baldosas higiénicas. Odio las risas, las bromas amistosas y el pulimiento de que se reviste aquí todo el mundo. Antes de partir, confié mi ardilla y mis palomas al muchacho del jardinero. En mi casa se siente golpear la puerta de la cocina y los disparos crepitan entre las hojas cuando Percy tira a las cornejas. Todo es aquí falso; todo es artificioso. Rhoda y Jinny están sentadas lejos de mí, vestidas de sarga café, y tienen los ojos clavados en Miss Lambert, quien se sienta bajo un retrato de la Reina Alejandra leyendo un libro que tiene delante. Si no me

muerdo los labios, si no arrugo mi pañuelo entre los dedos, voy a echarme a llorar.

—El anillo de Miss Lambert despide luces púrpuras —dijo Rhoda— y sus reflejos se proyectan sobre una mancha negra en la página blanca del Libro de Oraciones. Es una luz color de vendimia, una luz apasionada. Ahora que nuestras ropas sacadas de nuestras maletas están ordenadas en nuestros dormitorios, permanecemos sentadas aquí, como un rebaño, debajo de mapas del mundo entero. Hay pozos llenos de tinta en los pupitres sobre los cuales escribiremos con tinta nuestras tareas. Pero aquí yo no existo. Carezco de rostro. Este regimiento de muchachas uniformemente vestidas de sarga café me ha robado mi identidad. Todas somos aquí insensibles, hoscas. Voy a buscarme un rostro, un rostro sereno y monumental, al cual voy a dotar de omnisciencia y lo usaré debajo de mi vestido como un talismán y en seguida (juro hacerlo así) encontraré en el bosque alguna cañada donde podré desplegar, mi colección de tesoros ocultos Me he hecho esta promesa a mí misma; por esto sé que no voy a llorar.

—Aquella mujer morena de pómulos salientes —dijo Jinny— tiene un traje de noche brillante y listado como una concha. Es un traje hermoso para el verano, pero para el invierno yo preferiría un traje vaporoso recamado de hiles rojos que resplandecieran a la lumbre del fuego. Y al encenderse las luces, me pondría mi traje rojo, tenue como un velo, que se enroscaría alrededor de mi cuerpo y se hincha, ría como una ola al entrar yo a la habitación haciendo piruetas. Y, al sentarme en una silla dorada, en el centro de la habitación, mi traje se esparciría a mi alrededor como una flor. Pero Miss Lambert tiene puesto un vestido opaco que cae en una cascada desde su pechera color nieve cuando e instala debajo del retrato de la Reina Alejandra y apoya firmemente un dedo sobre la página blanca para hacernos recitar, al unísono con ella, nuestras oraciones.

—Ahora —dijo Luis—, marchamos de a dos en fondo para entrar ordenadamente, como en una procesión, a la capilla. Me gusta la

penumbra que nos envuelve cuando penetramos al sagrado recinto. Me gusta este desfile ordenado. Siempre guardando la fila, nos sentamos. Al entrar desaparecen todas las distinciones. Me gusta el momento en que, titubeando ligeramente, el Dr. Crane sube al púlpito y lee el sermón en una Biblia abierta sobre el dorso de un águila de bronce. Su grandeza, su autoridad me encantan, hacen dilatarse mi corazón. Él disipa las nubes de polvo que se agitan en mi espíritu trémulo, ignominiosamente agitado, y el recuerdo le las danzas alrededor del Árbol de Pascua de los regalos envueltos en papel. Se habían olvidado del mío; entonces la mujer gruesa exclamó: «¡Este muchachito se ha quedado sin regalo!» Y me dio una brillante bandera inglesa que pendía de la copa del árbol y yo me puse a llorar de furia por haber inspirado su compasión. Pero, todos estos recuerdos se disipan al sentir su autoridad; al ver el crucifijo sobre su pecho experimento la sensación de pisar tierra firme y siento que mis raíces descienden cada vez más hasta enroscarse alrededor del nudo central. A medida que él lee, recupero mi continuidad, me convierto en una figura dentro de la procesión, en un rayo de la inmensa rueda que, fuerza de girar, se eleva de vez en cuando hasta la cumbre. He estado en la oscuridad; he estado escondido: pero, cuando la rueda gira (a medida que él lee), me elevo en esta tenue luz, en la cual percibo vagamente a los muchachos arrodillados, los pilares y las placas conmemorativas. Aquí hay crudezas ni besos furtivos.

—Cuando este bruto reza, amenaza mi libertad —dijo Neville—. Sus palabras frías, desprovistas del calor de la imaginación, caen sobre mi cerebro como ladrillos mientras que su cruz dorada sube y baja sobre su vestón. Todos los dogmas son corrompidos por aquellos que los enuncian. Yo no siento sino mofa y desdén por esta religión triste, por estas figuras trémulas y doloridas que avanzan, cadavéricas y heridas, a lo largo de un camino blanco sombreado de higueras, en el cual muchachos desnudos se arrastran por el polvo y donde, en las puertas de las tabernas, cuelgan vejigas hinchadas de vino. Para la Pascua de Resurrección yo me encontraba en Roma con mi padre, y la figura temblorosa de la Madre de Cristo era

arrastrada en hombros por las calles. En aquella procesión era conducida también la trágica figura de Cristo, en un fanal de vidrio.

«Ahora voy a inclinarme a un lado como para rascarme el muslo y así podré divisar a Percival. Allí está sentado entre los muchachos más pequeños. Su respiración un poco oprimida pasa a través de su nariz griega, y sus ojos azules y tan extrañamente inexpresivos, están clavados en el pilar de enfrente con una indiferencia pagana. Sería un magnífico mayordomo de iglesia. Debería tener una varilla de mimbre para azotar a los niños que se portan mal. El parece formar parte de las frases latinas grabadas sobre estas lápidas. No ve nada; no oye nada. Vive lejos de nosotros, en medio de un universo pagano, ¡Oh, pero acaba de alzar la mano tocándose la nuca! – He ahí gestos que bastan para enamorado a uno locamente y para toda la vida... Dalton, Jones, Edgar y Bateman también se llevan la mano a la nuca, de idéntica manera, pero sin éxito.

—Por fin han terminado los rezongos del Dr. Crane —dijo Bernardo—. El sermón ha concluido y él ha logrado reducir a polvo la danza de las mariposas blancas del umbral. Su voz áspera y veli a se asemeja a un mentón mal afeitado. Ahora regresa a su asiento como un marinero ebrio. Los demás profesores van a tratar de imitar su modo de andar pero como son vulgares y flojos, con sus pantalones grises no conseguirán otra cosa que ponerse en ridículo. No les desprecio. Su aspecto grotesco me inspira más bien piedad. Voy a anotar esta observación en mi libreta para futuras referencias. Cuando sea grande, llevaré siempre conmigo una libreta muy gruesa, provista de muchas hojas y de un índice alfabético para clasificar mis frases. En la letra P, por ejemplo, anotaré «Polvo de mariposas», de modo que si en mi novela tengo que describir el sol en el alféizar de una ventana, buscaré en la letra P y allí encontraré «Polvo de mariposas» lo cual me será útil. «Los dedos verdes del árbol forman una visera a la ventana». Esto también me será útil. Más ¡ay! ¡Cuán pronto me distraigo ante cualquier cosa! : un mechón de cabellos enroscado como un merengue, el libro de oraciones de Celia con sus tapas de marfil. Luis puede pasarse horas contemplando la naturaleza sin pestañear. Pero yo fracaso

apenas me falta el estímulo de las palabras. Cuando el lago de mi pensamiento deja de ser agitado por los remos, ondea apaciblemente y pronto se sumerge en una somnolencia aceitosa». Esta frase también puede serme útil.

—Y ahora —dijo Luis— abandonamos este frío templo para dirigirnos a los amarillos campos de juego. Y como tenemos medio día de asueto (por ser el cumpleaños del Duque), vamos a instalarnos sobre el césped mientras los demás juegan cricket. Si yo pudiera ser «ellos» también jugaría, me cubriría las pantorrillas con canilleras y correrla a la cabeza de mi equipo. ¡Mirad como todo el mundo sigue a Percival!— El es pesado y se abre camino torpemente por entre la alta hierba hasta el sitio donde se alzan los grandes olmos. Su magnificencia es la de un jefe de la Edad Media. A su paso, parece dejar estela de luz sobre la hierba. Mirad como todos le seguimos como un rebaño, cual sus fieles sirvientes prontos a servirle de carne de cañón porque, sin duda, él va a lanzarse en alguna empresa temeraria y perecerá en el campo de batalla. Mi corazón se agita rasgando mis costados como una espada de dos filos: por una parte, adoro su magnificencia, por otra, desprecio su acento descuidado —yo que soy tan superior a él— y me siento dominado por los celos.

—Y ahora —dijo Neville—, dejemos que Bernardo comience. Dejémosle enredarse en las historias que nos cuenta mientras nosotros reposamos tendidos en este lugar. Dejémosle describir lo que todos hemos visto, de manera que su narración parezca la continuación de algo ya oído. Bernardo dice que en todas partes hay historias. Luis es una historia. Hay la historia del lustrador de botas, la historia del hombre tuerto, la historia de la mujer que vende caracoles. Dejémosle enredarse en sus propias historias mientras yo yazgo aquí tendido, observando las piernas forradas con canilleras de los jugadores de cricket a través de la hierba temblorosa. Se diría que el mundo entero estuviese hecho de flotantes líneas curvas: los árboles en la tierra y en el cielo las nubes. A través de las ramas de los árboles contemplo el cielo. Parece que la partida se estuviera jugando allá arriba. Débilmente,

entre las suaves nubes blancas, escucho el grito de: «¡Correr!» o «¡Arbitraje!»— Las nubes parecen perder guedejas de blancura a medida que la brisa las va despeinando. Si aquel azul pudiera durar eternamente, si aquel hueco entre las nubes pudiera durar eternamente, si este instante pudiera durar eternamente—

«Pero Bernardo continúa hablando. Sus imágenes llenan el espacio igual que burbujas: «como un camello» dice «como un ave de rapiña—» El camello es un ave de rapiña; el ave de rapiña es un camello. Porque Bernardo es un alambre que cuelga suelto, pero seductor. Sí, cuando habla, cuando hace sus absurdas comparaciones, uno se siente más ligero, se siente flotar cual si uno mismo fuera también una burbuja, se siente liberado y exclama: «Me he evadido». Incluso los muchachitos mofletudos (Dalton, Larpent y Baker) sienten idéntico abandono y prefieren sus palabras al cricket. Cogen las palabras a medida que ellas burbujan, dejando que el césped, suave como pluma, les cosquillee la nariz. Y de pronto, Percival se nos viene encima, dejándose caer pesadamente entre nosotros. Su extraña risotada parece sancionar nuestra alegría. Pero, he aquí que él también se ha tendido sobre el césped. Creo que está masticando un tallo. Se aburre. Yo también me aburro. En el acto, Bernardo se da cuenta de nuestro aburrimiento y yo adivino en sus frases un esfuerzo, cierta extravagancia, cual si quisiera decir: «¡Vamos, prestadme atención!» Pero Percival replica: «No». Porque él es siempre el primero en discernir una mentira y entonces se torna brutal en exceso. La frase de Bernardo concluye arrastrándose. Sí; éste es el momento terrible en que Bernardo pierde su poder mágico, en que ninguna conclusión se ajusta ya a sus narraciones. El se desmorona, retuerce entre sus dedos un trozo de alambre y, por último, se calla, quedándose con la boca abierta cual si fuera a echarse a llorar., Entre las torturas y catástrofes de la vida, es preciso, pues, incluir ésta: nuestros amigos son incapaces de concluir sus historias.

—Antes de partir —dijo Luis—, antes de ir a tomar el té, tratemos de fijar el minuto presente mediante un supremo esfuerzo de nuestra voluntad. Es preciso que este momento perdure. Vamos a

separarnos: unos irán a tomar el té, otros a jugar tenis y yo iré a mostrar mi ensayo a Mr. Baker. Es preciso que este instante perdure. A través de tantas discordias, de tantos odios (pues yo desprecio a aquellos que se lo pasan enunciando metáforas y al mismo tiempo me irrita intensamente el ascendiente que ejerce Percival), mi espíritu desordenado es puesto en orden por una súbita percepción. Tomo a los árboles y a las nubes como testigos de mi completa integración. Yo, Luis, que estoy destinado a caminar sobre esta tierra durante unos setenta años, aproximadamente, acabo de nacer como un ser integro, de entre los odios y discordias. Aquí, en este lugar, nos hemos sentado en círculo sobre el césped, no junto al otro, unidos por el enorme poder de quién sabe qué fuerza interior. Los árboles se agitan las nubes pasan. Se aproxima el momento en que estos soliloquios se transformarán en diálogos. No siempre hemos de emitir sonidos semejantes a los de un gong que es golpeado por una sensación tras otra. Niños, nuestras vidas han sido semejantes a gongs que alguien golpeaba: recriminaciones y jactancias; gritos de desesperación y choques sobre la nuca en los jardines.

«Ahora el césped y los árboles, el viento que al soplar va abriendo entre las ramas grandes huecos de cielo azul que los árboles vuelven a cubrir sacudiendo las hojas que recuperan su lugar, y este círculo que formamos aquí, sentados los unos junto a los otros, enlazándonos las rodillas con nuestros brazos, todo esto hace entrever un orden de cosas diferente y superior, cuya razón de ser será imperecedera. En este breve segundo, me he dado cuenta de ello y esta noche trataré de fijar esta percepción en palabras, trataré de forjar con ellas un círculo de acero, aun cuando Percival lo destruya todo al marcharse con su andar pesado, aplastando el césped, seguido por los alumnos pequeños que trotan pegados humildemente a sus talones. Y, sin embargo, es a Percival a quienes yo necesito porque es Percival quien inspira a los poetas.

—¡Durante cuántos meses —dijo Susana—, durante cuántos años he subido estas escaleras, en los días lúgubres del invierno y en los días helados de la primavera!— Ahora estamos en pleno verano.



Jinny y yo subimos a cambiarnos trajes blancos para ir a jugar tenis. Rhoda nos sigue. A medida que subo, voy contando los peldaños que quedan atrás como algo definitivamente pasado. En la misma forma, cada noche, arranco del calendario el día que acaba de terminar y hago con él una pelotilla de papel. Hago esto para vengarme, mientras Betty y Clara dicen sus oraciones arrodilladas. Yo no rezo. Yo me vengo del día que acaba de pasar. Sobre su imagen le enrostro mi despecho y mi rencor. «Por fin estás muerto, le digo, ¡día pasado en el internado, día aborrecido!...» Estas gentes han logrado darles a todos los días de junio (y estamos ya en el vigésimo quinto) el mismo aire lustroso, y ordenado, con las mismas campanillas, las mismas lecciones, las mismas órdenes que nos obligan a lavarnos, a cambiarnos de traje, a trabajar, a comer. Nos hacen escuchar a misioneros venidos de la China, nos conducen en breaks sobre calles asfaltadas, a escuchar conciertos y a mostrarnos cuadros y Museos.

«Entretanto, en mi casa, las espigas se mecen sobre los prados. Mi padre fuma acodado en la empalizada. Las puertas se abren y cierran al compás del viento tibio que se desliza por los corredores vacíos. Algún viejo cuadro se balancea quizás sobre un muro. Un pétalo cae de un vaso lleno de rosas. Las carretas de la granja cubren los setos de briznas de heno. Veo todo esto... veo todo esto cada vez que pasa delante del espejo colocado en el descanso de la escalera, precedida por Jinny que danza, mientras Rhoda se arrastra detrás de nosotras... Jinny danza, Jinny danza sin cesar sobre las horribles baldosas de color del hall, gira corriendo detrás de una rueda en el patio, coge una flor prohibida. Y se la coloca detrás de la oreja, y los ojos de Miss Perry llamean de admiración, por Jinny, no por mí... Miss Perry ama a Jinny y yo pude haberla amado, pero ahora ya no amo a nadie, excepto a mi padre, a mis palomas y a la ardilla que dejé enjaulada en casa, confiada a los cuidados del jardinero

—Detesto el pequeño espejo de la escalera —dijo Jinny—, porque sólo podemos vernos la cabeza en él: parece decapitarnos. Y mi boca es demasiado grande y mis ojos están demasiado juntos y,

cuando río, muestro demasiado las encías. Mi rostro es eclipsado por el rostro hosco de Susana con sus ojos verdes que, según decía Bernardo, los poetas amarán verlos posarse sobre una blanca labor. Incluso el rostro lunar y vacío de Rhoda se basta a sí mismo, como esos blancos pétalos que ella solía hacer flotar en su estanque. Por esto, de un solo brinco, las paso a ambas y llego al segundo descanso donde está el espejo grande en el cual puedo contemplarme de cuerpo entero. De una sola mirada abarco en él mi rostro y mi cuerpo porque, a pesar de este trae de sarga, mi rostro y mi cuerpo no son sino uno solo. ¡Mirad: cuándo muevo mi cabeza, mi cuerpo estrecho ondula todo entero y mis piernas delgadas se estremecen como una caña al soplo del viento! Yo me agito entre el rostro duro de Susana y el rostro tan vago de Rhoda: salto como una de esas llamas que corren entre las hendiduras de la tierra. Yo me muevo; yo danzo: yo no ceso jamás de moverme y de danzar. Me agito como la hoja que se movía antaño en el seto y que me asustó cuando era pequeña. Mi danza se proyecta sobre estos muros impersonales, rayados, blanqueados a cal, orlados de un friso amarillo, como el resplandor del fuego sobre la tetera. Yo cojo fuego incluso de los ojos fríos de las mujeres. Cuando leo, un círculo púrpura bordea los trazos negros del libro de clases. Sin embargo, soy incapaz de seguir una palabra a través de sus significados cambiantes; soy incapaz de seguir un pensamiento que se remonta desde el presente al pasado. Yo no me quedo de pie, como Susana, perdida en el recuerdo de mi hogar, con los ojos llenos de lágrimas, ni voy a tenderme como Rhoda entre los helechos que dejan manchas verdes en su delantal de algodón rosado, para soñar con plantas que florecen bajo el mar y con rocas entre las cuales nadan lentamente los peces. Yo no sueño.

«Pero, démonos prisa. Quiero ser la primera en quitar, me este uniforme áspero. He aquí mis medias blancas y limpias. He aquí mis zapatos nuevos. Anudo ahora mis cabellos con una cinta blanca de modo que, dentro de un momento, cuando corra detrás de la pelota, la cinta relucirá como un río de plata que se enroscará alrededor de mi cuello. Y, ni un solo cabello estará en desorden».

—Es mi rostro el que veo en el espejo detrás del hombro de Susana —dijo Rhoda—. Sí, es mi rostro, pero voy a esconderme detrás de ella a fin de ocultarlo, porque yo no estoy presente. Yo carezco de rostro. Las demás muchachas tienen un rostro: Susana y Jinny tienen un rostro: ellas están presentes. El mundo en que ellas viven es un mundo real. Los objetos que ellas levantan tienen peso. Ellas dicen: «Sí»: ellas dicen: «No», en tanto que yo vacilo y me dejo ver íntegramente en el espacio de un segundo. Si ellas se cruzan con una camarera, ésta las mira sin reírse en sus propias narices como lo hacen conmigo. Cuando alguien les dirige la palabra, ellas saben qué cosa deben responder. Ellas ríen de verdad y se irritan de verdad mientras que yo tengo que observar lo que hacen los demás para en seguida poder imitarles.

«Vea con cuán extraordinaria seguridad se coloca Jinny sus medias simplemente para ir a jugar tenis. ¡Cómo la admiro!— Pero prefiero los modales de Susana, porque es mas resuelta que Jinny y menos ávida de llamar la atención. Ambas me desprecian porque las imito, pero a veces Susana me enseña, por ejemplo, la manera de hacer un lazo, mientras que Jinny se guarda para sí todo lo que sabe. Ambas tienen amigas junto a las cuales van a sentarse para cuchichearse secretos al oído. Yo, en cambio, sólo me asocio a nombres y a rostros que acumulo como amuletos contra posibles desastres. Escojo en el vestíbulo algún rostro desconocido y, cuando aquella cuyo nombre ignoro se sienta frente a mí, apenas puedo beber mi té. Me sofoco. Soy lanzada de un lado a otro por la violencia de mi emoción. Imagino a estos seres desprovistos de nombre, a estos seres inmaculados, observándome detrás de los arbustos. Yo salto muy alto para despertar su admiración. Por la noche, en mi cama, me entretengo en provocar su más rendida admiración. A menudo me veo morir atravesada por flechas, a fin de hacerlas prorrumpir en lágrimas. Si por ventura les oigo decir, o si me entero por las etiquetas pegadas a sus maletas que pasaron las vacaciones últimas en Scarborough, toda la ciudad se transforma en oro, todas las calles se iluminan. Por eso aborrezco los espejos que me muestran mi verdadero rostro. Cuando estoy sola, caigo a menudo en el vacío. Debo plantar firmemente mi pie sobre el borde

del mundo, a fin de no caer en la nada. Debo golpearme la cabeza contra alguna puerta dura para obligarme a entrar de nuevo en mi propio cuerpo.

—Estamos atrasadas —dijo Susana—. Ahora deberemos esperar nuestro turno para jugar. Vamos a tendernos sobre el césped y a simular que observamos el juego de Jinny y de Clara, de Betty y de Mavis. Pero yo no las observaré detesto mirar el juego de los demás. Voy a cargar los objetos que me rodean de significados detestables y a enterrarlos lo más hondo que me sea posible. Este guijarro reluciente es Madame Carlo y voy a enterrarla a causa de sus maneras zalameras y serviles y a causa de la moneda de diez céntimos que me dio para obligarme a tener los nudillos planos cuando toco escalas en el piano. He enterrado su moneda. De buenas ganas enterraría este colegio entero con su gimnasio, su sala de estudio, el comedor que huele siempre a grasa y su capilla. Enterraría las baldosas rojizas y los retratos al óleo de los viejos señores que han sido benefactores y fundadores de colegios. Hay, sin embargo, algunos árboles que amo: el cerezo, con su corteza cubierta de resina, y también el panorama que se extiende desde el granero hasta las colinas lejanas. Aparte de esto, enterraría con gusto todo lo demás, del mismo modo que entierro ahora estos feos guijarros esparcidos a lo largo de esta orilla salobre con sus embarcaderos y excursionistas. En mi casa, las olas cubren millas y millas de longitud y en las noches de invierno las sentimos romperse en la orilla. El año pasado, para Navidad, ellas ahogaron a un hombre que estaba sentado solo en su carreta.

—Cuando pasa Miss Lambert conversando con el clérigo —dijo Rhoda—, las demás muchachas se mofan de ella a sus espaldas e imitan su joroba; sin embargo, su presencia todo lo transforma y lo torna luminoso. Incluso Jinny brinca más alto cuando pasa Miss Lambert. Si ella posa sus ojos sobre una margarita, la flor se transforma. Doquiera que ella vaya, las cosas se transforman al contacto de sus miradas, y no obstante, ¿cómo es posible que las cosas vuelvan a ser lo que eran después que ella ha pasado?... Miss Lambert franquea la barrera y conduce al clérigo a su pequeño

jardín privado. Cuando llegue junto al estanque, ella verá una rana posada sobre una hoja y esta rana va a transformarse. Cuando ella se detiene, semejante a una estatua en una alcoba, todo se torna solemne y pálido. Ella deja caer su capa de seda orlada de largas franjas y sólo su anillo continúa brillando, su anillo de amatista, su anillo color de vendimia. Las gentes se tornan misteriosas cuando nos abandonan. Cuando se alejan, yo puedo acompañarlas hasta el estanque y revestirlas de majestad.

«Las margaritas se transforman cuando Miss Lambert pasa y todo parece incendiarse cuando ella corta el asado. A medida que transcurren los meses, las cosas que me rodean comienzan a perder su rudeza: mi cuerpo mismo se ablanda como la cera junto a una llama. Yo sueño— sueño—»

—He ganado la partida —dijo Jinny—. Es vuestro turno ahora. Voy a tirarme al suelo agitada de haber corrido tanto de haber triunfado. Todo dentro de mi cuerpo parece haberse tornado liviano y claro con esta carrera y este triunfo. Mi sangre debe estar roja de haber sido batida, golpeada contra mis costados. Las plantas de mis pies vibran cual si estuvieran atravesadas por alambres eléctricos. Percibo distintamente cada brizna de hierba. Pero mis sienas laten, mi pulso late detrás de mis párpados, con el ruido de un tambor. Todo danza: las redes, el césped: vuestros rostros giran como mariposas y los árboles parecen saltar. Nada es firme, nada es definitivo en este universo. Todo es movimiento, todo es danza, todo es vértigo y triunfo. Y, sin embargo, mientras estoy tendida sola sobre el césped observando vuestro juego, comienzo a sentir el deseo de ser elegida, de ser llamada, de ser conducida lejos por alguien que venga a buscarme, por alguien que se sienta atraído hacia mí, que no pueda separarse de mi lado, que esté muy próximo a mí cuando yo me siento en mi silla dorada y mi traje ondula a mis pies, como una flor. Y luego, atrayéndome hacia algún rincón, hacia la sombra de un balcón en que estemos solos, conversaremos largamente.

«La marea comienza a descender. Los árboles afirman nuevamente sus raíces en la tierra. Las olas de sangre que golpeaban mis costados se apaciguan y mi corazón echa anclas, semejante a un barco cuyas velas se deslizan, cayendo suavemente sobre el puente immaculado. El juego ha concluido. Es hora de ir a tomar el té».

La pandilla de jactanciosos se ha marchado finalmente a jugar cricket —dijo Luis—. Se han marchado en el gran break cantando en coro. Todos vuelven la cabeza simultáneamente en el instante en que van a desaparecer detrás del bosquecillo de laureles. Sin duda, se habrán puesto a jactarse de nuevo: el hermano de Larpent jugó fútbol con el equipo de Oxford: el padre de Smith completó cien puntos en el match de Lord. Archie y Hugo: Parker y Dalton: Larpent y Smith. Luego, los mismos nombres se repiten nuevamente: Archie y Hugo, Parker y Dalton: Larpent y Smith: los nombres son siempre los mismos. Ellos son scouts, juegan cricket: son miembros de la Sociedad de Historia Natural. Andan siempre en bandas y desfilan de a cuatro, llevando insignias en sus gorras y haciendo un saludo simultáneo al pasar junto al retrato de su jefe. ¡Cuán majestuoso es su orden, cuán hermosa su obediencia! Si yo pudiera seguirles, si pudiera estar entre ellos, sacrificaría con gusto todo lo que sé. Pero ellos maltratan a las mariposas, les arrancan las alas y arrojan a los rincones pañuelos sucios y manchados de sangre. Ellos hacen llorar a los niños pequeños en los corredores oscuros. Tienen grandes orejas rojas que sobresalen bajo sus gorras. Sin embargo, Nerine y yo querríamos parecernos a ellos— Yo les miro pasar con envidia. Escondido detrás de alguna cortina, observo con deleite la simultaneidad de sus movimientos. Si sus piernas reforzaran las mías ¡cómo correría yo con ellos! Si yo anduviera en su compañía si hubiera ganado partidas de cricket con ellos y hubiera remado en las grandes regatas y hubiera galopado con ellos el día entero, ¡cómo cantarían canciones a voz en cuello por las noches! ¡Qué torrente de palabras brotaría entonces de mi garganta!

—Percival se ha marchado —dijo Neville—. No piensa en otra cosa que en el match. Ni siquiera nos hizo un saludo con la mano cuando el break desapareció detrás del arbusto de laureles. Me desprecia

porque soy demasiado débil para tomar parte en el juego (a pesar de que se muestra siempre bondadoso ante mi debilidad). Me desprecia por que no me inquieto por saber si van a ganar o a perder, excepto en la medida en que él mismo se inquieta. El acepta mi devoción temblorosa y servil, acepta la oferta que le hago de mí mismo, yo que le desprecio por su inferioridad mental. Porque ni siquiera es capaz de leer. Sin embargo, cuando leo a Shakespeare o a Catulo tendido sobre el césped, él comprende mejor que Luis. No entiende el sentido de las palabras— pero, ¿qué son las palabras? ¿Acaso no se yo rimar, acaso no puedo imitar a Pope, a Dryden e incluso a Shakespeare? Pero soy incapaz de permanecer todo el día a pleno sol, con los ojos fijos en la pelota; soy incapaz de sentir pasar la pelota junto a mi cuerpo y no pensar en otra cosa que en ella. Toda mi vida permaneceré aferrado a los bordes de las palabras— Sin embargo, me sería imposible vivir con Percival y soportar su estupidez. Sin duda, debe ser grosero y debe roncar al dormir. Se casará y hará escenas de ternura por la mañana, a la hora del desayuno. Pero ahora es joven y nada, ni siquiera una hebra de hilo, ni una hola de papel, se interpone entre él y el sol, entre él y la lluvia, entre la luna y él cuando yace desnudo, ardoroso, hecho un ovillo en su lecho. En este momento, mientras el break se desliza sobre el camino, su rostro se mancha de rojo y amarillo. En breve se quitará el vestón, se pondrá de pie con las piernas separadas, las manos listas, vigilando la barrera. Y en su interior rezará: «¡Dios mío, permitid que ganemos!—» La victoria de su equipo será su único pensamiento.

«En cambio yo, ¿cómo podría ir yo en su break a jugar cricket? Sólo Bernardo está capacitado para acompañarlos, pero Bernardo se atrasa siempre. Sus incorregibles accesos de ensoñación le impiden ir con ellos. Mientras se lava las manos se detiene para decirse: «Una mosca ha sido cogida en aquella telaraña. ¿Qué haré: rescataré a la mosca o dejaré que se la coma la araña?...» Y así se pasa la vida sumido en innumerables perplejidades que le impiden ir a jugar cricket. Y si fuera, se tendería en el césped a observar el cielo y se levantaría cuando la pelota hubiera sido ya lanzada. Pero

ellos le perdonarían porque él se pondría enseguida a contarles una historia.

—Ya se han marchado—dijo Bernardo—, y yo me he retasado demasiado para poder alcanzarles. Estos muchachitos insoportables, pero tan hermosos, a los cuales Luis y tú también, Neville, envidiáis tanto, se han marchado moviendo todos la cabeza simultáneamente. Pero yo soy insensible a vuestras sutiles distinciones. Mis dedos se deslizan sobre el teclado sin saber si las notas son negras o blancas. Archie logra reunir fácilmente los cien puntos; yo solamente, por una casualidad, logró hacer quince. Pero, ¿cuál es la diferencia entre nosotros?— Aguarda, Neville, déjame hablar. Las burbujas de mis palabras suben como las burbujas de plata del fondo de la cacerola: una imagen sucede a la otra. Yo no puedo permanecer inclinado sobre un libro con una tenacidad feroz, como Luis. Yo debo abrir la puerta a mi pequeña trampa y soltar la cadena de frases con las cuales relaciono los acontecimientos, de suerte que la incoherencia es reemplazada por una hebra sinuosa que une ligeramente las cosas. Os voy a contar una historia acerca del Rector.

«Cuando el Dr. Crane atraviesa balanceándose como un buque el umbral de la puerta, una vez que han concluido las oraciones, parece convencido de su inmensa superioridad, en realidad, Neville, no podemos negar que su partida, no solamente nos proporciona una sensación de alivio, sino también la sensación de que algo nos falta, como cuando nos han sacado una muela. Sigámosle ahora hasta sus aposentos privados. Imaginémosle en el acto de desvestirse en su tocador que queda encima de las caballerizas. Se quita las ligas (no descuidemos los detalles triviales, pero íntimos). En seguida, con un gesto característico (es difícil evitar las frases hechas y no sé por qué ellas están aquí en su lugar), saca de su bolsillo las monedas de plata y de cobre y las deposita sobre su mesa. Enseguida, apoyando ambas manos en los brazos de su sillón, se pone a reflexionar. (Este es el momento en que está a solas consigo mismo: es en este momento cuando debemos sorprenderle.) ¿Franqueará o no franqueará la pasarela rosa que



conduce a su cámara conyugal? Ambas habitaciones están unidas por una pasarela de luz rosada proyectada por la lámpara situada junto a la cabecera de Mrs. Crane, quien, con su cabellera esparcida sobre las almohadas, lee un volumen de Memorias de la Corte de Francia. A medida que lee se pasa las manos por entre los cabellos con un gesto de desesperación y suspira al comparar su vida con la de alguna duquesa francesa. «Dentro de dos años, voy a presentar mi expediente de retiro», se dice mientras tanto el Doctor Crane. «Entonces, me iré a vivir al campo y me dedicaré a cortar tejos en mi jardín. Yo debí haber sido un almirante o un magistrado, no un maestro de escuela. ¿Qué destino — piensa mirando fijamente la llama de gas, y encorvando la espalda en una forma que nosotros no le hemos visto aún jamás (recordemos que está en mangas de camisa)—, ¿qué destino me ha conducido a esto? ¿Que fuerzas irresistibles?— prosigue dando rienda suelta a sus frases altisonantes, mientras vuelve la cabeza para mirar por sobre su hombro hacia la ventana. Es una noche de tempestad: las ramas de los castaños se agitan en el aire nocturno y, a través de ellas, brillan las estrellas. «¿Que vastas fuerzas, buenas o malas, me han conducido hasta aquí?», se pregunta advirtiendo con tristeza que la pata del sillón ha concluido por hacer un hoyo en la espesura de la alfombra roja. Y dejándose caer en el mismo sillón, continúa reflexionando de esta suerte mientras agita sus tirantes. Pero las historias que siguen a las personas hasta sus habitaciones privadas son difíciles y yo no puedo realmente continuar ésta. Me pongo a retorcer un alambre y a hacer girar cuatro o cinco monedas dentro del bolsillo de mi pantalón .

—Las historias de Bernardo me divierten al principio —dijo Neville—. Pero, cuando se alargan absurdamente y él se queda de pronto con la boca abierta, retorciendo entre los dedos un alambre, siento mi propia soledad. Bernardo ve a todo el mundo con contornos difusos. He aquí la razón por la cual no puedo hablarle de Percival. No puedo confiar mi absurda y violenta pasión a su comprensión y simpatía. Con ella también haría una «historia». Necesito de alguien a quien el colmo de lo absurdo le resulte sublime y para quien el cordón de un zapato sea algo adorable. ¿A quién puedo exponer la

urgencia de mi propia pasión? Luis es demasiado frío, demasiado universal. No hay nadie aquí, entre estas columnas grises, entre estos palomos cuyo arrullo suena como un lamento y donde todo: los juegos y las tradiciones y la emulación. Ha sido hábilmente organizado como para impedir que nos sintamos solos. Y no obstante, me he detenido en medio de mi paseo, invadido por repentinos presentimientos acerca del porvenir. Ayer, al pasar junto a la puerta que conduce a la parte reservada del jardín, vi a Fenwick alzando su martillo. En medio del césped había un samovar del que brotaba un hilo de vapor. Había parterres de flores azules, De pronto, me sentí invadido por un oscuro y místico sentimiento de adoración, de la perfección que triunfa sobre el caos. Nadie vio mi figura inmóvil y atenta detenida en el umbral. Nadie adivinó la necesidad que yo experimentaba de ofrendar mi ser a un dios y de perecer y desaparecer enseguida. Su martillo descendió; la visión se esfumó.

«¿Iré a buscar algún árbol bajo cuya sombra cobijarme? ¿Debo abandonar estas salas de estudio y bibliotecas y la ancha página amarilla, en la que leo a Catulo, por los bosques y los campos? ¿Debo vagar bajo las hayas, o a orillas del río en cuyas aguas se reflejan los árboles enlazados cual amantes? Pero la naturaleza es demasiado vegetal, demasiado vaga. Ella sólo posee sublimes inmensidades y agua y hojas. Comienzo a desear la intimidad de una habitación iluminada por el fuego de la chimenea y el cuerpo de un solo ser.

—Yo comienzo a desear que caiga la noche —dijo Luis—. En este momento, mientras apoyo mi mano en la puerta de encina de Mr. Wickham y me dispongo a entrar en su habitación, se me ocurre que soy el amigo de Richelieu o el Duque de Saint—Simón que va a presentarle una tabaquera al propio Rey. Tal es mi privilegio. Mis comentarios llenos de agudeza e ingenio «se propagan como fuego griego» por la corte. Las duquesas se arrancan las esmeraldas de sus orejas en un raptó de admiración— Pero este género de fuego fatuo no estalla bien sino en la oscuridad de la noche, en mi lecho. Ahora, no soy sino un muchacho que habla con un acento colonial y

que con la mano posada en la puerta con panneaux de vieja encina, sé dispone a entrar en la habitación de Mr. Wickham. El día ha estado lleno de ignominia y de triunfos que he disimulado por temor a las risas burlonas. Soy el mejor alumno de la escuela. Pero cuando cae la obscuridad, dejo a un lado mi cuerpo poco envidiable, mi nariz demasiado prominente, mis labios delgados, mi acento colonial y habito en el espacio. Soy entonces el compañero de Virgilio y de Platón. Soy entonces el último vástago de una de las más antiguas familias de Francia. Pero soy también aquel que se obliga a si mismo a abandonar estos territorios bañados por la luna y azotados por el viento, estos dominios de medianoche, para afrontar la puerta de encina. Yo he de realizar en mi vida (y quiera Dios que ella no sea demasiado larga) la tarea gigantesca de amalgamar estas dos discrepancias tan cruelmente visibles en mi. Lo he de conseguir a fuerza de sufrimiento. He golpeado a esta puerta. Voy a entrar.

—He arrancado ya todas las hojas del mes de mayo y de junio — dijo Susana— y veinte días de julio. Las he arrancado y he formado con ellas una pelotilla, de modo que ya no existen, excepto como un peso sobre mi corazón. Han sido días truncos, semejantes a mariposas nocturnas con sus alas quemadas, incapaces de emprender el vuelo. Sólo me quedan ocho días aquí; dentro; de ocho días, descenderé del tren y saltaré a la plataforma a las seis veinticinco. Entonces mi libertad desplegará sus alas desprendiéndose de todas las restricciones que las tenían trabadas: de las horas de disciplina, de la rutina de los días, de la obligación de estar aquí y allá a horas determinadas. La vida comenzará de nuevo el día en que, al abrir la portezuela del tren, vea a mi padre con su viejo sombrero y sus polainas. Voy a estremecerme de emoción, voy a echarme a llorar. Y, a la mañana siguiente, me levantaré al amanecer. Saldré por la puerta de la cocina e iré a pasearme por el campo. Grandes caballos montados por fantasmas galoparán detrás de mí y se detendrán súbitamente. Veré a las golondrinas rozar la hierba. Me dejaré caer sobre la tierra húmeda, junto al río, y contemplaré a los peces deslizándose entre las cañas. Las agujas de los pinos dejarán sus huellas en las palmas de mis

manos. Allí voy a poder entreabrir y examinar de cerca esta cosa dura que ha crecido aquí dentro de mí durante todos estos inviernos y veranos, en las escaleras y en los dormitorios. Yo no quiero, como Jinny, ser admirada. Yo no quiero que la gente alce sus ojos en éxtasis al entrar yo a una habitación. Yo quiero dar y que me den, y quiero la soledad para desplegar en ella mis posesiones—

«Después regresaré a casa por las avenidas temblorosas, bajo los arcos de las hojas de los nogales. En el camino, encontraré a alguna vieja empujando un coche de niño, cargado de leños, y también al pastor. Pero no nos hablaremos. Entraré a la casa por la puerta de la huerta y veré las hojas encorvadas de los repollos salpicadas de rocío y la casa en el fondo del jardín, con sus ventanas ciegas por las cortinas que las cubren. Subiré a mi habitación y pasaré revista a mis tesoros cuidadosamente guardados en el armario: mis conchas, y huevos de pájaros y mis hojas y hierbas raras. Daré de comer a mis palomas y a mi ardilla. Iré a la caseta del perro a peinar a mi mastín. Y así, poco a poco, lograré desprenderme de esta cosa dura que me ha oprimido el corazón. Pero aquí, en el colegio, suenan todo el tiempo campanillas y, se oye el ruido de pasos que van y vienen perpetuamente.

—Odio la oscuridad y el sueño y la noche —dijo Jinny—. Acostada en mi lecho, anhelo que llegue el día. Desearía que la semana fuera un largo día sin divisiones. Cuando despierto temprano al canto de los pájaros, yazgo tendida en mi lecho observando cómo las perillas de bronce de la cómoda, luego el lavatorio, luego el portatoallas comienzan a brillar con la luz del día. A medida que cada cosa en el dormitorio adquiere contorno, mi corazón late más deprisa. Siento que mi cuerpo se endurece y se torna rosado, pardo, ocre— Mis manos palpan sus curvas y redondeces. Me gusta sentir resonar el gong a través de la casa y que todo comienza a agitarse: aquí un ruido sordo, allá un rápido murmullo. Las puertas se abren y se cierran; se siente el ruido del agua. «¡Un nuevo día que comienza, un nuevo día!», exclamo saltando del lecho. Quizás sea un día magullado, un día imperfecto. A menudo me riñen, me reprenden

por mi pereza, por reír demasiado: pero incluso cuando Miss Matthews me reprocha mi negligencia, yo percibo algo que se mueve: un rayo de sol sobre algún cuadro o el asno que arrastra la segadora por el prado; o la vela de un barco que pasa a través de las ramas del laurel, de modo que jamás me siento abandonada y nadie puede impedirme que haga piruetas a espaldas de Miss Matthews durante las oraciones.

«Además, se acerca ya el momento en que abandonaremos el colegio y nos vestiremos de largo. Tendré entonces collares y un traje de noche blanco y escotado. Asistiré a fiestas en salones brillantemente iluminados, y un hombre me escogerá entre todas para decirme lo que jamás le ha dicho a ninguna. Me preferirá a Susana y a Rhoda porque encontrará en mí cierta cualidad, cierto atractivo peculiar. Pero yo no consentiré en atarme a un solo ser. No quiero ser amarrada, encadenada. Tiemblo, me estremezco como la hoja en el seto mientras, sentada sobre el borde del lecho con los pies colgando, aguardo que se abra el nuevo día. Tengo cincuenta años que gastar, tengo todo un tesoro de años todavía intacto. Esto no es sino el comienzo.

—He de esperar largas horas —dijo Rhoda— antes de poder apagar la luz y yacer, suspendida en mi lecho, por encima del mundo, antes de que descienda la noche, antes de poder dejar crecer mis árboles cuyos verdes pabellones se estremecen sobre mi cabeza. Aquí no puedo hacerlos crecer. Las gentes los derriban con sus preguntas, con sus interrupciones—

«Ahora iré a la sala de baño, me quitaré mis zapatos y me lavaré. Mientras me lavo, con la cabeza inclinada sobre el lavatorio, veo flotar sobre mis hombros el manto de la Emperatriz de todas las Rusias. Los diamantes de la corona imperial resplandecen sobre mi frente. Al acercarme al balcón siento el rugido de la muchedumbre hostil. Ahora me enjugo las manos vigorosamente, a fin de que la Miss cuyo nombre se me olvida, no pueda sospechar que estor agitando mi puño ante la muchedumbre enfurecida. «¡Miserables,

soy vuestra Emperatriz—» les grito en una actitud desafiante. No tengo miedo, y triunfo sobre ellos.

«Pero esto no es sino un frágil sueño, no es sino un árbol de papel que Miss Lambert hace volar de un soplo. El solo hecho de verla desapareciendo por el fondo de algún corredor basta para esfumarlo todo. Mi sueño imperial no es sólido, no me satisface. Una vez que se ha esfumado, me deja temblando de frío aquí, en este corredor. Las cosas comienzan a perder su color. Voy a ir a la biblioteca en busca de algún libro. Me pondré a leer, en seguida alzaré los ojos y me quedaré ensimismada mirando algún objeto y volveré a mi lectura y otra vez tornaré a quedarme ensimismada— Aquí hay un poema sobre un seto. Vagaré por él cogiendo flores: verdes enredaderas, rosas silvestres y blancas primaveras color de luna. Las cogeré entre mis manos y las depositaré sobre la reluciente superficie del escritorio. Me sentaré a la orilla del río, sobre la hierba que tiembla, a contemplar los nenúfares grandes y brillantes que iluminan con su resplandor húmedo, semejante a los rayos de la luna, la encina que se alza en medio del seto. Voy a coger flores con las cuales haré una guirnalda para ofrendársela... ¡oh!, ¿a quién?— Algo detiene bruscamente el fluido mismo de mi vida: el río rápido tropieza contra un obstáculo; todo se agita, todo es sacudido; no sé qué nudo duro en el centro resiste... ¡Oh, este dolor, esta angustia! Sucumbo a él, pierdo la conciencia... Ahora mi queso se funde, mis lazos se aflojan, me torno incandescente... el río logra expandirse por fin en una vasta marea fertilizante, abriendo las esclusas insinuándose con fuerza en los repliegues del suelo, inundando libremente la tierra. ¿A quién daré todo esto que fluye dentro de mi a través de mi cuerpo tibio y poroso? Voy a hacer una guirnalda con mas flores para ofrendársela— ¡Oh!, ¿a quién—?

«Marineros y parejas de enamorados se pasean por la explanada, los ómnibus se dirigen hacia la ciudad por el camino a orillas del mar. Yo voy a dar, voy a enriquecer a alguien, voy a entregar al mundo esta belleza. Voy a hacer una guirnalda con mis flores y avanzaré con mi mano extendida para ofrendársela— ¡Oh!, ¿a quién...?

—Este es el último día del último trimestre —dijo Luis—. Neville, Bernardo y yo hemos recibido ya todo lo que nuestros profesores tenían que darnos, La presentación ha sido hecha: hemos trabado conocimiento con el mundo. Ellos se quedan: nosotros partimos. El Rector, a quien yo reverencio entre todos los hombres, ha avanzado con ese balanceo que le caracteriza, por entre las mesas cargadas de volúmenes y ha distribuido a Horacio, Tennyson, las obras completas de Keats y, de Matthew Arnold con sus respectivas dedicatorias. Yo respeto la mano que distribuye estos libros. El habla con absoluta convicción. Para él, todo cuanto dice es verdad aun cuando nosotros no estemos de acuerdo al respecto. Con una voz velada por la emoción, tiernamente, apasionadamente, acaba de decirnos que estamos a punto de abandonar estas aulas y, nos ha rogado «que nos comportemos como hombres». (En sus labios suenan igualmente magníficas las citas de la Biblia y las del Times.) Algunos están destinados a hacer esto en la vida: otros aquello. Algunos no volverán a encontrarse jamás. Neville, Bernardo y yo, no volveremos a vernos nunca más dentro de este recinto. La vida va a separarnos pero hemos formado ciertos lazos Nuestros años de inconsciencia, nuestros años de infancia han terminado. Pero hemos forzado ciertos eslabones. Y, por sobre todo, hemos heredado tradiciones. Estas baldosas de piedra han sido pisadas desde hace seiscientos años. En estas murallas están inscritos los nombres de guerreros, de estadistas y de algunos poetas desdichados. (El no figuraría entre ellos.) ¡Benditas sean todas las tradiciones, todas las protecciones, todas las restricciones! Os estoy agradecido, hombres vestidos de negro, y a vosotros, muertos insignes, que nos habéis guiado, que nos habéis preservado. Sin embargo, después de todo, el problema subsiste. No se ha logrado amalgamar los contrastes. Las flores asoman sus corolas por las ventanas. Veo pájaros salvajes y siento agitarse dentro de mí instintos más salvajes que el más salvaje de los pájaros. Mis ojos son hoscos; mis labios están firmemente apretados. Los pájaros vuelan; las flores danzan, pero percibo constantemente el ruido monótono que hacen las olas al romperse sobre la orilla y la enorme bestia encadenada en la playa que golpea y golpea la orilla con su pata enorme—

—Esta es la ceremonia final —dijo Bernardo—. Esta es la última de las ceremonias y todos nos sentimos invadidos por extraños sentimientos. El jefe de estación sujeta su bandera y se apronta para dar con su silbato la señal de la partida: en un minuto más, el tren partirá exhalando su vapor. Uno querría decir algo, experimentar algún sentimiento que fuera adecuado a las circunstancias, pero algo traba nuestro espíritu y sella nuestros labios. Y de pronto, una abeja comienza a revolotear y a zumbear alrededor de las flores del ramillete que le ha sido ofrecido a Lady Hampton, la esposa del General, y que ella aspira constantemente a fin de demostrar que ha sido sensible al homenaje. ¿Y si la abeja le picara la nariz? Todos nos sentimos profundamente conmovidos y sin embargo irreverentes: contritos y no obstante ansiosos de que todo concluya de una vez y, al mismo tiempo, poco deseosos de separarnos. La abeja nos distrae: su vuelo indiferente parece mofarse de la intensidad de nuestra emoción. Zumbando vagamente, rozando vagamente todas las cosas, se posa finalmente en un clavel. Muchos de nosotros no volveremos a encontrarnos nunca más. Ciertas cosas perderán su sabor ahora que seremos libres de ir a acostarnos o de permanecer en pie, ahora que ya no tendré necesidad de introducir clandestinamente cabos de vela o libros obscenos. La abeja revolotea en este momento por encima de la cabeza del Rector. Siento afecto por algunos de estos muchachos: Larpent, John, Archie, Percival, Baker y Smith. Entre ellos, sólo he conocido a uno bruto y no he detestado sino a un canalla. Gozo ahora retrospectivamente de mis desayunos en la mesa del Rector, durante los cuales nos servían miel y tostadas y yo me sentía horriblemente confundido. El es el único que no se da cuenta de la abeja. Si ella se posara en su nariz, la espantaría con un gesto magnífico. Por fin ha salido con la broma que tenía preparada de antemano; su voz se quiebra, pero no del todo. Ahora Luis, Neville y yo recibimos nuestra despedida definitiva. Cogemos nuestros libros de premio, en cuyas portadas relucientes están inscritos nuestros nombres con una letra cursiva y escolástica. Nos levantamos, nos dispersamos: la presión disminuye. La abeja se ha convertido en un insecto insignificante y desdeñado, que se lanza



por la vea, tan a abierta y se pierde en la oscuridad. Partimos mañana.

—Estamos a punto de partir —dijo Neville—. He aquí mis maletas, y he aquí nuestros carruajes. Allí está Percival con su sombrero de fieltro. Él me olvidará. Dejará mis cartas sin respuesta, desparramadas entre fusiles y perros de caza. Yo le enviaré mis poemas y él me responderá quizás con alguna tarjeta postal. Pero precisamente por esto le amo, Yo le propondré que nos encontremos un día, bajo un reloj o en alguna encrucijada, y esperaré en vano, pues no acudirá a la cita. Por esto le amo. Displicente, casi totalmente ignorante de lo que él ha sido para mí, pasará de mi vida. Y, por extraño que ello parezca, yo, por mi parte, entraré en otras vidas: esto es solamente una escapada, un simple prelude. Ya comienzo a sentir, aun cuando no puedo soportar las frases grandilocuentes y la falsa emoción del Rector, que se aproximan cosas que hasta aquí sólo habíamos percibido débilmente. Seré libre de entrar en el jardín donde Penwick alza su martillo: los que me han despreciado, tendrán que reconocer mi soberanía. Pero, por alguna inescrutable ley de mi ser. La soberanía y la posesión del poder no serán suficientes: siempre continuaré deslizándome detrás de un cortinaje al seno de la intimidad, en busca de algunas palabras murmuradas en la soledad. Y así me marcho de aquí, vacilante, pero lleno de orgullo, atormentado por el presentimiento de sufrimientos intolerables y, sin embargo, seguro de descubrir, al fin, el objeto de mis deseos. Por última vez percibo la estatua de nuestro piadoso fundador: su cabeza está rodeada de un vuelo de palomas. Ellas continuarán girando incesantemente a su alrededor, en una aureola blanca, mientras el órgano gemirá en la capilla. Iré a comprar mi boleto y cuando haya encontrado mi lugar en el rincón de nuestro compartimiento reservado, alzaré mi libro a la altura de mis ojos para ocultar una lágrima y para poder observar, para poder espiar un rostro. Este es el primer día de vacaciones.

—Este es el primer día de vacaciones —dijo Susana—. Pero el día es todavía un paquete sellado. No lo examinare hasta que no

descienda del tren al atardecer. Ni siquiera lo aspiraré hasta no haber aspirado el aire verde y frío de los campos. Pero, felizmente, éstos no son ya los campos del colegio: éstos no son los cercos del colegio: los hombres en estos campos trabajan de verdad llenando carretas de heno y aquéllas son vacas de verdad: ellas no se asemejan a las vacas del colegio. Sin embargo siento todavía en las narices el olor del desinfectante de los corredores y de las salas de clases blanqueadas a cal. Todavía tengo en los ojos el resplandor de la superficie barnizada y reluciente de los parquets. Debo esperar que los campos y cercos y los bosques y los rieles del ferrocarril salpicados de ramas espinosas y los vagones y los túneles y los jardines suburbanos donde las mujeres extienden la ropa recién lavada y luego más campos y niños balanceándose en las tranqueras, sepulten, lo más profundamente que sea posible, este colegio que he aborrecido.

«Yo no voy a enviar a mis hijos al colegio ni pasaré una sola noche de mi vida en Londres. Aquí, en esta enorme estación, los menores ruidos repercuten y se pierden en sonoros ecos. La luz es como la luz amarilla que se filtra a través de las persianas. Jinny vive aquí. Jinny saca a pasear a su perro sobre estos pavimentos. Las gentes caminan aquí por las calles con un apresuramiento silencioso y no miran otra cosa que los escaparates. Sus cabezas se inclinan y vuelven a alzarse casi todas a la misma altura. Las calles están entrelazadas con alambres de telégrafo. Las casas son todas de vidrio de festones relucientes. No se ve desde el tren otra cosa que puertas cocheras y cortinajes de encajes, pilares y columnas, y peldaños de mármol blanco. Pero ya salimos de Londres y he aquí de nuevo los campos y las casas y las mujeres tendiendo ropa recién lavada y árboles y más campos. Londres se vela, desaparece, se desmorona, se derrumba— El olor del desinfectante y de madera barnizada comienza a extinguirse, Ahora huelo heno y campos de trigo, y amapolas. Deshago un paquete atado con un nudo de algodón. Las cáscaras de huevo se deslizan en la hendedura de entre mis rodillas. Ahora el tren se detiene en todas las estaciones y descarga tarros de leche. Aquí las mujeres se ayudan mutuamente y suben con canastos. Voy a asomarme a la

ventanilla. El aire frío, el aire salado con olor a campos de berzas, penetra violentamente por mi nariz hasta mi garganta. Allí está mi padre. Me vuelve la espalda y conversa con un campesino. Yo me echo a temblar y a llorar. Allí está mi padre son sus polainas. Ahí está mi padre.

—Estoy confortablemente sentada en mi rincón en el expreso del norte —dijo Jinny—, en este tren rugiente que se desliza, sin embargo, con tanta suavidad aplastando los setos y alargando las colinas. Pasamos como un relámpago por delante de los semáforos haciendo balancearse suavemente la tierra. La distancia se cierra para siempre en un punto. El horizonte se cierra sin cesar delante de nosotros y nosotros volvemos a abrir una brecha en él. Los postes telegráficos surgen y desaparecen. Ahora nos precipitamos dentro del túnel. El señor que es mi vecino sube la ventanilla del compartimiento y yo veo reflejarse imágenes a lo largo del túnel, en el vidrio resplandeciente. El señor baja el periódico que leía y sonrío al reflejo de mi imagen en el túnel. En el acto, instintivamente, mi cuerpo palpita bajo su mirada. Mi cuerpo posee una existencia propia. Y ahora el vidrio negro se ha tornado de nuevo verde: hemos salido del túnel. El señor vuelve a su periódico, pero nuestros cuerpos han cambiado ya su mutua aprobación. Existe, pues, una gran sociedad de los cuerpos, en la cual el mío acaba de ser introducido; mi cuerpo acaba de entrar al salón ornado con muebles dorados. Mirad: todas las ventanas de las villas danzan con sus blancas persianas, y los hombres sentados a orillas de los campos de trigo con sus pañuelos azules moteados de puntos blancos experimentan, como yo, sensaciones de calor y alegría. Uno de ellos agita su pañuelo al vernos pasar. Los jardines de estas villas tienen glorietas y parterres de flores y hay en ellos jóvenes en mangas de camisa trepados sobre escaleras podando rosas. Un hombre galopa por los campos. Al pasar nosotros junto a él, su caballo se encabrita y el jinete se vuelve a mirarnos. Nuevamente penetramos rugiendo en la oscuridad. Echando mi cabeza hacia atrás, me abandono a la alegría del momento, pienso que al final del túnel, entraré a una habitación iluminada por lámparas brillantes y me dejaré caer en un sillón, admirada por todos, con mi traje

flotante. ¡Oh, pero— cuidado! Al alzar los ojos he percibido la mirada irritada de una mujer que sospecha mi alegría. Mi cuerpo se cierra impertinentemente ante ella, igual que un quitasol. Pues yo abro y cierro mi cuerpo a voluntad. La vida comienza. Tomo posesión, desde este momento, de mi tesoro en la vida.

—Este es el primer día de vacaciones —dijo Rhoda—. Y ahora, mientras el tren pasa junto a estas rocas rojas, junto a este mar azul, el período escolar que acaba de terminar adquiere forma detrás de mí. Veo su color. Junio era blanco. Veo los campos blancos de margaritas, y los trajes blancos, y las canchas de tenis marcadas con rayas blancas, Luego vino el viento y los truenos. Una noche, hubo una estrella cabalgando entre las nubes y yo le dije a la estrella: «Consúmeme». Esto fue a mediados del verano, después de aquel garden—party y de la humillación que sufrí entonces. El viento y las tempestades colorearon julio. Y también en el centro de él. estuvo el horrible y cadavérico cenagal del patio que tuve que atravesar, apretando el sobre en mi mano, aquella vez que me ordenaron llevar un mensaje. Llegué hasta el cenagal y no pude atravesarlo. Perdí la noción de quién era yo. «Somos nada», dije y me desplomé. Me sentí arrastrar como una pluma que flotaba a lo largo de los túneles. Entonces, cautelosamente, avancé el pie. Apoyé mi mano sobre una muralla de ladrillo y regresé dolorosamente, haciéndome entrar a mi propio cuerpo y atravesando el espacio gris y cadavérico del lodazal. Esta es, pues, la vida a la cual estoy condenada.

«Desprendo, pues, el período de verano con sacudidas intermitentes, repentinas como el salto de un tigre, la vida emerge pesadamente, alzando su cresta oscura de entre las profundidades del mar. A semejante monstruo estamos atados, como cuerpos enganchados a potros salvajes. Sin embargo, hemos inventado maneras de llenar las hendeduras y disimular las grietas. Aquí viene el inspector de boletos. Hay en este tren dos hombres y tres mujeres: hay también un gato en un canasto y estoy yo con mi codo apoyado en el alféizar de la ventanilla: éste constituye el momento presente y el sitio en que estamos. Y seguimos avanzando,

abriéndonos camino a través de susurrantes campos de trigo dorado. Las mujeres que trabajan en los campos se quedan mirándonos sorprendidas de ser dejadas atrás. El tren comienza a subir ahora y su marcha se torna pesada y su respiración oprimida, Por fin hemos llegado a lo alto del páramo. Sólo algunas ovejas viven aquí y algunos poneys de melenas enmarañadas; no obstante, estamos rodeados del más grande confort: tenemos mesitas para extender nuestros periódicos y anillos para colocar nuestros vasos. Transportamos estos objetos con nosotros a través del páramo. Ahora estamos en la cumbre. El silencio va a cerrarse detrás de nosotros. Si miro hacia atrás, por encima de esta cabeza calva, puedo ver el silencio que ya se cierra y la sombra de las nubes que se persiguen por encima del páramo. El silencio se cierra sobre nuestro paso fugaz. Este es, me digo, el momento presente: es el primer día de vacaciones. Todo esto forma parte del monstruo que emerge de entre las olas y al cual estamos atados.

—Hemos aquí en pleno viaje —dijo Luis—. Por el momento, estoy suspendido en el aire, sin arraigo alguno. No nos encontramos en parte alguna. Estamos atravesando Inglaterra en un tren. Inglaterra se desliza junto a la ventanilla y el paisaje cambia incesantemente de montaña a campo, de ríos y sauces a ciudades. Y yo no veo tierra firme delante de mí. Bernardo y Neville, Percival, Archie, Larpent y Baker van a Oxford o a Cambridge, a Edimburgo, Roma, París, Berlín o a alguna universidad norteamericana. En cuanto a mí, me marcho al hacer vagamente dinero. Por esto una sombra dolorosa, un acento patético caen sobre la pelusa dorada de los árboles, sobre estos campos de amapolas, sobre estas espigas ondulantes que jamás se pasan de sus límites y que se agitan temblorosamente dentro de sus cercos. Este es el primer día de una nueva vida, un nuevo eje de la rueda que sube. Pero mi cuerpo pasa a través de ella como la sombra errante de un pájaro. Yo pasaría como la sombra que se oscurece rápidamente sobre los prados, se desvanece y muere en el límite de la selva, si no fuera porque obligo a mi cerebro a trabajar: me obligo a mí mismo a fijar, aunque sólo sea en un verso de un poema no escrito, este instante; a anotar, a señalar esta pulgada de la larga historia que comenzó en

Egipto, en tiempo de los faraones, cuando las mujeres llevaban ánforas rojas al Nilo. Paréceme que hubiera vivido ya millares de años. Pero, si cierro mis ojos, si no logro percibir dónde se juntan el pasado y el presente y que estoy sentado en un vagón de tercera clase, en un tren lleno de muchachos que regresan a pasar las vacaciones a sus casas, un momento de la historia humana será defraudado de su visión. Sus ojos que quieren ver a través de mí, se cerrarían si yo me durmiera ahora por pereza o cobardía, sepultándome en el pasado, en la oscuridad, o si me sometiera, como lo hace Bernardo, narrando historias; o si me vanagloriase, como hacen Percival, Archie, Juan, Walter, Lathom, Larpent, Roper, Smith. Los nombres de los jactanciosos son siempre los mismos. Todos se vanaglorian, todos charlan, excepto Neville, quien desliza de vez en cuando una mirada por sobre el borde de alguna novela francesa, tal como se deslizará siempre él mismo a habitaciones con mullidos cojines y alumbradas por el fuego, con muchos libros y un amigo, mientras yo me meceré en una silla de oficina detrás de un libro de contabilidad. Con el tiempo me convertiré en un hombre amargado y me burlaré de mis antiguos camaradas, pues les envidiaré sus vidas transcurridas a lo largo de rutas tradicionales y seguras, a la sombra de viejos tejos amarillos, mientras que yo tendré que al, terna con comerciantes y empleados y recorreré los pavimentos de la Bolsa.

«Pero en este momento, desencarnado, desprovisto de domicilio, pasando junto a campos (he ahí un río; un hombre pesca; más allá una espiral; allí la calle de una aldea con su posada de ventanas góticas), todo me parece confuso como en un sueño. Estos pensamientos ásperos, esta envidia, esta amargura, no logran adentrarse en mí. Soy el fantasma de Luis, soy un efímero transeúnte en cuyo pensamiento sólo tienen cabida los sueños y el murmullo de los jardines cuando al amanecer los pétalos flotan en las profundidades sin fondo y los pájaros cantan. Corro a salpicarme con las brillantes aguas de la infancia. Su tenue velo se estremece. Pero la bestia encadenada pateo y pateo en la playa.

—Luis y Neville están silenciosos —dijo Bernardo—. Ambos parecen absorbidos. Ambos sienten la presencia de las gentes extrañas como una muralla aisladora; yo, en cambio, al encontrarme en compañía de extraños, siento inmediatamente brotar de mis labios las palabras como espirales de humo. Es como si se aplicara un fósforo a un fuego: algo se enciende. Acaba de subir al tren un hombre entrado en años y al parecer próspero. Y, en el acto, deseo aproximarme a él; no puedo tolerar la sensación de su presencia fría no asimilada aún a la nuestra. Yo no creo en el aislamiento. No estamos solos. Además, deseo agregar notas a mi colección de valiosas observaciones acerca de la verdadera naturaleza de la vida humana. Mi libro abarcará sin duda varios volúmenes y comprenderá todas las variedades conocidas de hombres y mujeres. Lleno mi mente con todo lo que está contenido en una habitación o en el vagón de un tren, como quien llena de tinta su lapicera fuente. Mi sed es inextinguible. Ahora comienzo a sentir, mediante signos imperceptibles, que no puedo interpretar todavía, pero que descifraré más adelante, que la desconfianza de este señor está a punto de deshacerse. Su soledad muestra síntomas de romperse. Acaba de hacer una observación acerca de alguna casa de campo. Un anillo de humo brota de mis labios (le hablo de las cosechas) y le rodeo obligándole a entrar en contacto. La voz humana posee la virtud de desarmar a los demás. Es que solos somos incompletos y así, a medida que cambiamos algunas observaciones amables acerca de las casas de campo, yo moldeo a mi interlocutor hasta darle una forma concreta. Debe ser un marido indulgente, pero infiel: algún constructor que tiene bajo sus órdenes a un pequeño grupo de hombres. En la localidad en que reside es un personaje de importancia; es sin duda consejero municipal y quizás con el tiempo llegará a ser alcalde. De la cadena de su reloj cuelga un gran adorno de coral, semejante a un doble diente partido en las raíces. Walter J. Trumble es el nombre que le quedaría bien. Ha estado en los Estados Unidos, adonde ha ido en viaje de negocios con su esposa y donde una habitación de un pequeño hotel le costó el salario de todo un mes. En uno de sus incisivos brilla una cápsula de oro.

«Es el hecho que yo tengo pocas aptitudes para la meditación. Yo necesito lo concreto en todas las cosas. Sólo así adquiero contacto con el mundo. Una buena frase, sin embargo, tiene ante mis ojos una vida independiente, pero es probable que las mejores sean las que se forjan en la soledad. Ellas requieren yo no sé qué refrigeración final que yo soy incapaz de darles, y de aquí que me sumerja todo el tiempo en palabras tibias y solubles. Mi método, sin embargo, tiene ciertas ventajas sobre el de Luis y Neville. Neville, por ejemplo, se siente repelido por la grosería de Trumble, y Luis, lanzando miradas al azar, avanzando con pasos desdeñosos de cigüeña, parece que recogiera las palabras con tenacillas para el azúcar. Es verdad que sus ojos hoscos, burlones y desesperados, expresan algo cuya profundidad nosotros no hemos podido medir. Hay, tanto en Luis como en Neville, cierta precisión, cierta exactitud que yo admiro, pero que no poseeré jamás. Pero, se acerca el momento en que es preciso actuar: vamos a entrar a una estación donde yo debo cambiar de tren. Debo trasladarme a un tren que va a Edimburgo. Me es imposible posar los dedos sobre este hecho que se ha depositado entre mis pensamientos como un botón desprendido o una pequeña moneda. ¡Ah!, aquí viene el viejo que recoge los boletos. Yo tenía uno, no cabe duda de ello. Pero no importa. Tal vez lo encuentre y tal vez no. Examino mi libreta de notas. Busco en mis bolsillos. Estas son las cosas que vienen a interrumpir incesantemente el proceso en el cual estoy eternamente ocupado, de encontrar la frase perfecta que describa» con precisión, este momento.

—Bernardo se ha ido sin su boleto —dijo Neville—. Se nos ha escapado con una de sus frases, agitando la mano. El charlaba con tanta confianza con el chalan o con el plomero, como con nosotros. El plomero le acogió con admiración pensando que si él tuviera un hijo como Bernardo, le gustaría enviarle a Oxford. Pero, ¿qué era lo que sentía Bernardo por el plomero? ¿Deseaba otra cosa fuera de proseguir con la historia que está eternamente narrándose a sí mismo? La comenzó siendo muy pequeño, cuando hacía bolitas con las migas de pan. Una miga era un hombre, otra era una mujer. Todos nosotros somos migas. Todos nosotros somos frases en la



historia de Bernardo, cosas que él anota en su libreta bajo la letra A o B. El narra nuestras historias con extraordinaria comprensión, excepto en lo que atañe a nuestros sentimientos. Porque él no nos necesita. No está jamás a nuestra merced. Hele allí agitando los brazos en la plataforma. El tren ha partido sin él. Ha perdido su boleto, pero no le importa. Hablará a la moza de la posada acerca de la naturaleza del destino humano. Nosotros estamos ya lejos y él nos habrá olvidado: hemos desaparecido de su mundo y proseguimos llenos de sensaciones que se retardan, de sensaciones agrisadas, ya que, en cierto modo, Bernardo es digno de lástima con sus frases a medio concluir y su boleto perdido; es también digno de ser amado.

«Ahora finjo sumirme nuevamente en mi lectura; alzo mi libro hasta ocultar con él mis ojos. Pero me es imposible leer en presencia de chalanes y de plomeros. No poseo el don de granjearme la benevolencia de las gentes. No admiro a aquel hombre y él no me admira a mí. Pero quiero, por lo menos, ser honrado; quiero reservarme el derecho de denunciar a este mundo lleno de seres obtusos, preocupados de naderías, satisfechos de sí mismos; quiero denunciar estos asientos de crin; estas fotografías coloreadas de diques y desfiles. Siento impulsos de gritar contra la satisfacción atildada de las gentes, contra la mediocridad de este mundo que alimenta a chalanes con adornos de coral colgando de la cadena del reloj. Siento dentro de mí una fuerza que les consumirá íntegramente. Mi risa les hará retorcerse en sus asientos; les hará huir de mi presencia dando alaridos. Pero no: ellos son inmortales. Ellos triunfan. Ellos me imposibilitarán para leer a Catulo en un vagón de tercera clase. Me empujarán en octubre a refugiarme en alguna de las universidades donde me graduaré, y enseguida visitaré Grecia con mis colegas y dictaré conferencias entre las ruinas del Partenón. Sería preferible criar caballos y vivir en alguna de esas villas rojas a deslizarse como un gusano entre las calaveras de Sófocles y de Eurípides en compañía de una esposa cultivada, de una de esas mujeres universitarias. Este será, sin embargo, mi destino y por ello sufriré. Ya a los dieciocho años soy capaz de sentir tal desdén por los chalanes que ellos me aborrecen. Pero éste

es mi triunfo: yo no transijo con semejante gente. No soy tímido, no tengo acento provinciano. Yo no me torturo, como Luis, ante el temor de lo que los demás pensarán «de mi padre que es banquero en Brisbane».

«Ahora nos acercamos al centro del mundo civilizado. Aparecen los gasómetros familiares y los jardines públicos intersectados de senderos de asfalto. Sobre la hierba se tienden los enamorados boca con boca, sin pudor alguno. Percival debe estar ya cerca de Escocia; su tren atraviesa las landas rojizas y él ve en estos momentos la larga línea de las montañas que separan a Escocia de Inglaterra y la muralla romana. Percival es de los que leen novelas policiales y, no obstante, lo comprende todo.

«El tren comienza a disminuir su velocidad a medida que nos aproximamos a Londres, y mi corazón también parece detenerse lleno de temor, de exultación. Estoy a punto de encontrar— ¿qué? ¿Qué extraordinaria aventura me aguarda entre estos camiones del correo, entre estas multitudes de gentes que hacen detener taxis? Me siento insignificante, perdido, pero lleno de exultación. Con una suave sacudida nos detenemos. Dejaré que los demás desciendan antes que yo. Permaneceré sentado todavía un instante antes de emerger en medio del caos, de aquel tumulto. No quiero anticiparme a lo que es inevitable. El rumor inmenso llena mis oídos y resuena bajo este techo de cristal como el rugido del mar. Somos arrastrados sobre el pavimento con nuestras valijas de mano. Marejadas de gente nos separan a unos de otros. El sentido de mi propia identidad y mi desprecio por poco perecen en medio del tumulto. Me siento arrastrado, empujado, sumergido, proyectado hacia el cielo. Poso el pie sobre la plataforma, oprimiendo firmemente en mi mano todo lo que poseo en el mundo: una valija.

El sol continuaba ascendiendo. Rayas amarillas y verdes caían sobre la playa, doraban los flancos de la canoa roída, poniendo un resplandor azul acerado sobre el cardo marino y sus hojas acorazadas. La luz atravesaba casi las delgadas olas rápidas que se perseguían en forma de abanico sobre la orilla. La muchacha que

había sacudido la cabeza haciendo danzar todas las joyas, el topacio, el aguamarina y todos los alegres colores del mar atravesados por chispas de fuego, apartó ahora los cabellos de su frente y, con sus grandes ojos muy abiertos, trazó un camino sobre las olas, cuyos chispazos estremecidos cesaron, ellas no formaban ya sino una sola masa; sus concavidades verdes se tornaron más profundas y más sombrías, atravesadas quizás por cardúmenes de peces errantes. Al romperse y retroceder, dejaban tras sí un borde negro de briznas de paja, de corchos y trozos de madera, cual si alguna ligera chalupa hubiera naufragado, se hubiera roto y el marinero, nadando hacia la orilla hubiera saltado al risco dejando abandonado, a las olas, su frágil cargamento.

En el jardín, los pájaros que al alba habían cantado al azar, espasmódicamente, sobre aquel árbol, sobre aquel arbusto, cantaban ahora en coro con una voz clara y aguda; ora todos juntos cual conscientes de la presencia de sus compañeros, ora solos, cual si se dirigieran al pálido cielo azul, y alzaban el vuelo, con un solo golpe de ala, cuando el gato negro irrumpía por entre los arbustos o cuando la cocinera los hacía sobresaltarse arrojando cenizas sobre el montón de basura. Su canto estaba lleno de temor, de aprensión del dolor y del sentimiento de una alegría que era preciso arrebatarse a toda prisa al instante presente. Enseguida todos cantaban tratando de emularse en el aire limpio de la mañana, volando muy alto por encima de los olmos, persiguiéndose, picoteándose unos a otros a medida que giraban en pleno espacio. Después, fatigados de perseguirse, de votar, descendían con gracia, inclinándose dulcemente hacia el suelo, y se posaban silenciosamente sobre un árbol, sobre el muro, mientras sus ojos brillantes lanzaban rápidas miradas y sus cabezas se volvían aquí y allá, prodigiosamente atentos, intensamente conscientes de un objeto en particular.

Tal vez se trataba de algún gusano que se alzaba sobre la hierba como una catedral gris, como un gran edificio incendiado, marcado por círculos sombríos, en la sombra verde de la grama. O quizás veían el esplendor de las flores que esparcían su fluido resplandor rojo sobre los parterres, a través de los cuales se formaba una serie

de arcos te sombra púrpura entre los tallos. O bien sus miradas se posaban sobre las pequeñas hojas brillantes del manzano, danzantes, pero reservadas, tiesas y relucientes entre sus flores teñidas de rosa. Tal vez veían una gota de lluvia caer sobre el seto y permanecer allí suspendida, sin desprenderse, conteniendo en ella la imagen de la casa entera y de los altos olmos; o bien, se quedaban contemplando fijamente el sol y sus ojos se convertían en granos de oro.

Sus ojos, volviéndose de un lado a otro, descendían finalmente más abajo, entre las flores, hasta las sombrías avenidas del tenebroso universo donde se pudren las hojas y caen los pétalos. Entonces uno de ellos, lleno de un soberbio impulso, se posaba cuidadosamente en el suelo, hundía el pico en el cuerpo blando, monstruoso e indefenso de un gusano, lo horadaba por todas partes y lo abandonaba enseguida a la podredumbre. Allá abajo, entre las raíces, entre las flores corrompidas, flotaban bocanadas de olores muertos, sobre el flanco hinchado turgente y pustuloso de las cosas se formaban gotas. La piel de las frutas podridas se rompía y un pus demasiado espeso para correr brotaba de las hendeduras. Las babosas dejaban tras sí secreciones amarillas y, a veces, un cuerpo informe, con una cabeza en cada extremo, se deslizaba lentamente por el suelo. Los pájaros de ojos de oro se lanzaban bajo las hojas y observaban burlescamente aquella purulencia, aquella humedad. De vez en cuando, hundían salvajemente sus picos en aquella mezcla glutinosa.

Finalmente, el sol llegó a la altura de la ventana, tocando el cortinaje orlado de rojo, y sacó a luz círculos y líneas. La blancura de la luz naciente se instaló en el fondo del plato y su resplandor se condensó en el filo del cuchillo. Las sillas y aparadores se diseñaron en el fondo en tal forma que, aunque separados unos de otros, parecían inextricablemente enlazados. En el muro, el estanque del espejo se cubrió de blancura. La flor viva sobre el borde de la ventana estaba escoltada por un fantasma de flor. Sin embargo, el fantasma formaba parte de la flor, pues, cuando un botón se abría,

otro botón parecido se abría también sobre la flor más pálida del espejo.

El viento se alzó. Las olas resonaron sobre la playa como tambores, semejantes a guerreros que, cubiertos con turbantes y blandiendo azagayas envenenadas, ser precipitaran al encuentro de los corderillos blancos.

—La complejidad de las cosas me parece cada día más grande aquí, en la Universidad —dijo Bernardo—. La agitación y la presión de la vida son extremas y la excitación producida por el mero hecho de vivir aumenta sin cesar. Cada hora, algo nuevo es desentrañado del fondo de esta gigantesca caja de sorpresas. ¿Qué soy yo? me pregunto. ¿Esto? No; soy aquello. Especialmente en este instante, en que acabo de abandonar una habitación llena de gente que charlaba para venir a pasearme a este sitio donde las baldosas resuenan bajo mi paso solitario y a contemplar la luna que se alza sublimemente, indiferentemente, por sobre la antigua capilla. Aquí me parece evidente que no soy. Uno y simple, sino múltiple y complejo, Bernardo, que es en público un charlador infatigable, es un ser reservado en la intimidad. Esto es lo que ellos no comprenden, porque ahora están indudablemente hablando de mí, analizándome, diciendo que me les escapo, que soy escurridizo, Ellos no comprenden que yo debo efectuar diferentes transacciones, que debo ocultar las entradas y salidas de varios hombres diferentes que representan alternativamente su papel de Bernardo. Yo me doy cuenta de todas las circunstancias de la vida de los demás y no puedo leer un libro en un vagón de un tren sin preguntarme: ¿Es aquel hombre un constructor? ¿Es aquella mujer desdichada? Hoy día, por ejemplo, me di cuenta perfectamente de que el pobre Simes comprendía que, con su rostro granujiento, tenía muy remotas esperanzas de producir una buena impresión sobre Billy Jackson. Comprendiendo esto dolorosamente, le invité comer con una obsequiosidad que él atribuirá a una admiración que estoy lejos de sentir. Esta es una de las facetas de mi carácter. Pero «unida a una sensibilidad de mujer» (estoy citando una frase de mi futuro biógrafo), «Bernardo poseía la sobriedad lógica de un hombre».

Ahora bien, la gente que produce una sola impresión sobre los demás y que es por lo general buena (pues parece existir una virtud en la simplicidad), es aquella que preserva el equilibrio en pleno río, a una distancia igual de ambas orillas. (Me imagino en el acto un cardumen de peces pasándose los unos a los otros con las narices vueltas en la misma dirección). Canon, Lycett, Peters, Hawkins, Larpent, todos ellos son peces que nadan con la corriente. Pero TU me comprendes, TU, mi YO que acudes cada vez que te llamo (¡qué experiencia tan atroz sería llamar sin que nadie acudiera!; eso haría vacías las campanadas de medianoche y explicaría la expresión que tienen los viejos en los clubes: ellos han renunciado a llamar a un YO que rehusa acudir), TU comprendes que yo estoy sólo superficialmente representado por mis palabras de esta noche. En el fondo y en el momento en que me opongo más violentamente a los demás, experimento la sensación de un acuerdo. Simpatizo efusivamente con todo el mundo; pero también me instalo como un sapo en un hoyo, para recibir los acontecimientos con una frialdad perfecta. Muy pocos de entre vosotros, los que estáis en este momento discutiendo y analizando mi personalidad, tenéis la capacidad de sentir y de razonar al mismo tiempo. Lycett, por ejemplo, se apasiona por la caza de liebres: Hawkins ha pasado toda la tarde estudiando en la biblioteca. Peters está enamorado de una muchacha que trabaja en la biblioteca circulante. Todos vosotros estáis comprometidos, envueltos, cogidos enteramente por el juego, todos, excepto Neville, cuyo espíritu es demasiado complejo para consagrarse a una sola forma de actividad. Yo también soy demasiado complejo. En mí, algo permanece flotante, libre de todo lazo.

«Y ahora, como una demostración de mi susceptibilidad a la atmósfera, en el momento en que entro en mi habitación y enciendo la luz y veo la hoja de papel, la mesa y mi bata arrojada negligentemente sobre el respaldo de la silla, siento que me convierto en ese personaje osado y reflexivo a la vez, audaz y peligroso que, quitándose rápidamente el sobre todo, coge su pluma y escribe precipitadamente una carta de amor a la muchacha de la cual está apasionadamente enamorado.

«Sí es el momento propicio. Me siento inspirado. Ahora podré escribir de un tirón la carta que he comenzado tantas veces. Acabo de entrar: me he despojado de mi sobretodo y mi bastón y escribo lo primero que me acude a la cabeza sin preocuparme siquiera de enderezar el papel. Va a ser una pequeña obra maestra y es preciso que ella se dé cuenta de que ha sido escrita sin una pausa, sin una corrección. Ved cuán informes son mis letras, e incluso ha caído sobre el papel una pequeña mancha de tinta, Pero, es preciso sacrificarlo todo a la rapidez y al desorden. Voy a escribir con una pequeña letra rápida, cursiva, exagerando la línea que une el ángulo de la Y y tildando la T así— con trazo grueso y arrogante. La fecha será solamente martes 17 y un signo de interrogación. Pero, al mismo tiempo, debo producirle, a ella, la impresión de que, a pesar del abandono de la carta escrita por EL (ya que este personaje no soy yo), ella esta llena de insinuaciones sutiles y respetuosas acerca de nuestra intimidad. Debo aludir a conversaciones que hemos tenido juntos y evocar alguna escena cuyo recuerdo ha sido celosamente guardado. Pero debo parecerle capaz de pasar de un tema a otro con la mayor facilidad del mundo (esto es muy importante). De la descripción del servicio fúnebre en memoria del hombre que se ahogó hace poco (para lo cual ya tengo pensada una frase) pasaré a la de Mrs. Moffat, la mujer que arregla mi habitación, y sus dichos (de los que he tomado nota) y, finalmente, haré algunas reflexiones que parecerán surgidas al azar, pero que estarán llenas de profundidad (la crítica más profunda es la que se lanza a menudo así al azar) sobre algún libro que estoy leyendo, algún libro poco conocido— Quiero que ella se diga, al peinarse los cabellos delante del espejo o al apagar la luz: «¿Dónde he leído esto? ¡Ah, ya, en la carta de Bernardo!» Lo que quiero obtener es un efecto de rapidez, de fluidez, de calor, de un río de frases que broten una tras otra como la lava de un volcán— ¿En quién estoy pensando? ¡Bah, en Byron, naturalmente! Y, es que, en cierto modo, yo me asemejo a Byron. Quizás la lectura de una o dos páginas de Byron me ayudará a ponerme en la vena necesaria. A ver, leamos esta página. No, es un poco pesada: esta otra es confusa. Esta otra es demasiado ceremoniosa. Aquí he encontrado lo que buscaba. Comienzo a sentir su ritmo en mi cerebro (en literatura el ritmo lo es

todo). Ahora voy a poder escribir sin detenerme, sin alzar un segundo la pluma del papel—

«Pero, mi mano cae inerte sobre la hoja. La inspiración se ha agotado. No he logrado avivar mi espíritu lo suficientemente para llenar las transiciones. Mi verdadero Yo se separa de mi Yo ficticio y si me pongo a escribirle ahora, ella se dirá: «Bernardo está posando de literato, Bernardo está pensando en su futura biografía» (lo cual es verdad). No, escribiré esta carta mañana, inmediatamente después del desayuno.

«Ahora, voy a llenar mi espíritu de imágenes inventadas a placer. Voy a suponer, por ejemplo, que soy invitado a pasar algunos días en Restover, cerca de King<sup>TM</sup>s Laughton, a tres millas de la estación de Langley, y que llego allí a la hora del crepúsculo. En el patio de esta vieja casona de aspecto distinguido hay dos o tres perros temerosos, de patas largas. Alfombras desteñidas cubren el piso del vestíbulo: un caballero de aspecto militar se pasea por la terraza fumando una pipa. Son gentes muy bien, pero sin fortuna, y tienen parientes en el ejército. El casco de un caballo de caza favorito yace sobre un escritorio. «¿Monta usted a caballo?» «¡Oh, sí, señor, adoro la equitación!» «Mi hija nos espera en el salón». Mi corazón palpita de ansiedad. Ella está de pie junto a una mesa baja; acaba de regresar de una cacería y partida de caza y masca un sandwich con el desplante de un muchacho. Yo hago una excelente impresión sobre el coronel. No me cree demasiado inteligente y tengo buenos modales. Además, sé jugar al billar. Enseguida aparece la simpática fámula que está desde hace treinta años con la familia. Los platos están ornados de un dibujo que representa pájaros orientales con largas colas de colores. Sobre la chimenea cuelga un retrato de la madre vestida de muselina. Puedo seguir describiendo así el ambiente con una facilidad extraordinaria. Pero, ¿cómo poner en movimiento a los actores? ¿Soy capaz de oír su voz, el tono preciso con el cual, cuando estamos solos, ella dice: ¿»Bernardo»? ¿Y después— que?



«La verdad es que yo necesito del estímulo de las gentes. Solo, inclinado sobre mi fuego extinguido, percibo demasiado claramente los lados débiles de mis historias. El verdadero novelista, el ser humano perfectamente simple, podría seguir imaginando indefinidamente. Él no tendría que hacer síntesis, como yo. No experimentaría tan agudamente esta sensación aniquiladora de cenizas heladas en una chimenea sin fuego. Un cortinaje espeso me cubre los ojos. Todo se vuelve impenetrable y ya no puedo inventar nada.

«Quiero concentrarme: en general, este ha sido un buen día. La gota que se forma cada noche sobre el tejado del alma, es redonda, multicolor. La mañana fue hermosa; por la tarde hice un paseo. Me gusta percibir los campanarios de las iglesias a través de los campos grises. Me gusta observar por sobre los hombros de las gentes. Las ideas germinaron continuamente en mi cerebro. Estuve ocurrente, sutil. Después de comida, estuve brillante. Di forma concreta a muchas cosas que habíamos observado vagamente acerca de nuestros comunes amigos. Logré salvar con facilidad todas las transiciones Pero ahora, mientras estoy sentado junto a estas cenizas grises, con sus promontorios desnudos de carbón, debo formularme la pregunta final: de todos estos Yo, ¿cuál es realmente el mío? Tanto depende del ambiente en el cual me encuentro De todos estos «Bernardos», ¿cuál es el que hace aparición en este momento? Un hombre fiel, desilusionado, pero no amargado. Un hombre sin edad ni posición definida en la vida. Simplemente Yo. Es este hombre el que ahora coge el tizón y remueve las cenizas para hacerlas caer como una lluvia a través de la rejilla. «¡Dios, qué polvareda!», se dice a sí mismo observándolas caer. Y agrega lúgubrementemente, pero a guisa de consuelo; «Mrs. Moffat vendrá mañana a limpiar todo esto»— Me imagino que me repetiré a menudo esta frase a través de mi paso ruidoso por la vida: «No importa. Mrs. Moffat vendrá a limpiar todo esto». Y ahora, vamos a acostarnos .

—En un mundo que contiene el momento presente, ¿para qué analizar? —dijo Neville—. A nada deberíamos dar un nombre, a

menos que, al hacerlo así, lo transformáramos. Abandonémonos por un instante en esta ribera en medio de esta belleza, al placer de existir. El sol es ardiente. Veo el río y los árboles manchados y tostados en la luz otoñal. Los barcos se deslizan a través del rojo y del verde. A lo lejos repica una campana, pero no toca a muerto. Hay también campanas que repican a la vida. Una hoja se desprende en su exceso de alegría. ¡Oh, estoy enamorado de la vida!... ¡Mirad cómo el sauce dispara sus ramas contra el cielo! A través de ellas percibo un bote que pasa, cargado de hombres jóvenes, indolentes, despreocupados y robustos. Escuchan un gramófono y comen frutas que sacan de bolsitas de papel, arrojando luego al río las cáscaras de plátano que se hunden en el agua como anguilas. Todo lo que ellos hacen es hermoso. El ambiente en que viven está ornado de bibelots y porcelanas, sus habitaciones están llenas de recuerdos de partidas de pesca y de oleografías baratas, pero ellos lo han transformado todo en belleza. El bote pasa debajo del puente. Le sigue otro. Y otro. Ahí va Percival, perezosamente reclinado sobre cojines, monolítico en su reposo gigante. Pero no, es uno de sus satélites que se esfuerza por imitar su aspecto monolítico, su reposo gigante. Él es el único que no se da cuenta de sus trucos y, cuando los sorprende en alguno de ellos, los zarandea bonachonamente con su manaza. Ellos también han pasado bajo el puente a través de «las fuentes de las ramas colgantes», a través de sus pequeñas pinceladas de amarillo y violeta. La brisa se agita: la cortina se estremece: veo detrás de las hojas los edificios solemnes y, sin embargo, eternamente alegres, que parecen porosos, ingravidos, ligeros, a pesar de haber estado incrustados desde tiempos inmemoriales en este césped antiguo. Ahora comienza a palpitar dentro de mí el ritmo familiar; palabras que han yacido dormidas se alzan, agitan las cabezas y vuelven a caer y a enderezarse de nuevo y así eternamente. Soy un poeta, soy sin duda un gran poeta. Lo veo todo, lo siento todo dentro de mí: los botes y los jóvenes que pasan y, los árboles distantes y «las fuentes de las ramas colgantes». Me siento inspirado. Mis ojos se llenan de lágrimas. Sin embargo, mientras estoy sintiendo todo esto, azoto mi frenesí, haciéndole subir más alto: más alto, hasta que echa espuma por las narices, hasta que se torna artificial, insincero. Palabras,

palabras y nada más que palabras. ¡Cómo galopan, cómo agitan sus largas crines y colas—! Pero no sé qué debilidad dentro de mí me impide abandonarme sobre su grupa; no puedo galopar con ellas poniendo en fuga a las mujeres y volcando sacos a mi paso. Hay alguna falla dentro de mí, cierta fatal vacilación y, al querer vencerla, lo convierto todo en espuma y falsedad. Sin embargo, ¿cómo creer que no soy un gran poeta? ¿Acaso no era poesía lo que escribí anoche? ¿Soy demasiado precipitado, demasiado dotado de facilidad para versificar? No lo sé. A veces me desconozco a mí mismo, no sé medir, nombrar y contar los átomos que constituyen mi ser.

«Una parte de mí mismo me abandona ahora, abandona mi cuerpo para ir al encuentro de aquella persona que se aproxima pues me asegura que la conozco antes de haber visto quien es— ¡Cuán curiosamente la presencia de un amigo, aun a la distancia, nos transforma! ¡Qué servicio tan útil nos prestan nuestros amigos cuando nos hacen retornar a la realidad! Y, sin embargo, cuán oloroso es tener que volver a la realidad, sentirse mezclado a ella, adulterado, fundido, convertido en parte de otro ser. A medida que él se acerca, dejo de ser Yo mismo para convertirme en Neville mezclado con alguien. ¿Con quién? ¿Con Bernardo? Sí es Bernardo, y a Bernardo haré la pregunta: ¿quién soy yo?

—¡Qué aspecto tan extraño adquiere el sauce visto contigo! —dijo Bernardo—. Hace un instante, yo era Byron y el árbol era el árbol de Byron, era un árbol lacrimoso, caído, gimiente. Ahora que lo miramos juntos, adquiere un aspecto peinado; cada rama se destaca de su vecina, y tu propia claridad de espíritu me obliga a expresarte qué es lo que siento.

«Siento que tú me desapruebas y siento tu fuerza. Junto a ti, me convierto en un ser humano impulsivo, desordenado, cuyo pañuelo de badana está siempre manchado por la grasa de los bollos. Sí, tengo en una mano la «Elegía™™ de Grey y con la otra cojo el bollo del fondo, aquel que ha absorbido toda la mantequilla y que se pega al fondo del plato. Esto te irrita, percibo claramente tu

disgusto. Entonces, inspirado por el deseo de reconquistar tu estimación, comienzo a contarte cómo acabo de sacar a Percival del lecho describo sus pantuflas, su mesa, su vela, cuyo sebo se ha corrido; los lamentos en que prorrumpió cuando le arranqué los cobertores, entre los cuales se había envuelto como en el interior del capullo de un gusano de seda. Describo todo esto tan bien que, absorbido como estás en un dolor secreto (porque una figura encapuchada preside nuestro encuentro), cedes a la fascinación de mi charla, ríes y te deleitas con ella. Mi propio encanto y la fluidez de mis palabras que brotan espontáneamente, me embelesan a mí también. Me siento asombrado, cuando descorro el velo de las cosas con palabras, de ver cuánto más, cuán infinitamente más de lo que puedo expresar con palabras, es lo que he observado. Y, a medida que hablo, más y nuevas imágenes irrumpen en mi cerebro. Esto es lo que necesito, me digo, y a continuación me pregunto: ¿por qué no puedo concluir la carta que estoy escribiendo? Mi habitación está siempre llena de cartas inconclusas. Cerca de ti me doy cuenta de que soy el más dotado de los hombres. Me siento lleno del sentimiento delicioso de mi juventud, de mi poder, de lo que vendrá. Torpemente, pero lleno de fervor, me veo revoloteando entre las flores, penetrando en los cálices escarlata, haciendo resonar las cavidades azules con el zumbido prodigioso de mi vuelo. Tú me haces sentir que yo podría disfrutar maravillosamente de mi juventud, de Londres, de la libertad. ¡Oh, pero ya no me escuchas!— Con un gesto familiar e indescriptible, deslizas una mano sobre tus rodillas esbozando un vago movimiento de protesta. Mediante signos como ése logramos diagnosticar las enfermedades de nuestros amigos. «No te alejes de mí, lleno como estás del sentimiento de tus riquezas y tus abundancias», parece decirme. «Quédate junto a mí. Interrógame sobre la causa de mi mal».

«Bien, permíteme entonces crearte (ya que tú has hecho otro tanto por mí). Estás tendido sobre la orilla tibia, en este hermoso día de octubre, un poco diluido, pero luminoso todavía, observando las barcas que pasan, una tras otra» a través de las ramas peinadas del sauce. Y sueñas con ser un poeta; y sueñas con ser un amante. Pero la espléndida claridad de tu inteligencia, y la perfecta honradez

de tu intelecto (es a ti a quien debo estas palabras latinas; estas cualidades tuyas me hacen levantar con malestar los parches des, teñidos, y los filamentos débiles de mi propio equipo) te obligan a detenerte a medio camino. Tú no consientes en mixtificarte a ti mismo. Tú no te envuelves con nubes rosas o amarillas.

«¿Tengo razón? ¿He interpretado correctamente el pequeño gesto de tu mano derecha? Si es así, dame tus poemas, muéstrame las páginas que escribiste anoche con tal fervor, en tal estado de inspiración que en este momento te sientes un poco cohibido, Porque tú desconfías de la inspiración, tanto de la tuya como de la mía. Regresemos juntos por el camino que atraviesa el puente, bajo los olmos. Vamos a mi habitación, donde, cerrada la puerta y corridas las cortinas de sarga roja, podremos escapar a estas voces, a este olor que despiden los tilos y a estas vidas exteriores que vienen a distraernos; a estas insolentes empleadas de tienda, que caminan con un paso desdeñoso: a estas viejas de paso incierto; a estas furtivas apariciones de una silueta vaga que desaparece rápidamente (¿era Jinny, era Susana o Rhoda?), desvaneciéndose en la profundidad de una avenida. Pero, otra vez un ligero gesto de tu rostro me hace adivinar que te me has escapado o, mejor dicho, que yo he partido zumbando como un enjambre de abejas, errando sin fin, incapaz de fijarme para siempre en algún objeto único, como tú. Pero volveré.

—En presencia de edificios como éstos —dijo Neville—, no puedo soportar la existencia de estas vendedoras de tienda. Su risita estúpida, su charla insulsa me irritan, perturban mi serenidad y me obligan en los momentos de exaltación más pura, a recordar la bajeza humana.

«Pero henos aquí nuevamente en nuestro dominio, después de aquel breve pasaje entre los ciclistas, y el olor de los tilos y las siluetas entrevistas en la calle atiborrada de gentes y cosas. Aquí somos los amos de la tranquilidad y del orden, los herederos de una noble tradición. Las luces comienzan a trazar sus hendeduras amarillas a lo largo de las calles. La neblina que sube del río invade

estos viejos lugares, aferrándose, suavemente a las rugosidades de las piedras. En el campo, las avenidas están cubiertas de una espesa capa de hojas muertas y las ovejas tosen en el aire húmedo; pero aquí, en tu habitación, estamos al abrigo y, cambiamos confidencias, mientras el fuego chisporrotea y una llama coge el resplandor de la perilla de bronce de la puerta.,

«Has estado leyendo a Byron recientemente y has subrayado los párrafos que exaltan aquellos sentimientos que se asemejan a los tuyos. Encuentro trazos del lápiz debajo de todos aquellos versos que revelan un temperamento irónico, pero apasionado; una impetuosidad semejante a la de una mariposa nocturna que se precipita contra los cristales. Tú te dijiste, al pasear tu lápiz a lo largo de esta página: «Yo también arrojo así mi capa a los pies del Destino». Sin embargo, Byron no preparó jamás el té como tú lo haces, llenando de tal modo la tetera que el agua se desborda cuando colocas la tapa y forma sobre tu mesa una laguna parda que corre entre tus libros y papeles. Tú la enjugas torpemente con tu pañuelo que tornas a guardar en tu bolsillo con un gesto que no tiene nada de byroniano. Sino que es tuyo, tan esencialmente tuyo, que pienso que de aquí a veinte años» cuando ambos seamos célebres, gotosos e insoportables y yo piense en ti, será esta escena la que más recordaré y, si estás muerto, ella me hará llorar. Hace algún tiempo, eras un joven de las novelas de Tolstoi; ahora eres Byron: pronto serás tal vez un tipo de las novelas de Meredith y, más tarde, cuando vayas a París, regresarás luciendo una corbata negra, transformado en algún detestable francés de quien nadie ha oído hablar hasta ahora. Entonces, yo cesaré de frecuentarte.

«Yo no soy sino yo mismo. Yo no personifico a Catulo, al cual adoro. Soy el más estudioso de los alumnos, siempre cargado con algún diccionario o cuaderno, en el cual anoto formas curiosas del participio pasado. Pero, uno no puede pasarse la vida raspando con un cortaplumas estas viejas inscripciones grabadas en piedra. ¿Correré siempre mis cortinajes de sarga roja y veré eternamente mi libro abierto bajo la lámpara, pálido como un bloque de mármol? ¡Qué programa de vida tan admirable! Consagrarse de lleno a la

perfección, seguir la curva de una sentencia a donde quiera que ella pueda conducirnos, a un desierto, a lo largo de las colinas de arena, desdeñando todas las seducciones y mirajes; ser siempre pobre y desaliñado y el ridículo de Piccadilly.

«Pero soy demasiado nervioso para poder terminar mi frase debidamente. Hablo rápidamente, recorriendo la habitación de arriba abajo, para ocultar mi agitación. Tu pañuelo lleno de grasa me exaspera. Vas a manchar tu ejemplar de Don Juan. Y no me escuchas. Estás haciendo frases a propósito de Byron. Y mientras gesticulas con tu capa, con tu bastón, yo me esfuerzo por denunciar un secreto que no he revelado jamás a nadie: te pido (y para ello escojo el momento en que te vuelvo la espalda) que tomes mi vida entre tus manos y me digas si estoy condenado a ser eternamente un objeto de repulsión para los que amo.

«Vuelvo la espalda a tu inútil agitación. No, mis manos están perfectamente tranquilas ahora. Con un gesto preciso separo los libros del estante para abrir un espacio donde insertar «Don Juan». Ya está: Yo preferiría el amor: preferiría la fama a la persecución de la perfección en el desierto. Pero ¿estoy condenado a ser un objeto de repulsión? ¿Soy un poeta?— Extiende las manos: el deseo que oculto en mi boca como una bala de plomo dentro de un arma cargada, mi desprecio por las empleadas de tienda, por las mujeres, por las pretensiones de los demás, por las vulgaridades de la vida (precisamente porque ame la vida), todo esto lo disparo contra ti como un proyectil, al pasarte el manuscrito de mi poema. Recógelo—

—Ha salido disparado como una flecha de la habitación —dijo Bernardo—, dejándome su poema. ¡Oh, amistad! Yo también secaré flores entre las páginas de los Sonetos de Shakespeare. ¡Oh, amistad, cuán penetrantes, cuán continuos son tus dardos! Él me miró, se volvió hacia mí para afrontarme; me ha dado su poema. Las neblinas que rodeaban el tejado de mi ser se han desvanecido. Recordaré hasta el día de mi muerte esta prueba de confianza. Semejante a una inmensa ola que lo arrolla todo, su presencia me ha envuelto, para exhibir luego al desnudo los menores guijarros en

la playa de mi alma. Fue algo humillante: me sentí convertido en un montón de guijarros. Todos mis disfraces me fueron arrancados: «Tú no eres Byron; tú eres Tú mismo». ¡Cuán extraño es verse reducido por otra persona a no ser sino un solo ser!

«¡Cuán extraño es ver la hebra por nosotros tejida, alargando su fino filamento a través de los espacios brumosos del mundo exterior!... Él se ha ido y yo permanezco aquí, con su poema entre mis manos. La hebra de hilo no se ha cortado entre nosotros. Pero, ¡cuán confortable, cuán tranquilizador resulta no sentir ya el peso de su extraña presencia, saber que los ojos escudriñadores se han apartado de nosotros o están tapados por una venda! ¡Cuán bueno es cerrar las persianas y no dejar entrar más a nadie; ver salir de los rincones oscuros, donde se habían refugiado, estos personajes familiares a los cuales Neville, lleno de una fuerza superior, ha obligado a esconderse! Los espíritus maliciosos y atentos que me vigilan, incluso en los momentos de crisis más patéticos, retornan en masa a su puesto Gracias a ellos, soy Bernardo; soy Byron; soy esto y aquello, Ellos pueblan la atmósfera y me enriquecen de nuevo con sus caracteres de antigüedad, con sus reflexiones y envuelven en una nube la simplicidad de este momento de emoción. Porque yo contengo más seres de los que Neville se imagina. No somos simples como nuestros amigos desearían que fuésemos, a fin de que podamos responder a la necesidad que ellos tienen de nosotros. Y, sin embargo, el amor es simple.

«Helos aquí de regreso a mis huéspedes familiares. La brecha que abrió Neville en mi fortaleza con una admirable estocada, está ya reparada. Vuelvo a ser yo mismo y pongo jubilosamente en juego todo lo que Neville ignora de mí. Apartando los cortinajes me digo mientras observo por la ventana: «Esto que yo veo no le proporcionaría a él ningún placer, pero yo gozo con todo». (Pues, por lo general, utilizamos a nuestros amigos para medirnos a nosotros mismos). Allá abajo, en la avenida, entonan canciones de caza. Están celebrando no sé qué cosa: los mastines están allí junto a ellos, junto a los muchachitos con sus gorras puestas que volvían la cabeza con un solo movimiento cuando el coche daba vuelta la



esquina de la calle y que ahora se dan palmaditas sobre el hombro jactanciosamente. Pero Neville, evitando cuidadosamente todo contacto, sigilosamente, como un conspirador, se apresura a regresar a su habitación. Le veo dejarse caer en su sillón y contemplar el fuego que asume en este momento un aspecto de solidez arquitectural. ¡Ah, suspira, si la vida pudiera solamente dar esta sensación te permanencia, de orden! Porque, por sobre todas las cosas, él anhela el orden y detesta mi desorden byroniano. Por eso corre los cortinajes y echa llave a la puerta. Sus ojos se llenan de deseo y de lágrimas (pues él ama; el rostro siniestro del Amor presidió nuestro encuentro). Coge enseguida el tizón y, de un golpe, destruye la momentánea apariencia de solidez del edificio de carbones encendidos. Todo cambia: la juventud y el amor. El barco que flotaba bajo el arca de los sauces está ahora bajo el arco del puente. Percival, Tony o Archie o cualquiera de ellos se marchará a la India. No volveremos a vernos jamás. Y Neville tiende la mano hacia su cuaderno —un cuaderno limpio y ordenado forrado en papel moiré— y escribe afiebradamente largas estrofas en el estilo del poeta al cual más admira por el momento.

«Pero yo prefiero retardarme aquí, junto a la ventana» escuchando. Nuevamente llega hasta mí el coro de los ale, gres muchachos. Ahora están quebrando la vajilla: éste es también uno de los convencionalismos de la alegría. El coro, semejante a un torrente que salta sobre las rocas, arremetiendo brutalmente contra los viejos árboles, se precipita con un abandono magnífico al fondo de los precipicios. Ellos galopan, persiguiendo a los perros de caza o corriendo tras pelotas de fútbol: suben y bajan aferrados a sus remos como sacos de harina. Todas las separaciones individuales desaparecen actúan como un solo hombre. El borrascoso viento de octubre sopla sobre este alboroto, dispersándolo a través del patio en oleadas sucesivas de silencio y de bullicio. Nuevamente están rompiendo la vajilla: siempre los conacionalismos. Una vieja cargada con un saco regresa a su casa, deslizándose con un paso incierto a lo largo de las ventanas iluminadas, temerosa de que se dejen caer sobre ella y la empujen al arroyo. Sin embargo, se detiene cual si quisiera calentar sus manos nudosas y reumáticas

junto al fuego de la alegría que chisporrotea en una lluvia de chispas y en pedazos de papel esparcidos por el viento. La vieja se detiene frente a la ventana iluminada. Un contraste. Yo veo esto y Neville no lo ve; yo siento esto y Neville no lo siente. Por consiguiente, él alcanzará la perfección y yo fracasaré y no dejaré tras mí sino frases inconclusas, cubiertas de arena.

«Pienso en Luis ahora. ¡Qué mirada tan malévola e inquisidora a la vez dejaría caer él sobre este atardecer pálido de otoño, sobre esta vajilla rota, sobre estas canciones de caza entonadas a voz en cuello, sobre Neville Byron y toda nuestra vida de aquí—! Sus labios delgados están apretados: sus mejillas están pálidas; en este momento, debe inclinarse sin duda en alguna oficina, sobre algún complicado documento comercial. Su padre, aquel «banquero de Brisbane» del cual hablaba sin cesar porque se sentía avergonzado de él, fracasó en los negocios; por eso Luis, el mejor alumno de la escuela, se ve obligado a trabajar en una oficina comercial. Pero yo que busco siempre los contrastes de la vida, he sentido a menudo posarse sobre nosotros su mirada burlona su mirada hosca, mientras, sentado en su oficina, nos clasifica como tema insignificantes dentro de la gran suma total que él calcula sin cesar. Algún día, cogiendo una pluma bien perfilada y empapándola en tinta roja, terminará su adición; nuestro total será conocido, pero esto no bastará.

«¡Bang!— Acaban de lanzar una silla contra la pared. ¡Y bien, que el diablo nos lleve a todos!... Por lo demás mi caso es bien dudoso. ¿No me entrego acaso a emociones injustificadas? Sí: cuando me asomo a la ventana y dejo caer displicentemente mi cigarrillo al suelo, siento que los ojos de Luis vigilan incluso mi cigarrillo y que se dice a si mismo: «Esto tiene algún sentido, pero ¿cuál?—»

—La gente pasa sin cesar delante de la vitrina de esta cremería — dijo Luis—. Automóviles, camiones, autobuses. Luego todo vuelve a comenzar: automóviles, camiones, auto, buses pasan delante de la vitrina. En el fondo, veo casas almacenes y los campanarios grises de una iglesia. En el primer plano, hay bandejas de vidrio que

contienen platos con galletas y sandwiches de jamón. Todo está un poco confuso por el vapor que sale de una tetera. Un espeso olor a buey y cordero, a salsas y a picadillo está suspendido como una tela mojada, en la sala del pequeño restaurante. Yo apoyo mi libro contra una botella de salsa de Worcester y trato de parecerme a los demás clientes.

«Sin embargo, no lo consigo (la procesión desordenada continúa pasando delante de la ventana). No logro leer mi libro ni ordenar mi bistec con convicción. Es inútil que me repita una y otra vez: Soy un inglés corriente: soy un empleado comercial corriente». Tengo que mirar a mis vecinos para estar seguro de actuar igual que ellos. Ellos tienen una piel blanda y fofa que se estremece constantemente con la multiplicidad de sus sensaciones: ágiles como monos, adhiriéndose a cada circunstancia de la vida cual si acabaran de engrasarlos, discuten, con los gestos apropiados, la venta de un piano. Dicho piano estorba en el vestíbulo de uno de ellos, de modo que el propietario está dispuesto a deshacerse de él por diez libras esterlinas. La gente continúa pasando entre los campanarios de la iglesia y los platos de sandwiches de jamón. Su desorden agita e interrumpe sin cesar el curso de más pensamientos. Ni siquiera puedo concentrarme en mi almuerzo. «Estoy resuelto a venderlo en diez libras esterlinas. La caja es hermosa, pero estorba en el vestíbulo». Se sumergen y nadan en plena agua como pingüinos de alas aceitosas y resbaladizas. Todos los excesos contra la norma de ellos son inútiles. Ellos representan la medianía, la mediocridad. Entretanto, los sombreros se inclinan y se alzan; la puerta se abre y se cierra. Tengo la impresión de un flujo desordenado; me siento aniquilado y desencantado. Si esto es vivir, la vida no vale la pena de ser vivida. Y, sin embargo, incluso ese pequeño restaurante posee un ritmo propio. Diríase un aire de vals que torna y se desvanece girando sin fin. Las camareras, balanceando las bandejas, entran, salen y giran presentando platos de ensalada, de compotas de duraznos y de flanes de vainilla, en el momento preciso, al cliente preciso. Los hombres normales unen el ritmo de sus vidas a este ritmo. («Estoy resuelto a deshacerme del piano por diez libras esterlinas porque estorba en el vestíbulo») y se

sirven sus ensaladas, sus compotas de duraznos, sus flanes de vainilla. ¿Dónde está la solución en toda esta continuidad? ¿Dónde está la abertura a través de la cual uno puede percibir el desastre? El círculo está cerrado; la armonía es perfecta. Aquí está el ritmo central: aquí está la fuente común de todo. Veo expandirse y contraerse la máquina, pero yo no formo parte de ella. Si hablo, imitando el acento de las gentes que me rodean, ellas ponen el oído atento esperando mi próxima frase para poder localizarme, para decidir si soy originario de Canadá o de Australia. Yo, que por sobre todas las cosas deseo ser acogido con amor, me siento extraño a todo, excluido de todo. Yo, que desearía que las olas de la vida ordinaria se cerraran por encima de mí para protegerme, percibo con el rabillo del ojo algún horizonte lejano: me doy cuenta de la perpetua agitación y desorden de los sombreros que se inclinan y se alzan. Un espíritu errante, desamparado, parece dirigirme una súplica: «Enderézanos, reorganizáanos, a nosotros que pasamos en desorden, tambaleando, nos al azar, a lo largo de vitrinas que contienen platos con sandwiches de jamón». (Una mujer con una pésima dentadura vacila delante de la Caja)– Sí, yo voy a ponerlos en orden.

«Prosigo la lectura de mi libro apoyado contra la botella de salsa de Worcester. Él contiene algunas observaciones admirables, algunos anillos forjados por un orfebre, expresados en pocas palabras, pero de una poesía perfecta. Vosotros, todos vosotros, ignoráis este libro. Habéis olvidado las palabras de este poeta muerto. Y yo no puedo traducíroslas en forma que su potencia os azote, os demuestre de una vez por todas la vanidad de vuestra vida, la mediocridad, vulgaridad de vuestro ritmo y os libere así de la abyección que estáis sumidos, en la que envejecéis y que hace de vosotros hombres seniles en plena juventud. Traducir este poema de manera de hacerlo inteligible para vosotros: tal será mi tarea en este mundo. Yo, el compañero de Platón y de Virgilio, iré a golpear a la puerta con paneles de encina. Yo opongo a vuestro paso esta verja de acero templado. Yo no me someteré pasivamente a este vano desfile de sombreros de fieltro o a los complicados y emplumados peinados de las mujeres. (Susana, a la cual yo respeto, usará un

simple sombrero de paja en un día de verano.) No me someteré a los ruidos que hacen las mandíbulas al masticar, ni al vapor que se escurre en gotas desiguales sobre la vitrina empañada, ni a los autobuses que se detienen y vuelven a partir con una sacudida; ni a las vacilaciones frente a una Caja ni a las palabras que se arrastran vacías de todo significado humano. Sí, yo voy a poner orden en todo esto.

«Mis raíces descienden a través de venas de plomo y plata, a través de la tierra húmeda, de la que se desprende un olor de miasmas, hasta un nudo central hecho de fibras de encina. Ciego y sordo, con los ojos y los oídos sellados por la tierra, percibo, sin embargo, los rumores guerreros y el canto de los ruiseñores; siento resonar en mí el paso precipitado de innumerables hordas humanas errando de un lado a otro, en busca de la civilización, como bandadas de aves migratorias en busca del verano. He visto mujeres llevando ánforas rojas a orillas del Nilo. He despertado en un jardín con un golpe brusco sobre la nuca y el beso quemante de Jinny y evoco todo esto como quien recuerda gritos confusos, columnas que vacilan y saetas rojas o sombrías en el curso de un incendio nocturno. Mi vida transcurre en un incesante despertar para dormirme en seguida. Ora estoy dormido: ora despierto. Veo la tetera reluciente; las bandejas de vidrio cargadas de sandwiches amarillentos: los hombres con vestón encaramados sobre altos taburetes alrededor del mostrador; y, detrás de ellos, veo también la eternidad. Es como un estigma que hubiera sido trazado en mi carne con un fierro candente por un hombre encapuchado, Veo perfilarse este restaurante sobre los siglos como sobre un fondo formado por millares de alas de pájaros, de alas aterciopeladas, de alas batientes. Esto es lo que explica mis labios apretados, mi palidez, mi aspecto desagradable y un poco repugnante cuando vuelvo la cabeza para no ver a Bernardo y a Neville que vagan bajo los tejos, que heredan viejos sillones y corren los cortinajes al crepúsculo para que la lámpara encendida ilumine mejor las páginas de sus libros.

«Yo respeto a Susana porque ella se inclina sobre su costura, sentada junto a una lámpara apacible, en una casa a cuyo alrededor

sube el suspiro de las espigas de trigo y su recuerdo me infunde seguridad. Porque yo soy el más débil, el más joven de todos. Me asemejo a un niño que contempla a sus pies los pequeños riachuelos que la corriente ha hecho sobre el cascajo. «He ahí un gusano», me digo, «he ahí una hoja». Pues me deleitan los gusanos y las hojas. Yo soy siempre el más joven, el más inocente, el más confiado. Todos vosotros estáis protegidos. Yo estoy desnudo. Cuando la camarera con su corona de trenzas alrededor de su cabeza pasa delante de vosotros, os tiende sin vacilar la compota de duraznos y el flan de vainilla, igual que una hermana. Vosotros sois sus hermanos. En cambio, yo, al levantarme sacudiendo las migas de mi chaleco, deslizo una propina demasiado grande, un chelín, debajo del borde de mi plato, a fin de que ella no lo encuentre sino cuando yo me haya marchado y para que su risa desdeñosa, al recogerla, no resuene hasta que yo no me haya escurrido por entre los batientes de la puerta.

—El viento agita las persianas —dijo Susana—. Ahora se perciben distintamente las grietas, los tiestos, los dibujos del parquet y el viejo sillón hundido. Los nudos de cinta descolorida que forman el dibujo del papel de mi habitación están ahí como de costumbre. El coro de los pájaros ha concluido: sólo un pájaro solitario canta ahora junto a la ventana de mi habitación. Voy a ponerme mis medias y a salir sin ruido: deslizándome junto a las puertas de los demás dormitorios descenderé a la cocina y saldré al jardín y de allí a los campos. Es muy temprano todavía. La neblina circunda los pantanos. El día está frío y tieso como una mortaja de lino: pero pronto va a suavizarse, pronto va a entibiarse. En esta hora matinal tengo la impresión de formar un solo ser con los campos, con la granja, con los árboles. Todo es mío: los pájaros que vuelan en bandadas, y esta joven liebre que ha saltado en el momento preciso en que iba a posar mi pie sobre ella; mía es la garza que extiende perezosamente sus grandes alas; la vaca que avanza rumiando con un paso lento; y la golondrina salvaje que hiende el cielo; y el tono rojizo del horizonte y el verde en el cual se pierde el rojo. Y el silencio; y el tañer de las campanas; y el grito del campesino que llama a los caballos de tiro esparcidos sobre los campos— todo, todo es mío.

«Es inútil querer separarme de todo esto. Me enviaron al colegio; me enviaron a Suiza a concluir mi educación. Pero detesto el linóleo; detesto los pinos y las montañas. ¡Oh, por fin voy a poder tenderme sobre esta planicie, bajo el cielo pálido sobre el cual se deslizan lentamente las nubes! La carreta que avanza por el camino se agranda a medida que se acerca. Las ovejas se aprietan unas contra otras en medio del prado. Los pájaros se reúnen en medio del camino— todavía no necesitan emprender el vuelo. El humo de los fuegos del bosque se alza. La aspereza del aire disminuye: ahora el día se pone en marcha y el color retorna a la superficie de las cosas. El día, rico en cosechas, parece una sola ola de oro. La tierra pesada se extiende delante de mí.

«Pero, ¿quién soy yo que me inclino sobre este cerco y contemplo a mi perro de caza que traza un círculo? A veces me ocurre pensar que no soy una mujer (aún no cumplo veinte años), sino el rayo de luz que cae sobre este cerco, sobre este rincón de tierra. A veces se me ocurre imaginar que soy las estaciones: enero, mayo, noviembre: que soy el barro, la neblina, el amanecer. Yo no puedo errar de un lado a otro, ni flotar dulcemente en el aire, ni mezclarme con los demás seres. Y, sin embargo, inclinada sobre este cerco hasta que sus barras concluyen por grabarse en la carne de mis brazos, siento el peso de lo que, lentamente, ha crecido dentro de mi corazón. Algo duro se formó dentro de mi corazón, mientras estuve en el colegio y durante mi permanencia en Suiza. No son suspiros ni risas: ni frases ingeniosas: ni las extrañas miradas de comprensión que Rhoda cambiaba en el vacío, por sobre nuestros hombros: ni las piruetas de Jinny que se dejaba llevar en un solo impulso con sus brazos, piernas y cuerpo. Lo que yo siento es pesado. Yo no puedo flotar dulcemente en el aire mezclada a los demás seres. Prefiero la mirada fija de los pastores que encuentro en el camino; la mirada de las gitanas sentadas junto a sus carretas, amamantando a sus hijos como algún día amamantaré yo a los míos. Porque pronto, a la hora cálida del mediodía, cuando las abejas zumban alrededor de las malvas, mi bienamado vendrá. Se detendrá a la sombra del cedro. No pronunciará sino una sola palabra y yo no responderé sino una palabra. Le haré el don de todo

lo que ha crecido dentro de mí. Tendré hijos, tendré sirvientas envueltas en delantales y trabajadores con azadones. Tendré una cocina donde traerán a los corderillos enfermos en canastos para devolverles el calor, donde penderán los jamones y relucirán los atados de cebollas. Me asemejaré a mi madre: seré silenciosa como ella, envuelta en un delantal azul, y sostendré entre mis manos las llaves de los armarios.

«Pero tengo hambre. Voy a llamar a mi perro. Pienso en los panecillos untados de mantequilla y la vajilla blanca en una habitación llena de sol. Voy a retornar a casa a través de los campos, a través de este sendero trazado sobre la hierba, caminando con grandes pasos iguales, desviándome a ratos para evitar el lodo, a ratos saltando ligeramente por encima de un arbusto. El borde de mi pollera de lana se cubre de humedad: el cuero de mis zapatos se torna blando y oscuro. El día ha perdido su aspereza; está suavizado por sombras grises, verdes y color ámbar. Los pájaros no se posan ya sobre el camino.

«Entraré a mi casa semejante a un zorro o a un gato cuya piel está blanquizca por la escarcha, cuyas patas están endurecidas por la tierra espesa. Paso a través de los campos de coles, haciendo crujir sus hojas y desprenderse las gotas de rocío acumuladas en ellas. Ocupo mi asiento con el oído atento a los pasos de mi padre que avanza por el corredor, oprimiendo entre sus dedos alguna brizna de hierba. Enseguida, lleno numerosas tazas de té frente a las flores de pétalos cerrados que se yerguen sobre la mesa entre los frascos de mermelada, los panes y la mantequilla. Todos guardamos silencio.

«Luego me dirijo al aparador y cojo los sacos húmedos llenos de pasas de Corinto. Alzo el pesado saco de harina y lo deposito sobre la mesa de la cocina limpia y cepillada. Hago una masa, la extiendo, la oprimo; hundo mis manos en su tibio espesor. Dejo caer el agua fría de la llave entre mis dedos como un abanico. El fuego crepita; las moscas vuelan en círculo, enseguida guardo nuevamente en el aparador mis pasas de Corinto, mi arroz, mis sacos de papel azul y mis sacos de papel plateado. La carne es colocada en el horno; el



pan alza su cúpula tierna bajo la limpia servilleta. Después de almuerzo, doy un paseo hasta el río. El mundo entero parece estar reproduciéndose. Los insectos revolotean de planta en planta. Las flores están cargadas de polen. Los cisnes se deslizan ordenadamente sobre las aguas. Las nubes tibias, salpicadas de sol, pasan sobre las colinas depositando reflejos de oro sobre la superficie del agua y sobre el cuello de los cisnes. Las vacas avanzan con un paso lento, a través de los campos, rumiando incesantemente. Yo busco entre la hierba las cúpulas blancas de los hongos; rompiendo su tallo, cojo la orquídea púrpura que crece junto a ellos, deposito la flor cerca del hongo con la tierra pegada a sus raíces y retorno enseguida a casa para hacer hervir el agua del té para mi padre entre las rosas rojizas colocadas sobre la mesa.

«Pero llega el crepúsculo y se encienden las lámparas. Y cuando llega el crepúsculo y se encienden las lámparas, los muros cubiertos de enredaderas reciben reflejos de oro. Yo me instalo con mi costura junto a la ventana, pienso en Rhoda y en Jinny mientras escucho el chirriar de las ruedas de las carretas arrastradas por los caballos de tiro y percibo los ruidos del camino mezclados con el viento de la noche. Mirando temblar las hojas en el jardín invadido por las sombras, pienso: «Ellos bailan en Londres; Jinny besa a Luis».

—¡Qué extraño es pensar que las gentes retornan a sus casas en este momento, extinguen las luces y se acuestan a dormir! —dijo Jinny—. Se han quitado sus ropas y se han puesto sus camisas de dormir. Sus casas están sin luz. Veo perfilarse sus chimeneas contra el cielo y dos o tres faroles que arrojan su luz sobre la calle, tristes como lámparas que; no iluminan a nadie. Los únicos transeúntes son algunas pobres gentes que pasan apresuradamente. No hay tráfico en esta calle: el día ha concluido. Algunos policías se estacionan en las esquinas. Sin embargo, la noche no ha hecho sino comenzar. Yo me siento resplandecer en la oscuridad. Mis rodillas están envueltas en seda. Mis piernas sedosas se frotan suavemente la una contra la otra. Las piedras frías de un collar reposan sobre mi garganta. Me mantengo muy erguida por temor de desordenar mis cabellos contra el respaldo del coche. Estoy adornada, estoy pronta.

Esto no es sino la pausa momentánea, el intervalo en la oscuridad. Los músicos alzan sus arcos.

«El coche se ha detenido con una suave sacudida; un trozo del pavimento se ilumina. La puerta se abre y se cierra. Las gentes llegan y se apresuran a entrar sin cambiar palabra. Se siente el ruido ligero de las capas que se dejan caer en el vestíbulo. Este es el prelude, éste es el comienzo. Yo paseo la mirada a mi alrededor, me empolvo el rostro; todo está bien, todo está en orden. Mis cabellos están peinados en una sola curva armoniosa; mis labios están tan rojos como los deseos. Estoy pronta para reunirme a estos hombres y estas mujeres que suben las escaleras. Ellos son mis iguales. Paso delante de ellos expuesta a sus miradas, como ellos lo están a las mías. Nos observamos en el espacio de un relámpago, pero sin sonreír, sin dar muestras de reconocernos. Nuestros cuerpos se rozan. Esta es mi vocación; éste es mi universo. Todo está resuelto y dispuesto de antemano: los criados, situados de distancia en distancia, cogen mi nombre, mi nombre virgen, mi nombre desconocido y lo empujan delante de mí. Yo entro.

«Las salas vacías, las salas que nos aguardan contienen sillas doradas, y flores más bellas y más arrogantes que las de los jardines extienden sus tallos verdes y sus corolas blancas a lo largo de los muros. Y sobre una mesita hay un libro empastado. Esto es lo que yo soñaba; esto es lo que yo había previsto. Yo pertenezco a este mundo. Mis pies pisan con naturalidad las mullidas alfombras. Me deslizo con soltura sobre los pisos suavemente bruñidos. En esta atmósfera de perfumes, de luces, me abro como un helecho que despliega sus hojas. Me detengo a aquilatar el peso de este mundo. Entre las mujeres resplandecientes en colores verde, rosa o gris—perla, se diseñan, nítidamente erguidas, las siluetas de los hombres en negro y blanco: bajo sus vestiduras se adivinan sus músculos firmes. De nuevo siento agitarse mi reflejo sobre el cristal, en el fondo del túnel. Las siluetas en negro y blanco de estos desconocidos contemplan mi rostro inclinado hacia ellos y, cuando me vuelvo para mirar un cuadro, ellos también se vuelven. Sus manos reajustan maquinalmente sus corbatas y el pañuelo de sus

bolsillos. Son muy jóvenes y están ansiosos de producir buena impresión. Siento nacer mil posibilidades dentro de mí y me muestro sucesivamente espigada, alegre, lánguida, melancólica. Ondulo como una flor por encima de mis profundas raíces. Inclinandome a la derecha, toda dorada, le digo a éste: «Ven». Luego inclinandome a la izquierda, toda ensombrecida, replico a aquel otro: «No». El joven, apoyado sobre la consola, sale de su inmovilidad, se aproxima, viene hacia mí. Este es el momento más emocionante que he vivido en mi vida. Me estremezco ondulo. Me deslizo como una planta que flota sobre el río ya a un lado, ya al otro, pero con sus raíces sólidamente afirmadas bajo el agua, de modo que él pueda aproximarse a mí sin temor de que la corriente me arrastre. «Aproxímate —le digo—, aproxímate». Es pálido y tiene cabellos negros; es melancólico y romántico. Y yo soy caprichosa, cambiante, flexible porque él es romántico y melancólico. Hele aquí a mi lado.

«Y de pronto, con una pequeña sacudida, me desprendo como un guijarro de una roca y caigo con él, me dejo arrastrar con él. Nos abandonamos al ritmo lento y vacilante de esta música. El ritmo del baile es detenido aquí y allá por rocas que lo entrechocan, que lo hacen oscilar. Somos envueltos por esta gran figura de la danza; ella nos une y no podemos salirnos de estas murallas vacilantes, abruptas, sinuosas, perfectamente circulares. Nuestros cuerpos, el suyo rígido, el mío ondulante, son presionados el uno contra el otro dentro de este gran cuerpo: el ritmo nos une. Luego, alargándose en pliegues suaves y sinuosos, se balancea entre nosotros interminablemente. De pronto, la música cesa. Mi sangre palpita en mis venas, pero mi cuerpo permanece inmóvil. La habitación gira bajo mis ojos. Todo se detiene.

«Ven, abrámonos camino un poco tambaleantes todavía, hasta las sillas doradas. Nuestro cuerpo tiene sobre nosotros más poder del que yo le suponía. Mi cabeza gira más de lo que yo hubiera creído. No me importa ya nada ni nadie en el mundo, excepto este hombre cuyo nombre ignoro. ¿Verdad que hacemos una hermosa pareja, oh luna? ¿No somos encantadores así, sentados el uno junto al otro, yo

vestida de raso, él todo negro y blanco? Mis iguales pueden contemplarme ahora. Os devuelvo vuestras miradas, hombres y mujeres. Soy de los vuestros. Este es mi mundo. Cojo este vaso en forma de cáliz y bebo en él un sorbo de licor. El vino tiene un sabor astringente; es demasiado fuerte y no puedo evitar una ligera mueca al paladearlo. El perfume y las flores, el calor y el resplandor de las luces están destilados aquí en un áspero líquido de oro. No sé qué cosa de seco y de observador me cierra dulcemente los ojos y se deja, poco a poco arrullar y adormecer dentro de mí. Esto es el éxtasis esto es el Nirvana. Mi garganta parece abrirse para dar rienda suelta a las palabras que se agolpan por salir y se atropellan en su apresuramiento. No importa cuáles son las que pronuncio se empujan y se trepan recíprocamente las unas sobre los hombros de las otras. Las palabras únicas, las palabras solitarias se acoplan, caen unas sobre otras y se multiplican. No importa lo que digo. Semejante a un pájaro palpitante, una frase acude y atraviesa el espacio que nos separa para ir a posarse sobre los labios de él. Vuelvo a llenar de licor mi vaso. Bebo. El velo que nos separaba cae y soy admitida en la tibia intimidad de otra alma. Estamos juntos, muy alto, sobre alguna cima de los Alpes. Él se para melancólicamente al borde del camino. Yo me detengo y, cogiendo una flor azul, la coloco en el ojal de su vestón, alzándome sobre la punta de los pies para alcanzarle. ¡Ah! Este es mi momento de éxtasis. Después, todo cesa.

«La indiferencia y la pereza nos invaden. Las gentes nos rozan al pasar. Nos tornamos insensibles a la presencia de nuestros cuerpos que se acercan bajo la mesa. Los hombres rubios, de ojos azules, también me agradan mucho. La puerta se abre y se cierra intermitentemente. «La próxima vez que se abra —pienso— quizás todo el curso de mi vida cambiará». Alguien acaba de entrar: pero es solamente un sirviente que trae más vasos. He ahí a un viejo señor: con él yo me comportaría como una niña. He aquí una gran dama: con ella debería ser hipócrita. Hay también muchachas de mi edad con las cuales siento que debo cruzar espadas en un honorable antagonismo. Porque estas gentes son mis congéneres. Su mundo es el mío. Aquí voy a correr mis riesgos y a vivir mis

aventuras, La puerta se abre. «¡Oh, aproxímate—!» digo a este hombre inclinándome hacia él como una gran flor de oro. «Acércate», le digo y él viene hasta mí.

—Voy a deslizarme detrás de ellos —dijo Rhoda—, cual si acabara de divisar a algún conocido. Pero en realidad no conozco a nadie. Voy a alzar este cortinaje y a contemplar la luna oleadas de olvido pasarán sobre mi agitación para calmarla. La puerta se abre: el tigre salta. La puerta se abre: el Espanto penetra en la habitación. Un Espanto sucede al otro persiguiéndome. Debo ir a visitar furtivamente los tesoros que mantengo escondidos. Al otro lado del mundo, las columnas de mármol se reflejan sobre los estanques apacibles. La golondrina roza con sus alas los estanques sombríos. Pero aquí, la puerta se abre y las gentes entran: vienen hacia mí. Sonriendo ligeramente para disimular su crueldad, su indiferencia, se apoderan de mí. La golondrina roza la superficie del estanque: la luna solitaria navega por entre mares azules. Debo estrechar la mano de este hombre, debo responder. ¿Pero qué es lo que debo responder? Encendida de vergüenza, soy rechazada a este cuerpo torpe en el cual me siento inconfortable, expuesta a la indiferencia, al desdén de mi compañero, yo que sueño con columnas de mármol y estanques donde se bañan las golondrinas, al otro lado del mundo.

«La noche se aleja poco a poco sobre los tejados, entre las chimeneas. Por la ventana, por encima del hombro de este hombre, veo a un gato dichoso en su libertad, un gato al cual no ciegan estas luces ni traban estas ropas de seda: un gato libre de detenerse, de estirarse, de ponerse nuevamente en marcha. Aborrezco todos los detalles de la vida individual, pero aquí estoy obligada a escucharlos. Un peso inmenso me oprime. No puedo moverme sin agitar el fardo de siglos. Un millón de flechas me perforan los costados. La mofa y el desdén me atraviesan. Yo, que podría exponer alegremente mi pecho a las tempestades y dejarme sofocar por el viento helado, estoy clavada aquí como blanco de todas las flechas. El tigre salta. Las lenguas me azotan como látigos. Móviles, incesantes, ellas me martirizan. Debo disimular y detener sus

latigazos recurriendo a mentiras. ¿Qué amuleto puede protegerme del desastre? ¿Qué rostro puedo evocar como una fuente de frescura en medio de este horno sofocante? Pienso en nombres leídos en las etiquetas de las maletas; en las faldas de nuestras madres extendidas sobre sus largas piernas; en las vastas claridades hacia las cuales descienden las colinas ondulantes. ¡Ocultadme, protegedme, les imploro, porque soy la más joven, la más indefensa de todos! Tinny, semejante a una gaviota que cabalga sobre las olas, lanza diestramente miradas a su alrededor, diciendo una cosa y otra sin mentir. Pero yo tengo que mentir, yo debo prevaricar.

«Cuando estoy sola, mezo mis estanques; soy la soberana de mi flota de navíos. Pero aquí, oprimiendo nerviosamente entre mis dedos los flecos de este cortinaje de brocado, en el salón de la señora que ofrece esta recepción, tengo la impresión de caer hecha pedazos. No soy ya un ser completo. ¿De dónde proviene, pues, la seguridad que demuestra Jinny al bailar y la certidumbre que posee Susana cuando, inclinada apaciblemente bajo la lámpara, enhebra su aguja? Ellas dicen: Sí. Ellas replican: No. Ellas golpean la mesa con sus puños. Pero yo dudo, yo tiemblo; yo veo estremecerse la sombra del blanco espino sobre la arena del desierto.

«Ahora voy a atravesar el salón de un extremo a otro cual si tuviera un propósito para hacerlo así y me dirigiré hacia el balcón cubierto por una marquesina. Veo el cielo sobre el cual la luna ha esparcido una suave colcha de plumas.

Veo también las rejas de la plaza y a dos personas desprovistas de rostros, inmóviles como estatuas contra el cielo. Existe, pues, un mundo inmune a todo cambio. Basta salir de este salón chispeante de lenguas que me hieren como cuchillos, obligándome a balbucear mentiras, para encontrar rostros liberados de toda semejanza conocida, envueltos en belleza. Una pareja de amantes se enlaza debajo de un plátano. El policía está erguido en la esquina cual un centinela inmóvil. Un hombre pasa. Existe, pues, un mundo inmune a todo cambio. Pero yo no puedo conservar el equilibrio erguida en

la punta de los pies sobre la verja de fuego, todavía quemada por su aliento cálido, temerosa de la puerta que se abre y del tigre que salta. Yo no puedo concluir jamás una sentencia. Lo que digo es perpetuamente contradicho. Cada vez que la puerta se abre soy interrumpida. Todavía no cumpla veintiún años y estoy destinada a ser herida, seré un objeto de mofa toda mi vida. Estoy destinada a ser empujada de un lado a otro, entre estos hombres y mujeres cuyos rostros hacen muecas, cuyas lenguas mienten, igual que un trozo de corcho sobre un mar agitado. Cada vez que la puerta se abre, el viento me sacude y me proyecta lejos como una alga desprendida. Soy la blanca espuma que lava y llena hasta los bordes las grietas de las rocas. Soy también una muchacha de pie aquí, en esta habitación.

El sol, alzado, no reposaba ya sobre su lecho verde lanzando una mirada incierta sobre las aguas enjoadas, sino que descubrió su rostro y miró rectamente delante de sí, por sobre la superficie de las olas que caían con un ruido regular, con un ruido semejante al rumor sordo de espuelas de caballos galopando sobre una pista. Su espuma se alzaba como la agitación de lanzas y azagayas blandidas por caballeros bárbaros, y sus aguas diamantinas, o de un verde acerado, barrían la playa. Ellas avanzaban para retroceder enseguida con la energía muscular de una máquina que se contrae y se dilata sucesivamente. El sol inundaba los bosques y los campos de trigo. Los ríos se tornaron azules o multicolores, y los prados, que descendían hasta el borde del agua, eran verdes como las plumas dulcemente rizadas de los pájaros. Las curvas apretadas de las colinas parecían retenidas interiormente por correas, como el cuerpo humano por sus lazos de músculos. Y los bosques, cuyos flancos se erizaban orgullosamente, se asemejaban a las crines bien cortadas de un caballo.

En el jardín, donde los árboles esparcían sus ramas espesas por encima de los parterres, estanques e invernaderos, los pájaros cantaban bajo el sol cálido, cada cual solo. Uno de ellos cantaba bajo la ventana del dormitorio; otro posado en la rama mas alta de las lilas; un tercero sobre el reborde del muro. Todos cantaban con

una voz estridente, apasionada, vehemente, que parecía que iba a hacerles estallar el corazón, sin cuidarse de la áspera disonancia producida con el canto del pájaro vecino. Sus ojos redondos parecían salirles de la cabeza a fuerza de brillar; sus patas oprimían fuertemente la rama del árbol o la barra de la verja. Cantaban en pleno aire, en pleno sol, revestidos de su magnífico plumaje nuevo, veteado como una concha o brillantemente manchado, rayado aquí del azul más tierno, salpicado allá de oro, o listado con una sola pluma brillante. Cantaban cual si su canto les fuera arrancado por la presión de la mañana. Cantaban cual si las aristas del ser se hubieran agudizado y debieran cortar, partir la dulzura de la luz verdosa y azul, y la humedad de la tierra, y los vapores grasos que emanaban de la cocina, y el olor cálido de la carne de cordero y de buey, y el rico perfume de los pasteles y las frutas, y el aroma húmedo de los restos y de las cáscaras arrojados sobre el montón de inmundicias en la puerta de la cocina, del que brotaba un lento riachuelo. Sobre todas estas cosas mojadas, sucias, enroscadas por la humedad, descendían repentinamente los pájaros de picos puntiagudos, los pájaros despiadados. Se lanzaban bruscamente desde lo alto de la verja o desde el arbusto de lilas. Espiaban a un gusano y lo golpeaban furiosamente, metódicamente, contra una piedra, hasta que la vaina se rompía y algo glutinoso brotaba del orificio abierto. Enseguida hendían el aire o planeaban muy alto, lanzando a veces una nota aguda y breve: luego, posándose sobre la rama más alta de un árbol, contemplaban los arbustos y campanarios lejanos y el campo blanco de árboles en flor, tapizado de hierbas ondulantes, y el mar cuyo ruido de tambor daba la señal de cargar a los regimientos de las olas ornadas de turbantes y penachos de espuma. De vez en cuando, sus cantos brotaban al unísono en rápidas escalas mezcladas como las aguas de un torrente de montaña que se rozan, se unen, se precipitan cada vez más vertiginosamente a lo largo de las mismas pendientes, rozando los mismos follajes espesos, Pero una roca las detiene y ellas se separan.

Los duros rayos del sol penetraban en la habitación. Cada objeto tocado por la luz quedaba investido de una vida intensa y dura. Un



plato se convertía en un lago blanco. Un cuchillo se asemejaba a una daga de hielo. Los vasos se revelaban de pronto sostenidos por rayas de luz. Las mesas y las sillas subían a la superficie cual si hubieran estado sumergidas bajo el agua y emergieran recubiertas de una pequeña película rosa, naranja, púrpura como la pelusa sobre la piel de un fruto maduro. Las venas sobre el barniz de las porcelanas, el grano de las maderas, las fibras del tapiz parecían grabados en trazos cada vez más finos. Todo carecía de sombra. El ojo, atraído por el verde intenso de un jarro parecía colarse dentro de él como un molusco absorbido por el vacío. Enseguida, las formas asumieron densidad y contornos. Aquí se destacaba una silla; allá se alzaba un aparador. Y la luz siempre creciente, expulsaba a su paso las sombras, que se apretujaban unas contra otras, y suspendían, en el fondo, los pliegues de sus cortinajes.

—¡Cuán hermoso, cuán extraño se extiende Londres delante de mí, envuelto en la neblina, con sus múltiples torres y cúpulas resplandecientes! —dijo Bernardo—. Custodiada por una guardia de gasómetros y de chimeneas de fábricas, la ciudad reposa dormida mientras nos acercamos a ella. Ella lleva un hormiguero en su seno. Todos los gritos, todos los clamores son dulcemente envueltos en su silencio. Ni la propia Roma es tan majestuosa. Pero nosotros somos proyectados contra ella y ya su sueño maternal es perturbado. Colinas erizadas de casas surgen de la neblina. Fábricas, catedrales, cúpulas de cristal, instituciones de caridad y teatros se alzan. El tren que llega del norte en la madrugada es arrojado contra ella como un proyectil. Subimos las persianas de las ventanillas, y los rostros vacíos de las gentes que esperan, nos miran fijamente mientras atravesamos las estaciones como un relámpago. Los hombres sujetan fuertemente entre sus dedos sus periódicos que amenazan volarse con el viento de nuestra velocidad y sienten pasar la muerte. Pero el tren rugiente sigue adelante. Vamos a hacer explosión en los flancos de la ciudad como una granada en el vientre de algún pesado y majestuoso animal maternal. La ciudad murmura y canturrea: ella nos aguarda.

«En este momento en que, de pie frente a la portezuela, contemplo el paisaje, siento de una manera extraña, persuasiva, que, justamente debido a mi gran felicidad (estoy comprometido para casarme), me he convertido en una partícula de esta velocidad, de este proyectil lanzado sobre la ciudad. Me siento dispuesto a tolerarlo todo, a admitirlo todo. Querido señor, podría decir: ¿por qué agitaros? ¿Por qué bajáis vuestra maleta de la malla de acero donde está suspendida y os esforzáis por meter en ella el gorro con el cual habéis dormido toda la noche? Nada de lo que podamos hacer tiene la menor importancia. Una especie de espléndida unanimidad nos envuelve a todas, semejante al ala de algún enorme pájaro gris (es una hermosa mañana sin sol). Engrandecidos más allá de nuestras proporciones habituales, solemnes y parecidos unos a otros, viajeros como somos, sólo tenemos un deseo: el de llegar a la estación. Por mi parte, yo no quiero que el tren se detenga con una brusca sacudida. No quiero que el lazo que nos ha unido durante toda esta larga noche, en que hemos permanecido sentados unos frente a otros, sea roto. No quiero sentir que el odio y las rivalidades y todas las variedades del deseo comiencen a reinar nuevamente entre nosotros. Nuestra comunidad en el tren expreso, en el cual nos unía el deseo común de llegar a Huston, era sumamente agradable. ¡Mas, ay!— Todo ha concluido. Hemos realizado ya nuestro deseo. El tren se ha detenido en la estación. El apresuramiento y la confusión y el afán por ser el primero en entrar al ascensor, predominan ahora por sobre todo lo demás. Pero yo no quiero ser el primero en pasar la puerta ni asumir el fardo de la existencia individual. Yo que desde el lunes, desde el instante en que Ella me aceptó, he tenido cargado cada uno de mis nervios con un sentido de mi propia identidad, que no he podido ver un cepillo de dientes en un vaso sin exclamar: «¡Es mi cepillo!», quisiera ahora abrir las manos y dejar caer mis posesiones y permanecer simplemente aquí en la calle sin participar en nada, sin deseo, sin envidia, observando los autobuses con esta insaciable curiosidad por el destino humano que podría ser una necesidad de mi espíritu si mi espíritu tuviera todavía necesidades. Pero ya no posee ninguna. He llegado; fui aceptado. No pido nada más.

«Satisfecho como el niño que se desprende del seno que lo amamantaba, estoy en libertad para sumirme en las profundidades de la inmensa, de la omnipotente Vida que pasa. (A propósito: qué de cosas en la vida dependen de un buen pliegue del pantalón: el hombre más inteligente pierde gran parte de sus posibilidades con unos pantalones arrugados). Es curioso ver vacilar a las gentes en la puerta del ascensor. ¿Pasarán por aquí o por allá? Enseguida sus individualidades se afirman y salen. Todos obedecen a alguna necesidad apremiante: la obligación miserable de acudir a alguna cita, de comprar un sombrero, separa a estos hermosos seres humanos que estaban hace un momento tan unidos. En cuanto a mí, no tenso ningún objetivo; carezco de ambición. Me dejaré llevar por el ímpetu general. La superficie de mi espíritu se desliza como un pálido riachuelo que refleja los objetos que pasan. No puedo recordar mi pasado, la forma de mi nariz o el color de mis ojos ni cuál es mi opinión general acerca de mí mismo. Sólo en algún momento de peligro, al cruzar una calle, ante algún ómnibus ave se abalanza sobre mí, mi instinto de conservación se apodera de mí y me obliga a detenerme. Decididamente, todos queremos vivir. Pasado el peligro, la indiferencia me invade nuevamente. El tumulto de tráfico, los rostros indiferenciados de los transeúntes que se dirigen de aquí a allá, me transportan en un sueño de intoxicado que borra los rasgos de los rostros. La gente bien podría pasar a través de mí. ¿Qué es este momento del Tiempo, este día entre los días, en el cual me encuentro cogido? El fragor del tráfico bien podría ser el vasto murmullo de las selvas o el rugido de bestias salvajes. La carroza del Tiempo ha retrocedido de un golpe: nuestro breve progreso ha sido cancelado. Creo que, en verdad, nuestros cuerpos también están desnudos. Apenas si estamos cubiertos de una tela cuidadosamente abotonada, y debajo de estos pavimentos se ocultan ataúdes, osamentas, silencio—

«Sin embargo, mi sueño, mi tentativa de sumergirme bajo la superficie de la corriente, es interrumpida, hecha pedazos, destruida por sensaciones espontáneas y fuera de propósito por curiosidades, anhelos y deseos irresponsables como en el sueño. (Por ejemplo, se me antoja tener aquella valija—) Pero no: deseo sumergirme en

las profundidades; deseo ejercer, por una vez, mi prerrogativa de examinar las cosas, prescindiendo de actuar sobre ellas; quiero escuchar los vagos ruidos ancestrales de los mamuts y de las ramas quebradas, abandonarme a mi deseo imposible de abrazar el mundo entero en un solo acto de comprensión, deseo imposible para los hombres de acción. ¿No siento acaso, al caminar, cómo tiembla mi cuerpo con oscilaciones extrañas y vibraciones de simpatía que, desligado como estoy de todo lazo personal, me impulsan a estrechar estos rebaños humanos: a los que caminan con un paso rápido y a los que miran a su alrededor, a estos mensajeros de casas comerciales y a estas muchachas furtivas y fugitivas que se detienen frente a los escaparates de las tiendas, ignorantes de la fatalidad que pesa sobre ellas?— Pero yo, yo tengo plena conciencia de nuestro efímero paso sobre la tierra.

«Y, sin embargo, no puedo negar que la vida adquiere ahora para mí misteriosas prolongaciones. ¿Es acaso porque quizás tendré hijos, porque lanzaré quizás un puñado de semillas más allá de los límites de esta generación de gentes sitiadas por la muerte, que se atropellan a lo largo de las calles en una rivalidad sin fin? Mis hijas recorrerán estas calles en otros veranos: mis hijos labrarán nuevos campos. No somos pues, gotas de lluvia rápidamente secadas por el viento: gracias a nosotros, los jardines florecen y las selvas se estremecen. Nosotros renacemos bajo formas diferentes para siempre jamás. Esto es, por consiguiente, lo que explica mi confianza, la sensación de estabilidad central que experimento y que de otro modo sería tan monstruosamente absurda, al abrirme camino por entre estas mareas humanas, por entre estas encrucijadas apretadas de cuerpos, aprovechando los momentos de seguridad para cruzar. No es vanidad, pues estoy desprovisto de ambiciones: no tengo presente en este momento mis dones particulares ni mis características personales, ni la forma de mis ojos ni de mi boca. En este momento, no soy yo mismo.

«Y, sin embargo, ved ya retorna. Imposible desprenderse del olor persistente de nuestra personalidad. Ella se desliza por yo no sé qué intersticio de nuestra estructura. Yo no soy una parte de la calle:

no, yo observo la calle. En esta forma me desprendo del Todo. Por ejemplo, en aquella callejuela hay una muchacha que aguarda: la quién? He aquí una historia romántica. En la muralla de aquel almacén hay colgado un pequeño bastón. ¿Por qué razón ha sido colgado allí aquel bastón?, me pregunto. Y en el acto invento a una dama; enorme, frondosa, toda enrojecida y palpitante, que lo envuelve todo con sus polleras y es bajada de un cabriolé por un marido bañado en sudor que tiene, por lo menos, unos sesenta años. Historia grotesca. Y es que, por instinto, yo acuño palabras y soplo mis globos de jabón a través de las cosas. Todas estas observaciones cogidas al vuelo me permiten elaborar mi propia personalidad, diferenciarme de los demás. Al escuchar la voz interior que me grita al pasar: «¡Mira, toma nota de aquello!», me creo llamado a encontrar, en el transcurso de una noche de invierno, el significado de todas estas observaciones, el lazo que las une, la suma total que las reúne todas. Pero los soliloquios en las callejuelas se desvanecen muy pronto. Yo tengo necesidad de un auditorio: he aquí mi debilidad. Esto es lo que me distrae en el curso de mis conclusiones e impide que ellas se formen en mí. Soy incapaz de permanecer sentado día, tras día, en el fondo de algún sórdido bar, y ordenar siempre la misma bebida, impregnándome de este fluido, de esta vida. Yo forjo mi frase y en el acto me precipito con ella hacia algún salón donde docenas de bujías la harán brillar en todo su esplendor. Necesito de ojos que estén posados en mí para revestirme de todo este farfalá y de todos estos encarrujados. Para ser Yo mismo, necesito de la iluminación de los ojos de los demás, y por esto jamás me sentiré seguro de mí mismo. Los seres auténticos como Luis, como Rhoda, tienen una existencia más perfecta en la soledad. Ellos no soportan el resplandor venido de fuera, el desdoblamiento en los espejos. Ellos ponen sus telas vueltas contra la pared apenas han concluido de pintarlas. Una espesa capa de hielo cubre las palabras de Luis y ellas emergen condensadas, concentradas, duraderas.

«Y nuevamente, después de este momento de somnolencia, deseo hacer brillar mis múltiples facetas a la luz de rostros amigables. Acabo de atravesar las regiones sin sol de la no—identidad.

¡Extraño país!– En este momento de apaciguamiento, en este momento de olvidadiza satisfacción, he percibido el suspiro de las olas que se extienden más allá de este círculo de luz brillante, más allá de esta pulsación de vida furiosa, insensata. He tenido un momento de enorme paz. Quizás esto sea la felicidad– Ahora me llaman hacia atrás el escozor de las sensaciones, de la curiosidad, de la glotonería (tengo hambre) y el deseo irresistible de ser Yo. Pienso en las gentes a quienes yo podría explicar ciertas cosas: Luis, Neville, Susana, Jinny y Rhoda. En presencia de ellos, poseo mil facetas. Ellos me arrancan a las tinieblas. Gracias a Dios, nos reuniremos esta noche; gracias a Dios, no me veré obligado a estar solo. Comeremos juntos. Le ofrecemos una comida de despedida a Percival que parte a la India. Faltan todavía varias horas para nuestro encuentro, pero ya siento a los heraldos, a los anunciadores que son en nosotros las imágenes de nuestros amigos ausentes. Veo a Luis escultural, como tallado en piedra; a Neville preciso, cual cortado a tijera: a Susana con sus ojos semejantes a globos de cristal; a Jinny danzando como una llama febril y ardiente sobre la tierra seca, y a Rhoda, la ninfa de la fuente, siempre bañada en lágrimas. Todas estas imágenes son fantásticas, irreales, son grotescas, hidrópicas y se desvanecen al simple contacto de la punta de sus zapatos. Y, sin embargo, su resplandor pone todo mi cuerpo en tensión; ellas hacen desvanecerse estos vapores. Comienzo a impacientarme ante la soledad, a sentirme sofocado por sus cortinajes malsanos. ¡Oh, si pudiera apartarlos y actuar! Cualquiera presencia me bastaría. No soy difícil. Me contentaría con la compañía de este barrendero, de este cartero, del mozo de este restaurante francés y, mejor aún, con la del propietario, este hombre cordial cuya acogida le parece a cada cliente un honor que le es dispensado exclusivamente a él. Él mismo prepara la ensalada para algún visitante de importancia. ¿Quién es este señor y de dónde viene este privilegio?, me pregunto. ¿Y qué es lo que está diciendo a aquella dama con las orejas adornadas de pendientes? ¿Es ella alguna amiga o una cliente? Apenas me instalo frente a esta mesa, siento nacer una deliciosa mezcla de incertidumbres, de confusión, de posibilidades, de perplejidades, de hipótesis. Las imágenes se forman por generación espontánea. Mi propia fecundidad me

confunde. Yo podría describir cada silla, cada mesa, cada parroquiano, con profusión de detalles. Mi espíritu husmea aquí y allá, pronto a cogerlo todo en una red de palabras. Hablar, aun cuando no sea sino para ordenar el vino al mozo, es producir una explosión. Los cohetes suben al cielo y sus granos dorados vuelven a caer fertilizando el rico suelo de mi imaginación. La belleza de este género de contacto estriba en que es una explosión absolutamente inesperada. ¿Quién soy yo—, este Yo que habla con un mozo italiano desconocido? No hay estabilidad en este universo en que vivimos. ¿Quién puede decirnos el secreto de las cosas? ¿Quién puede prever la curva de una palabra una vez lanzada? Es un globo aerostático que vuela por sobre las copas de los árboles. Todo esfuerzo hacia el conocimiento es vano. Todo no es sino experiencia y aventura. Estamos incesantemente mezclándonos con cantidades desconocidas. ¿Qué vendrá enseguida? No lo sé. Pero, en el momento en que poso mi vaso sobre la mesa, recuerdo que estoy comprometido para casarme. Esta noche comeré con amigos. Soy Bernardo. Soy Yo.

—Faltan exactamente cinco minutos para las ocho —dijo Neville—. He venido temprano y he ocupado mi sitio en la mesa diez minutos antes de la hora fijada, a fin de disfrutar se cada minuto de espera, a fin de ver abrirse la puerta y preguntarme: ¿Es Percival? No, no es Percival. Existe una especie de placer amargo en decir: No, no es Percival he visto ya cerrarse y abrirse la puerta veinte veces y, cada vez, la espera se torna más angustiosa. Esta es la habitación en la cual él va a entrar. Esta es la mesa a la cual él va a sentarse. Aquí, por increíble que parezca, se posará su cuerpo. Esta mesa, estas sillas, este vaso de metal con sus tres flores rojas, están a punto de sufrir una extraordinaria transformación. Ya esta habitación, con sus puertas giratorias, sus mesas cargadas de frutas y viandas frías, ha adquirido el aspecto irreal de un sitio en el cual uno espera que ocurra algo. Las cosas se estremecen cual si se aprestaran a nacer. El mantel de la mesa es una mancha brutal de blancura. La hostilidad, la indiferencia de los demás comensales es oprimiente. Nos miramos unos a otros y, al constatar que no nos conocemos, volvemos la cabeza hacia otro lado. Son miradas que parecen

latigazos. En ellas siento toda la crueldad e indiferencia del mundo. Si él no viniera, yo no podría soportarlo: me marcharía. Sin embargo, alguien debe estar viéndole en este momento; debe estar en algún taxi, debe pasar por delante de alguna vitrina. Y, a cada instante, él parece derramar sobre esta habitación esta luz ardiente, este sentido apasionado de la existencia que hace perder a las cosas sus valores usuales, de suerte que la hoja de este cuchillo no es ya un objeto con el cual se puede cortar, sino un resplandor de luz. El orden normal ha sido abolido.

«La puerta se ha abierto, pero no es él quien entra. Es Luis que vacila en el umbral con su extraña mezcla de seguridad y timidez. Al entrar se mira al espejo, se alisa los cabellos; está descontento con su apariencia. Se dice a sí mismo: «Soy un duque... el último vástago de una antigua familia—» Luis es agrio, receloso, tiránico, difícil de tratar (estoy comparándole con Percival). Al mismo tiempo, es temible, pues hay no sé qué de burlón en su mirada. Acaba de verme. Hele aquí.

—Ahí viene Susana —dijo Luis—. No nos ha visto. No viene vestida de gala, pues desprecia las frivolidades de Londres. Se ha detenido un instante junto a la puerta giratoria, mirando a su alrededor como una criatura cegada por la luz de algún faro. Ahora avanza. Tiene los movimientos furtivos y no obstante seguros de una bestia salvaje, aun en medio de todas estas mesas y sillas, entre las cuales parece encontrar instintivamente su camino, sin rozar a nadie, sin preocuparse de los mozos, abriéndose paso hasta nuestra mesa situada en un rincón. Cuando nos percibe, a Neville y a mí, su rostro adquiere un aire de certidumbre que es alarmante, cual si tuviera, por fin, lo que deseaba. Ser amado por Susana sería como sentirse traspasado por el pico agudo de algún pájaro, ser clavado a la puerta de alguna granja. Sin embargo, hay momentos en que yo casi desearía ser traspasado por el pico de un pájaro, ser clavado a alguna granja de una vez y para siempre.

«Rhoda se acerca ahora: no viene de parte alguna; se ha deslizado en la habitación sin que nos hayamos dado cuenta cómo. Debe



haber dado infinitas vueltas, escudándose detrás de algún mozo o de algún pilar pesadamente esculpido, a fin de retardar el mayor tiempo posible la emoción del momento en que había de reconocernos, a fin de estar libre un instante todavía para mecer en paz los pétalos de su estanque, Nosotros la despertamos de su ensueño. Nosotros la torturamos. Ella nos teme, nos desprecia y, sin embargo, a despecho de sí misma, viene a estrecharse junto a nosotros porque, a pesar de nuestra crueldad, hay siempre algún nombre, algún rostro que resplandece para ella, que ilumina el pavimento de las calles y le permite volver a poblar sus sueños.

—La puerta se abre, se abre sin cesar —dijo Neville—. Pero él no viene.

—Allí está Jinny —dijo Susana—. Permanece de pie en el umbral. Todo parece haberse inmovilizado: el mozo se detiene; los comensales sentados a las mesas vecinas a la puerta, alzan la cabeza para mirarla. Se diría que ella es el centro de todas las cosas: a su alrededor, las mesas, las puertas, las ventanas, los techos se ordenan como los rayos alrededor de la estrella que se diseña en medio de un vidrio quebrado. Ella sitúa las cosas, les asigna un orden. Ya nos ha visto y se dirige hacia nosotros y todos los rayos se agitan y se deslizan sobre nosotros como olas que arrastran consigo una marea de sensaciones nuevas. Nosotros nos transformamos. Luis se arregla la corbata. Neville, que espera con una ansiedad dolorosa, ordena nerviosamente el cubierto colocado frente a él, Rhoda la mira con sorpresa cual si un fuego acabara de encenderse en algún horizonte lejano. Y yo, que para protegerme de ella acumulo en mi memoria el recuerdo de la hierba húmeda de los campos, del ruido de la lluvia sobre los tejados y de las rachas de viento que azotan la casa en invierno, siento que su desdén se agazapa alrededor de mi cuerpo, siento su burla como lenguas de fuego que se alzan contra mí e iluminan despiadadamente mi traje tosco y mis uñas cuadradas que me apresuro a esconder debajo del mantel.

—Él no viene —dijo Neville—. La puerta se abre y él no viene. Es Bernardo el que entra. Al quitarse el sobre, todo, muestra un trozo de su camisa azul en los sobacos. A diferencia de todos nosotros, ha entrado sin siquiera tomarse la molestia de abrir bien la puerta, sin darse cuenta de que entraba a un lugar lleno de seres extraños para él. No se mira al espejo. Sus cabellos están desordenados, pero él lo ignora. No tiene la sensación de que es diferente a nosotros ni de que esta mesa es su destino. En el camino vacila, preguntándose: «¡Hola! ¿Quién es ella?», al ver a una mujer envuelta en una capa de noche. Conoce vagamente a todo el mundo y a nadie conoce bien (estoy comparándole con Percival). Al divisarnos, agita la mano con un saludo benévolo y se aproxima con tanta cordialidad, con un amor tan grande hacia la humanidad entera (contrarrestado, sin embargo, por la constatación irónica de que este amor por la humanidad es bien ridículo) que, si no fuera por la ausencia de Percival que lo transforma todo en un vago humo, yo creería, como le sucede ya a los demás, que estamos celebrando una fiesta y que nos sentimos felices de estar aquí reunidos. Pero sin Percival, nada hay sólido. No somos sino siluetas, fantasmas huecos que se agitan en medio de una neblina que carece de un fondo de apoyo.

—La puerta se abre sin cesar —dijo Rhoda—. Y siguen entrando intermitentemente gentes extrañas, gentes a las cuales no volveremos a ver nunca más y cuya familiaridad, cuya indiferencia, nos rozan al pasar, produciéndonos la sensación desagradable de un mundo que prosigue sin nosotros. Y no podemos evaporarnos, no podemos olvidar nuestros rostros. Incluso yo que carezco de rostro, que no transformo la gente al entrar a una habitación (Susana y Jinny transforman los rostros y los cuerpos), creo volar sin arraigos, incapaz de tener anclas en alguna parte o de apoyarme en algún sitio, incapaz de proporcionar a estas gentes un muro blanco y liso sobre el cual puedan ellos proyectar sus sombras. Esto se debe tal vez a Neville y a su dolor. El soplo agudo de su dolor me sacude íntegra. Nada puede adquirir forma. Nada puede subsistir. Cada vez que la puerta se abre, él mira fijamente la mesa: no se

atreve a alzar los ojos. Enseguida los alza por espacio de un segundo y se dice; «Él no viene». ¡Ah, pero he aquí a Percival!

—¡Por fin —exclamó Neville— el árbol de mi alegría florece. Mi corazón se expande. La opresión ha desaparecido. Todos los obstáculos han sido removidos. El reinado dei caos ha concluido. Él ha traído consigo el orden. Nuevamente los cuchillos cortan.

—He aquí a Percival —dijo Jinny—. Y no viene vestido de etiqueta.

—He aquí a Percival —dijo Bernardo—. Se alisa los cabellos, no por vanidad (ni siquiera se mira al espejo), sino para propiciar al dios de la decencia. Él guarda los convencionalismos, pues es un héroe. Los muchachos en el colegio se agrupaban detrás de él en los campos de juego e imitaban su manera de sonarse, aunque sin éxito, pues Percival es Percival. Ahora, que está a punto de abandonarnos para marcharse a la India, todos estos pequeños detalles se acumulan para componer un todo. Él es un héroe. Sí, nadie podría negarlo y, cuando se sienta junto a Susana, a la cual ama, el instante adquiere un carácter de solemnidad. Nosotros, que chillamos como chacales, mordiéndonos los talones, asumimos ahora la expresión confiada y calmada de los soldados en presencia de su capitán. Nosotros, que nos hemos sentido separados unos de otros por nuestra juventud (el mayor de nosotros no ha cumplido todavía veinticinco años), que semejantes a pájaros ávidos hemos cantado cada cual su propia canción y que hemos golpeado, con el egoísmo salvaje y desprovisto de escrúpulos de la juventud, nuestro propio cascarón hasta que éste ha estado a punto de romperse (a propósito, yo estoy de novio) o que, inclinados solitariamente sobre la ventana de algún dormitorio, hemos entonado nuestros cantos de amor, de gloria y de otras experiencias similares tan queridas a pajarillos nuevos, nos aproximamos ahora los unos a los otros. En este restaurante, donde los intereses de todo el mundo difieren y donde el vaivén incesante de la gente nos ofrece de continuo nuevas distracciones, donde la caja de vidrio de la puerta se abre a cada instante para arrojarnos al rostro sus mil tentaciones, insultos y

heridas a nuestro amor propio, sentados aquí, junto a esta mesa nos amamos los unos a los otros y creemos en la duración de este amor.

—Salgamos ahora, finalmente, de las tinieblas de nuestra soledad —dijo Luis.

—Confesemos ahora, de una manera brutal y directa, lo que se oculta en el fondo de nosotros — dijo Neville—. Hemos salido de nuestro aislamiento y de nuestra espera, de los días furtivos de secretos y escondites, de revelaciones obtenidas en el peldaño de una escalera, de nuestros momentos de terror y de éxtasis.

—La vieja Mrs. Constable alzaba sobre nuestras cabezas su esponja empapada en agua tibia —dijo Bernardo—. Y nos sentíamos de pronto revestidos de una envoltura de carne sensible y mutable.

—El mozo y la cocinera se hacían el amor en la huerta —dijo Susana—, en medio de la ropa blanca agitada por el viento.

—El soplo del viento se asemejaba al aliento de un tigre —dijo Rhoda.

—El hombre degollado yacía con su rostro lívido en medio del riachuelo —dijo Neville—. Y al subir la escalera yo no pude mover los pies, no pude traspasar el manzano implacable con sus duras hojas de plata.

—La hoja danzaba en el cerco sin que nadie la soplara —dijo Jinny.

—En el rincón del jardín lleno de sol, las corolas nadaban en medio de las profundidades verdes — dijo Luis.

—En Elvedon, los jardineros barrían y barrían con sus inmensas escobas y una mujer estaba sentada a una mesa, escribiendo —dijo Bernardo.

—Filamento por filamento deshilvanamos los ovillos cuidadosamente enrollados de los recuerdos —dijo Luis.

—Después —dijo Bernardo—, un coche se detuvo frente a nuestra puerta. Entonces, echándonos sobre los ojos nuestros sombreros nuevos para ocultar nuestras lágrimas poco varoniles, atravesamos las calles, en las cuales, incluso las sirvientas alzaban la cabeza para mirarnos. Y nuestros nombres, pintados con letras blancas sobre nuestras valijas, proclamaban al mundo entero que íbamos al colegio con el número reglamentario de calcetines y calzoncillos, en los cuales nuestras madres habían trabajado durante varias noches, grabando nuestras iniciales. Aquello fue una segunda separación del cuerpo maternal.

—Y Miss Lambert, Miss Cutting y Miss Bard —dijo Jinny—, matronas monumentales, con sus cuellos y puños blancos, presidían nuestros estudios, enigmáticas, con sus rostros color de piedra y sus anillos de amatista que se movían a lo largo de las páginas de los libros de francés y de aritmética, como cirios virginales, como difusas luciérnagas. Y había también mapas, pupitres recubiertos de felpa verde e hileras de zapatos ordenados en estantes.

—Las campanillas sonaban a la hora fija —dijo Susana—. llamando a las camareras retozonas y rientes. Se sentía un ruido de sillas que se retiraban y luego eran colocadas nuevamente en su sitio sobre el linóleo. Pero desde una buhardilla se percibía un paisaje azul, un paisaje lejano de campos que no habían sido contaminados por la mentira de aquella vida reglamentada e irreal.

—Desde nuestra frente caían velos —dijo Rhoda— y en nuestras manos sujetábamos guirnaldas de flores cuyas hojas verdes crujían dulcemente.

—Hemos cambiado, nos hemos tornado incognoscibles —dijo Luis—. Expuestos a todas estas luces diferentes, lo que teníamos dentro de nosotros (pues somos tan diferentes unos de otros), ha surgido a la superficie intermitentemente, en forma de manchas violentas,

espaciadas por intervalos en blanco, como si algún ácido se hubiera esparcido desigualmente sobre la placa. Yo era esto; Neville aquello; Rhoda y Bernardo eran también diferentes.

—Después —dijo Neville— las canoas se deslizaron bajo las ramas tiernamente verdes de los sauces, y Bernardo, que avanzaba distraídamente, como siempre, sobre un fondo de verdor y antiguas construcciones universitarias, se dejó caer como una masa sobre el césped, junto a mí. En un acceso de emoción (las tempestades no son ya más violentas ni los relámpagos tan súbitos como en aquel entonces), yo cogí mi poema, se lo arrojé al rostro y me marché dando un portazo.

—En cambio, yo —dijo Luis— hube de separarme de vosotros para ir a sentarme detrás de un escritorio, arrancando hojas de calendario y anunciando al mundo de los corredores marítimos, de los comerciantes en granos y de los accionistas de las Compañías de navegación, que el viernes diez o el martes dieciocho se había alzado sobre la ciudad de Londres.

—Después —dijo Jinny—, Rhoda y yo, expuestas a todas las miradas, en brillantes trajes de seda, con unas cuantas piedras preciosas anidadas en un collar frío alrededor de nuestros cuellos, hicimos reverencias, cambiamos apretones de mano y, con una sonrisa, cogimos un sandwich de una bandeja.

—El tigre dio un salto y la golondrina sumergió sus alas en los estanques sombríos al otro lado del mundo —dijo Rhoda.

—Pero aquí, y en este momento, estamos todos reunidos —dijo Bernardo—. Nos hemos reunido, en este minuto del tiempo y en ese lugar, atraídos a esta comunión, por alguna profunda y común emoción. Para ser más explícitos, ¿la denominaremos sencillamente «amor»? ¿Hablares de «amor hacia Percy», porque Percival parte para la India? Pero no, ésta es una palabra demasiado pequeña, demasiado particular. No podemos colocar una etiqueta tan breve a sentimientos tan vastos y profundos como los nuestros. Hemos venido, desde el norte, desde el sur, desde la granja de

Susana, desde la casa comercial de Luis, para realizar algo, no duradero —porque, ¿qué es lo que dura? —sino algo visible y evidente para todos nosotros en este momento de nuestras vidas. En este florero hay un clavel rojo. Hace un segundo, mientras aguardábamos sentados alrededor de esta mesa, no era sino una flor sencilla y sola. Ahora es una flor heptágona, una flor de mil pétalos, una flor roja, parda, sombreada de púrpura, una flor de duras hojas de plata, una flor total, a la cual cada una de nuestras miradas añade un atributo.

—Después de los fuegos caprichosos y del tedio infinito de la juventud, la luz cae por fin sobre objetos reales —dijo Neville—. He aquí cuchillos y tenedores. La estructura del mundo y la nuestra determinan nuestro encuentro de esta noche.

—Cada uno de nosotros es diferente a los demás y quizás de una manera demasiado profunda para poder ser definida —dijo Luis—. Intentemos, sin embargo, llegar a una definición. Al entrar, yo me alisé los cabellos, esperando parecerme al resto de vosotros. Pero no puedo conseguirlo, pues yo no soy aislado y completo como vosotros. Yo he vivido ya mil vidas. Cada día cavo y desentierro nuevas cosas dentro de mí, encuentro reliquias de mí mismo en las arenas holladas por las mujeres hace miles de años. cuando yo escuchaba las canciones que se alzaban sobre el Nilo y el ruido que hacía la pata de una bestia encadenada. Este hombre que veis junto a vosotros, este Luis, no es sino las cenizas y el desecho de algo que fue otrora espléndido. Yo he sido un príncipe árabe: observad la nobleza de mis gestos. En la época de la Reina Isabel, fui un gran poeta. Fui un duque en la corte de Luis XIV. Soy vanidoso, soy temerario y siento un deseo inconmensurable de que las mujeres suspiren por mí. Esta mañana no almorcé, a fin de que Susana me encontrara pálido y para que Jinny extendiera hacia mí el bálsamo exquisito de su simpatía. Pero, así como admiro a Susana y Percival, aborrezco a los demás, pues por culpa de ellos me torno ridículo a fuerza de alisar mis cabellos y de tratar de disimular mi acento provinciano. Yo soy el mono que juega con una nuez y vosotros sois las mujeres endomingadas con sus sacos de bollos

añejos. Soy también el tigre enjaulado y vosotros, los guardianes con tizones de fierro encendido. Tal es mi destino: soy más fuerte, y valeroso que vosotros y, no obstante, mi aparición sobre la tierra después de milenios de No—Ser, transcurrirá en el terror de vuestras burlas, en continuos viajes al compás del viento, en medio de una lluvia de hollín, en mi esfuerzo por forjar un anillo acerado de clara poesía que fundirá en un todo las gaviotas y las mujeres con dentaduras estropeadas, los campanarios de las iglesias y los sombreros de fieltro que veo cuando me siento a almorzar en un restaurante y apoyo uno de mis poetas predilectos —¿es él Lucrecio?— contra una alcuza y el menú salpicado de jugo de carne.

—Pero a mí no me aborrecerás jamás—dijo Jinny—. Tú no podrás verme jamás, ni siquiera al otro extremo de un salón lleno de embajadores y de sillones dorados, sin atravesar la habitación para venir hasta mí, en busca de mi simpatía. Cuando yo entré, hace un momento, todo se inmovilizó como en el interior de un cuadro. Los mozos se detuvieron y los comensales suspendieron sus tenedores en el aire. En cuanto a mí, tenía el aspecto de estar pronta para el acontecimiento. Cuando me senté, vosotros os llevasteis las manos al nudo de vuestra corbata o bien las ocultasteis debajo de la mesa. Pero yo, yo no oculto nada. Yo estoy pronta. Cada vez que la puerta se abre, exclamo: ¡Más! Pero mi imaginación es corporal. Yo no puedo imaginar nada más allá de la sombra proyectada por mi cuerpo. Mi cuerpo me precede como una linterna en algún callejón sombrío, extrayendo una cosa tras otra de las tinieblas e incorporándolas a mi círculo de luz. Yo os deslumbro. Yo os hago creer que el instante presente lo contiene todo.

—Pero cuando te detienes en el umbral —dijo Neville—, tu presencia nos inmoviliza, reclama nuestra admiración y esto constituye un gran obstáculo para la libertad de la amistad. Tú te detienes en el umbral obligándonos a tener conciencia de tu presencia. En cambio, ninguno de vosotros me vio entrar a mí. Yo llegué temprano, vine rápidamente, directamente a este lugar, aquí, para sentarme junto a la persona que amo. Mi vida posee una



rapidez que falta a la vuestra. Yo soy como un perro de caza lanzado sobre una pista. Prosigo mi cacería desde el alba hasta la noche. Nada, ni la persecución de la perfección a través del desierto, ni la gloria, ni el dinero tienen valor para mí. Yo poseeré riquezas: poseeré la gloria. Pero no poseeré jamás lo que deseo porque mi cuerpo carece de belleza y del coraje que ella nos da. La agilidad de mi espíritu es demasiado fuerte para mi cuerpo. Sucumbo antes de haber alcanzado el fin y caigo convertido en una masa sudorosa, repugnante quizás. En los momentos trágicos de la vida yo inspiro piedad, no amor. Sufro por ello cruelmente. Pero no temo el ridículo como Luis. Poseo demasiado el sentido de la realidad para permitirme fingimientos ni actitudes. Yo lo veo todo — excepto una sola cosa— con una claridad completa. Esto es lo que me salva. Esto es lo que excita incesantemente en mí el sentido del dolor. Esto es lo que me permite imponerme, incluso cuando guardo silencio. Y como, en cierto modo, la vida me ha frustrado, puesto que la persona que deseo cambia sin cesar y mi deseo no cambia y no sé en la mañana junto a quién me sentaré en la noche, yo no me estanco jamás: sobrevivo a mis peores desastres; yo giro, me transformo. Las flechas se estrellan contra la coraza de mi gran cuerpo musculoso. En esta persecución voy a envejecer.

—Si yo pudiera creer —dijo Rhoda— que envejeceré en medio de persecuciones y cambios sin fin, me sentiría liberada de mi temor: nada persiste. El momento presente no conduce al momento que seguirá. La puerta se abre y el tigre salta. Vosotros no me habéis visto entrar. He dado mil rodeos por entre las sillas para evitar el horror de una brusca sacudida. Tengo miedo de todos vosotros. Tengo miedo del choque de las sensaciones que saltan sobre mi porque no puedo recibirlas como lo hacéis vosotros, no puedo fundir el momento presente con el que vendrá para mi, cada momento es algo violento, algo aislado, y si sucumbo bajo el choque del salto de este momento, vosotros os arrojaréis sobre mí para despedazarme. Mi existencia carece de propósito. Yo no sé enrielar un minuto a continuación de otro, una hora tras otra, disolviéndolas mediante alguna fuerza natural hasta que ellas forman esta masa indivisible que vosotros llamáis vida. Porque vosotros tenéis un propósito una

finalidad: ¿es una persona junto a la cual sentaros o quizás una idea, o vuestra propia belleza quizás?— Lo ignoro, pero vuestros días y vuestras horas pasan como pasan las ramas de los árboles y el suave verdor de las selvas ante los ojos de un perro de caza que galopa siguiendo a una presa. Para mí, en cambio, no existe presa ni cuerpo que seguir. Y carezco de rostro. Soy semejante a la espuma que se precipita sobre la arena o al rayo de luna que atraviesa como una flecha un vaso de metal o la espina de un cardo de mar, o un viejo hueso o la madera podrida de un bote. Soy arrojada como un remolino al fondo de las cavernas, me golpeo como un trozo de papel contra corredores interminables y debo apoyar mis manos contra el muro para poder sujetarme y volver hacia atrás.

«Pero, como por sobre todas las cosas deseo encuadrarme dentro del marco del mundo, finjo tener yo también una finalidad cuando me arrastro por las escaleras detrás de Jinny y de Susana. Me coloco mis medias como las veo hacer a ellas, y aguardo a que habléis vosotros primero para imitaros. He atravesado Londres para venir aquí, a este lugar determinado, no para verte a ti, ni a ti, ni a ti, sino para encender mi fuego en la llamarada común de todos vosotros, de vosotros que vivís una vida íntegra, indivisible y sin angustias—

—Cuando yo entré aquí esta noche —dijo Susana—, me detuve bruscamente mirando a mí alrededor, igual que un animal que tiene sus ojos cerca de la tierra. El olor de las alfombras, de los muebles y de los perfumes me disgusta. Yo amo las caminatas solitarias a través de los campos húmedos, deteniéndome de vez en cuando contra una barrera para contemplar a mi perro que hace un círculo olfateando el pasto y preguntarle: ¿Dónde está la liebre? Amo la compañía de gentes que mascan briznas de hierbas, que atizan el fuego y, arrastran sus pantuflas a lo largo de interminables corredores, como mi padre. Las únicas palabras que yo comprendo son gritos de amor, de odio, de rabia y de dolor. En cuanto a vuestra conversación, ella me hace pensar en alguien que desistiera a una vieja: hace un instante, su traje parecía formar parte de su persona,

pero ahora, cada palabra descubre un poco más de su piel amarillenta, sus muslos arrugados y sus senos flácidos. Cuando calláis, volvéis a estar llenos de belleza. Yo no podré disfrutar jamás de otra cosa que de una felicidad natural. Las alegrías del instinto me bastarán. Por las noches, entraré a mi lecho fatigada. Seré como un campo que producirá alternativamente sus cosechas; en verano, el sol danzará sobre mí, en invierno, seré desgarrada por el frío. Pero el calor y el frío se sucederán naturalmente, sin que intervenga en ello mi voluntad. Mis hijos me ayudarán: su dentición, sus llantos, su partida para la escuela y su retorno, serán como las olas del mar, por las cuales me dejaré llevar. Ningún día transcurrirá sin su movimiento. Yo seré alzada más alto que todos vosotros sobre el lomo de las estaciones y, en el momento de mi muerte, poseeré más que Jinny, más que Rhoda, Pero, por otra parte, mientras vosotros sois infinitamente variados y onduláis al ritmo de las ideas y risas de los demás, yo seré taciturna, color de tempestad, y toda cubierta de un tinte sombrío. Seré envilecida y extenuada por la bestial y sublime pasión de la maternidad. Yo ayudaré inescrupulosamente a mis hijos a abrirse camino en la vida. Aborreceré a aquellos que descubran sus defectos. Mentiré bajamente en beneficio de ellos. Yo permitiré que ellos formen una muralla que me separe de todos vosotros. Me siento devorada por los celos. Aborrezco a Jinny porque su presencia me recuerda que mis manos son rojas y mis uñas des cuidadas. Yo amo con tal ferocidad, que sufro a morir cuando el objeto de mi amor me demuestra, con una frase que puede escapárseme. Él huye de mí y yo quedo sujetando entre mis dedos el extremo de una cuerda que se pierde entre el follaje. Yo no comprendo nada de las frases hermosas.

—Si yo hubiera nacido ignorante de que las palabras se suceden las unas a las otras —dijo Bernardo, quizás hubiera llegado a realizar algo en la vida. Tal como soy, sin embargo, descubriendo en todas partes series sin fin, soy incapaz de soportar la presión de la soledad. Cuando no puedo ver las palabras enroscándose como volutas de humo a mi alrededor, me pierdo en las tinieblas, no soy ya nada. Cuando estoy solo, caigo en el letargo y me digo melancólicamente a mí mismo removiendo las cenizas de la

chimenea: «Mrs. Moffat vendrá a barrer todo esto...» En cambio Luis, cuando está solo, ve las cosas con una intensidad sorprendente y es capaz de escribir palabras que bien pueden sobrevivirnos a todos nosotros. Rhoda también ama la soledad. Ella nos teme porque nosotros destruimos en ella esa sensación de ser que la soledad hace tan poderosa: ¡ved cómo aferra entre sus dedos su tenedor, su arma contra nosotros! Pero yo sólo nazco a la vida en el momento en que el plomero, el chalán o quienquiera que sea, dice algo que sirve de chispa para encender mi espíritu. ¡Con qué gracia se eleva entonces el humo de mis frases, subiendo y descendiendo, enrollándose alrededor del caparazón rojo de las langostas y la epidermis dorada de las frutas, trazándolo todo en un solo objeto de belleza. Pero, observad cuán artificiosa es mi elocuencia; cómo está hecha ella de evasiones y viejas mentiras! Pues, mi carácter está determinado en parte por el estímulo que le infunden los demás, y no es mío como lo es el vuestro de vosotros: hay en él yo no sé qué fatal defecto: una sinuosa e irregular vena de plata que destruye la unidad del diseño. He aquí lo que irritaba a Neville en el colegio cuando yo me separaba bruscamente de él y me marchaba con mis camaradas fanfarrones y bulliciosos adornados de gorros y de insignias, sentados en inmensos breaks: algunos de ellos están comiendo aquí esta noche, correctamente vestidos, para marchar en seguida, en un perfecto acuerdo, al music—hall, Yo les quiero porque ellos me despiertan a la vida en la misma forma que lo hacéis vosotros. Por eso, cuando me separo de vosotros y el tren se pone en marcha, vosotros tenéis la impresión de que no es el tren el que se va, sino yo Bernardo, a quien nada importa nada, que no siente nada, que no tiene boleto y que quizás acaba de perder su billetera. Susana contemplando la cuerda que desaparece entre el follaje, exclama: «¡Se ha marchado! ¡Se me ha escapado!» Porque no hay nada que pueda retenerme. Yo desaparezco y renazco sin cesar. Cada persona arranca de mis labios frases diferentes.

«Yo no deseo estar sentado esta noche junto a una sola persona, sino junto a cincuenta. Pero yo soy el único entre vosotros que se siente bien aquí sin necesidad de asumir actitudes. No soy vulgar ni

tampoco un snob. Si bien me abandono a la presión del mundo, mi lengua hábil consigue a menudo deslizar, en plena corriente, frases peligrosas. ¡Ved cómo mis pequeños juguetes que fabrico de la nada, en un segundo, divierten a todo el mundo! No soy un atesorador de vanidades ( cuando muera, sólo dejaré un armario lleno de trajes viejos) y soy casi indiferente a esas bagatelas que tanto atormentan a Luis. Pero he hecho muchos sacrificios. Yo, que estoy forjado de hierro, con vetas de plata y mezcla de vulgar barro, soy incapaz de contraerme como un puño, como aquellos cuya energía no depende de estímulos extraños. Soy incapaz de los renunciamentos, de los heroísmos de Luis y de Rhoda. Yo no lograré jamás, ni siquiera en la conversación, producir una frase perfecta. Pero, habré contribuido al momento que pasa, más que ninguno de vosotros, habré penetrado en mayor cantidad de habitaciones, diferentes unas de otras, que todos vosotros. Pero, como hay en mí algo que viene de afuera y no desde adentro, seré pronto olvidado: cuando mi voz haya enmudecido, vosotros no me recordaréis, excepto como el eco de una voz que antaño trenzó este cesto de frutas en frases.

—¡Mirad —exclamó Rhoda—, escuchad! ¡Mirad como la luz despliega segundo a segundo nuevas riquezas y todas las cosas parecen florecer y madurar! Nuestros ojos, al abarcar esta sala con sus numerosas mesitas, parecen ir apartando cortinajes de color: rojos, anaranjados, color de mar y otros de extraños tintes indefinidos que ceden como velos y vuelven a cerrarse detrás de ellos y cada cosa va fundiéndose en las demás.

—Si —dijo Jinny—, nuestros sentidos se han agrandado. Membranas y fibras nerviosas que yacían pálidas y sin fuerzas, se han hinchado y se extienden y flotan a nuestro alrededor como filamentos, haciendo tangible el aire y captando entre sus redes sonidos lejanos hasta ahora imperceptibles.

—El rumor de Londres nos envuelve —dijo Luis—. Automóviles, autobuses, camiones pasan y vuelven a pasar incesantemente. Todos sus ruidos se unen en la rueda giratoria de un solo sonido.

Cada sonido particular: el de los silbatos, las campanas, los gritos de los borrachos y de los transeúntes que se divierten, son batidos en un solo sonido como en un círculo de acero azul. De pronto, surge el clamor de una sirena. Poco a poco, la orilla se aleja, las chimeneas de las casas retroceden y el barco se hace a la mar.

—Percival se va —dijo Neville—. Nosotros estamos sentados aquí, en esta sala iluminada, multicolor, y todas las cosas: nuestras manos, los cortinajes, los cuchillos, los tenedores, los demás comensales, se funden bajo nuestros ojos, en un todo. Nosotros estamos aquí, rodeados de muros; pero, afuera, está la India...

—Yo veo la India —dijo Bernardo—. Veo la larga playa extendida; veo las callejuelas tortuosas, hechas de barro hollado, que conducen a las pagodas derruidas. Veo los edificios dorados y festoneados, cuyo aspecto de fragilidad y de abandono hace pensar en construcciones temporales elevadas para figurar en alguna exposición oriental. Veo un par de novillos que arrastran una carreta baja a lo largo del camino quemante por el sol. La carreta zigzaguea por la ruta. De pronto, una rueda se incrusta en el surco y, en el acto, innumerables nativos con las caderas ceñidas por un paño que les cubre cintura abajo, acuden de todas partes y rodean la carreta discutiendo acaloradamente. Pero no hacen nada. El tiempo parece infinito: la ambición, vana. Sobre todos pesa el sentido de la inutilidad del esfuerzo humano. Olores extraños y agrios flotan en el ambiente. Un viejo tendido en un pozo masca betel y se contempla el ombligo. Pero, he aquí que aparece Percival montando una yegua atormentada por las moscas. Percival se protege del sol con un casco y, aplicando los principios de autoridad europeos y empleando el lenguaje violento que es típico de él, consigue que la carreta arrastrada por los novillos sea enderezada en menos de cinco minutos. El problema oriental ha sido solucionado. Percival se apresta a proseguir su camino y la multitud se agrupa a su alrededor contemplándolo cual si fuera lo que en realidad es— un Dios.

—Que él sea desconocido o célebre. que posea o no un secreto poco importa—dijo Rhoda—. Él es como una piedra que cae en un

estanque envenenado, y nosotros, que nadábamos de aquí para allá como peces, nos precipitamos a su encuentro apenas hizo él su aparición. Como peces que acaban de constatar la presencia de una gran piedra, nos podemos a ondular y zigzaguear con satisfacción. Su presencia nos reconforta: pepitas de oro corren por nuestras venas. Uno, dos; uno, dos: el corazón late serenamente dentro de nosotros con confianza, en una especie de trance de alegría, en un éxtasis de bienaventuranza y ¡mirad! las regiones más alejadas de la tierra, sombras pálidas en el horizonte del mundo —la India, por ejemplo— se alzan bajo nuestras miradas. La superficie del mundo que había estado arrugada, se alisa, remotas provincias surgen de las tinieblas; vemos rutas cubiertas de barro, selvas enmarañadas, muchedumbres de hombres y aves de rapiña que se nutren de cadáveres hinchados, cual si todo esto formara parte de un dominio espléndido que nos pertenece desde que Percival, cabalgando a lo largo del sendero solitario, montando una yegua atormentada por las moscas, ha levantado su tienda entre los árboles desolados y permanece sentado, solo, contemplando las enormes montañas.

—La presencia de Percival —dijo Luis— sentado silenciosamente entre nosotros, como antaño en medio del césped susurrante, bajo el cielo en el cual el viento separaba las nubes que volvían a formarse enseguida, nos hace comprender que los esfuerzos que hacen os por definirnos, cada vez que logramos reunirnos como los elementos dispersos de un mismo cuerpo y de una misma alma, son falsos. El temor nos obliga a callar siempre alguna cosa. La vanidad nos hace alterar siempre otra. Hemos tratado de acentuar nuestras diferencias. Nuestro deseo de diferenciarnos de los demás nos ha hecho exagerar nuestros defectos y nuestras peculiaridades. Pero, una cadena nos enlaza, una cadena circular de acero azul.

—Es el amor, es el odio —dijo Susana—. Ese es el torrente furioso y negro como el carbón que nos produce vértigo al inclinarnos sobre él. Permanecemos de pie al borde de él, pero si nos inclinamos, nos coge el vértigo.

—Es el amor —dijo Jinny—, es el odio, ese odio que Susana siente por mí porque una vez besé a Luis en el jardín: porque, adornada como estoy, la obligo a pensar: «Mis manos son rojas» y a esconderlas, cuando yo entro a la habitación. Pero nuestro odio es casi imposible de distinguir de nuestro amor.—Y, sin embargo —dijo Neville—, estas aguas rugientes sobre las cuales construimos nuestras frágiles plataformas, son más estables que los gritos salvajes, inconsecuentes: débiles que se nos escapan cuando tratamos de hablar, cuando razonamos y cuando emitimos mentiras como: «Yo soy esto— Yo soy aquello». El lenguaje es falso.

«Pero como, y al comer, pierdo gradualmente toda visión precisa de las cosas. Me siento ahito de alimentos. Estos deliciosos bocados de pato asado, acompañados de legumbres apropiadas, se siguen a lo largo de mi paladar, de mi garganta y caen en mi estómago en una exquisita rotación de sensaciones de calor, de peso, de dulzor y de amargor y sirven para dar estabilidad a mi cuerpo. Me siento lleno de calma» de gravedad, de control. Todo es sólido ahora. Instintivamente, mi paladar reclama y prevé sensaciones de dulzura, de ligereza, algo azucarado y desvaneciente, y el vino helado» calzando como un guante los nervios delicados que parecen temblar en la superficie de mi garganta, se desliza, a medida que bebo, en una caverna aterciopelada, con su perfume de almizcle y su color de púrpura de uva. Ahora puedo mirar sin temor el torrente del molino que espumajea a mis pies. ¿Qué nombre especial le daremos? Dejemos hablar a Rhoda cuyo rostro veo reflejado vagamente en un espejo sobre el muro opuesto: a Rhoda, a la cual yo interrumpí cuando ella mecía sus pétalos en un tiesto de tierra pardusca, reclamándole el cortaplumas que Bernardo había robado. Para ella, el amor no es un torbellino. Ella no siente vértigo al inclinarse a mirarlo. Su mirada se pierde a lo lejos por encima de nuestras cabezas, más allá de la India.

—Si, más allá de vuestros hombros, por encima de vuestras cabezas, yo contemplo un paisaje — dijo Rhoda—, un valle rodeado de colinas semejantes a las alas replegadas de los pájaros. Allí, sobre el césped corto y duro, se elevan arbustos de follaje umbrío y



contra su masa negra veo una forma blanca, pero no petrificada, porque se mueve y quizás vive. Pero no eres tú, ni tú, ni tú, no es ni Percival, ni Susana, ni Jinny, ni Neville ni Luis. Cuando apoya su brazo blanco sobre la rodilla, forma un triángulo: cuando está de pie, es una columna; cuando se inclina, es la caída de una fuente. No hace el menor signo; ningún llamado: no nos ve. Detrás de ella ruge el mar. Está más allá de nuestro alcance. Y, sin embargo, yo me aventuro hasta allá a fin de llenar el vacío que existe dentro de mí, para extender mis noches y poblar las con sueños. Y, por el espacio de un segundo, incluso en este momento, incluso en este lugar, alcanzo mi objetivo y me digo: «No busques más. Todo el resto no es sino dolor y mentira. Aquí está el término de todo». Pero estos peregrinajes, estas continuas partidas, comienzan siempre cuando estoy en presencia de vosotros, junto a esta mesa, bajo estas lámparas, cerca de Percival y de Susana, aquí y en este instante. Siempre veo los follajes sombríos por encima de vuestras cabezas, más allá de vuestros hombros o bien desde algún balcón al cual voy a refugiarme durante alguna fiesta para contemplar la calle.

—Pero, ¿y sus pantuflas? —dijo Neville—. ¿Y su voz que se oye abajo en el vestíbulo? ¿Y su rostro percibido cuando él se cree solo? Uno espera y él no llega. El tiempo corre. Él ha olvidado sin duda. Está con otra persona. Es infiel, su amor no significaba nada. ¡Oh, la agonía que se padece entonces, la intolerable desesperación que se siente entonces!— Y de pronto, la puerta se abre. Helo allí.

—Toda resplandeciente con reflejos de oro, exclamé: ¡Ven! —dijo Jinny—. Y él se acercó; atravesó el salón hasta llegar adonde estaba yo sentada con mi traje que semejaba un velo esparcido a mí alrededor, alrededor de mi silla dorada. Nuestras manos se rozaron y nuestros cuerpos cogieron fuego. La silla, la taza, la mesa... todo se encendió todo se estremeció» todo relumbró, todo ardió con una hermosa llama clara.

—Contéplalos, Rhoda —dijo Luis—. ¡Cómo se han tornado nocturnos, apasionados!— Sus ojos son como las alas de las mariposas que baten tan rápidamente que parecen inmóviles.

—Los cuernos y trompetas resuenan —dijo Rhoda—. Los follajes se abren: los ciervos braman entre los arbustos. Se oye un ruido de danzas y tambores, semejante a las danzas y tambores de salvajes desnudos blandiendo picas.

—Semejante a las danzas de los salvajes alrededor del fuego de la tribu —dijo Luis—. Ellos son salvajes carecen de piedad. Danzan en círculo marcando el compás en vejigas infladas. Las llamas relucen sobre sus rostros pintados, sobre las pieles de leopardo y sobre los miembros sangrientos que han arrancado del cuerpo vivo.

—Las llamas del festival se elevan hasta el cielo —dijo Rhoda—. La gran procesión pasa arrojando al fuego ramillas verdes y troncos y ramas florecidas. Un humo azulado se escapa de sus cuernos: tienen la piel manchada de rojo y amarillo a la luz de las antorchas. Esparcen violetas y adornan a la bienamada con guirnaldas de hojas de laurel en el sitio en que el valle se angosta entre las colinas. La procesión pasa. Y, mientras pasa, Luis y yo experimentamos un sentimiento de caída, un presagio de derrota. Las sombras descienden. Semejantes a dos conspiradores que se han apartado para inclinarse sobre una urna fría, contemplamos cómo se extinguen las llamas rojas.

—La muerte está entrelazada con las violetas —dijo Luis—. La muerte y de nuevo la muerte.

—¡Con cuánto orgullo estamos sentados alrededor de esta mesa— dijo Jinny— nosotros, que aún no tenemos veinticinco años! Afuera, los árboles florecen; las mujeres retardan la hora de entrar a sus casas; los carruajes pasan incesantemente. Emergiendo de nuestras acciones vacilantes, de las oscuridades y los momentos de esplendor de la juventud, miramos rectamente frente a nosotros, prontos para todo lo que pueda venir (la puerta se abre, la puerta se abre sin cesar). Todo es real: todo es firme; sin ilusiones, sin sombras. La belleza reposa sobre nuestras frentes. Sobre la de Susana, sobre la mía. Nuestra carne es firme y fresca. Nuestros contrastes son nítidos y precisos como las sombras de las rocas a plena luz del sol. Frente a nosotros hay pequeños panes crujientes,

duros y relucientes; el mantel es blanco y nuestras manos reposan, semicerradas, prontas para contraerse. Tenemos delante de nosotros innumerables días: días de invierno, días de verano; apegas hemos tocado nuestras reservas para el futuro. El fruto se hincha debajo de las hojas. La habitación es color oro y yo murmuro: ¡Ven!...

—Él tiene las orejas rojas —dijo Luis—, y el olor de la cocina pende como una red húmeda alrededor de los emplea, dos de la ciudad que se sirven su almuerzo sentados en sus taburetes alrededor del mostrador del bar.

—¿Qué haremos del tiempo infinito que se despliega frente a nosotros? —dijo Neville—. ¿Vagaremos a lo largo de Bond Street contemplando los escaparates y comprando quizás una pluma fuente porque es verde o inquiriendo el precio del anillo adornado con la piedra azul? ¿O permaneceremos en nuestro hogar viendo cómo enrojecen los carbones de la chimenea? ¿Extenderemos nuestras manos hacia un libro leyendo una página al azar? ¿Prorrumpiremos en risas sin razón alguna? ¿Nos pasearemos por campos floridos cogiendo margaritas o preguntaremos a qué hora parte el próximo tren para las Hebridas y nos haremos reservar un compartimiento? Todo ha de venir todavía.

—Para vosotros —dijo Bernardo—. Pero yo ayer fijé de golpe mi destino. Ayer me comprometí en matrimonio.

—¡Cuán extraños son los montoncitos de azúcar apilados junto a nuestros platos! —dijo Susana—. Y la piel manchada de las peras y el marco de pelusa de los espejos. Yo no lo había observado antes. Todo está fijo ahora; todo en su lugar. Bernardo está de novio. Algo irrevocable ha sucedido. Un círculo se ha diseñado sobre las aguas; una cadena nos ha sido impuesta. Jamás volveremos a ser libres para deslizarnos a nuestro gusto.

—Durante un instante —dijo Luis—, antes de que la cadena se rompa, antes de que vuelva a reinar el desorden, contemplemos esta fijeza, este orden, este lazo que nos ata. Pero, bruscamente, el

circulo acaba de romperse. La corriente vuelve a fluir libremente y nos precipitamos con más rapidez que nunca. Las pasiones que reposaban en las profundidades donde se entrecruzan las algas sombrías, suben a la superficie y sus oleadas nos golpean. Los celos y el dolor, el deseo y la envidia y algo más profundo todavía que todo esto, más fuerte y subterráneo que el amor. La voz de la acción habla. Escucha, Rhoda (porque ambos somos cómplices con nuestras manos apoyadas sobre una urna fría), escucha la voz rápida distraída, excitada de la acción, la voz de los perros lanzados sobre una pista. Ellos hablan ahora sin tomarse la molesta de concluir sus frases. Hablan un lenguaje infantil semejante al de los amantes. Una fuerza imperiosa y brutal los posee. Los nervios tiemblan en sus caderas. Sus corazones baten y se coagulan en ellos. Susana oprime nerviosamente su pañuelo. Los ojos de Jinny danzan como una llama.

—Ellos son inmunes —dijo Rhoda— a las miradas curiosas y a los dedos inquisidores. ¡Con cuánta facilidad se vuelven y miran! ¡Qué actitudes tan llenas de energía y de orgullo las tuyas! ¡Cuánta vida resplandece en los ojos de Jinny! ¡Qué fuerza, cuánta entereza hay en la mirada de Susana buscando insectos en las raíces de los árboles! Sus cabellos tienen el lustre que refleja su salud. Sus ojos brillan como los ojos de los animales que apartan las hojas siguiendo su presa. El círculo está destruido y nosotros hemos sido arrojados en todas direcciones.

—Pero pronto, demasiado pronto —dijo Bernardo—, esta exaltación egoísta se desploma. Demasiado pronto el momento de la ávida identidad concluye y el apetito por la felicidad y más felicidad y todavía más felicidad es saciado. La piedra se ha hundido; el momento ha concluido. A mi alrededor se ensancha el círculo de la indiferencia. La curiosidad de mil miradas está en mis ojos. Todo el mundo tiene libertad de asesinar a Bernardo que se ha comprometido en matrimonio, siempre que dejen intacta esta atmósfera de territorio desconocido, esta selva de un mundo ignorado. ¿Por qué (murmuro discretamente) hay mujeres comiendo solas en aquella mesa? ¿Quiénes son ellas? ¿Y qué es lo que las

ha traído hasta aquí, esta noche? El joven sentado en aquel rincón debe ser provinciano a juzgar por el aire confundido con que se lleva de tiempo en tiempo la mano a la nuca. Su actitud es humilde y está tan ansioso de demostrar su reconocimiento al señor que le ha invitado gentilmente y que es un viejo amigo de su padre, que apenas puede disfrutar de una velada que recién mañana por la mañana comenzara a saborear. He observado también que aquella dama se ha empolvado tres veces la nariz en medio de una conversación absorbente, ella ha girado sin duda en torno al amor o a la desdicha que pesa sobre su más querida amiga. «¡Santo cielo, cómo tengo la nariz!», piensa, y su cisne para los polvos emerge de su cartera borrando al paso los sentimientos más fervorosos del corazón humano. Me queda por resolver, sin embargo, el problema insoluble de aquel solitario señor del monóculo y el de aquella dama entrada en años que bebe champaña completamente sola.

¿Quiénes y qué son estas gentes desconocidas? me pregunto. Podría idear una docena de historias acerca de lo que él dijo, de lo que ella replicó puedo forjarme una docena de cuadros. Pero ¿qué son las historias? Juguetes a los que yo doy forma, burbujas de jabón que soplo, anillos de humo que se enlazan. A veces, comienzo a dudar de que existan historias. ¿Qué es mi historia por ejemplo? ¿Qué es la de Rhoda? ¿Qué es la historia de Neville? Evidentemente, existen los hechos, como por ejemplo: «El elegante joven vestido de gris, cuya reserva contrastaba tan extrañamente con la locuacidad de los demás, se sacudió algunas migas de pan de su chaleco y, con un gesto característico. a la vez autoritario y benigno, llamó al mozo, quien se aproximó en el acto y regresó un momento más tarde con la cuenta discretamente doblada sobre una bandeja». Esto es un hecho: ésta es la realidad y más allá todo el resto es tinieblas y conjeturas.

—Una vez más —dijo Luis—, ahora que hemos pagado y que nos disponemos a partir el círculo interior, tan frágil, tan a menudo roto (pues estamos hechos de metales de tan diferentes densidades), vuelve a cerrarse. Algo ha sido creado. Sí, en este momento en que nos levantamos de la mesa y buscamos nerviosamente nuestras cosas, formulamos esta plegaria, con las manos juntas sobre un

pensamiento común: «¡Ah, si pudiéramos no movernos, si pudiéramos no dejar coger entre los batientes de la puerta esta realidad que hemos creado, que se ha formado aquí, bajo estas luces, entre estos restos de migas de pan y estas gentes que pasan! ¡Ah, no moverse, no marcharse. Preservar todo esto para siempre!»

—Retengámoslo por un momento —dijo Jinny—; amor, odio o como quiera que le llamemos, retengamos este globo cuyas paredes han sido forjadas por la presencia de Percival, por nuestra belleza, nuestra juventud y algo tan profundamente enterrado en el fondo de nosotros mismos que quizás jamás volveremos a forjar este momento en presencia de ningún otro hombre.

—Las selvas y países situados al otro extremo del mundo están contenidos en él —dijo Rhoda—; y mares y junglas, y los aullidos de chacales y los rayos de luna que bañan alguna cumbre alrededor de la cual vuelan las águilas.

—La felicidad está contenida en él—dijo Neville—y la quietud de las cosas familiares. Una mesa, una silla, un libro y un cortapapeles insertado entre sus páginas. Y un pétalo que se desprende de una rosa y la luz que palpita mientras estamos sentados silenciosamente, o quizás al recordar súbitamente cualquier bagatela, pronunciamos de pronto una palabra.

—Los días de la semana están contenidos en él —dijo Susana—. Lunes, martes, miércoles; los caballos que van a los campos y los caballos que retornan; las cornejas que emprenden el vuelo y descienden nuevamente, cogiendo en la red de sus alas las cimas de los olmos, en abril como en noviembre.

—El porvenir está contenido en él —dijo Bernardo—. He aquí la última gota y la más brillante que dejamos caer como una gota de mercurio sobrenatural, en este globo espléndido creado por nosotros alrededor de Percival. ¿Qué vendrá después? me pregunto sacudiendo las migajas de pan de mi chaleco. ¿Qué nos aguarda afuera? Hemos demostrado, mientras hemos permanecido sentados aquí comiendo y charlando, que éramos capaces de aumentar las

riquezas de la hora presente. No somos esclavos obligados a recibir incesantemente sin quejarnos golpes insolentes sobre nuestras nuca inclinadas. No somos tampoco un rebaño que sigue a un amo. Somos creadores. Nosotros también hemos creado algo que irá a reunirse a las innumerables construcciones del pasado. En este momento, en que nos colocamos nuestros sombreros y trasparamos el umbral, no penetramos en el caos, sino en un mundo al cual nuestra fuerza puede subyugar y hacerle entrar en la ruta luminosa y eterna.

«Contempla a tu alrededor, Percival, mientras van a buscarte un taxi, todo este decorado de cosas de las que en breve vas a alejarte. La calzada está dura y pulida por la rotación de innumerables ruedas. El dosel luminoso de nuestra enorme energía se extiende como una tela ardiente sobre nuestras cabezas. Los teatros, los music—halls y las luces de las casas producen esta iluminación.

—Nubes puntiagudas viajan sobre el cielo sombrío como el dorso reluciente de una ballena —dijo Rhoda.

—Ahora comienza la angustia —dijo Neville—y la desesperación me coge entre sus garras. He aquí el taxi y Percival se marcha. ¿Qué hacer para retenerle? ¿Cómo llenar la distancia que nos separa? ¿Cómo alimentar el fuego para que arda eternamente? ¿Cómo hacerle saber a todos los tiempos que vendrás que nosotros, que permanecemos aquí al borde de esta acera, bajo la luz de los faroles, hemos amado a Percy? Pero Percival ha partido—

El sol estaba en pleno cielo. Ya no era furtivo, entrevisto y adivinado, cual si una muchacha tendida sobre un colchón verde de agua se fatigara los ojos contemplando joyas redondeadas, gotas de piedras preciosas, opalinas, atravesadas de luz palpitante en una atmósfera incierta, como los flancos de un delfín que saltara o el fulgor de una espada que cayera. Ahora el sol ardía innegablemente, sin compromisos. Golpeaba la dura arena y las rocas se convertían en hornos de rojo color, se sumergía en el fondo de cada laguna y cogía los peces ocultos en las grietas y destacaba, en plena luz, la mohosa rueda de la carreta, el hueso blanquizco o el zapato perdido

desprovisto de sus cordones, que se incrustaba en la arena como un trozo de hierro. Cada objeto recibía del sol su ración de color: las arenas, sus reflejos innumerables; la hierba salvaje, su verdor radiante, o bien caía sobre la árida extensión del desierto, en el que el viento había abierto grietas, sembrado montículos desolados, erizados aquí y allá de árboles achaparrados de follajes sombríos. Él iluminaba las mezquitas doradas, las frágiles casas rosas y blancas de las aldeas de Oriente, semejantes a castillos de naipes, y a las mujeres de senos colgantes. de cabellos blancos, arrodilladas en el lecho del río, batiendo las telas arrugadas esparcidas sobre las piedras. Los poderosos steamers, abriéndose una ruta sobre el mar, eran abrazados por la serena mirada del sol y su luz se deslizaba a través de los toldos amarillos sobre los pasajeros que dormitaban o se paseaban en el puente, la mano sobre los ojos, buscando a lo lejos la orilla, encerrados en los flancos palpitantes y viscosos del barco que los transportaba sobre las aguas monótonas.

El sol pegaba sobre las colinas del sur apretadas de construcciones y resplandecía sobre el lecho guijarroso de los ríos, donde el agua disminuida corría débilmente bajo los altos puentes suspendidos apenas lo bastante profunda para recibir la ropa blanca de las lavanderas arrodilladas; y las escuálidas mulas cargadas de canastos posaban prudentemente el pie a lo largo de este lecho de guijarros rechinantes. Al mediodía, el calor del sol dio a las colinas un color gris, cual si hubiesen sido rasuradas y chamuscadas en alguna explosión, mientras que, más al norte, en los países más ricos en nubes y lluvias, las colinas falladas a hacha, parecían relucir con un fuego interior, cual si un guardián fuera y viniera en sus profundas cavernas llevando una lámpara verde. A través de los átomos del aire gris y azul, el sol golpeaba las colinas inglesas, iluminaba los pantanos y las lagunas, una gaviota blanca posada sobre una estaca y el vuelo lento de las sombras por encima de los bosques romos, del joven trigo y de las espigas en flor. El sol golpeaba sobre el muro del vergel, y cada grano y hendedura de ladrillo punteado de plata y púrpura parecía ígneo y blando al tacto, cual si fuera a disolverse en un polvo ardiente. Las grosellas



pendían a lo largo del muro en rojas ondas y cascadas barnizadas; las ciruelas se redondeaban bajo el follaje y cada brizna de hierba formaba parte de una sola y vasta fogata verde. Las sombras de los árboles formaban una especie de laguna oscura alrededor de sus raíces. La luz, descendiendo en oleadas, fundía cada hoja en una sola masa verde.

Los pájaros cantaban canciones apasionadas dirigidas al oído de un solo ser, y enseguida callaban. Saltando y gorjeando transportaban briznas de paja y ramillas a los nudos sombríos de las ramas más altas. De color de oro y púrpura, los pájaros se perchaban en el jardín, donde conos de ébano y púrpura esparcían sus oleadas de oroy lila, porque ahora, al mediodía, el jardín era todo floración y profusión, e incluso el oscuro espacio escondido debajo de las plantas era verde, púrpura y oro cuando el sol se deslizaba hasta allí a través de un pétalo rojo, de una gran hoja amarilla o se dejaba obstruir el pasaje por un tallo de espesa pelerina.

El sol golpeaba sobre la casa haciendo relucir los muros blancos entre las sombrías ventanas. Sus vidrios entretejidos con gruesas ramas verdes, contenían círculos de impenetrable oscuridad. Duros rasgos de luz subrayaban el alféizar de las ventanas y precisaban en el interior de las habitaciones la forma de los platos orlados de anillos azules, el asa curva de las tazas, la masa de un gran vaso, el diseño complicado de la alfombra y las esquinas formidables de los bargueños y de los estantes de libros. Más allá, comenzaba una zona de sombra que contenía quizás otras formas prontas a ser arrancadas a sus velos de tinieblas o de las profundidades más densas de la oscuridad.

Las olas se rompían y su flujo rápido se repartía sobre la playa. Una tras otra se alzaban y caían arrastrando su espuma en la violencia de su retroceso. Una trama de luces diamantinas temblaba sobre sus dorsos teñidos de un azul profundo, que ondulaba como el dorso de caballos en marcha. Las olas se rompían, retrocedían y volvían a romperse con un ruido semejante al patear de una bestia enorme.

—Está muerto —dijo Neville—. Se cayó de su caballo. Su caballo tropezó contra una piedra y lo lanzó lejos. Semejante a las velas de un barco que gira sobre sus flancos, el universo se desmorona avasallándome en su caída. Todo ha concluido. Las luces del mundo se han extinguido. Nuevamente el árbol implacable me obstruye el paso.

«¡Oh, si pudiera arrugar este telegrama entre mis dedos, si pudiera volver a encender las luces del mundo y decir que esta cosa horrible no ha ocurrido!... Pero, ¿a qué desviar los ojos ante los hechos consumados?... Esta es la verdad: su caballo tropezó lanzándole lejos. Los árboles y las barreras blancas desprendiéronse estrepitosamente del suelo y se desmoronaron sobre él. Tuvo una sacudida; la sangre latía violentamente en las sienes. Después, una conmoción; el mundo se hizo añicos. Respiraba con esfuerzo. Murió en el sitio mismo donde cayó.

«Los días de verano en el campo, las siestas en las granjas, las habitaciones donde permanecíamos sentados el uno junto al otro— todo yace ahora en el mundo irreal que ha desaparecido. Mi pasado ha sido desprendido de mi ser. Las gentes se precipitaron al sitio donde cayó. Le transportaron a un pabellón: eran hombres en trajes de montar y gorros con viseras para protegerse del sol. Percival murió entre aquellos desconocidos. La soledad y el silencio le habían rodeado a menudo. Él me abandonó a menudo. Luego retornaba y, al verle, yo no podía reprimir una exclamación de júbilo.

«Las mujeres pasan bajo mis ventanas cual si no se hubiera abierto un golfo en la calle, cual si no se hubiera, alzado el árbol de duro follaje que obstruye el paso. Merecemos, pues, ser aniquilados por un montón de tierra levantado por los topes. Somos infinitamente abyectos, nosotros que pasamos con nuestros ojos cerrados. Pero, ¿por qué he de someterme? ¿Por qué he de hacer el esfuerzo de alzar el pie y subir la escalera? Inmóvil, oprimiendo el telegrama en mi mano, aquí me quedo. El pasado, los días de verano y las habitaciones que conocimos, se dispersan a lo lejos como un papel quemado en el que guiñan todavía los ojos rojos de las llamas.

¿Para qué ir a reunirse con las gentes? ¿Para qué hablar y comer y establecer nuevos contactos? A partir de este momento, soy un solitario. Nadie me conocerá en lo sucesivo. Conservo tres cartas de él. «Tengo un compromiso para jugar a los discos con un coronel, de modo que es imposible.» Con estas palabras, ha terminado nuestra amistad, cual si él se hubiera abierto paso entre la multitud haciéndome con la mano un signo de adiós. Esta farsa no merecía ser conmemorada con más solemnidad. Y, sin embargo, si alguien le hubiera dicho solamente: «Aguarda» y hubiera sujetado un poco las riendas, él hubiera hecho honor a Inglaterra durante unos cincuenta años; hubiera presidido Consejos, hubiera cabalgado a la cabeza de las tropas, hubiera denunciado alguna monstruosa injusticia y hubiera retornado a nosotros.

«Veo ahora que existe una especie de subterfugio, de lúgubre farsa en todo esto. Y alguien se ríe socarronamente a nuestras espaldas. Aquel muchacho por poco se ha caído al saltar del autobús. Percival se cayó y ahora está muerto, sepultado, mientras yo miro pasar a las gentes aferrándose a las barras de níquel de los autobuses, decididas a defender sus vidas.

«No subiré las escaleras. Me detendré por un momento delante del árbol implacable, a solas con el hombre degollado, mientras abajo la cocinera remueve las cenizas del fuego. No subiré las escaleras. Una maldición pesa sobre todos nosotros. Las mujeres pasan llevando bolsas para comprar sus provisiones. La calle está llena de un incesante ir y venir de gentes. Pero vosotros no me destruiréis. Por este momento, en este momento único, él y yo estamos juntos. Ven— Te estrecho contra mí. Ven, dolor, haz presa de mi carne, incrusta tus garras en ella, destrózame— Los sollozos me ahogan—

—La complejidad inexplicable de las cosas es tal —dijo Bernardo—, que en este momento, mientras desciendo la escalera, no acierto a desligar la tristeza del dolor. Mi hijo ha nacido: Percival está muerto. Avanzo sobre una avenida empujado por oleadas sucesivas de brutales emociones. Pero, ¿cuál es la alegría, cuál el dolor? En vano me formulo esta pregunta. Sólo sé que tengo necesidad de silencio,

de soledad, de aire pleno, de una hora para examinar qué ha ocurrido a mi universo, qué daño ha causado la muerte a mi universo.

«Helo aquí este universo que Percival no contempla ya más: el carnicero viene a entregar la carne a la casa vecina de la mía, dos viejos caminan vacilantes sobre el pavimento, los gorriones se posan sobre el suelo. Por consiguiente, la máquina funciona todavía: percibo su ritmo, pero como algo en lo cual yo no tengo parte alguna, puesto que Percival ya no lo ve más. (Él reposa en alguna habitación, con la cabeza vendada, mortalmente pálido). Ahora, por fin, tengo la ocasión de descubrir qué es lo que importa verdaderamente en la vida, pero debo tener cuidado de no mentir. Mis sentimientos hacia él se resumían como sigue: él estaba en el centro. Ahora ya no tengo razones para aproximarme a dicho centro. Ese lugar está vacío.

«¡Ah, hombres de sombreros de fieltro y mujeres que lleváis vuestros cestos de provisiones, puedo aseguraros que habéis perdido algo que habría sido de un valor inestimable para vosotros! Habéis perdido a un jefe al cual habríais seguido, y una de vosotras ha perdido su oportunidad de amor y de maternidad. Él, que os hubiera dado todo esto, está muerto, yace sobre un lecho de campaña, amortajado, en la atmósfera sofocante de algún hospital de la India, mientras los culíes sentados con las piernas cruzadas sobre el suelo, agitan esos abanicos cuyo nombre no recuerdo. Pero lo que cuenta verdaderamente es que, en el momento del nacimiento de mi hijo, mientras las palomas descendían sobre los techos, he podido murmurar, con un sentimiento de certidumbre: «Tienes suerte, Percival, por haberte desprendido de todo esto». Recuerdo la mirada extrañamente ausente que él tenía siendo muchacho. Y exclamo, mientras mis ojos se secan y se llenan sucesivamente de lágrimas: ¡Después de todo, es lo mejor que se podía esperar para él! Y, volviéndome hacia el Ser invisible y ciego cuya mirada me persigue sin embargo sin cesar, le digo: ¿Es esto el máximo de lo que puedes hacer? Entonces, somos nosotros los que hemos triunfado. Has realizado el máximo de lo que puedes hacer,

sin provecho alguno (pues él tenía veinticinco años y debió haber vivido hasta los ochenta), digo dirigiéndome siempre al rostro pálido y feroz. Pero es inútil. No me echaré a llorar una vida entera. (A propósito de esto debo hacer una anotación en mi libreta acerca de mi desprecio por los que infligen una muerte inútil.) Lo que importa verdaderamente es que soy capaz de volver a ver a Percival en las circunstancias banales o ridículas de la vida y que no estoy obligado a dejarlo absurdamente encaramado sobre un gran caballo. Debo poder decirme: ¡Percival, vaya un nombre ridículo! Y no obstante, dejadme decirlo a vosotros, hombres y mujeres que os dirigís precipitadamente a la estación del metropolitano, que os hubierais visto obligados a acordarle vuestro respeto. Os habrías visto obligados a agruparos detrás de él y a seguirle. ¡Qué extraño es abrirse paso entre la multitud cuando se ve la vida con los ojos encendidos por las lágrimas que pugnan por asomar a ellos!

«Sin embargo, advierto ya señales, signos, tentativas para hacerme volver atrás. Al cabo de un breve espacio de tiempo, la curiosidad vuelve a ocupar la superficie. Uno no puede colocarse al margen de la máquina en marcha por más de media hora. Los cuerpos comienzan a adquirir su aspecto de todos los días; pero, lo que está detrás de ellos, la perspectiva, es diferente. Detrás de aquel quiosco de periódico no puedo dejar de ver el hospital en que él yacía, mientras los culíes de rostros oscuros agitaban abanicos. Y enseguida el entierro. Los diarios anuncian en sus primeras páginas, con gruesos caracteres, el divorcio de una actriz y yo me pregunto en el acto: ¿De quién se trata? Pero no puedo sacar una moneda de mi bolsillo y comprar un periódico. No puedo interrumpir el curso de mis recuerdos todavía.

«Me pregunto: ¿qué aspecto adquirirán nuestras relaciones si ya no puedo verte nunca más, si tu figura se desprende para siempre de mis ojos? Has atravesado el patio, alejándote cada vez más, haciendo más y más delgado el hilo que nos unía: pero tú continuas existiendo en alguna parte. Continúas siendo mí juez, es decir, si yo descubro dentro de mí mismo alguna vena nueva, te la someteré a ti en secreto. Te pediré tu veredicto. Tú continuarás siendo el árbitro.

Pero, ¿por cuánto tiempo?... Las cosas se tornarán muy difíciles de explicar; se producirán hechos nuevos: existe desde pronto mi hijo. Estoy en este momento en el vértice de una emoción. Pero ella declinará. Ya exclamo con menos convicción: ¡Ha tenido suerte al desprenderse de todo esto! La exaltación cesa: las palomas no vienen ya a posarse sobre los tejados. Los pequeños detalles, el caos de la vida, retornan. Ya no contemplo con estupor los nombres escritos en las ventanas de las tiendas. No siento ya la inutilidad de apresurarse, de coger un tren. Las series se reconstituyen; las cosas se engendran unas a otras. Todo vuelve a la normalidad.

«Pero continúo sublevándome contra este orden. Me resisto a aceptar el orden establecido. Voy a proseguir mi paseo: no voy a interrumpir el ritmo de mi pensamiento deteniéndome a mirar a mí alrededor, dejándome distraer. Voy a subir las gradas de este Museo y a someterme a la influencia de espíritus liberados, como el mío, del engranaje de las cosas. No me queda sino escaso tiempo para resolver el problema: mi atención flaquea: caigo en una especie de torpor. He aquí cuadros. He aquí frías Madonnas sentadas bajo pórticos. Que estas imágenes hagan reposar la incesante actividad de mi espíritu; quiero dejar de ver la cabeza vendada, los culíes con los abanicos, a fin de poder descubrir algo invisible detrás de todo ello. He aquí jardines: he aquí una Venus entre flores; he aquí Santos y Madonnas azules. Gracias a Dios, estos cuadros no contienen ninguna alusión, no guardan relación con nada personal. Por esto ellos prolongan el recuerdo que tengo de Percival y me lo devuelven bajo una forma diferente. Recuerdo su belleza que me hizo exclamar otrora: ¡Miradle, ahí viene!

«Estas líneas y colores me persuaden casi de que yo también soy capaz de heroísmo, yo, el hábil forjador de frases que se deja seducir tan pronto, que ama tan apasionadamente el cambio, y que no soy capaz de cerrar el puño, sino que floto blandamente hilvanando frases de acuerdo con las circunstancias. Ahora, a través de mi propia debilidad, logro comprender por fin lo que Percival era para mí: era mi polo opuesto. Sincero por naturaleza, él no podía comprender las exageraciones, y como tenía un sentido profundo de

cuál era su lugar en el universo, era en verdad un maestro en el arte de vivir, en tal forma, que parecía tener tras sí la experiencia de un largo pasado. Parecía envuelto en calma, en indiferencia se sentiría uno tentado de decir —indiferencia en todo caso por su propio porvenir— si no hubiese poseído al mismo tiempo una infinita compasión. Un niño juega —es una tarde de verano—, las puertas se abren y se cierran y a través de ellas veo espectáculos que me hacen llorar. Porque las experiencias de la vida no pueden ser compartidas. De aquí nuestra soledad; te aquí nuestra desolación. Un sitio central de mi ser permanece vacío. El sentimiento de mis propias debilidades me oprime, pues aquel que yo podía oponerles a ellas, ya no existe.

«Detengámonos frente a esta Madonna azul bañada en lágrimas. Este momento de contemplación será el servicio fúnebre que ofrezco a Percival. No consistirá en ceremonias públicas; solamente tristes endechas y nada de oraciones solemnes sino sensaciones violentas y solitarias. Nada de lo que jamás se ha dicho conviene a nuestro dolor. Sentados en la sala italiana de la Galería del Museo Nacional, recogernos aquí y allí fragmentos. Dudo de que el Ticiano haya sentido jamás este dolor que roe las entrañas. Los pintores viven su vida de trabajo metódico posando pinceladas de color una al lado de otra. No son machos cabríos como los poetas ellos no están encadenados a las rocas De aquí proviene su silencio, su sublimidad. Y no obstante el Ticiano debe haber sentido arder aquel color carmesí en su pecho. El debe de haber tenido la impresión de alzarse con aquel gran brazo que sostiene un cuerno de la abundancia y debe de haber caído también con aquel gesto fatigado. Pero este silencio y esta perpetua sollicitación de los ojos pesan sobre mí. La presión en mí es intermitente y sorda. Distingo muy poco y demasiado vagamente. Me parezco a una campanilla que es agitada y que no resuena o que no lanza sino clamores discordantes. Me siento tintinear desordenadamente por todo este esplendor: por este ropaje carmesí bordado de verde, por este despliegue de pórticos y las orejas puntiagudas y negras de los olivos perfilados sobre un cielo anaranjado. Toda clase de sensaciones desordenadas me atraviesan con sus flechas.

«Y sin embargo, algo se agrega a mi interpretación del mundo. Algo yace en lo más recóndito de mi ser. Por momentos creo captarlo. Pero, dejemos que este secreto permanezca enterrado en las profundidades de mi pensamiento hasta el día en que él pueda germinar. Al final de una larga vida, en un momento de revelación y por azar, lograré posar mi mano sobre él, pero ahora existe el riesgo de que mis dedos lo rompan. Nuestros descubrimientos suelen romperse mil veces por cada vez que logramos englobarlos en su unidad. Ellos se quiebran, se derrumban sobre mí— «Las líneas y los colores nos sobreviven, por consiguiente—»

«Estoy bostezando. Estoy ahíto de sensaciones. Me siento exhausto por este largo espacio de tiempo (veinte minutos ó media hora) durante el cual me he esforzado en permanecer al margen de la marcha de las cosas. Me siento lleno de torpor; mis piernas se anquilosan. ¿Cómo vencer este sentimiento de tedio que demuestra mi sequedad de corazón? Hay otros seres que sufren, multitud de seres humanos que sufren. Neville sufre, pues él amaba a Percival. Pero yo no puedo soportar más estos sentimientos excesivos: tengo necesidad de alguien junto a quien poder reír y bostezar, alguien junto a quien poder recordar la manera peculiar que tenía Percival de rascarse la nuca, alguien junto a quien él hubiera estado a gusto y por quien hubiera sentido simpatía. (No Susana a quien él amaba, sino más bien Jinny). En la habitación de Jinny yo podría también hacer penitencia. Podría preguntarle: «¿Te contó él alguna vez que en cierta ocasión me pidió que le acompañara a Hampton Court y yo rehusé?» He aquí los recuerdos que me harán despertar lleno de desesperación en medio de la noche, los delitos de los cuales uno quisiera confesarse con la cabeza desnuda en todas las plazas públicas del mundo: el de no haberle acompañado a Hampton Court aquel día.

«Pero ahora quiero sentirme rodeado de vida, de libros, de bibelots, quiero apoyar mi cabeza sobre la almohada de los ruidos familiares de la casa y cerrar mis ojos después de esta revelación. Voy a descender las escaleras, y a detener el primer taxi que pase para hacerme conducir a casa de Jinny.



—He aquí el lodazal que no puedo atravesar —dijo Rhoda—. Siento muy próximo a mí el ruido de la inmensa amoladera. El viento que ella desplaza me azota el rostro. Todos los objetos palpables de la vida me han abandonado. Si no logro tender las manos y tocar algo duro, me sentiré arrojada a lo largo de los eternos corredores, donde flotaré para siempre. Pero, ¿qué puedo tocar? ¿Qué ladrillo, qué piedra? ¿Cómo atravesar este golfo enorme y reunirme sana y salva a mi cuerpo?

«La sombra crece y lentamente la luz púrpura declina. Percival, cuya figura se me aparecía nimbada de belleza, esta ahora envuelto en ruinas. La figura que se alzaba en el valle, en medio del círculo cerrado de las colinas, se ha desplomado como yo lo predije aquella noche en que ellos hablaban con amor de su voz escuchada en la escalera, de sus pantuflas y de los momentos pasados en su compañía.

«Voy a descender por Oxford Street enfrentando un mundo aniquilado por el golpe de un rayo; voy a mirar las encinas derrumbadas e incendiadas por la caída de esta gran rama en flor. Voy a realizar las tareas cotidianas bajo un resplandor de relámpagos. Voy a coger violetas de la acera y, se las ofrendare a Percival. Será mi homenaje a su recuerdo. Examinemos esta calle ahora que Percival ha muerto. Las casas están construidas sobre cimientos tan frágiles, que bastaría un soplo de aire para derrumbarlas. Los automóviles errantes y temerarios se persiguen ruidosamente y nos acosan como perros encarnizados. Estoy sola en medio de un mundo hostil. El rostro humano es atroz; pero a mí me gusta que sea así, pues busco el ruido y la violencia y la sensación de ser una piedra que es lanzada contra las rocas. Me gustan las chimeneas de las usinas, los transbordadores y los pesados camiones. Me gusta este vaivén perpetuo de rostros, de rostros deformes, de rostros indiferentes. Estoy harta de elegancia: estoy harta de mi vida privada. Navego sobre aguas turbulentas en las que me hundiré sin que nadie acuda a salvarme.

«Percival, al morir, me ha dejado esta herencia, me ha revelado este terror, me ha obligado a sufrir esta humillación este desfile de rostros innumerables, semejantes a platos de sopa servidos por fregonas; rostros groseros, ávidos, vulgares, rostros de gentes cargadas de paquetes y contemplando las vitrinas; rostros de gentes que lo ensucian y destruyen todo, emporcando incluso nuestro amor al tocarlo con sus dedos sucios.

«He aquí una tienda donde venden medias. Y me parece, de pronto, que la belleza comienza a flotar nuevamente. Su murmullo corre a lo largo de estos encajes, a través de estos canastillos de cintas multicolores. Existen, pues, rincones tibios en el seno de este mundo agitado, grutas silenciosas donde uno puede cobijarse bajo el ala de la belleza, lejos de las verdades que deseo alcanzar. El dolor se inmoviliza ante el gesto silencioso de la vendedora que abre un cajón. Pero ella habla y su voz me despierta. Me deslizo al fondo, entre las algas marinas, y sus palabras me hacen ver la envidia, los celos, el odio y el despecho que se escurren sobre la arena como escarabajos. Estos son nuestros compañeros. Voy a pagar y coger mi paquete.

«He aquí Oxford Street. Aquí el odio, los celos, la brusquedad y la indiferencia asumen el aspecto áspero de la realidad. Estos son nuestros compañeros. Contemplemos a los amigos junto a los cuales nos sentamos a comer. Pienso en Luis leyendo las páginas deportivas de un periódico vespertino, temeroso del ridículo, pues es un snob. Observando a las gentes que pasan, se dice que él sería capaz de guiarnos en la vida, si solamente consintiéramos en seguirle. Si nosotros nos sometiéramos, él pondría ordenen el universo. Él logrará hacer entrar dentro de su sistema del mundo la muerte de Percival, con los ojos clavados más allá de la alcuza, más allá de las casas, en el cielo. En cuanto a Bernardo, se habrá desplomado en un sillón con los ojos enrojecidos. Sacará enseguida su libreta y bajo la letra «M» anotará: «Frasas para ser empleadas a la muerte de un amigo». Jinny, pirueteando por la habitación, se inclinará sobre el brazo del sillón en que está sentado Bernardo y preguntará: «¿Me amaba él? ¿Me amaba más que a Susana?» Y

Susana, que está de novia con un rico propietario campesino, se detendrá un segundo, sosteniendo un plato en la mano y el telegrama bajo los ojos; luego, con un movimiento de su pie cerrará la puerta del horno. Neville, mirando por la ventana a través de sus lágrimas, se sorprenderá de pronto murmurando: «¿Quién pasa bajo mi ventana? ¿Quién es este muchacho encantador?»— En cuanto a mí, he aquí mi tributo a Percival: estas violetas marchitas, estas sombrías violetas—

«¿Adónde iré ahora? ¿Iré a un museo donde exhiben anillos bajo vitrinas, muebles con cajones secretos y los trajes que han usado las reinas de antaño? ¿O iré a Hampton Court a contemplar los muros rojos, los patios y las pirámides negras de los tejos, todos idénticos, simétricamente colocados entre el césped y las flores? ¿Podría recuperar allí la belleza y poner orden en mi alma desordenada y herida? Pero, ¿qué puede hacer uno en la soledad? Sola, yo permanecería de pie sobre el césped y me diría: «Las cornejas vuelan; alguien pasa con un maletín: he ahí un jardinero con su carretilla...» Formaré cola detrás de los demás visitantes; respiraré el olor de sudor mezclado con un olor de perfume que lo hace más intolerable aún y me sentiré suspendida junto a mis vecinos, semejante a un trozo de carne colgado en medio de otros trozos de carne sobre el mostrador de una carnicería.

«He aquí una sala donde uno tiene derecho a entrar pagando su boleto para escuchar música, en medio de auditores somnolientos que han venido aquí después de almorzar, en una tarde calurosa. Todos hemos comido carne y budín en cantidad suficiente para mantenernos vivos durante una semana sin probar bocado y por consiguiente nos apiñamos como larvas sobre el dorso de alguna bestia que nos conducirá adelante. Correctamente vestidos, llenos de gravedad, hay entre nosotros viejas damas con cabellos blancos cuidadosamente ondulados debajo de sus sombreros, con pequeños zapatos, pequeños bolsos de mano y caballeros de mejillas cuidadosamente afeitadas; uno que otro luce un breve bigote militar y el menor vestigio de polvo ha sido cuidadosamente sacudido de sus vestones. Moviéndonos acompasadamente;

abriendo programas, saludamos a los conocidos y nos instalamos igual que focas sobre una roca, como pesadas criaturas incapaces de sumergirnos en el mar por nuestro propio impulso y aguardando que una ola nos levante: pero somos demasiado pesados y hay demasiado ripio entre nosotros y el mar. Yacemos, pues, hartados de alimentos, embotados por el calor. De pronto, la enorme dama ceñida en un traje de raso verde mar acude a rescatarnos. Se humedece los labios, asume una expresión apasionada, dilata el pecho y avanzando como para coger una manzana, lanza la flecha de su voz ea el corazón de la nota: «¡Ah!»

«Un hacha ha partido en dos la manzana: el corazón de la fruta es tibio: los sonidos se estremecen dentro de su corteza. «¡Ahhhhhh—!» Una mujer lanzaba antaño este grito hacia su amante, inclinada sobre su balcón en Venecia. «¡Ahhhh!—» Ella lanza este grito y luego vuelve a comenzar. Ella nos ha dado un grito. Pero solo un grito. Y, ¿qué es un grito? Enseguida hombres parecidos a grandes insectos entran en escena con sus violines. Aguardan: cuentan; hacen un signo y sus arcos se inclinan. Y ahora, todo es un estallido de risas como la danza de los olivares agitando sus miríadas de lenguas de plata cuando un viajero venido del mar, cogiendo una ramita con sus dientes, salta a la orilla sobre la ribera que cierra el semicírculo de las colinas.

«Las comparaciones se suceden, pero, ¿qué es lo que se oculta bajo el parecido de todas las cosas? Ahora que el rayo ha acuchillado el árbol y la gran rama en flor ha caído y que Percival, con su muerte, me ha dejado esta herencia, es preciso que yo contemple las cosas cara a cara. He aquí un cuadrado; he aquí un rectángulo. Los músicos cogen el cuadrado y lo colocan sobre el rectángulo. Lo colocan con el mayor cuidado y hacen de él una construcción habitable y perfecta. Solo un pequeño margen queda afuera. La estructura se ha tornado visible; lo que había sido esbozado está aquí realizado. No somos ni tan inconsistentes ni tan mediocres: hemos logrado fabricar rectángulos y los hemos colocado en cuadrados. Este es nuestro triunfo y nuestro consuelo.

«La dulzura de este descubrimiento se desliza sobre las paredes de mi alma y libera en mi el sentido de la comprensión. «No busques más, me digo. Este es el fin». El rectángulo ha sido colocado en el cuadrado, y la espiral está en la cúspide. Hemos sido arrastrados por entre el ripio hasta el mar. Los músicos retornan, pero esta vez se enjugan el rostro. Ya no tienen un aspecto tan rozagante y alegre. Voy a salir. Esta tarde será una tarde aparte en mi vida. Voy a hacer una peregrinación. Voy a ir a Greenwich. Voy a arrojarme valientemente sobre tranvías y ómnibus. A todo lo largo de Regent Street, las sacudidas del vehículo me lanzan primero sobre mi vecino, luego sobre mi vecina, pero no me siento herida ni ultrajada por estas colisiones. El cuadrado reposa en el rectángulo. Ahora atravesamos pobres callejuelas donde el tráfico comercial se verifica al aire libre y toda clase de fierros, pernos y tornillos se exhiben para la venta y las gentes que pululan sobre el pavimento cogen pedazos de carne cruda entre sus dedos espesos. La estructura del edificio es visible. Hemos hecho el mundo habitable.

«Estas son, pues, las flores que crecen entre los campos donde las vacas aplastan la hierba dura, las flores azotadas por el viento, casi deformadas, las flores infecundas. Estas son las flores que yo traigo conmigo, el ramo de violetas arrancado con sus raíces de la acera de Oxford Street, Mi ramo de violetas de un penique. Por la ventana del tranvía diviso mástiles de navíos por entre las chimeneas: allí está el río; allí están los barcos que navegan hacia la India. Voy a pasearme junto al río. Voy a pasearme por este muelle donde un viejo lee su periódico en un quiosco de vidrio. Voy a recorrer esta terraza y contemplar la marea constante que alza a los barcos. Una mujer camina por el puente de un barco, un perro la sigue ladrando. Sus faldas y sus cabellos son agitados por el viento, Estos viajeros se harán a la mar; nos abandonan desvaneciéndose en este crepúsculo de verano. Por fin ahora voy a poder entregarme, librarme a mi dolor. Ahora me entregaré toda entera a mi deseo, continuamente reprimido, de perderme, de ser consumida. Galoparemos juntos a lo largo de las colinas desiertas donde la golondrina sumerge sus alas en estanques sombríos y donde se alzan las columnas solitarias. En medio de la ola que se precipita

sobre la ribera, en medio de la ola que esparce su blanca espuma sobre las orillas más perdidas de la tierra, arrojó estas violetas, mi ofrenda a Percival...

El sol ya no estaba en el centro del cielo. Su luz se desviaba cayendo oblicuamente. Aquí y allá, cogía el borde de una nube, a la que prendía fuego transformándola en un ardiente islote en el cual ningún pie podría jamás posarse. Enseguida, en rápida sucesión, otras nubes eran tocadas por la llama de modo que las olas que se extendían debajo recibían una lluvia de ásperos dardos que traspasaban al azar sus aguas azules y temblorosas.

Las cimas de los árboles se encrespaban al sol. La brisa errante sacudía sus hojas con un ruido seco. Los pájaros permanecían quietos, contentándose con volver rápidamente sus cabecitas de un lado a otro. Se habían callado cuál si estuvieran ahitos de sonidos, cual si la plenitud del mediodía les hubiera hartado. Una libélula inmóvil estaba posada sobre un rosal, enseguida se lanzaba al espacio hendiendo el aire con su aguja azul. El vago zumbido que se sentía a la distancia parecía hecho de la palpitación desigual de finas alas danzando en el horizonte. El agua del río mantenía las cañas erectas cual si hubiesen sido hechas prisioneras por un vidrio; después, el vidrio se fundía y un estremecimiento hacía inclinarse las cañas. En los campos el ganado pesado avanzaba con las cabezas bajas, paso a paso. En el pozal situado cerca de la casa, la canilla cesó de gotear, cual si el pozal estuviese lleno. Después, dos o tres gotas aisladas cayeron una tras otra.

Las ventanas mostraban al azar manchas de sol, el codo de sombra formado por una rama y luego vastas extensiones tranquilas y transparentes. Las persianas corridas tenían reflejos rojos y, en el interior de las habitaciones, dagas de luz caían sobre la superficie de las mesas, sobre las sillas, haciendo grietas a través de su laca y su barniz. Las ventanas blancas se reflejaban deformadas en los flancos enormes del gran vaso verde. La luz, expulsando a las sombras a su paso, inundaba todos los rincones, dejando, sin embargo, aquí y allá, montones de tinieblas informes. Las olas se

hinchaban, arqueaban el torso y enseguida se rompían haciendo saltar ripio y guijarros. Rodeaban las rocas y su espuma, saltando muy alto, mojaba las cavernas cuyas paredes habían permanecido secas hasta entonces y, al retirarse, dejaban tras si lagunas sobre la orilla donde algún pez descarriado agitaba la cola abandonado.

—Veinte veces ya he dado mi firma —dijo Luis—. Yo y otra vez Yo y nuevamente Yo. Mi nombre se yergue preciso, firme, inequívoco. Yo también soy preciso e inequívoco. No obstante, un vasto legado de experiencias se ha acumulado en mi. He vivido miles de años. Soy como un gusano que se ha abierto camino royendo la madera de un viejo roble. Pero en esta hermosa mañana, me siento compacto y entero.

«El sol resplandece en un cielo diáfano. Mas el medio día no me trae a mí ni lluvia ni sol, Esta es la hora en que Miss Johnson me presenta la correspondencia en una bandeja de hilos metálicos. En estas blancas hojas de papel identifico mi nombre. ¡Qué de cosas contenidas en un nombre! El susurro de las hojas en los árboles, el agua que corre por las alcantarillas, las verdes profundidades manchadas de dalias y de zinnias. Yo, Luis, ora un duque, ora Platón compañero de Sócrates; la horda de hombres de piel oscura y amarilla que emigran al oriente, al occidente, al norte y al sur; la eterna procesión de mujeres que recorren el Strand llevando cartapacios bajo el brazo así como otrora iban con cántaros al Nilo: todas las hojas apretadas y dobladas de mi múltiple existencia están resumidas ahora en mi nombre clara y firmemente grabado en estas hojas de papel. Ahora que soy un hombre en la fuerza de la edad, de pie bajo el sol o bajo la lluvia, debo caer con todo mi peso igual que un hacha y tronchar la encina, pues si me desvío, pues si vuelvo la cabeza, me derrumbaré como la nieve fundida y pereceré.» Estoy semienamorado de mi máquina de escribir y de mi teléfono. Mediante cartas y cables y breves pero corteses órdenes telefónicas a París, Berlín, Nueva York, he refundido mil vidas en una sola; gracias a mi constancia y decisión he ayudado a trazar en el mapa estas líneas que entrelazan las diferentes partes del mundo. Me gusta llegar puntualmente a las diez a mi oficina me

gusta el reflejo rojizo de la caoba; me gusta este escritorio con sus cajones que se deslizan como sobre seda: me gusta el teléfono con su labio tendido al alcance de mi voz y el calendario sobre la pared y el carnet en el cual están anotadas las citas de negocios: Mr. Prentice a las cuatro: Mr. Eyres a las cuatro y media en punto.

«Me gusta ser llamado a la oficina privada de Mr. Buchard para presentar informes acerca de nuestros asuntos en la China. Espero entrar algún día en posesión de un sillón confortable y de un tapiz persa.

«Mi hombro está frente al timón: arrollando las tinieblas a mi paso, abro camino al comercio allí donde antes había caos y extendiendo mis tentáculos hasta los confines más remotos del mundo. Si sigo en este camino, poniendo orden en el caos, me encontraré en el sitio donde estuvieron antes de mí Chatham y Pitt, Burke y Sir Robert Peel. Por esto me esfuerzo por corregir en mí ciertas faltas, en borrar antiguas manchas: el recuerdo de la mujer que me dio una bandera cogida del extremo del árbol de Navidad, mi acento provinciano los azotes y otras torturas de la infancia: los compañeros que se mofaban de mí; mi padre que fue banquero en Brisbane.

«Yo he leído libros de versos en una taberna y mientras revolvía mi café he escuchado la voz de los empleados de notarios cambiando apuestas en las mesas vecinas y he observado a las mujeres vacilando frente a la Caja. Me he dicho que nada debería estar desprovisto de sentido como lo es un pedazo de papel quemado que alguien arroja distraídamente al suelo. Me he dicho que cada día vivido por estas gentes debería tener una finalidad: ellos deberían ganar su salario semanal al servicio de un amo augusto: los pliegues de una ropa y la curva de un brazo deberían envolvernos a todos cada noche. Cuando yo haya reparado estas fracturas del mundo y analizado tan bien sus monstruosidades que el reproche y la excusa, estas dos pérdidas de energía, se hayan vuelto igualmente inútiles, habré devuelto a la calle y a la taberna lo que ellas han perdido durante estos años de miseria, lo que se ha



quebrado en los duros pavimentos. Yo reuniré algunas palabras y forjaré a nuestro alrededor un claro anillo de acero.

«Pero ahora no tengo un momento que perder. Aquí no hay tregua, aquí no hay sombra hecha de hojas estremecidas ni alcoba donde poder refugiarse del sol o descansar junto a una amante en la frescura de la noche. El peso del mundo yace sobre mis hombros: el mundo ve a través de mis ojos: si parpadeo o si miro a otro lado, o me detengo a meditar en lo que dijo Platón o a recordar a Napoleón y sus conquistas, puedo hacer perder al mundo la ruta. Así es mi vida: Mr. Prentice a las cuatro: Mr. Eyres a las cuatro y media. Me gusta escuchar el suave rumor del ascensor y el golpe seco con que se detiene en mi piso y los pasos firmes de hombres responsables a lo largo de los corredores. Nuestros esfuerzos coordinados despachan a los lugares más remotos del mundo barcos cargados con W. C. y gimnasios. El peso del mundo descansa sobre nuestros hombros. Así es la vida. Si sigo en este camino, entraré algún día en posesión de un sillón en el consejo de administración: tendré una casa en Surrey con invernadero y algún raro conífero, algún árbol exótico que mis colegas me envidiarán.

«Sin embargo, todavía conservo mi pequeña buhardilla. Allí abro cada noche el libro familiar; allí observo cómo se desliza la lluvia sobre los tejados hasta hacerlos relucir igual que los impermeables de los policías: allí veo las ventanas quebradas de las viviendas de los pobres, los gatos flacos junto a las chimeneas y alguna mujerzuela desaliñada que se compone el rostro antes de ir a trotar la acera; allí suele ir también Rhoda porque somos amantes.» Percival ha muerto (murió en Egipto; murió en Grecia: todas las muertes no son sino una sola muerte); Susana tiene hijos, Neville escala rápidamente las más altas posiciones. La vida pasa. Las nubes cambian perpetuamente sobre nuestras casas. Yo hago esto y aquello y nuevamente esto y aquello. Tantas idas y venidas nos imprimen formas diferentes, nos vacían en moldes diferentes. Pero, si no logro hacer de tantos hombres e impresiones diferentes como hay en mí uno solo: si no logro concentrar mi existencia aquí y en este momento y no en trozos desconectados como la nieve

esparcida en las montañas lejanas y no le pregunto a Miss Johnson al entrar si le gustó la película de anoche y no bebo mi taza de té y acepto mi galleta favorita, entonces me derrumbaré como un trozo de nieve derretida y mi vida se habrá perdido.» Pero, cuando llegan las seis y salgo de aquí saludando al conserje con un exceso de efusión y ceremonia —tal es mi afán de granjearme afectos— con el cuello del sobretodo subido hasta la boca y me echo a andar contra el viento con la nariz amoratada por el frío y los ojos lagrimeantes, en esos momentos, deseo secretamente que alguna pequeña dactilógrafa se trepara sobre mis rodillas: pienso en mi plato favorito: el hígado y el tocino, y me siento tentado de dirigirme al otro lado del río, hacia las estrechas callejuelas llenas de tabernas sobre las que se perfilan las siluetas de los barcos y donde las mujeres riñen en la calle. Mas, pronto recobro el juicio y me repito. «Mr. Prentice a las cuatro: Mr. Eyres a las cuatro y media—» El hacha debe caer en pleno tronco; la encina debe ser abatida. El peso del mundo reposa sobre mis hombros. He aquí la pluma y el papel. Al pie de las cartas que deposito luego en la bandeja de hilo metálico, voy grabando mi nombre. «Luis, Luis y otra vez Luis».

—Llega el verano, luego el invierno —dijo Susana—. Las estaciones pasan. La pera madura se hincha y cae del árbol. La hoja muerta reposa sobre su borde estrecho, pero el vapor ha oscurecido la ventana. Sentada junto al fuego, vigilo el hervor del agua en la tetera y, a través del vidrio de la ventana opacado por el vapor, percibo el peral del jardín.

«Duerme, hijo mío, duerme...» musito en verano como en invierno, en mayo como en noviembre. Duerme, canto yo que no soy melodiosa y que no escucho jamás otra música que la rústica del ladrido de un perro, del tañido de una campana o de las ruedas de la carreta al hollar la arenilla. Sentada junto al fuego, canto mi canción igual que una vieja concha de mar que susurrara a orillas del océano. Duerme, hijo mío—, digo, alejando con mi voz a los que remueven los tiestos de leche, disparan a las cornejas, matan a los conejos o que, en cualquier otra forma, pueden traer la destrucción cerca de esta débil cuna en la que un cuerpo dulce y frágil se arrulla

bajo una cobertura rosa.»He perdido mi indiferencia, mi mirada serena en mis ojos alargados en forma de pera que veían hasta las raíces de las cosas. Ya no llevo en mí las estaciones: ni enero ni mayo, sino que estoy tejida como una fina hebra de hilo alrededor de esta cuna, envolviendo en un capullo hecho con mi propia sangre los delicados miembros de mi criatura. Duerme, le digo, sintiendo dentro de mi ser posibilidades de sombría y salvaje violencia, contra cualquier intruso, contra cualquier ladrón al que podría derribar de un solo golpe, si intentara penetrar en esta habitación y despertar al dormido.

«Todo el día vago por la casa envuelta en un delantal y calzada con pantuflas, igual que mi madre, que murió de cáncer. Ya no distingo el verano del invierno por el verdor del césped o la flor del espino, sino por el vapor o la escarcha en los vidrios de la ventana. Cuando la alondra dispara muy alto su anillo de agudos gorjeos que cae enseguida a tierra como una manzana cercenada, me inclino y amamanto a mi criatura, yo que solía recorrer los bosques observando cómo las plumas del grajo se tornaban azules al caer. Yo que antes encontraba en mi camino al vagabundo y al pastor, yo que contemplaba al borde del camino a una mujer sentada cerca de su carreta derribada, voy ahora de habitación en habitación con un plumero en la mano. Duerme, hijo mío..., musito deseando que el sueño cubra sus frágiles miembros como un edredón de plumas, pidiéndole a la vida que envaine sus garras, que encadene sus relámpagos y transforme mi propia sangre en un hueco, en un refugio tibio donde mi niño pueda dormirse. Duerme, le digo, duerme— Me dirijo enseguida a la ventana y contemplo el peral y el nido de la corneja posado sobre la rama más alta de un árbol. «Sus ojos verán cuando los míos estén cerrados», pienso. «Pero yo me fundiré en los suyos y le acompañaré más allá de mi cuerpo, iré hasta la India. Él regresará a casa trayendo trofeos que depositará a mis pies. Él aumentará mis posesiones.»

«Pero ahora no me levanto jamás al alba para ver las gotas púrpuras en el fondo de las hojas de los repollos ni las gotas rojas en el interior de las rosas. Ya no observo a mi sètter que hace un

círculo tratando de cogerse la cola y, por la noche, extendida, ya no alzo la cabeza hacia las hojas de los árboles que ocultan a las estrellas hasta que las estrellas se mueven y reaparecen al otro lado de las hojas inmóviles. Ahora me preocupo de la llegada del carnicero y de colocar la leche a la sombra a fin de que no se torne agria.

«Duerme, digo, duerme, mientras el agua hierve en la tetera y su aliento se hace más y más espeso brotando con un impulso poderoso. Así llena la vida mis venas repartiéndose por todo mi cuerpo. Así avanzo al impulso de la vida y, sin embargo, hay momentos en que podría gritar cuando abro las ventanas al alba o cuando las cierro al crepúsculo: ¡No más! ¡Estoy ahíta de esta sencilla felicidad!— Pero todavía vendrá más felicidad, más niños, más cunas, más canastos en la cocina y jamones suspendidos del techo junto a las cebollas sedosas. Y más melgas de lechugas y papas. Semejante a la hoja arrastrada por el huracán, ora rozo la hierba, ora soy elevada a pleno cielo. Estoy ahíta de esta sencillafelicidad y deseo a veces que la plenitud abandone mi cuerpo y no sentir sobre mí el peso de la casa dormida de noche, cuando mi marido lee en voz alta y yo enhebro mi aguja. La lámpara proyecta una llamarada sobre el vidrio oscuro. Un fuego arde en el corazón de la enredadera. Creo ver surgir en medio de las siemprevivas una calle iluminada: en medio del viento que sopla en el matorral, oigo el crujido de carruajes, de frases cortadas, de risas y la voz de Jinny que exclama al abrirse la puerta: « ¡Ven, ven!»»Pero nada interrumpe el silencio entre nosotros, en la casa rodeada del suspiro de los campos de trigo. El viento baña las copas de los olmos; una mariposa nocturna azota su cuerpo contra una lámpara; una vaca muge; y yo, enhebrando mi aguja, murmuro: «Duerme, hijo mía...»

—Puesto que nos hemos reunido, charlemos —dijo Jinny—. Contémonos historias, cambiemos impresiones. ¿Quién es él? ¿Quién es ella? Soy extremadamente curiosa y siempre ignoro lo que ha de venir. Si me dijeseis, vos a quien veo por vez primera: «El tren parte de Piccadilly a las cuatro», os seguiría en el acto, sin

tomarme siquiera el tiempo de reunir unos cuantos objetos en una valija.

«Sentémonos aquí, debajo de este cuadro, junto a este ramo de flores. Decoremos nuestro árbol de Navidad con historias y más historias. La gente se marcha tan pronto; apresurémonos a captarlas. Dicen que aquel hombre apoyado contra aquel bargueño se pasa la vida rodeado de porcelanas chinas y que si una sola de ellas se quebrara le significaría una pérdida de miles de libras esterlinas. Y que antaño, él amó en Roma a una muchacha que le abandonó por otro. Por esto se ha consagrado a coleccionar porcelanas y antigüedades encontradas en casas de pensión o desenterradas en el desierto. Pero la belleza debe nacer y morir cada día para ser digna de ser amada, y su vida es estática, está estancada en medio de un mar de porcelana. Es extraño, pues él también fue joven y en otro tiempo se sentaba en el suelo húmedo a beber ron con los soldados.

«Apresurémonos a suspender nuestras historias como juguetes en un árbol de Navidad, fijándolas diestramente con una presión de los dedos— Aquel otro se inclina delante de todas las cosas, incluso delante de una azalea, incluso delante de aquella vieja dama porque ella luce brillantes en sus orejas y porque recorre sus dominios en un coche tirado por poneys, decidiendo las limosnas que es preciso distribuir, los árboles que hay que cortar y los arrendatarios que será necesario expulsar al día siguiente. (Yo he vivido plenamente mi vida, es preciso que os lo diga, y he pasado ya los treinta años; me asemejo a una cabra montañesa que brinca de despeñadero en despeñadero desdeñando el peligro. En ningún sitio me detengo largo tiempo; a ningún ser estoy dispuesta a atar mi vida, pero ya veréis que si hago el menor gesto, inmediatamente surgirá alguien deseoso de seguirme.) Aquel señor es un juez; aquel otro un millonario y aquel del monóculo mató a su institutriz atravesándole el corazón con una flecha cuando tenía diez años de edad. Después de aquel episodio, ha cruzado muchos desiertos llevando mensajes cifrados, ha participado en revoluciones y actualmente se ocupa en recolectar documentos para escribir una historia de la familia de su

madre establecida desde hace largo tiempo en Norfolk. Aquel hombrecillo de mentón azul tiene la mano derecha paralizada. ¿Por qué? Se ignora. Y de aquella mujer que ostenta perlas semejantes apagadas en sus orejas, se susurra discretamente que fue la llama que encendió la vida de uno de nuestros estadistas. Desde que él murió, ella ve fantasmas, predice la buena ventura y ha adoptado a un joven hindú al cual cree el Mesías. En cuanto a aquel joven de bigotes caídos, parece que, siendo un oficial de caballería, llevó una existencia absolutamente abyecta (ella ha sido el tema de no sé qué novela) hasta el día en que encontró en un tren entre Edimburgo y Carlisle a un extranjero que le convirtió leyéndole la Biblia.»En esta forma, en algunos breves segundos, desciframos diestramente los jeroglíficos escritos en los rostros de las gentes! Esta habitación se asemeja a una playa cubierta de cascarones arrojados por la marea. La puerta se abre sin cesar. La habitación se llena de sabiduría, de angustia, de todas las variedades de ambición imaginables, de mucha indiferencia y de un poco de desesperación. Entre los que aquí nos encontramos, podríamos construir catedrales, gobernar al país, condenar a los hombres a la muerte y dirigir diferentes departamentos de la administración pública. Nuestro fondo común de experiencias es inmensamente rico. Tenemos, entre todos, docenas de niños de ambos sexos, a los que vamos a dejar al colegio, los llevamos al médico cuando tienen sarampión y los estamos educando para que hereden algún día nuestros bienes. Todos tenemos algo que hacer en este día viernes: unos irán al tribunal, otros á sus negocios: otros pasarán el día en la sala de juego de los niños, o en maniobras o a la cabeza de una brigada. Un millón de manos se ocupa en coser, en hacer artesas. La actividad es infinita Y mañana, todo recomienza: mañana llenaremos como mejor podamos el día sábado. Algunos se embarcarán para Francia, otros para la India. Algunos no retornarán jamás a esta habitación. Alguno de nosotros puede morir esta misma noche. Otro engendrará un hijo. Toda clase de aventuras, de combinaciones políticas, de cuadros, de poemas, de arquitectura, de usinas, de criaturas, surgirán de entre nosotros. La vida viene: la vida pasa. Nosotros creamos la vida. Esto es al menos lo que se dice.»Pero, los que vivimos una vida carnal, vemos perfilarse las cosas con una

precisión casi física. Yo veo rocas en pleno sol. Yo no puedo transportar estas realidades a una caverna y, allí, guareciéndose los ojos con el dorso de la mano, fundir gradualmente sus amarillos, sus azules y sus pardos en una sola substancia. Yo no puedo permanecer sentada largo rato. Algo me impulsa constantemente a levantarme y seguir adelante. El tren parte quizás de Piccadilly. Dejo caer estas pequeñas anécdotas acerca de los brillantes, de las manos paralizadas, de las porcelanas chinas, igual que un mono deja caer las nueces que tenía cogidas entre sus patas. Yo no puedo decir si la vida es esto o aquello. Yo quiero ir a abrir, me paso entre la muchedumbre heterogénea donde voy a ser sacudida, alzada y bajada como un barco en el mar.»Porque mi cuerpo, mi compañero que está siempre pronto a enviar sus señales, ya sea el sombrío y rudo «No» o el dorado «¡Ven!» en rápidas flechas de sensación, comienza ya a hacer un signo. Alguien se ha movido. ¿Alcé yo mi brazo? ¿Le he mirado? ¿Agité acaso mi echarpe amarilla con lunares color cereza? El se ha apartado de la muralla contra la cual se apoyaba. Ahora me sigue. Me siento perseguida a través de la selva. Todo es nocturno, todo es transporte y los papagayos chillan entre las ramas. Todos mis sentidos se han despertado. Siento las fibras ásperas del cortinaje que aparto para pasar: siento la fría barra de fierro y las burbujas de aire que se han levantado bajo su esmalte, bajo la palma de mi mano. La oscuridad sube a mi alrededor y me envuelve como una fría marea. Afuera, la noche se entreabre: la noche atravesada por mariposillas errabundas, la noche que cobija a los amantes que rondan la aventura. Siento perfume de rosas, de violetas; veo en la noche sus colores rojos y azules escondidos. Mis pies huellan ya el suelo enarenado, ya el césped. Los altos muros de las casas se alzan atravesados de luces, como una conciencia perturbada. Todo Londres está agitado por luces llameantes. Entonemos ahora nuestra canción de amor. ¡Ven, ven, ven...! Mi echarpe color oro palpita como el ala de una libélula. ¡Ven, ven, ven—! Canto como el ruiseñor en cuya garganta demasiado estrecha se ahoga el tumulto de su melodía. Escucho el crujido de las ramas que se quiebran cual si todas las bestias de la selva se hubiesen lanzado a la caza saltando por sobre los arbustos llenos de espinas. ¡Ay—! Una me ha

clavado. Una espina se ha hundido en lo más profundo de mi ser.»Y las flores aterciopeladas y las hojas frescas y húmedas me rodean, me abrigan, me penetran con sus bálsamos.— ¿Para qué mirar el reloj que palpita encima de la chimenea? —dijo Neville—. El Tiempo pasa, ya lo sé. Y nosotros envejecemos. Pero el estar sentado junto a ti, aquí, en el corazón de Londres, en esta habitación iluminada por el resplandor del fuego, lo constituye todo en la vida.»El mundo ha sido despojado de todos sus tesoros y las cumbres de todas sus flores para formar nuestro botín de felicidad. El reflejo del fuego es como una hebra de oro que sube y baja por la cortina cayendo a tus pies como un fruto pesado y circundando tu cabeza al subir, de una aureola roja Sé que ese reflejo proviene del fuego y no de tu rostro: se que aquellos libros ordenados a lo largo de los muros son libros y que este sillón no es sino un sillón. Pero, cuando tú estás aquí, todo se transforma. Las tazas y platos cambiaron de aspecto cuando tú entraste esta mañana. No cabe duda, me dije dejando a un lado el periódico, no cabe duda de que nuestras sórdidas vidas sólo adquieren esplendor, sólo se enriquecen con un significado bajo los ojos del amor.

«Enseguida me levanté de la mesa. Había concluido mi desayuno. Teníamos todo el día por delante y como el día era hermoso y tierno, fuimos a caminar por el parque hasta el muelle, y a lo largo del Strand hasta San Pablo y entramos a aquella tienda donde compré un paraguas. Hablábamos sin cesar deteniéndonos de vez en cuando a mirar a nuestro alrededor. Pero, ¿puede esta ventura durar?, me pregunté en Trafalgar Square delante de la estatua del león con su aire inamovible y eterno y me puse a repasar mi vida es, cena por escena: vi la silueta de un gran olmo, vi a Percival muerto. Y me juré que mi felicidad sería eterna. Luego me sentí traspasado por la duda de siempre y te cogí la mano Después tú me dejaste. La bajada al Metro fue como el descenso a los infiernos. Estábamos separados, habíamos sido arrancado el uno al otro por todos aquellos rostros y por el viento enorme que parecía rugir sobre los diques desiertos. Permanecí sentado en mi habitación mirando fijamente delante de mí. A las cinco estaba seguro de que me eras infiel. Cogí brutalmente el teléfono y el repiqueteo de su voz



estúpida en tu pieza vacía me oprimía el corazón cuando, de pronto, la puerta se abrió y tú apareciste en el umbral. Aquel fue el más maravilloso de nuestros encuentros. Pero estos encuentros, estas separaciones concluyen por destruirnos.

«Ahora, esta habitación me parece el eje del mundo, me parece arrancada a la noche eterna. Afuera, las líneas se retuercen y se entrecruzan, pero aquí nos envuelven. Aquí está el centro de la vida: aquí podemos callarnos o hablarnos en voz baja. «¿Has notado esto, has observado aquello?», te digo. «Él afirmaba algo, pero sin duda quería decir que...» «Yo creo que ella sospechaba...» «En todo caso anoche sentí voces y sollozos en la escalera. Es sin duda la ruptura...» Y así, tejiendo a nuestro alrededor filamentos infinitamente finos construimos todo un mundo. Platón y Shakespeare ocupan un lugar en este mundo y también un montón de gentes oscuras, sin importancia. Yo detesto a los hombres que llevan crucifijos colgados del cuello. Detesto las ceremonias del culto, las lamentaciones y la dolorida figura de Cristo vacilando por encima de las cabezas de la multitud, junto a otra figura vacilante y desolada. Detesto la pomposidad, la indiferencia y el énfasis siempre mal colocado de las gentes que se escuchan a sí mismas bajo inmensos candelabros, vestidas de etiqueta, cubiertas de estrellas y condecoraciones. Una ramita de flor en el seto, una puesta de sol invernal sobre la planicie extendida de los campos, una vieja sentada en un autobús con las manos colocadas en las caderas y un canasto sobre las rodillas: he ahí las cosas que nos gusta mostrarnos el uno al otro. O bien callarnos juntos. O bien, seguir los senderos oscuros del pensamiento, visitar el pasado, penetrar en los libros, apartar sus ramas y coger el fruto que ellos contienen. Y tú coges el fruto y te maravillas ante él mientras yo me maravillo ante los movimientos distraídos de tu cuerpo, ante tu gracia, ante el ímpetu con que abres de par en par las ventanas y ante la agilidad de tus manos. Porque ¡ay! mi espíritu se fatiga pronto y me desplomo como un corredor que cae al final de su carrera sudoroso y ofreciendo quizás un espectáculo repugnante.» ¡Ay! Yo no podría galopar a través de la India, la cabeza cubierta con un casco, y regresar por la noche a un

bungalow. Yo no puedo hacer volteretas como tú, como los muchachitos semidesnudos que se persiguen en la cubierta de un navío lanzándose chorros de agua con las mangueras Yo necesito este sillón, este fuego. Necesito que alguien venga a sentarse junto a mí al término de un largo día lleno de angustias y preocupaciones, después de haber escuchado, esperado y dudado. Después de tantas querellas y reconciliaciones, necesito este momento de intimidad, necesito estar solo contigo para reemplazar el caos por el orden. Porque soy meticuloso como un gato en mis hábitos. Debemos oponer una barrera a los desperdicios y deformidades del mundo, a las multitudes que se agitan como mareas a nuestro alrededor rozándonos los pies. Debemos deslizar con un gesto preciso el cortapapel entre las hojas del libro, hacer con las cartas viejas paquetes cuidadosamente atados con cintas verdes y, barrer las cenizas de la chimenea. Es preciso no escatimar esfuerzos para apartar de nosotros la horrible fealdad. Leamos a aquellos escritores cuya obra está saturada de virtudes y austeridad romanas: busquemos la perfección a través de los desiertos de arena. Sí, pero también me gusta olvidar las virtudes y severidades de los nobles romanos, bajo la mirada luminosa de tus ojos grises, sobre la hierba danzante, sacudida por las brisas del verano y en medio de los gritos y las risas de muchachos que juegan, de muchachos semidesnudos que se persiguen sobre los puentes de los navíos con mangueras de agua, De aquí que yo no sea un buscador desinteresado de la perfección a través de las arenas del desierto, como Luis. Una mancha de color viene siempre a perturbar la blancura de la página; la sombra de una nube pasa sobre el libro abierto. Y advierto que el poema no estaba hecho sino del sonido de tu voz. Alcibíades, Ajax, Héctor y Percival, eres tú. Ellos amaban las largas cabalgatas, ellos arriesgaban locamente su vida y no eran gentes muy cultivadas. Pero tú no eres ni Ajax ni Percival. Ellos no fruncían la nariz ni se frotaban la nuca con ese gesto único que es tuyo. Tú no eres sino tú. Esto es lo que me consuela de la carencia de muchas cosas (soy feo, soy débil) y de la depravación del mundo, de mi juventud que huye y de la muerte de Percival, de mi amargura, de mis rencores y de mis innumerables y vanas aspiraciones.

«Pero, si algún día no vienes a la hora del desayuno, si te sorprende a través de algún espejo buscando otra mirada, si el teléfono repiquetea en vano en tu habitación desierta, entonces, después de indecibles angustias (pues la locura del corazón humano no tiene fin) buscaré otro ser como tú, encontraré a otro ser que se te parezca. Entretanto, tratemos de abolir de un solo golpe el tictac del Tiempo. Aproxímate más a mí—

El sol había descendido en el horizonte. Los islotes de nubes se hacían más densos y opacaban la luz del sol hasta que las rocas se tornaron súbitamente negras y el tembloroso cardo marino cesó de ser azul para tornarse plateado, y las sombras, arrastradas por el viento, corrían sobre el mar como trozos de tela gris. Las olas ya no visitaban las lagunas que habían formado en la orilla ni alcanzaban la franja negra que orlaba irregularmente la playa. La arena era color perla, lisa y reluciente.

Los pájaros hacían círculos en pleno cielo o se precipitaban sobre sus presas. Algunos corrían sobre los surcos del viento, girando y separándose cual si fueran los mil fragmentos de un mismo cuerpo. Se abatían sobre las cimas de los grandes árboles como una red palpitante. Aquí y allá, un pájaro se dirigía solo hacia las marismas, y, posándose sobre alguna estaca blanca, abría y cerraba alternativamente sus alas en plena soledad.

Algunos pétalos habían caído en el jardín y yacían como conchas sobre el suelo. La hoja muerta no se tenía ya sobre su propio borde, sino que había sido cogida por el viento que la alzaba y la precipitaba contra algún arbusto. A través de todas las flores pasó la misma oleada de luz en un súbito borbollón, cual si una aleta hubiera fundido el cristal verde de un lago. De vez en cuando, una brisa poderosa inclinaba con un mismo movimiento las innumerables hojas y, después del pasaje del viento, cada brizna de hierba se enderezaba, recobraba su identidad. Los claros discos de las flores brillaban al sol; una ráfaga de viento las apartaba de este rayo de sol y algunas corolas, demasiado pesadas para enderezarse, continuaban inclinadas sobre el suelo.

El sol de mediodía calentaba los campos, añadía en toque de azul a las sombras, y un toque de rojo a los trigos. Los campos barnizados como laca se extendían al sol. Una carreta, un caballo, una bandada de cornejas, todo lo que se moviera en esta extensión, parecía bañarse en oro. Cada paso de una vaca avanzando sobre un prado se prolongaba en una agitación dorada y sus cuernos parecían revestidos de luz. Ramajes de trigo rubio desprendidos de las carretas de forma antigua y baja que regresaban cargadas de los campos, se enredaban en los setos. Jirones de nubes rodaban por el cielo sin deformarse, sin perder un átomo de su redondez. A su paso ellas cogían a una aldea entera en sus redes de sombra y la soltaban al alejarse. Lejos, muy lejos, en el horizonte entre las miríadas de granos de polvo azul, se veía relucir un cristal o se destacaba la silueta solitaria de un árbol o de algún campanario.

Las cortinas rojas y las persianas blancas palpitaban, batiendo el reborde de la ventana, y la luz que penetraba a la casa por accesos convulsivos, contenía un ligero tinte pardo, y un no sé qué de abandono al deslizarse a través de las cortinas atormentadas. Ella ponía un reflejo pardo sobre un bargueño, un reflejo rojo sobre una silla y hacia vacilar la ventana en los flancos del gran jarro verde.

Durante un instante todo vaciló, todo se inclinó en medio de una atmósfera ambigua, incierta, cual si la sombra de una gran polilla que agitara sus alas a través de la habitación, hubiera triunfado sobre la enorme solidez de las sillas y de las mesas.

—Y el Tiempo —dijo Bernardo —deja caer su gota. La gota se ha formado sobre el tejado del alma y cae. El Tiempo la ha hecho caer. La semana pasada, mientras me afeitaba, sentí que la gota caía sobre mí. De pie, con la navaja en la mano, me di cuenta de pronto de la naturaleza maquinal de mis gestos (la gota se está formando) y felicité irónicamente a mis manos, por preservar esta rutina. «Afeitad, afeitad, afeitad», les dije, «continudad afeitándome...» La gota caía. Durante todo el día, mientras trabajaba, mi espíritu se escapaba a intervalos y rodaba por un lugar vacío, en busca de algo perdido, de algo muerto. «Estoy muerto y enterrado, me dije jugando

con palabras para consolarme. Las gentes se daban cuenta de mi aire ausente y de la vacuidad de mi conversación. Jamás terminaba mis frases. Y mientras me abrochaba el sobretodo para regresar a casa, me dije más dramáticamente todavía: «He perdido mi juventud».»Es extraño cómo, en cada crisis moral, alguna frase hecha, alguna frase absolutamente fuera de lugar, acude en nuestra ayuda: tal es la desdicha de vivir en medio de una civilización demasiado vieja y de poseer una libreta de notas. Esta gota que ha caído nada tiene que ver con mi juventud perdida. Esta gota que ha caído es el Tiempo que se va deshilachando; el Tiempo que es una pradera asoleada sobre la cual palpita la luz danzante; el Tiempo que se extiende como un campo a mediodía y, de pronto, agudizándose en un ángulo, cuelga suspendido en el espacio. Igual que una gota que se desprende de un vaso lleno en el fondo de sedimento, así se desprende el Tiempo. Estos son los verdaderos ciclos, los verdaderos acontecimientos. Enseguida, como si toda la claridad de la atmósfera refluyera súbitamente a la manera de una ola, yo percibo el fondo y veo lo que la rutina recubre. Entonces yazgo perezosamente en cama durante días enteros. Ceno fuera de casa y abro la boca para bostezar igual que un bacalao. No me tomo la molestia de concluir las frases comenzadas, y mis acciones, por lo general tan inciertas, ad, quieren una precisión mecánica. En esta ocasión, al pasar frente a una agencia de vapores, entré y compré, con los gestos precisos de un autómatas, un pasaje para Roma.

«Ahora, estoy sentado en un banco de piedra en medio de estos jardines que dominan la Ciudad Eterna, y el hombrecito que se afeitaba hace apenas cinco días en Londres, se asemeja ya a un viejo traje que he abandonado. Londres también se ha desvanecido y no es sino un montón de gasómetros y de usinas derrumbadas. Y, sin embargo, tampoco me siento incorporado a este nuevo decorado. Veo a los sacerdotes con sus cinturones violeta y a las niñeras con sus pintorescos uniformes: no soy sensible sino al aspecto externo de las cosas. Estoy sentado en este banco igual que un convaleciente, como un hombre de alma sencilla que sólo piensa en frases compuestas de dos palabras: «Hace calor... hace

frío». Me siento arrastrado como un insecto sobre la corteza de la tierra y, podría jurar, sentado aquí, que siento su dureza, su movimiento de rotación. Pero no tengo deseos de alejarme de ella. Si yo pudiera prolongar esta sensación en algunas pulgadas más de profundidad, creo que tocaría regiones bien extrañas. Pero soy como un elefante de trompa muy limitada. Jamás deseo prolongar estos estados de apartamiento; ellos me inspiran desagrado y desprecio. No quiero ser un hombre que pasa cincuenta años de su vida contemplándose el ombligo. Prefiero ser atado a una carreta de legumbres que rechina sobre los guijarros.

«La verdad es que yo no soy de esas personas que encuentran su satisfacción en la posesión de un solo ser ni en la de lo infinito. El dormitorio privado me aburre, pero el cielo también. Yo brillo solamente cuando todas mis facetas están expuestas a numerosas miradas. Si éstas me fallan, me convierto en una especie de papel quemado lleno de hoyos. ¡Ay, exclamo, Mrs. Moffat vendrá a barrer todo esto! ¡Cuántas cosas se han desprendido de mí! He sobrevivido a ciertos deseos; he perdido amigos, algunos por la muerte —como Percival—, otros simplemente por mi incapacidad de atravesar la calle. No estoy tan lleno de dones como parecía estarlo otrora. Hay cosas que están más allá de mi alcance. Jamás lograré comprender los problemas más arduos de la filosofía. Roma constituye el término de mis viajes. A veces, por la noche, cuando estoy a punto de quedarme dormido, pienso con dolor en que nunca veré en Tahiti a los indígenas pescando con una caña a la luz de una antorcha, ni a un león surgiendo en medio de la selva, ni a un hombre desnudo comiendo carne cruda. Jamás tampoco aprenderé el ruso ni leeré los Vedas. Nunca más me estrellaré contra un farol (pero algunas estrellas proyectadas por la violencia de aquel choque resplandecen aún hermosamente en mi noche). Lo único que he ganado es que creo haberme acercado más a la verdad. Durante años, he musitado lleno de complacencia: «Mis hijos— mi esposa— mi casa— mi perro—» Cada vez que introducía mi llave en la cerradura, me repetía estas palabras rituales y me resguardaba en el pensamiento que ellas implicaban como en una tibia envoltura. Ahora, este hermoso velo ha caído (Nota: una lavandera italiana

está en el mismo nivel de refinamiento físico que la hija de un duque inglés).» Pero veamos las cosas más de cerca. Una gota ha caído: una nueva etapa ha sido franqueada. Una etapa conduce a otra. ¿Y por qué había de haber un fin de ellas? ¿Adónde nos conducen todas estas etapas? ¿A qué conclusión? Porque ellas se presentan envueltas en ropajes solemnes. Enfrentados por dilemas de esta índole, los devotos consultan a estos personajes con cinturones color violeta y rostros sensuales que pasan delante de mí. Por lo que a mí respecta, abomino de los que quieren enseñar algo. No bien un hombre se levanta exclamando: «¡Escuchadme, yo os traigo la verdad!», me parece ver detrás de él a un gato arenoso hurtando un trozo de pescado. «¡Dios mío!» siento deseos de gritar, «¡pero no le prestéis atención al gato!» Recuerdo que Neville solía rabiarse, en la oscura capilla del colegio, cada vez que veía el crucifijo del Rector. Pero yo que estoy siempre distraído, ya sea por un gato o por la abeja que revolotea alrededor del ramo de flores que Lady Hampden oprimía tan complacientemente contra su nariz, forjaba en el acto una historia y borraba así los ángulos del crucifijo. He inventado en esta forma millares de historias: he llenado innumerables libretas con frases para ser utilizadas cuando hubiera encontrado la historia que desearía escribir, la historia en la que habrían de quedar grabadas todas mis frases. Pero jamás he encontrado una adecuada, de modo que comienzo a preguntarme si, después de todo, las historias existen.

«Observemos ahora desde lo alto de esta terraza el gentío que hormiguea abajo. ¡Cuánto ajetreo, cuánto ruido!— Aquel hombre tiene dificultades para hacer avanzar sus mulas. Media docena de pelafustanes llenos de buena voluntad le ofrecen sus servicios. Otros pasan sin mirar. Tienen tantas cosas de que preocuparse en sus vidas, como hilos hay en una madeja. Y contemplemos la extensión del cielo donde flotan pequeñas nubecillas blancas. Imaginémonos leguas y leguas de campiña plana, con los acueductos y las rotas calzadas romanas y las tumbas de la Vía Appia y más allá de la Campagna el mar, y más allá del mar nuevas tierras y luego de nuevo el océano. Yo podría destacar cualquier detalle en este conjunto —digamos por caso, aquella carreta tirada

por mulas— y describiría con la mayor facilidad. Pero, ¿qué objeto tiene describir a un hombre que no logra hacer andar sus mulas? Y también podría inventar alguna historia relacionada con aquella muchacha que sube las escaleras. «Le encontré bajo el arco sombrío— —Toda ha concluido —dijo él alejándose de la jaula del loro de porcelana». O, más simplemente: «Esto es todo». Pero, ¿por qué impones mi arbitrario diseño? ¿Por qué destacar esto y dar forma a aquello y fabricar figurillas como los juguetes que se venden en las calles, colocados en bandejas? ¿Por qué seleccionar, de entre todo el conjunto, un detalle?

«Heme aquí en el proceso de despojarme de una de mis pieles, de una de mis vidas, y mis amigos, por todo comentario, dirán: «Bernardo está pasando diez días en Roma». Heme aquí paseándome por esta terraza totalmente desorientado. Pero ya los perfiles y palotes lanzados al azar comienzan a formar, a medida que camino, líneas continuas; las cosas comienzan a perder el aspecto cruelmente desprendido que tenían cuando subí estas escaleras. El gran pote rojo es ahora una mancha rojiza en medio de una oleada de verde amarillento. El mundo comienza a huir bajo mis ojos como los arbustos y matorrales cuando el tren se pone en marcha, como las olas del mar cuando el barco parte. Yo también estoy moviéndome, yo también me siento cogido en el entrelazamiento de las cosas que se suceden, y parece inevitable que el paso de un árbol sea seguido por el de un poste telegráfico y luego por una interrupción en los matorrales. Y a medida que avanzo, rodeado, incluido y actuando, las frases habituales comienzan a surgir y yo quisiera abrir a estas burbujas las compuertas de mi cerebro y dirigirme hacia aquel señor cuyo dorso me es familiar. Estuvimos juntos en el colegio. Sin duda vamos a reconocernos, a almorzar juntos y a charlar. Pero, aguardemos un poco.

«Estos instantes de evasión no deben ser desdeñados: ellos se producen raras veces. Tahití parece entonces posible. Inclinado sobre este parapeto, percibo a lo lejos una vasta extensión de agua. Una aleta se mueve. Esta impresión puramente visual no está ligada



a ningún razonamiento; ella surge como podría surgir la aleta de un cetáceo en el horizonte. A menudo, las impresiones visuales nos transmiten brevemente descubrimientos que solo mucho más tarde lograremos comprender y encerrar en palabras. Bajo la letra «A» yo anoto por consiguiente: «Una aleta se agita en la vasta extensión de las aguas». Yo que me paso la vida cubriendo de notas los márgenes de mi memoria a fin de llegar algún día a una conclusión final, inscribo ahora esta observación en espera de una tarde de invierno durante la cual podré quizás darle forma.

«Ahora me iré a almorzar a cualquier parte. Alzando mi vaso contemplaré la sala a través del color del vino. Con un desprendimiento mayor que el de costumbre, observaré el mundo a mí alrededor, y si una hermosa mujer entra al restaurante y avanza por entre las mesas, yo me diré: «¡Mirad cómo avanza ella sobre la vasta extensión de las aguas!» Una observación desprovista de sentido, pero para mí solemne, gris, llena del ruido fatal de universos que se derrumban y las aguas prontas a arrastrarlo todo en su destrucción.

«Por lo tanto, Bernardo (te invoco a ti, el asociado habitual de todas mis empresas), comencemos este nuevo capítulo y observemos la formación de esta nueva gota desconocida, la gota extraña de esta experiencia no identificada y terrible que está a punto de formarse. Ya recuerdo: aquel señor se llama Larpent.

—En esta calurosa tarde —dijo Susana—, en medio de este jardín, en este campo donde me paseo con mi hijo, he llegado al máximo de mis aspiraciones. El cerrojo de la verja está enmohecido; él la abre de un solo empujón con su brazo fornido. Las pasiones violentas de la infancia, mis lágrimas en el jardín cuando Jinny besó a Luis, mis cóleras en la sala de estudio que olía a pino, mi soledad en el extranjero en las ciudades donde los cascos puntiagudos de las mulas resonaban sobre el pavimento, donde las italianas charlaban junto a las fuentes con las cabezas envueltas en chales y claveles prendidos en los cabellos, todo está compensado ahora por sentimientos de posesión, de seguridad. He vivido años apacibles y

productivos. Soy dueña de todo lo que se extiende bajo mis miradas. He plantado árboles y los he visto crecer. He abierto estanques donde los peces rojos se esconden bajo las anchas hojas de los nenúfares. He cubierto de redecillas los cuadros de fresas y de lechugas y he encerrado las peras y las ciruelas en pequeños sacos blancos para proteger las de las avispas. He visto a mis hijos y a mis hijas, resguardados año en sus cunas como las frutas bajo un velo de muselina, romper las mallas que los cubrían y salir a caminar conmigo por los campos, proyectando sobre el césped sombras más grandes que la mía.

«Estoy arraigada, estoy clavada a esta tierra igual que mis árboles. Yo digo: «Mi hijo— mi hija—» e incluso el ferretero, al alzar los ojos de su mostrador atestado de clavos, de tarros de pintura, de hilos de hierro, contempla con respeto nuestro viejo automóvil detenido delante de su puerta, lleno de redes para mariposas, cojines y colmenas. Para Navidad colgamos una rama de muérdago sobre el reloj; pesamos nuestros canastos de zarzamoras y de setas; contamos potes de mermeladas, y cada año los niños se colocan en fila contra la persiana del salón para medir su crecimiento y su peso. Hago también coronas de flores blancas para los muertos, entre las que intercalo hojas plateadas y prendo mi tarjeta expresando mis condolencias por la muerte del pastor y mi simpatía a la esposa del carretero fallecido. Yo velo a la cabecera de las moribundas, quienes me aferran la mano murmurando sus últimas expresiones de terror, y frecuento habitaciones cuya atmósfera sería irrespirable para aquellos que no han nacido como yo y que no se han familiarizado desde pequeños con el olor de las granjas, del montón de la basura, de las gallinas que vagan por todas partes y de las dos habitaciones en que se apretujan las familias campesinas. Yo he visto el calor correr sobre los vidrios de las ventanas yo he oído la sentina.

«Y ahora, de pie entre mis flores, con las tijeras de jardín en las manos, me pregunto por que rendija podría entrar la sombra en mi vida, qué golpe podría derribar la obra de mi paciente labor. Y, sin embargo, me siento a veces cansada de esta dicha tranquila, de las

frutas que maduran, de los niños que llenan la casa con libros de premio, fusiles, calaveras y sus trofeos de caza. Estoy cansada de mi propio cuerpo, de mi trabajo, de mi energía y de mi astucia, de mi carencia maternal de escrúpulos cuando se trata de acudir en ayuda de mis hijos, de la mirada celosa con que abarco la larga mesa alrededor de la cual están sentadas criaturas que son mías, nada más que mías.

«Cuando llega la primavera, fría, lluviosa, en que surgen bruscas flores amarillas, me ocurre ponerme a recordar mi pasado mientras vigilo si la carne ha sido colocada a la sombra o preparo sacos de papel plateado para el té y las pasas; entonces, me acuerdo de cómo salía el sol, del vuelo de las golondrinas que rozaban el césped de las histerias que narraba Fernando cuando éramos niños y de las hojas innumerables y ligeras que se agitaban sobre nuestras cabezas ocultando a trechos el azul del cielo y esparciendo sombras y luces errantes sobre las raíces esqueléticas de las hayas, al pie de las cuales yo sollozaba. Enseguida los pichones emprendían el vuelo y yo corría y saltaba detrás de las palabras que se me escapaban y se arrastraban por entre las ramas como el hilo de un volantín. Después, la inmovilidad de mi mañana se rompe como un vaso trizado, y depositando en el suelo el saco de harina, me digo: Estoy aprisionada por la vida como la caña en el estanque cubierto de vidrio.

«Cogiendo mis tijeras desprendo tallos de malva, yo que antaño fui a Elvedon, hollé con mis pies las excrecencias de los robles y contemplé a la dama que escribía y a los jardineros con sus inmensas escobas. Recuerdo cómo huimos de allí palpitantes, temerosos de que dispararan sobre nosotros y nos clavaran sobre el muro como armiños. Y ahora, paso la harina y preparo confituras. Por la noche, me instalo en mi sillón, tiendo la mano hacia mi costura y escucho roncar a mi marido, alzando la cabeza cada vez que la luz de algún automóvil ciega los cristales de las ventanas y siento las olas de mi vida arrojarse, romperse sobre mí, rodearme como al tronco de un árbol. Y escucho gritos y veo otras vidas

flotando como briznas de paja alrededor de los pilares de un puente, mientras hago correr mi aguja a través del calicó.

«A veces pienso en Percival que me amaba y que se cayó de su caballo en la India. A veces pienso en Rhoda. Gritos inquietos me despiertan en medio de la noche. Pero la mayor parte del tiempo, me paseo en compañía de mis hijos con el corazón contento. Arranco los pétalos marchitos de las rosas, y un poco gruesa ya y prematuramente encanecida, pero con la mirada siempre clara en mis ojos alargados en forma de pera, me paseo a través de mis campos.

—Heme aquí en esta estación de metropolitano donde se entrecruza todo lo que es deseable en la vida —dijo Jinny—. Piccadilly, Norte y Sur, Regent Street y Haymarket. Por un instante, me detengo debajo del pavimento, en el corazón de Londres. Innumerables ruedas giran, innumerables pies se posan sobre mi cabeza. Las grandes avenidas de la civilización se encuentran aquí y vuelven a repartirse en todas direcciones. Estoy en el corazón de la vida. ¡Oh, pero el reflejo de mi cuerpo ha sido cogido por aquel espejo!— ¡Cuán solitario, cuán encogido, cuán envejecido está!— Ya no soy joven. Ya no participo en la procesión. Millones de seres humanos descienden cada día aquellas escaleras arrastrados en un torbellino formidable. Ruedas enormes giran inexorablemente empujándolos hacia las profundidades. Millones de seres humanos han muerto. Percival está muerto. Yo todavía me muevo. Todavía vivo. Pero, ¿quién acude ahora a mi llamado—?

«Pequeño animalito como soy, palpito, tiemblo y el temor agita mis flancos. Pero no quiero dejarme dominar por el miedo. Agitaré el látigo sobre mis propios flancos. Yo no soy un animalillo quejumbroso que busca refugio en la oscuridad qué sólo un instante de debilidad motivado por la súbita percepción de mi imagen sin haber tenido tiempo de prepararme como acostumbro hacerlo antes de someterme al examen de mis propios ojos. Es verdad: ya no soy joven. Muy pronto alzaré en vano mi brazo para hacer el signo y mi echarpe caerá sin que nadie haya percibido mi gesto. Ya no

escucharé el repentino suspiro en medio de la noche y no adivinaré a través de la oscuridad la presencia de alguien que se acerca a mí— Mi imagen no se reflejará más sobre el cristal del sombrío vagón entre los sombríos túneles. Miraré los rostros y los veré desviarse para buscar otros rostros. Debo confesarlo: por un momento, el descenso silencioso y vertical de estos cuerpos a lo largo de las escaleras giratorias, semejante al descenso formidable y rígido de un ejército de muertos hacia las profundidades de la tierra y el ruido de las grandes máquinas que nos señalan implacablemente que debemos seguir adelante, me hizo temblar y me inspiró un súbito deseo de huir en busca de un refugio.

«Pero no me dejaré vencer por el temor. Lo juro ante el espejo frente al cual retoco mi maquillaje y me compongo el rostro. Prefiero pensar en los hermosos autobuses rojos y amarillos que se detienen y vuelven a partir puntualmente, en el orden prescrito; prefiero pensar en los hermosos y potentes automóviles que se deslizan lentamente o se lanzan adelante como flechas; prefiero pensar en los hombres y mujeres equipados, preparados, que marchan hacia adelante. Es una procesión triunfante, un ejército victorioso con estandartes, águilas de bronce y las cabezas coronadas por hojas de laurel ganadas en la batalla. Ellos valen más que los salvajes con las caderas envueltas en linos y sus mujeres de cabellos mojados y de largos senos colgantes tirados por manos de niños. Estas largas avenidas —Piccadilly Sur, Piccadilly Norte, Regent Street y Haymarket— son senderos victoriosos trazados a través de una jungla. Y yo también con mis zapatos relucientes, mi pañuelo que es una leve membrana de gasa, mis labios pintados y mis cejas finamente arqueadas, marchó a la victoria con este ejército.

«Incluso aquí, bajo tierra, ellos exhiben trajes en medio de una iluminación perpetua. Han arrebatado las entrañas de la tierra a los gusanos y a la humedad. He aquí gasas y sedas en vitrinas iluminadas y fina ropa interior adornada con encajes hechos por millones de agujas. Carmesíes, verdes violetas, los hay teñidos de todos colores. Pensemos en cómo organizan los hombres, cómo aplanan, tiñen, preparan y abren túneles haciendo volar las rocas.

Los ascensores suben y bajan; los trenes se detienen y vuelven a partir con la regularidad de las olas del mar. Todo esto es lo que recibe mi adhesión. Yo pertenezco a este mundo: marcho bajo sus estandartes. ¿Cómo podría yo correr en busca de unrefugio en medio de estos hombres y mujeres magníficamente temerarios y aventureros, llenos de curiosidad y lo suficientemente seguros de ellos mismos para detenerse en pleno esfuerzo y grabar con una mano firme una broma en el muro? Por consiguiente, voy a empolvarme el rostro y a pintarme los labios. Voy a dibujar mis cejas en un ángulo más atrevido que nunca. Voy a subir a la superficie y a permanecer erecta junto a los demás en Piccadilly Circus. Con un gesto nítido, voy a detener un taxi y el aceleramiento del chofer me demostrará que me ha comprendido. Porque yo todavía estímulo el celo en las gentes. Todavía siento a mí alrededor, en la calle, el homenaje de los hombres semejante a la inclinación silenciosa del trigo en los campos cuando una brisa ligera lo coge en su dorada ondulación.

«Voy a hacerme conducir a mi casa. Voy a llenar todos los vasos de una profusión de flores exóticas y costosas que se inclinarán bajo su propio peso. Voy a cambiar la ubicación de los sillones. Voy a disponer cigarrillos y licores al alcance de la mano y algún libro nuevo de portada llamativa en caso de que llegue Bernardo o Neville o Luis. Pero quizás no sea ni Bernardo, ni Luis, ni Neville sino algún desconocido, alguien con quien me crucé un día en la escalera y a quien susurré volviendo ligeramente la cabeza: «¡Ven—!» El vendrá esta tarde; es alguien a quien no conozco, un ser nuevo en mi vida. Que el ejército silencioso de los muertos descienda a las profundidades. Yo sigo adelante.

—Yo ya no necesito refugiarme en una habitación, entre cuatro muros, junto al fuego —dijo Neville—. Ya no soy joven, ahora paso frente a la casa de Jinny sin sentir envidia y sonrío al ver a aquel joven que se arregla nerviosamente la corbata en el umbral. Que él toque el timbre de su puerta: que él la encuentre. Yo la encontraré si lo deseo: si no, seguiré mi camino. El viejo ácido ha perdido su fuerza: la envidia, la amargura, la intriga, ya no me corroen. Hemos

perdido nuestro esplendor. Cuando éramos jóvenes nos sentábamos en cualquier parte, en bancos duros y helados, en vestíbulos llenos de corrientede aire donde las puertas batían sin cesar. Nos perseguíamos semidesnudos como los muchachitos que corren sobre el puente de un navío con mangueras de agua en la mano. Ahora, creo que prefiero la multitud confusa que se precipita a las entradas de los subterráneos a la hora de salida de las oficinas, esta multitud unánime, indiscriminada, desconocida. Yo he cogido mi propio fruto, Ya no soy sino un espectador desapasionado.

«Después de todo, nosotros no somos responsables. No somos jueces. No somos llamados a torturar a nuestros semejantes con tenazas o barras de hierro: no estamos obligados a subir a un púlpito y a pronunciar sermones en las pálidas tardes de los domingos. Es preferible contemplar una rosa o leer a Shakespeare como lo hago yo aquí, en plena Avenida Shaftesbury. He aquí el idiota, he aquí el villano y, en este automóvil, avanza Cleopatra quemando sus barcos. Y he aquí también las figuras de los condenados: vagabundos de rasgos informes adosados al muro de este cuartel de policía, aullando entre las llamas del infierno. Toda la poesía está aquí, no escrita. Ellos desempeñan sus papeles con una precisión infalible y, casi antes de que abran sus labios, sé qué es lo que van a decir y aguardo el momento sublime en que pronunciarán la palabra que debería haber sido escrita. Solamente a causa de este espectáculo yo podría recorrer la Avenida Shaftesbury para siempre.

«Enseguida, abandonando la calle, penetro a algún recinto donde hay gente hablando o que bien no se toma siquiera la molestia de hablar. Este hombre aquella mujer, aquel otro hombre dicen cosas que han sido repetidas tan a menudo que una sola palabra basta ahora para hacer surgir un mundo. Las discusiones, las risas, los viejos reproches flotan en el aire espesándolo. Cojo un libro y leo una página al azar. Todavía no han remendado el pico de esta tetera. Una niña danza, vestida con un traje que perteneció a su madre.

«Pero luego, un alma atormentada, Rhoda o quizás Luis, pasa y vuelve a pasar bajo mis ojos. ¿Qué buscan ellos? El hilo de la intriga, la explicación lógica. No les basta la simple sucesión de las escenas. No les basta aguardar el momento en que alguien pronunciará la palabra que debió haber sido escrita; ver a una figura adquirir forma a través de la arcilla de la palabra enunciada en el momento preciso; percibir de pronto un grupo de siluetas perfiladas contra el cielo. Sin embargo, si es la violencia lo que buscan, yo he visto la muerte, el crimen y el suicidio todo en una misma habitación. Uno viene: otro se va. Alguien solloza en la escalera. Yo he visto formarse nudos, he sentido romperse hilos y el leve crujido de la tela blanca sobre las rodillas de una mujer que cose apaciblemente. ¿Para qué buscar una explicación, como Luis, o huir como Rhoda a bosques lejanos para descubrir estatuas apartando hojas de laurel? Dicen que es preciso batir las alas contra la tempestad en la creencia de que detrás de las nubes brilla el sol; pero el sol se refleja también sobre los emplumados sauces. (Estamos en noviembre y los pobres agitan cajas de fósforos entre sus dedos atormentados por el frío). Dicen que existe un lugar donde la Verdad puede encontrarse en toda su plenitud y donde la virtud que se arrastra aquí, por las callejuelas, reina allí perfecta. Rhoda huye lejos de nosotros con el cuello tendido, los ojos ciegos alucinados, Luis, que ha ganado tantas riquezas, acude a su buhardilla y contempla desde la ventana los sórdidos tejados hacia el lado por donde Rhoda se ha desvanecido. Después va a sentarse a su escritorio entre las dactilógrafas, juntó al teléfono donde trabaja para instruirnos, para regenerarnos, para poner orden en el mundo que vendrá.

«Pero ahora, en este recinto donde yo entro cual si fuera mi casa, se dicen cosas que parecen haber sido escritas. Me acerco a un estante. Puedo, si quiero, leer media página de cualquier cosa. No necesito hablar, pero escucho. Estoy maravillosamente alerta. Sin duda este poema no es de fácil lectura. La página está a menudo sucia y manchada de barro, ha sido rota y remendada con hojas secas, con briznas de verbena y geranios. Para leer este poema es preciso poseer miríadas de ojos, como uno de aquellos faros que se



vuelven a medianoche sobre la extensión agitada de las aguas del Atlántico, cuando quizás solamente una espuma de algas marinas apunta a la superficie o de pronto las olas se entreabren y un monstruo emerge de las aguas. Para leer este poema es preciso dejar a un lado las antipatías y los celos y no interrumpir: es preciso tener mucha paciencia y precauciones infinitas y dejar subir a la superficie lo que descubre la luz, ya sean las patas de araña delicadamente posadas sobre una hoja o el cloqueo del agua en algún inconveniente canal de desagüe. Nada debe ser rechazado con temor o con horror. El poeta que ha escrito esta página (que leo en la charla de la gente) se ha retirado. Aquí no hay comas ni puntos. Ciertas líneas son de una longitud desproporcionada. La mayor parte de ellas son simplemente absurdas. Es preciso ser escépticos, pero también saber arrojar al viento la cautela y aceptar sin restricciones lo que se presenta cuando la puerta se abre. A veces también, es preciso llorar y otras es necesario cortar sin piedad a través del hollín, de la corteza y toda clase de acreencias duras y negras. Y así, mientras la gente habla, uno deja caer su red más adentro y más adentro para retirarla enseguida suavemente, sacando a la superficie lo que este hombre dijo, lo que ella replicó y forjar con ello un poema.

«Largo rato he escuchado lo que ellos decían: ahora se han marchado y estoy solo. Yo podría contentarme con contemplar eternamente el fuego que arde como una cúpula, como un horno: ora la punta de un leño adquiere el aspecto de un cadalso, como de un abismo o de un valle feliz, ora es una serpiente escarlata enroscada sobre sí misma con escamas blanquizcas. El fruto diseñado en la cortina se hincha bajo el pico del papagayo. Los crujidos del leño al arder se asemejan al ruido de los insectos en medio de la selva. El fuego cruje aquí dentro mientras afuera las ramas azotan el aire y de pronto, como una descarga de fusil, un árbol cae. Estos son los ruidos de una noche de Londres. Enseguida, me pongo a escuchar el único sonido que espero: el de unos pasos que suben, que se acercan, que vacilan y se detienen en mi puerta. «¡Entra!, exclamó. Ven a sentarte junto a mí. Siéntate

aquí, en el brazo del sillón—» Arrastrado por la antigua alucinación, exclamo: «¡Acércate—, acércate más— más—!

—Vengo de regreso de la oficina —dijo Luis— Cuelgo mi sobretodo aquí, mi bastón acá. Me gusta imaginarme que el Duque de Richelieu se paseaba con un bastón parecido. En esta forma, me desprendo de las insignias de mi autoridad. He estado sentado a la mesa de caoba del consejo de administración, a la diestra del director. Los mapas en los que figuran los itinerarios de nuestros grandes transatlánticos, nos confrontan en las paredes. Hemos entrelazado el mundo con nuestros barcos. Soy un hombre inmensamente respetable. Cuando entro a la oficina, todas las muchachas que allí trabajan me saludan respetuosamente. Puedo comer donde me plazca ahora y, dicho sea sin vanidad, tengo motivos para suponer que en breve adquiriré una casa de campo en Surrey, dos automóviles y un invernadero con raras variedades de melón. Pero todavía retorno de vez en cuando a esta buhardilla, cuelgo mi sombrero en un clavo y resumo, en la soledad, ese extraño esfuerzo que no he cesado de hacer desde la época en que iba a golpear a la puerta de encina de mi profesor. Abro un pequeño volumen. Leo un poema. Un solo poema basta:

«Oh viento del oeste—

«¡Oh viento del oeste, tú eres el enemigo de mi mesa de caoba, de mis polainas y también ¡ay! de esa pequeña actriz tan vulgar que es mi amante y que no ha logrado perder jamás su acento de arrabal.

«Oh viento del oeste, ¿cuándo soplarás tú—

«Rhoda, con su aire de intensa abstracción, con sus ojos distraídos, con sus ojos color de piel de serpiente no te destruye, viento del oeste, ya sea que venga a medianoche cuando las estrellas resplandecen, o a la hora más prosaica del mediodía. Ella se acerca a la ventana y contempla las chimeneas y los vidrios quebrados de las casas de los pobres.

«Oh viento del oeste, ¿cuándo soplarás tú?—

«Mi tarea y el fardo que yo llevo, han sido siempre mas pesados que los del resto de la gente. Llevo una pirámide sobre mis hombros. He emprendido un trabajo colosal. He guiado a un grupo violento, vicioso, indomable. Con mi acento australiano me he sentado en los restaurantes y he tratado de conquistarme las simpatías de los empleados de banco, pero jamás he olvidado mis graves y solemnes convicciones ni las incoherencias y discrepancias que ha sido preciso vencer. Siendo muchacho, yo soñaba con el Nilo; rehusaba salir de mis ensueños; sin embargo, iba a golpear a una puerta de encina. Yo habría sido mucho más feliz si hubiera nacido sin un destino como Susana o como Percival a quien tanto admiraba:

«Oh viento del oeste, ¿cuándo soplarás tú para hacer caer la lluvia bienhechora?

«La vida ha sido cruel para conmigo. Soy como una inmensa rémora, como una boca insaciable que se adhiere a las cosas. He tratado de extraer el hueso central escondido en el fondo de toda carne. He conocido muy pocas de las alegrías simples de la vida, a pesar de que escogí a una amante con acento arrabalero a fin de sentirme cómodo en presencia de ella. Pero, lo único a que esto me ha conducido ha sido a verla esparcir por el suelo su ropa interior dudosa, y la mujer que viene a hacer el aseo y los mensajeros que golpean a mi puerta una docena de veces al día, se burlan de mi aspecto irreprochable y de mis buenas maneras.

«Oh viento del oeste, ¿cuándo soplarás tú para hacer caer la lluvia bienhechora?

«¿Cuál ha sido mi destino, esta pirámide aguda que ha pesado sobre mis espaldas durante todos estos años? El está hecho de mis recuerdos del Nilo y de mujeres llevando ánforas sobre sus cabezas: está entrelazado en la trama de los largos inviernos y de los largos veranos que han hecho madurar el trigo y helarse las corrientes de las aguas. Yo no soy un solo ser efímero. Mi vida no es el resplandor momentáneo que brilla en la superficie de un diamante. Yo desciendo a las entrañas tortuosas de la tierra

semejante a un guardián que llevara una lámpara de celda en celda. Mi destino ha consistido en recordar, en entretejer, en retorcer en un solo cable todos los hilos, los delgados y los gruesos, los frágiles y los resistentes, de la larga historia humana, de nuestros días tumultuosos y variados. Y hay sin cesar algo nuevo que comprender, una disonancia que escuchar, una falsedad que corregir. Los tejados que se extienden bajo mis miradas están quebrados y sucios de hollín, con sus tejadillos de chimeneas, con sus pizarras sueltas, sus gatos furtivos y sus ventanas de buhardillas. Poso mi pie en medio de vidrios quebrados y de tejas parchadas y no veo a mí alrededor sino rostros envilecidos y hambrientos.

«Supongamos que yo lograra extraerle un sentido a todo esto, escribir un poema, y que enseguida muriera. Puedo asegurarnos que moriría sin pesar. Percival murió. Rhoda me ha abandonado. Pero yo viviré lo suficiente para convertirme en un esqueleto disecado, para abrirme camino golpeando con mi bastón con puño de oro los pavimentos de la ciudad, rodeado del respeto de todos. Y quizás no moriré jamás, quizás no alcanzaré jamás siquiera esa continuidad, esa permanencia.

«Oh viento del oeste, ¿cuándo soplarás tú para hacer caer la lluvia bienhechora?

«Percival era como un árbol con todas sus ramas en flor y fue depositado en la tierra cuando todas sus ramas suspiraban todavía al viento del verano. Rhoda, con la cual yo comparaba el silencio cuando todos los demás hablaban, Rhoda que giraba sobre sus talones apartándose cuando todo el rebaño reunido galopaba con elegantes movimientos de sus crines sobre los prados verdeantes, se ha alejado ahora como el calor del desierto. Cuando el sol quema sobre los tejados de la ciudad, pienso en ella; pienso en ella cuando las hojas muertas crepitan sobre el suelo y cuando los viejos llegan con sus bastones a atravesar los pedazos de papel esparcidos sobre el suelo, tal como nosotros le hemos atravesado a ella el corazón.

«Oh viento del oeste, ¿cuándo soplarás tú  
para hacer caer la lluvia bienhechora?  
¡Ah, si estuviera mi amada entre mis brazos  
y yo de nuevo en mi lecho!

«Torno a inclinarme sobre mi libro. Hago un nuevo esfuerzo.

—¡Oh Vida, cómo te he temido! —dijo Rhoda—. ¡Oh seres humanos, cómo os he aborrecido!— Cómo he sufrido con vuestros empujones, con vuestras palabras que interrumpían mis pensamientos; cuán odiosos me habéis parecido en Oxford Street, cuán ignominiosos me habéis parecido en el Metro sentados unos frente a otros— Ahora, mientras subo esta montaña desde cuya cumbre se descubre el panorama de África, mi memoria está todavía llena de vuestros rostros y, del recuerdo de paquetes envueltos en papel café. He sido ensuciada, envilecida por vosotros. Y vosotros olíais tan mal, alineados frente a las boleterías. Todos estabais vestidos en tonos imprecisos, parduscos y grises: jamás ni siquiera una pluma azul calada en un sombrero. Ninguno de vosotros tuvo el coraje de ser esto en vez de aquello. ¡Cuánta corrupción de alma os era necesaria para vivir a través de un solo día, cuántas mentiras, cuántas zalemas, enredos, volubilidades y servilismo! ¡Cómo me habéis encadenado a una silla, en un punto del espacio y del tiempo, y os sentabais frente a mí!. ¡Cómo me habéis arrancado los espacios blancos que separan las cifras sobre el cuadrante de las horas para hacer con ellos sucias pelotillas que arrojabais al cesto de los papeles con vuestras garras inmundas! Sin embargo, esos espacios vacíos contenían mi vida.

«Pero yo me doblegué ante vosotros llevándome la mano a la boca para disimular mis bostezos y mis muecas de disgusto y no salí a la calle ni rompí una botella sobre el pavimento en un arrebató de ira. Temblorosa de ardor, fingía no sentirme asombrada ante vuestra conducta, y lo que vosotros hacíais, yo lo hacia también. Si Susana y Jinny se colocaban sus medias de una manera determinada, yo las imitaba en el acto. La vida ha sido tan terrible que he interpuesto entre ella y yo mil pantallas. He mirado a la vida a través de pétalos

de rosas, a través de pámpanos. Oxford Street, Piccadilly Circus, todas las calles de Londres han sido cubiertas por la llamarada y el cabrilleo de mi pensamiento, por los pámpanos y los pétalos de rosas. Y hubo también maletas, colocadas en el corredor cuando llegaban las vacaciones. Yo me escurría para ir a leer las etiquetas y soñaba con rostros y nombres. Harrogate, o quizás Edimburgo, resplandecía como en una gloria cuando alguna muchacha, cuyo nombre he olvidado, posaba sus pies sobre el pavimento. Pero sólo el nombre me tentaba. He abandonado a Luis: tengo temor de los abrazos. He tratado de disimular la hoja azulada del puñal entre pieles y sedas. He suplicado al día que se transformara en noche. He deseado apasionadamente ver vacilar la forma de la cómoda, sentir ablandarse el lecho bajo mi peso flotar suspendida en el espacio y percibir árboles y rostros alargados por la distancia, una ribera verde en medio de un pantano y a dos seres desesperados diciéndose adiós. He agitado palabras como abanicos, igual que el sembrador que arroja el grano sobre la tierra desnuda por donde ha pasado el arado. Siempre he deseado dilatar la noche y poblarla sin cesar con sueños y más sueños.

«Un día, en una sala de conciertos, aparté los ramajes de la música y vi la casa que hemos construido: el cuadrado estaba colocado en el rectángulo. «La casa que lo contiene todo», me dije mientras las sacudidas del autobús me lanzaban sobre mis vecinos, el día en que supe la muerte de Percival. Sin embargo, llegué hasta Greenwich. Caminando a lo largo del embarcadero imploré a los cielos que me permitieran cabalgar eternamente hasta los confines del mundo, hasta donde no hay ni árboles ni plantas sino solamente una columna de mármol aquí y allá. Después, arrojé mi ramo de violetas en medio de las aguas, exclamando: «¡Consúmeme, arrástrame hasta los últimos límites de todo!—» La ola se rompió: el ramillete se marchitó y sólo muy raramente pienso ya en Percival.

«Ahora subo por esta colina de España a donde he venido. Voy a imaginarme que el lomo de esta mula es mi lecho, mi lecho de muerte. Sólo un tenue velo me separa de las profundidades infinitas. Las rugosidades del colchón se ablandan bajo mi peso. Avanzamos

vacilando y tropezando. El sendero sube y sube hacia algún árbol solitario situado cerca de un estanque, en plena cumbre. He navegado sobre las ondas de la belleza, en el crepúsculo, a la hora en que las colinas se repliegan como alas de pájaros. A veces he cogido un clavel rojo y gavillas de trigo. Me he tendido sobre la hierba solitaria, he empujado con el dedo un viejo hueso abandonado y he pensado: cuando el viento haya cesado de soplar sobre esta colina, quiera el cielo que nada subsista aquí, excepto una pizca de polvo.

«La mula avanza tropezando. Los bordes de la colina se alzan delante de mí como en una neblina, pero, desde la cumbre, veré el África. Ahora el lecho cede bajo mi peso y, caigo a través de las sábanas quemadas y consteladas de hoyos amarillentos. La buena mujer que está al pie del lecho con su rostro parecido a un caballo blanco, me hace un gesto de adiós y se va— ¿Quién me acompañará, pues? Solamente flores, nada más que enredaderas y primaveras lunares. Haré con ellas un ramo, una guirnalda para ofrendársela... ¡Oh! ¿a quién?... Ahora nos apresuramos por sobre el precipicio. Abajo se extienden las luces de las barcas de pesca. Las rocas se desvanecen. Innumerables y pequeñas olas grises se extienden delante de nosotros. Ya no toco nada: no veo nada. Podríamos caer y reposar sobre las olas. El mar golpeará en mis oídos. Los pétalos blancos se oscurecerán al contacto del agua marina. Flotarán por un instante y después se hundirán. Seré arrollada por una ola, otra me llevará sobre sus hombros. Todo se derrumba como una catarata gigantesca en la que me siento disolver.

«Sin embargo, las ramas de aquel árbol son duras y hieren la carne: el techo de aquella cabaña diseña una línea nítida sobre el cielo. Aquellas vejigas pintadas de rojo y amarillo son rostros. Posando cautelosamente el pie sobre el suelo, apoyo vacilante la mano sobre la puerta rugosa de una posada española.

El sol se hundía. La piedra dura del día se había quebrado y la luz se derramaba sobre sus astillas. Flechas rojas y doradas,

emplumadas en tinieblas, golpeaban intermitentemente las olas. Rayos errantes atravesaban aquí y allá el espacio, semejantes a señales de angustia venidas de islas sumergidas, o a dardos lanzados a través de las hojas del laurel, por perversos muchachitos rientes.

Una brisa se alzó, un estremecimiento corrió por entre las hojas que, al sentirse removidas, perdieron su densidad parda y se tornaron grises o blancas mientras que el árbol desplazaba sus masas y perdía su forma regular de cúpula. El halcón posado sobre la rama más alta batió sus párpados y emprendió el vuelo, atravesando el espacio para ir a planear muy lejos, en pleno cielo. Gimió en los pantanos el alcaraván, huyó, giró en círculo y repitió su grito avanzando aún más hacia la soledad. El humo de los trenes y de las chimeneas se estiraba, se retorció, concluyendo por formar parte del toisón de nubes suspendido por encima de los campos y el mar.

El trigo estaba ya cortado. Sólo un rastrojo se alzaba todavía como único resto de toda aquella abundancia y toda aquella ondulación. Lentamente, una gran lechuza posada sobre un olmo, se balanceó en el aire y se elevó, mediante una serie de circunvoluciones, hasta la cima de un cedro. Sombras lentas pasaban sobre las colinas, ya alargadas, ya disminuidas. El estanque estaba negro en medio de los pantanos. Ningún casco chapoteaba allí los lodazales, ningún tibio bozal hacía bullir las aguas, ningún pelaje vivo se aproximaba a sus orillas. Un pájaro perchado en un arbusto color ceniza, se llenó el pico de una bocanada de agua fría. No se escuchaba el ruido de las siegas, ni de las ruedas: nada más que el clamor del viento que desplegando todas sus velas se lanzaba, rozando la hierba. Un hueso yacía sobre el suelo, blanqueado por el sol, vaciado por la lluvia y reluciente como una rama pulida por el mar. El árbol que se había cubierto en la primavera de reflejos rojos como el pelaje de un zorro y en verano había hecho ondular sus ramas flexibles al viento del sur, estaba ahora desnudo y negro como una barra de fierro.

El horizonte estaba demasiado distante para que se pudiera percibir en él un techo reluciente o una ventana centelleante. La terrible



densidad de la tierra envuelta en sombras se había engullido estos vanos grillos, estos estorbos frágiles. Sólo subsistía la sombra líquida de la nube la bofetada de la lluvia, el golpe de espada solitario de un rayo de sol, o la brusca magulladura de la tempestad. Sobre las colinas lejanas, los árboles se alzaban como obeliscos.

El sol crepuscular, difuso y sin calor, parecía revestir de terciopelo las sillas y las mesas, incrustando en ellas losanges pardos y amarillos. Doblados por las sombras, estos objetos parecían más pesados, cual si su color, inclinándose, se hubiera corrido a un solo lado. Los cuchillos, los tenedores, los vasos, se mostraban más largos, más hinchados, llenos de significaciones majestuosas. Bordeado de un círculo de oro, el espejo contenía esta escena inmóvil cual si ella fuera a quedar incrustada para siempre en su ojo.

Entretanto, las sombras se alargaban en la playa la oscuridad se hacia más profunda. El viejo zapato negro abandonado se convirtió en una sombría mancha azul. Las rocas perdieron su dureza. El agua que rodeaba la vieja barca era negra, cual si hubieran puesto a remojar almejas en ella. La espuma se había tornado lívida y dejaba aquí y allá, sobre la playa brumosa, un blanco resplandor de perlas.

—Hampton Court —dijo Bernardo—, Hampton Court. Aquí nos hemos dado cita. He aquí las chimeneas de ladrillo rojo, las construcciones cuadradas de Hampton Court. El tono con que pronuncio las palabras «Hampton Court» de muestra que ya no soy un hombre joven. Hace diez años, hace quince años, yo habría exclamado con un tono de interrogación: «¿Hampton Court? ¿A qué se parecerá? ¿Habrà un estanque, un laberinto?» O bien con un sentimiento de espera ansiosa: «¿Qué me sucederá allí? ¿Con quien me encontraré? En cambio, cuando digo ahora «Hampton Court— Hampton Court—» estas palabras resuenan como un gong en el espacio que he despejado tan laboriosamente mediante una docena de llamados telefónicos y tarjetas postales; ellas resuenan como esparciendo continuamente nuevas ondas sonoras y recuerdos que suben a la superficie: recuerdos de tardes de verano, de paseos en bote, de viejas damas alzando el borde de sus

polleras, de una urna de mármol en invierno y de narcisos en la primavera. Todo esto flota en la superficie de las aguas bajo las cuales mi pasado yace ahora profundamente sumergido.

«Ya están todos allí, en la puerta de esta hostería rústica donde nos hemos dado cita: Susana, Luis; Rhoda, Jinny y Neville. Han llegado todos juntos antes que yo. Dentro de un instante, cuando me reúna a ellos, un nuevo orden va a establecerse, un nuevo diseño va a formarse. Lo que ahora crece al azar, en una abundancia confusa de recuerdos, será comparado, controlado. Me es desagradable tener que soportar esta presión. Ya a diez metros de distancia, siento que la estructura misma de mi ser se modifica. El imán de su presencia opera sobre mí. Me aproximo, pero ellos no me ven. Rhoda acaba de percibirme, pero finge, con su horror instintivo por el choque de los encuentros, que me ha tomado por un extraño. De pronto, Neville vuelve la cabeza hacia donde yo estoy y mientras le hago un saludo con la mano, pienso: «Yo también he secado flores entre las páginas de los Sonetos de Shakespeare» y me siento cogido en la agitación general. Mi pequeña canoa danza peligrosamente sobre las olas. No existe panacea (anoto en mi libreta) contra el choque de los encuentros.

«Nosotros experimentamos así la sensación desagradable de haber juntado trozos de madera bruta y sólo gradualmente, a medida que nos dirigimos al interior de la hostería, mientras nos quitamos nuestros sombreros y sobretodos, nuestra reunión se torna agradable. Nos hemos reunido en un gran comedor de paredes desnudas que da a un parque, a un espacio verde, todavía fantásticamente iluminado por el sol poniente, de modo que los árboles parecen separados por barras de oro. Ahora ocupamos nuestros asientos alrededor de la mesa.

—Sentados los unos junto a los otros —dijo Neville—, alrededor de esta mesa, ¿qué sentimos ahora que se ha atenuado un poco nuestra primera emoción? Sinceramente, sin rodeos, como corresponde a viejos amigos que han logrado reunirse tras numerosas dificultades, ¿qué experimentamos al volvernos a ver?

Tristeza. La puerta no se abrirá: Percival no vendrá más. Y ahora estamos abrumados de responsabilidades. Hemos llegado al término medio de la vida y este fardo pesa sobre nuestros hombros. Despojémonos de él por un instante. Preguntémonos mutuamente: ¿qué hemos hecho de nuestras vidas? ¿Qué has hecho de ella tú Bernardo, y tú Susana y tú Jinny y Rhoda y Luis? En las puertas han sido clavadas listas. Antes de cortar el pan y de servirnos el pescado y la ensalada, busco en mi bolsillo mis credenciales que he traído conmigo para demostrar mi superioridad. He triunfado. Tengo en mi bolsillo documentos que lo comprueban. Pero tus ojos, Susana, llenos de campos de trigo y de nabos, me perturban. Estos papeles que tengo en el bolsillo —el clamor que demuestra que he triunfado— sólo logran hacer un ruido débil, semejante al de un hombre que golpea las manos en medio de un campo para espantar a las cornejas. El clamor ha muerto bajo la mirada de Susana y no escucho ya sino el viento barriendo las tierras aradas y el canto de un pájaro, quizás una alondra ebria. ¿Conoce acaso mi nombre el mozo o estas inevitables parejas de amantes que se detienen a contemplar los árboles del jardín que no están aún lo suficientemente sombríos para cobijar sus cuerpos entrelazados? No. El clamor de mi nombre no les alcanza a ellos.

«¿Qué me resta entonces si no puedo sacar mis diplomas y leéroslos en alta voz para demostraros que he triunfado? Lo que resta es lo que resiste a los ojos de cristal de Susana y al ácido de su mirada verde. Siempre hay alguien cuando nos reunimos y las junturas entre nosotros son todavía visibles, siempre hay alguien que rehusa dejarse sumergir y cuya identidad uno desearía por consiguiente aplasta bajo el peso de la propia. En este momento, este alguien es para mí Susana y yo hablo para producir impresión sobre ella, Susana, escúchame.

«Cuando alguien entra a mi habitación a la hora del desayuno, todo adquiere vida e incluso las frutas bordadas de mis cortinajes se hinchan bajo los picos de los papagayos: uno podría cogerlas entre las yemas de los dedos. La leche descremada de la mañana se torna azul, rosa, opalina. A esa hora, tu marido (el hombre que hace

sonar sus borceguíes, señalando con la punta de su látigo a una vaca estéril) refunfuña. Tú no dices nada; no ves nada: el hábito te venda los ojos. A esa hora, vuestras relaciones son mudas, silenciosas, nulas. Las mías, en cambio, son cálidas y variadas. La rutina no existe para mí. Cada día encierra sus peligros. Lisos en la superficie, estamos en el interior llenos de duras vértebras, como los repliegues de la serpiente. Supónte que leemos The Times , por ejemplo, o bien que discutimos sobre un tema cualquiera: es siempre una experiencia nueva. Imagínate que es invierno: la nieve que cae sobre el tejado nos encierra en el interior de una caverna roja. Las canaletas se han roto por la helada, de modo que colocamos una bañera de esmalte amarillo en medio de la habitación y nos precipitamos en busca de recipientes por toda la casa. Mira: la canaleta se ha roto encima del estante de libros. Ambos estallamos de risa ante el desastre, nos despreocupamos de nuestras posesiones, y nos mofamos de todo sentimiento de seguridad— O bien es el verano. Quizás nos paseemos junto a un lago y observamos a los patos balanceándose en la orilla con sus pies palmados; quizás contemplamos la silueta esquelética de alguna iglesia precedida de algún tembloroso árbol verde. (Escojo al azar y las cosas más banales.) Cada objeto percibido es como un arabesco diseñado con un gesto brusco para ilustrar la maravilla de un momento de intimidad. La nieve, las canaletas rotas, la bañera de fierroenlozado, los patos: todo esto son signos suspendidos en el espacio en los cuales yo leo, tornando la cabeza hacia el pasado, las particularidades de cada amor, y cómo cada uno de ellos fue diferente de todos los demás—

«En cambio tú (pues yo quisiera triunfar de tu hostilidad, de tus ojos verdes fijos en mí, de tu traje tosco, de tus manos rugosas, y de todos los demás emblemas de tu espléndida maternidad), tú, en cambio, sigues aferrada como un molusco a la misma roca. Sin embargo, no deseo herirte; no deseo sino refrescar y agudizar mi confianza en mí mismo, pues me sentí flaquear cuando tú entraste. Ningún cambio es ya posible. Todos nosotros estamos comprometidos en la vida. Antaño, cuando nos reunimos en un restaurante, alrededor de Percival, todo borbotaba y se estremecía:

entonces hubiéramos podido llegar a ser cualquier cosa. Ahora, ya hemos escogido o quizás la elección fue hecha para nosotros: un par de pinzas nos ha prendido por la piel del cuello. Yo he escogido. Yo acepté las huellas de la vida, no por fuera, sino en mi interior, sobre mis fibras desnudas, blancas, sin protección. Estoy envuelto y herido por las huellas dejadas por rostros, por espíritus y por cosas tan sutiles que poseen olor, color, textura, substancia, pero carecen de nombre. Para vosotros que veis el límite estrecho de mi vida y la frontera que ella no puede traspasar, yo soy meramente «Neville». Pero, ante mí mismo, soy inconmensurable: soy una red cuyas mallas envuelven imperceptiblemente el mundo. Es casi imposible distinguir mi red de lo que la rodea. Ella levanta ballenas, leviatanes enormes y peces blancos y viscosos: todo lo que es amorfo y flotante. Esto es lo que yo percibo, lo que yo descubro. Mis ojos se abren: es un libro; yo veo el fondo; percibe los abismos más profundos del corazón. Conozco el amor que se retuerce en la llama y los celos que lanzan aquí y allá sus dardos verdes; yo sé por qué vías tortuosas contraría el amor al amor; y cómo el amor anuda los hilos y cómo el amor los arranca enseguida brutalmente. Yo he sido anudado y he sido arrancado.

«Pero antaño conocíamos otros éxtasis, cuando mirábamos la puerta por la que había de entrar Percival; o cuando nos precipitábamos libres de lazos, sobre el banco de madera dura, en una sala del colegio.

—Había una vez un bosquecillo de hayas —dijo Susana—, y había Elvedon, y la mano dorada del reloj lucía a través de los árboles. Los palomos rompían las hojas. Las luces cambiantes y viajeras erraban sobre mí, se me escapaban. Sin embargo, mira mi mano posada sobre la mesa, Neville, tú a quién desdeño a fin de poder ser yo misma. Mira las gradaciones de este colorido sano de mi piel en mis nudillos y en la palma de mi mano. Mi cuerpo ha sido empleado cada día, como convenía hacerlo, como un instrumento en manos de un buen obrero. La lámina es clara, aguda, un poco gastada al centro. (Nosotros combatimos en este momento como las bestias en los campos, como ciervos que entrechocan sus cuernos). Vistos a

través de tu carne pálida y floja, hasta las manzanas y los racimos de uva deben tener el aspecto difuso de las cosas vistas a través de una vitrina. Sumergido en un sillón, junto a una persona, junto a una sola persona, pero una persona que cambia, tú no percibirás jamás sino un átomo de carne. sus nervios, sus fibras, la lenta o rápida pulsación de su sangre, pero nada completo. Tú no ves una casa en medio de un jardín, ni un caballo en un campo, ni una ciudad extendida a lo lejos, inclinado como estás lo mismo que una anciana que se fatiga los ojos remendando suropa. Yo, en cambio, he visto la vida en bloques, substancial, inmensa, con sus torreones y fortificaciones, sus usinas y sus gasómetros, como una residencia construida desde tiempos inmemoriales, según un diseño hereditario. Las cosas permanecen cuadradas, prominentes, sólidas en mis recuerdos. Yo no soy, sinuosa ni suave: sentada en medio de vosotros, mis rugosidades hacen derrumbarse vuestra blandura y el chorro verde de mis ojos límpidos apaga el vuelo tembloroso de las palabras que se agitan como el ala gris plateada de una mariposa nocturna.

«Acabamos de entrechocar nuestras cercetas. Ha sito el prelude indispensable, el saludo de viejos amigos.

—El oro del cielo se ha esfumado entre los árboles —dijo Rhoda—, y una banda verde se extiende detrás de ellos, alargada como la hoja de un cuchillo visto en sueños o como una isla cónica en la que nadie pondrá el pie jamás. Los faros de los automóviles comienzan a guiñar en la avenida. Los amantes pueden perderse ahora en la oscuridad los troncos de los árboles están obscenos, hinchados por las parejas amorosas.

—Antaño era diferente —dijo Bernardo—. Antaño podíamos desviar la corriente a nuestro antojo. ¿Cuántos llamados telefónicos, cuántas tarjetas postales se requieren hoy día para abrir este túnel a través del cual hemos venido a reunirnos en Hampton Court? ¡Con cuánta rapidez corre ahora la vida desde enero a diciembre!... Somos arrastrados por el torrente de las cosas, que se han tornado tan familiares que ya no proyectan sombras. Ahora no establecemos

comparaciones: yo pienso raramente en mí mismo o en vosotros, y en esta inconsciencia alcanzo la máxima liberación de los rozamientos de la vida y consigo apartar mejor las malezas que se entrelazan en las bocas de los subterráneos abandonados. Somos obligados a saltar muy alto en el aire, igual que peces, para llegar a coger a tiempo el tren de la estación de Waterloo. Y, por alto que saltemos, concluimos por caer siempre de nuevo en la corriente. Yo sé que ahora no me embarcaré jamás para las Islas del Sur. Una excursión a Roma constituye el límite de mis viajes. Tengo hijos e hijas. Soy, prisionero del lugar que ocupó dentro del puzzle.

«Pero deseo creer que solamente mi cuerpo —el cuerpo de este hombre envejecido que vosotros llamáis Bernardo— está irremediabilmente fijado. Ahora pienso de una manera más desinteresada que en la época de mi juventud y debo escarbar furiosamente, como un niño que busca los objetos escondidos en el fondo de un saco de sorpresas, para descubrir, me a mí mismo. «¡Hola! ¿Qué es esto? ¿Y aquello? ¿Es un hermoso regalo? ¿No hay nada más en el fondo del saco?» Y así sucesivamente. Pero ahora sé qué es lo que contienen los paquetes de sorpresas y ya no me interesan gran cosa. Lanzo mis pensamientos al espacio, igual que un sembrador que arroja semillas en forma de grandes abanicos, que caen a través del crepúsculo púrpura, sobre la tierra arada, reluciente, densa y desnuda.

«Una frase. Una frase imperfecta. ¿Y qué es una frase? Ellas me dejan muy poca cosa que posar sobre la mesa, junto a las manos de Susana, y que extraer de mi bolsillo con las credenciales de Neville. Yo no soy una lumbrera de la jurisprudencia, de la medicina o de las finanzas. Estoy envuelto en frases como en paja húmeda; siento calor, me sientocubierto de fosforescencia. Y cada uno de vosotros piensa cuando hablo: «Lo que él dice me ilumina, me enciende». En el colegio, los muchachitos solían exclamar: «He ahí una buena frase, he ahí una buena frase», a medida que ellas brotaban de mis labios bajo la sombra de los olmos, en los campos de juego. Ellos también bullían, y se evadían con mis frases. Pero yo languidezco en la soledad. La soledad es mi ruina.

«Yo voy de casa en casa como los monjes de la Edad Media que engañaban a las mujeres y a las muchachas ofreciéndoles rosarios y baladas. Soy un viajero, un vagabundo y pago mi hospedaje con una balada; soy un huésped sin malicia, fácil de contentar: a veces, me colocan en la mejor habitación de la casa, con un lecho con pilares; otras veces duermo en el granero, sobre la paja. No me preocupan las pulgas y no hago caso de las sedas. Soy muy tolerante. No soy un moralista. Poseo un sentido demasiado agudo de la brevedad de la vida y de sus tentaciones para trazar líneas de demarcación con tinta roja. Y, sin embargo, no estoy tan desprovisto de malicia como vosotros creéis, vosotros que me juzgáis por mi charlatanería. Yo oculto en mi manga mi pequeña daga de desprecio y de severidad. Pero es fácil que mí golpe sea desviado. Yo invento historias. Con una nada fabrico pequeños juguetes. Una muchacha esta sentada en el umbral de una cabaña; ella espera— ¿a quién? ¿Ha sido seducida o no ha sido seducida? El Rector observa un hoyo en la alfombra y suspira. Su esposa, pasándose los dedos por entre su todavía abundante cabellera, reflexiona, etc— Manos que hacen signos, gentes que vacilan en las esquinas de las calles, un cigarrillo que alguien deja caer en el riachuelo: todas estas cosas constituyen historias. Pero, ¿cuál es la verdadera? No lo sé y por esto mis frases permanecen suspendidas como trajes que aguardan en un armario que alguien los use. En esta espera, sumido en estas especulaciones y haciendo anotaciones aquí y allá, descuido de aferrarme a la vida, Yo seré sacudido de la vida como una abeja de un girasol. Mi filosofía, siempre en crecimiento, hinchándose sin cesar, corre en todas direcciones al mismo tiempo, igual que el vivo de plata. En cambio Luis, el severo Luis con sus ojos locos, ha llegado en su buhardilla, en su escritorio, a conclusiones definitivas acerca de la verdadera naturaleza del conocimiento.

—El hilo que me esfuerzo por estirar se rompe —dijo Luis—: vuestra risa, vuestra indiferencia lo rompe y también vuestra belleza. Jinny rompió el hilo cuando me besó en el jardín hace años. En el colegio, mis camaradas un poco snobs se mofaban de mi acento australiano y también lo rompieron. «He encontrado el significado», me digo,



pero en el acto él se desvanece asestando un golpe a mi vanidad. «Escuchemos, me digo, el canto del ruiseñor que se eleva en medio del ruido sordo de las multitudes en marcha, de las migraciones y de las conquistas. Comprendamos—»; pero luego soy desviado. Debo abrirme camino por entre tejas rotas y trozos de vidrio. Reflejos múltiples dan a las cosas el aspecto manchado y extraño de una piel de leopardo. Este momento de reconciliación en que nos encontramos reunidos, ese momento crepuscular lleno de vino en los vasos y de hojas que tiemblan y de jóvenes que remontan el río vestidos de franela blanca con los brazos cargados de confines, es ensombrecido para mí por el recuerdo de las cámaras de tortura, y de los suplicios e infamias que el hombre inflige al hombre. Tan imperfectos son mis sentidos que ellos no logran borrar jamás, con un trazo púrpura, las graves acusaciones que mi razón acumula sin cesar contra nosotros, incluso mientras estamos sentados aquí. ¿Cuál es la solución, me pregunto, y cuál el puente que conduce a ella? ¿Cómo entrelazar a estas apariciones danzantes y deslumbrantes con una sola hebra que las contenga a todas? Así medito mientras vosotros observáis maliciosamente mis labios apretados, mis mejillas hundidas y el ceño de mi frente invariablemente contraído.

«Pero, al mismo tiempo, os ruego observar mi bastón y mi chaleco. He logrado por fin entrar en posesión de un sólido escritorio de caoba en una sala tapizada de mapas. Nuestros transatlánticos se han hecho célebres por sus cabinas que poseen todo el confort y el lujo imaginables. Ellos contienen piscinas de natación y gimnasios. Yo luzco ahora un chaleco blanco y consulto mi carnet antes de fijar una entrevista.

«Tales son las maneras irónicas y distantes con las cuales espero distraer vuestra atención de mi alma tierna, temblorosa, infinitamente joven y vulnerable. Pues yo soy siempre el más joven, el más ingenuo, el que se precipita hacia adelante lleno de confianza y expectación y el que simpatiza con todos los momentos de desazón y de ridículo, ya se trate de una nariz tiznada o de un botón que se ha desprendido. Yo sufro con las humillaciones de los

demás. Y, sin embargo, soy también impasible y marmóreo. No comprendo cómo podéis decir que es una ventura haber nacido. Vuestras pequeñas emociones, vuestros transportes infantiles cuando el samovar arde, cuando la brisa levanta la echarpe con lunares rojos de Jinny y la hace flotar como una telaraña, son para mí como capas agitadas bajo los ojos del toro que embiste. Yo os condeno. Sin embargo, mi corazón suspira por vosotros. Por vos, otros yo atravesaría las llamas, iría hasta la muerte. Y, sin embargo, soy más feliz en la soledad. Me regocijo con las telas de oro y púrpura, pero prefiero mi ventana que da a los tejados sórdidos, por la que se perciben los gatos sarnosos que se frotan el lomo a lo largo de los quebrados caños de las chimeneas, los vidrios rotos y el ronco clamor de las campanas de una pobre iglesia construida con ladrillos rojos.

—Yo veo lo que está delante de mí —dijo Jinny—. Esta echarpe, estos vasos color de vino. Este pote de mostaza. Esta flor. Yo amo lo que se puede tocar, lo que se puede morder. Amo la lluvia cuando se transforma en nieve y se convierte en algo palpable. Y como soy temeraria y mucho más valiente que todos vosotros, no temo mi belleza con precauciones mezquinas por temor de chamuscarme. Yo la bebo de un sorbo. Mi belleza es hecha de substancia, de carne. Mi imaginación es enteramente corporal. Sus visiones no son delicadas ni de blancura inmaculada como las de Luis. A mí no me gustan los gatos flacos ni las chimeneas resquebrajadas. Las bellezas esqueléticas de los tejados me repugnan. Lo que hace mis delicias, son las gentes en uniformes de oficiales o magistrados, con sombreros de copa o pelucas empolvadas, o bien en tenida de tenis, y las camisas de sport y la infinita variedad de los trajes de las mujeres, ninguna de las cuales se me escapa. Yo acompaño a estas gentes doquiera que ellas van: en las calles, en las habitaciones, aquí, allá, por todas partes. Este hombre examina la herradura de un caballo. Aquél nos muestra los dibujos de su colección particular. Yo no estoy jamás sola. Me escolta un regimiento de mis camaradas. Mi madre debe haber regulado su paso al repiqueteo del tambor en los desfiles militares y mi padre ha recorrido sin duda, los océanos. Soy como un perrito que trota a lo largo de un camino

detrás de la música del regimiento, deteniéndose de vez en cuando a aspirar el buen olor que sale de alguna carnicería. Mis andanzas me han conducido a lugares bien extraños. ¡Cuántos hombres han desprendido de la multitud para acudir a mi encuentro! No he tenido sino que alzar mi mano. Rápidos como una flecha han acudido al lugar de la cita: ya fuera una silla en una terraza o un negocio en la esquina de una calle. Los tormentos, los problemas de vuestras existencias han sido resueltos para mí, noche tras noche, a veces, gracias al solo contacto de los dedos debajo del mantel, durante la comida. Tan fluido es mi cuerpo que basta el roce de un dedo para darle la forma de una perla límpida que se dilata, que se estremece, que resplandece y cae en pleno éxtasis.

«Yo he pasado delante del espejo las horas que vosotros habéis consagrado a escribir, a hacer sumas. Frente al espejo, en el templo de mi dormitorio, he examinado mi nariz y mi mentón; mi boca grande que al sonreír descubre demasiado las encías. Me he contemplado. Me he juzgado. He escogido el matiz de blanco o de amarillo, el raso brillante o la seda opaca, la curva o la línea recta que mejor me sientan. Soy ligera para un hombre, rígida para otro, ya angulosa como la estalactita plateada o voluptuosa como la llama de un cirio de oro. Violentamente, como un látigo, me he lanzado hasta el vórtice de las cosas. En aquel rincón del salón, la pechera de la camisa de aquel hombre ha sido blanca; enseguida escarlata: la llama y el humo nos han envuelto después de una violenta conflagración; sin embargo, apenas si alzábamos la voz, sentados junto al fuego mientras nos murmurábamos todos los secretos de nuestros corazones cual si los musitáramos junto a una concha marina a fin de que nadie pudiera escucharnos en la casa dormida. Una vez sentí que la cocinera se movía y otra creímos que el tic tac del reloj era el ruido de pasos. Y después del incendio quedamos reducidos a cenizas, no dejando detrás de nosotros ni reliquias, ni osamenta respetada por el fuego, ni mechones de cabello para conservar en guardapelos, como lo hacéis vosotros con vuestras pasiones. Ahora envejeczo, mis cabellos encanecen, pero al mediodía, sentada frente a mi espejo, contemplo a plena luz mí

rostro y examino mi nariz, mi mentón, mi boca grande que muestra demasiado las encías. Y no tengo miedo.

—Había faroles —dijo Rhoda— y sobre el camino que conducía a la estación, las hojas de los árboles no habían caído todavía. Pude haberme escondido detrás de las hojas, pero no lo hice. Me dirigí directamente hacia vosotros, en vez de retardarme dando vueltas como lo hacía antaño para evitar la sensación del choque de vuestra brusca presencia. Es que he logrado imponer una disciplina a mi cuerpo. Interiormente, continúo siendo huraña: odio, amo. Siento temor, y os envidio y desprecio, pero jamás siento felicidad al reunirme con vosotros. Viniendo de la estación, rehusando aceptar la sombra protectora de los faroles y de los árboles, percibí, en vuestros abrigos y paraguas, incluso a la distancia, hasta que punto estáis empotrados en una substancia hecha de rutina, sois prisioneros de una actitud, de vuestros hijos, de la autoridad, de la gloria, de la sociedad y del amor. En cambio yo no poseo nada. Yo carezco de rostro.

«Aquí, en este comedor, vosotros veis los trofeos de caza y los vasos y los saleros y las manchas amarillas sobre el mantel. «¡Mozo—!» llama Bernardo. «¡Pan!» pide Susana. Y el mozo acude y trae pan. Pero yo veo el borde de una taza semejante a una montaña y una parte solamente de los cuernos del ciervo, y el reflejo brillante del costado de aquel jarro es como una luz maravillosa y aterradorante que brilla en las tinieblas. Vuestras voces suenan como el crujido de los árboles en la selva. Y vuestros rostros setransforman también bajo mis miradas, con sus huecos y prominencias. ¡Cómo me gusta estar sola a medianoche, apoyada contra la verja de algún jardín! Detrás de vosotros se alza un blanco creciente de espuma y los pescadores despliegan sus redes al borde del mundo y las sumergen enseguida en el mar. El viento desgrena las copas de los arboles primitivos. (Sin embargo, estamos sentados en Hampton Court). Los gritos de los papagayos desgarran el silencio intenso de la selva. (¡Vaya el tren que pasa!) La golondrina sumerge sus alas en los estanques nocturnos. (Estamos en plena conversación. Sentada aquí entre vosotros, me

esfuerzo por retener este globo entre mis manos. Y en esta forma debo sufrir el castigo de estar aquí en Hampton Court, a las siete horas precisas.

«Pero, puesto que estos panecillos y botellas de vino me son necesarios, puesto que vuestros rostros con sus huecos y prominencias son hermosos lo mismo que el mantel con sus manchas amarillas, en vez de dilatarme infinitamente en círculos de comprensión cada vez más grandes, hasta poder abrazar el universo (tal es mi sueño cuando por la noche mi lecho flota suspendido más allá del límite del mundo), me veo obligada a soportar el grotesco peso individual. Debo sobre saltarme cuando vosotros me lanzáis al rostro vuestros hijos, vuestros poemas, vuestros sabañones y todo lo que hacéis o de lo cual padecéis. Pero no me forjo ilusiones. Después de haber sido llamada de todos lados, examinada, interrogada de mil maneras, caeré solitaria a través de esta delgada sabana en un golfo de llamas. Y vosotros no acudiréis en mi ayuda. Más crueles que los antiguos torturadores, me dejaréis caer y en seguida despedazaréis mis miembros. Y, sin embargo, hay, instantes en que las murallas del espíritu se tornan casi diáfanas, en que todo es absorbido y en que llego a imaginarme que nosotros podríamos soplar una burbuja tan vasta que el sol podría alzarse y ponerse dentro de ella, que el azul del mediodía y el negro de la medianoche podrían encontrar un sitio dentro de ella y que, por último, podríamos perdernos en ella, liberados del espacio y del tiempo.

—El silencio cae gota a gota —dijo Bernardo—. El silencio se forma en el tejado del alma y cae al suelo en grandes lagunas. Eternamente solo, solo, solo, yo escucho el silencio que cae y se prolonga en círculos hasta los supremos confines. Ahíto y satisfecho, en mi sólido bienestar de hombre maduro, yo, a quien la soledad destruye, dejo caer el silencio gota a gota.

«Pero ahora las gotas del silencio se deslizan sobre mi rostro, y mi nariz se funde como la del hombre de nieve erigido en el patio bajo la lluvia. A medida que el silencio cae, yo me disuelvo: mis rasgos

se esfuman al punto que es difícil diferenciarme de otro hombre cualquiera. Poco importa. ¿Es que algo importa? Hemos comido bien. El pescado, las escalopas, el vino han embotado los dientes agudos del Yo. La ansiedad se apacigua. El más vanidoso de entre nosotros —él es quizás Luis— no se preocupa ya de lo que la gente piensa de él. Las torturas de Neville han cesado. «Acepto el Éxito de los demás», se dice. Susana escucha la respiración de sus hijos apaciblemente dormidos. Dormid, dormid, murmura Los barcos de Rhoda han alcanzado la ribera. Poco le importa ahora que hayan naufragado o que hayan echado anclas. Estamos prontos a considerar favorablemente cualquier proposición que el mundo pudiera hacernos. Yo reflexiono en que la tierra no es sino un guijarro separado por azar de la masa solar y que los abismos del espacio están en todas partes vacíos de vida.

—En este silencio —dijo Susana—, parece que ninguna hoja pudiera caer jamás, que ningún pájaro pudiera emprender jamás el vuelo.

—Cual si hubiera ocurrido un milagro —dijo Jinny y la vida se hubiera movilizad aquí para siempre.

—Y cual si no tuviéramos más necesidad de vivir —dijo Rhoda.

—Pero, escuchad —dijo Luis— el ruido formidable del mundo avanzando a través de los abismos del espacio infinito. Este rincón iluminado de la Historia desaparece con nuestros Reyes y Reinas; nosotros pasamos y con nosotros la civilización; el Nilo y toda la vida. Nuestras gotas separadas se han disuelto; nos hemos perdido, nos hemos extinguido en los abismos del tiempo, en las tinieblas.

—El silencio cae, el silencio cae —dijo Bernardo—. Mas escuchad el tic tac del reloj y el clamor del mundo que nos llama a retornar a él. Por un instante, percibí el rugido del viento de las tinieblas cual si hubiera pasado más allá de la vida. Pero el tic tac del reloj y el ruido de los automóviles y de los tranvías nos obligan a retornar a la tierra. Ya tocamos suelo; ya hemos alcanzado la ribera: somos seis personas sentadas alrededor de una mesa. Es el recuerdo de mi

nariz el que me ha hecho retornar a la realidad. Me he levantado lanzando un grito de guerra al acordarme de la forma de mí nariz y he golpeado ferozmente la mesa con esta cuchara.

—Es preciso luchar contra este caos sin límites —dijo Luis—, contra esta imbecilidad sin forma. Aquel soldado que hace el amor a una camarera detrás de un árbol es más admirable que todos los astros. Y, sin embargo, a veces una estrella temblorosa que aparece en el firmamento me hace pensar que sólo el universo está dotado de belleza y que nosotros somos gusanos que deformamos incluso los árboles con nuestra lujuria.

—Sí, Luis —dijo Rhoda—, ¡cuán breve es el intervalo que dura el silencio!— Nuestros amigos repliegan ya sus servilletas. «¿Quién es aquel que acaba de entrar?» pregunta Jinny y Neville suspira recordando que Percival no volverá jamás. Jinny ha sacado su espejo. Examinando su rostro con una artista, se pasea una borla de polvos por la nariz y, tras un instante de reflexión, da a sus labios el toque exacto de rouge que ellos necesitaban. Susana, que siente horror y desdén por todo este manejo, se abrocha y desabrocha el cuello de su abrigo. ¿Para qué se prepara ella? Para algo, pero para algo diferente.

—Ellos piensan que es hora de partir —dijo Luis—. «Soy todavía vigoroso», se dicen y: «Mi perfil se destacará sobre e fondo negro del espacio infinito». Ninguno concluye sus frases. «Es tiempo de partir», se repiten sin cesar. «Las verjas de los jardines estarán cerradas». Rhoda y yo, arrastrados en la corriente que les empuja, quizás nos quedaremos unos pasos más atrás.

—Como conspiradores que tienen algo que decirse al oído —dijo Rhoda.

—Es sabido —dijo Bernardo— que un rey que cabalgaba por esta avenida se cayó porque su caballo tropezó cosa una topera. Este es un hecho que yo jamás he puesto en duda. Pero, cuán extraño resulta tener que situar en medio de maestro del espacio infinito a un personaje coronado con una especie de tetera de oro. Uno

recobra rápidamente la fe en los personajes, pero no en lo que se colocaban en la cabeza. La historia de Inglaterra: este rincón de escena iluminado. Enseguida las gentes se colocan tetras en la cabeza y exclaman: «¡Yo soy el rey!—» A medida que caminamos, trato de recuperar mi noción del tiempo, pero las tinieblas que fluyen a mis pupilas, me han hecho perder el contacto. Este palacio parece ligero como una nube posada por un momento en el cielo. Es un verdadero juego del espíritu el de instalar a los reyes en sus tronos, uno después de otro, con coronas sobre sus cabezas. Y nosotros, que marchamos de a seis en fondo, con este vacilante cabito de luz que denominamos pensamiento y sentimiento, ¿qué podemos hacer para oponernos, para combatir el flujo de las cosas? ¿Existe algo permanente sobre qué apoyarse? Nuestras vidas se deslizan también a lo largo de avenidas sin luz, fuera del tiempo, no identificadas. Una vez Neville me arrojó a la cabeza el manuscrito de un poema. Cogido por una fe repentina en la inmortalidad, me dije: «Yo también sé lo que Shakespeare sabía»: Pero esto pertenece al pasado.

—Irrazonablemente, ridículamente —dijo Neville—, el Tiempo retorna a medida que caminamos por esta avenida. Basta para ello que un perro se ponga a brincar a nuestro alrededor. La máquina funciona. El transcurso de los años ha cubierto de moho aquella verja. Trescientos años nos parecen nuevamente más considerables que un instante empleado en echar a aquel perro. El rey Guillermo, con una peluca en su cabeza, monta su caballo, y las damas de la corte barren el suelo con las colas bordadas de sus trajes. Mientras caminamos, comienzo a convencerme de que el destino de Europa es de inmensa importancia y de que, por ridículo que ello parezca todavía, este destino dependía enteramente del resultado de la batalla de Blenheim. Sí, declaro en el momento de traspasar esta verja, el tiempo presente recomienza para mí: nuevamente me he convertido en un súbdito del rey Jorge

—Cuando avanzamos por esta avenida —dijo Luis—, Bernardo y Neville cogidos del brazo, la mano de Susana oprimiendo la mía y yo apoyándome ligeramente contra Jinny, es difícil no echarse a



llorar y hablar de nosotros mismos como de pequeñas criaturas suplicando a Dios que vele nuestro sueño. Es dulce cantar juntos, las manos unidas, temerosos de la oscuridad, mientras Miss Curry toca el armonio.

—Las verjas de hierro se han cerrado —dijo Jinny—, Los colmillos del Tiempo han cesado de devorar. Hemos triunfado de los abismos del Tiempo gracias al rouge, a los polvos de arroz y a finos pañuelos de batista.

—Yo oprimo esta mano en la mía —dijo Susana— Oprimo firmemente esta mano, no importa de quién sea ella, con amor, con odio, poco importa si es el amor o el odio.

—Una sensación de serenidad, una sensación casi incorporal nos domina —dijo Rhoda— y nos dejamos llevar por el goce de este pasajero alivio (ya que es tan raro o tener ansiedad) en que las murallas del alma se tornan transparentes. El palacio de Wren es rectangular, igual que el cuarteto tocado un día delante de un público taciturno, encallado en medio de los sillones de orquesta. Un cuadrado ha sido posado sobre el rectángulo y nosotros declaramos: «He aquí nuestra residencia. Su estructura es ahora visible. Casi nada ha quedado afuera».

—La flor —dijo Bernardo—, el clavel rojo colocado en el vaso sobre la mesa del restaurante, la noche en que comimos con Percival, se ha convertido en una flor séxtuple; en una flor hecha de seis vidas.

—Una lumbre misteriosa que brilla sobre el fondo de aquel follaje —dijo Luis.

—Ella está hecha de muchos colores, con grandes esfuerzos—dijo Jinny.

—El matrimonio, la muerte, los viajes, la amistad —dijo Bernardo—, la ciudad y los campos; los niños y todo el resto: una substancia cuyas mil facetas han sido talladas de las tinieblas; una flor de mil pétalos. Detengámonos un instante: contemplemos nuestra obra.

Dejémosla resplandecer contra los tejos. Una vida. Hela ahí— Ya está: se ha extinguido.

—Nuestros amigos se eclipsan —dijo Luis—. Susana con Bernardo y Neville con Jinny. Detengámonos un instante, Rhoda, al pie de esta urna de piedra. ¿Qué canciones oiremos subir de estos bosquecillos donde estas parejas se extravían y Jinny simula interesarse por los nenúfares que señala con su mano enguantada y Susana que ha amado siempre a Bernardo le dice: «Mi vida arruinada, mi vida perdida»? Y Neville, cogiendo la manecita de Jinny con sus uñas color cereza, murmura al borde del lago nacarado por el claro de luna: «Amor, amor—» y ella responde, imitando a un pájaro: «Amor, amor—» ¿qué canciones escucharemos?

—Ellos se alejan por el lado del lago —dijo Rhoda—. Se deslizan furtivamente sobre la hierba pero seguros de ellos, mismos, cual si reclamaran su privilegio inmemorial, que consiste en no ser molestados por nosotros. La marea del alma fluye en aquella dirección: ellos no pueden evitar el abandonarnos. Las tinieblas se han cerrado sobre sus cuerpos. ¿Que cantos escuchamos: el de la lechuza, el del ruiseñor, el del reyezuelo? Se siente ulular la sirena de un barco; un relámpago corre sobre los alambres eléctricos; los árboles se inclinan gravemente. Una vieja retorna con un paso tranquilo y un pescador retrasado desciende por la terraza con su caña. Ningún sonido, ningún movimiento debe escapar a nuestra atención.

—Un pájaro se reintegra a su nido —dijo Luis—. La noche abre sus ojos y lanza una rápida mirada a los bosquecillos antes de dormirse. ¿Cómo reunir, en uno solo, estos mensajes dispersos y confusos que dejan tras sí nuestros amigos al alejarse y no solamente ellos, sino también los innumerables muertos, muchachos y muchachas, hombres y mujeres maduros, que erraban por aquí bajo el reinado de los antiguos monarcas?

—Un peso ha caído en la noche —dijo Rhoda— arrastrándola a las profundidades. Cada árbol ha crecido con una sombra que no es

proyectada por el árbol vecino. Escucho un ruido de tambores sobre los techos de una ciudad durante el ayuno de ramadán, cuando los turcos estaban hambrientos e inquietos. Escucho sus gritos, sus ladridos, mejor dicho: «Abrid— abrid—» Escucho el crujido que hacen los tranvías y veo relucir los rieles eléctricos. Siento el rumor de las hayas y de los abedules que alzan sus ramas cual si abrieran paso a la Desposada que, dejando caer sus nocturnas vestiduras de seda, se ha aproximado al umbral exclamando: «Abre, abre—»

—Todo parece lleno de vida —dijo Luis—. En ninguna parte percibo esta noche la muerte. La estupidez reflejada en el rostro de aquel hombre, la vejez en el rostro de aquella mujer deberían poseer fuerza suficiente para resistir al encantamiento y para traer la Muerte al mundo. Pero, ¿dónde se encuentra la muerte esta noche? Todas las crudeza, todos los cabos pendientes se pierden como escamas de vidrio pulverizado en la marea azul, orlada de púrpura, que deposita a nuestros pies todos los peces de una pesca milagrosa.

—Si pudiéramos ascender juntos para contemplar desde arriba el universo —dijo Rhoda—; si pudiéramos preservarnos intactos, prescindir de todo apoyo—; pero el ligero ruido de una risa o de un suspiro de admiración te perturba a ti, Luis, y en cuanto a mí, me perturba todo juicio proferido por una boca humana. Por esto ambos confiamos únicamente en la soledad y en la violencia de la muerte. Por esto nos hemos separado.

—Nos hemos separado para siempre —dijo Luis—. Hemos renunciado a los besos cambiados entre los helechos y al amor, al amor a orillas del lago, y permanecemos junto a esta urna como conspiradores que se han apartado para cambiar sus secretos. ¡Oh, pero mira! Una ondulación corre en este momento por el horizonte. La red es levantada cada vez más hasta que emerge a la superficie del agua. Miles de pececillos plateados y temblorosos agitan la superficie. Saltando, aleteando son depositados en la playa. La vida vierte el contenido de su red sobre el césped. Un grupo de seres humanos se aproximan a nosotros. ¿Son hombres o mujeres?—

Ellos están todavía revestidos de los velos ambiguos y flotantes de la ola en la cual se habían sumergido.

—Pero, a medida que se acercan a aquel árbol recuperan su verdadera estatura —dijo Rhoda—. No son sino hombres y mujeres. Ellos no nos inspiran ya ni temor ni asombro desde que han dejado caer los ondulantes velos de las olas. No inspiran sin piedad al avanzar bañados por la luna, semejantes a los restos de un ejército, ellos, nuestros representantes, ellos que cada noche, aquí o en Grecia, van al combate y retornan cada noche con sus heridas y rostros en ruinas. La luz cae nuevamente de lleno sobre ellos. Ellos adquieren un rostro. Se convierten en Susana y Bernardo, en Jinny y Neville, en seres a los cuales conocemos. ¡Cómo se han encogido y empequeñecido! ¡Qué humillación! El estremecimiento de odio y de terror tantas veces experimentado me envuelve nuevamente al sentirme engarzada en estos anzuelos que los tienden con sus saludos, con sus manos que nos escarban y sus ojos que nos espían. Y sin embargo, basta que ellos hablen, basta que enuncien palabras cuyo tono es familiar y el sentido siempre diferente de lo que uno esperaba y basta contemplar el movimiento de sus manos, a cuyo conjuro surgen de las tinieblas miles de días pasados, para echar por tierra todos mispropósitos.

—Un resplandor se agita y danza —dijo Luis—. La ilusión recomienza a medida que ellos descienden la avenida y con ella, las interrogaciones sin fin. ¿Qué pienso yo de ti? ¿Qué piensas tú de mí? ¿Quién eres? ¿Quién soy yo?— La áspera melodía resuena de nuevo y nuestro pulso se acelera y nuestros ojos brillan y todo el delirio de la existencia individual, sin la cual la vida se desplomaría y moriría, comienza de nuevo. Ellos nos caen encima. El sol del Sur vacila sobre esta urna. Somos arrastrados por las mareas de un mar violento y cruel. Dios nos ayude a desempeñar nuestros papeles en el momento en que saludamos el retorno de Susana y, Bernardo, de Neville y de Jinny.

—Nuestro retorno ha destruido algo —dijo Bernardo—. Un mundo, quizás.

—Sin embargo, apenas si respiramos, fatigados como estamos —dijo Neville—. Nos encontramos en ese estado de agotamiento y pasividad en que nuestro único deseo sería reunirnos al cuerpo de nuestra madre, del cual la vida nos ha separado. Todo el resto es odioso, fatigante y vano. La echarpe amarilla de Jinny adquiere bajo esta luz, el color de una mariposa nocturna; los ojos de Susana están apaciguados. Nuestras siluetas se confunden con el agua del río. La brasa de un cigarrillo es el único resplandor que fulgura entre nosotros. Nuestra satisfacción se tiñe de tristeza: la tristeza de haberos abandonado, de haber producido un desgarramiento, la tristeza de haber cedido al deseo de exprimir en la soledad el jugo amargo y sombrío de un fruto que estaba también lleno de dulzor. Pero ahora estamos fatigados.

—El fuego que nos ha consumido no ha dejado ningún mechón de cabellos que guardar en medallones de recuerdos dijo Jinny.

—Pero yo —dijo Susana—, igual que un pájaro ávido e insatisfecho, aún clamo por algo que se me ha escapado.

—Detengámonos un instante antes de partir —dijo Bernardo—. Vamos a pasearnos todavía por la terraza que da al río, en la soledad casi absoluta. Todo el mundo ha retornado a su hogar. ¡Cuán confortante es ver iluminarse las ventanas en los dormitorios de los pequeños comerciantes al otro lado del río! Van iluminándose una tras otra. ¿Cuánto creéis que pueden haber ganado esas gentes hoy día? Escasamente lo necesario para pagar el alquiler, la electricidad, sus alimentos y los trajes de sus hijos. Escasamente lo necesario. ¡Cuán insoportable se nos aparece la vida a la luz de las lámparas que se encienden en los dormitorios de los pequeños comerciantes! Mañana será sábado y apenas si tendrán los medios de pagar una localidad en un cinematógrafo. Antes de acostarse, quizás descenderán al minúsculo jardín para contemplar al conejo gigante acostado en la conejera. Es el que comerán el domingo. Enseguida, apagan las luces y se duermen. Para millares de seres, el sueño no es otra cosa que tibieza y silencio y un abandono momentáneo a la fantasía del sueño. «He enviado al periódico

dominical ilustrado la solución del problema», se dice el pequeño comerciante en legumbres. «¡Quién sabe si no me ganaré las quinientas libras esterlinas del concurso!– Y mataremos el conejo. La vida es agradable. La vida es buena. He colocado mi carta en el correo. Mataremos el conejo». Y así se duerme.

«Y esto continúa. Escuchad– Se percibe un ruido semejante al de vagones alineados a un lado del garage. Tal es el feliz encadenamiento de los acontecimientos de nuestra vida– Toc, toc, toc– Es preciso, es preciso, es preciso– Es preciso partir, es preciso dormir, es preciso despertar, es preciso levantarse. Palabras sabias, palabras piadosas que pretendemos detestar, pero que nos llevamos al corazón oprimiéndolas y sin las cuales ya no seríamos más. ¡Cómo adoramos este ruido semejante al de vagones que se engarza unos a otros sobre los rieles!

«Allá abajo, en el río, escucho el coro: son los muchachitos fanfarrones que cantan, que retornan en grandes embarcaciones después de varios días de vacaciones pasados sobre el puente de un barco de placer; todavía cantan como acostumbraban hacerlo a través del patio ea las noches de invierno o junto a las ventanas abiertas en verano, bebiendo, rompiendo los muebles, calándose gorritos listados y volviendo todos las cabezas simultáneamente cuando el coche desaparecía por la esquina de la calle. Y yo hubiera querido estar entre ellos.

«Estos cantos y las espirales de las ondas y el murmullo casi imperceptible de la brisa nos arrastran dulcemente. Pequeños trozos de nuestro ser se desmenuzan. ¡Mirad! Algo muy importante acaba de caer. Comienzo a perder el control de mí mismo. Me quedaré dormido. Pero es preciso partir; es preciso coger el tren: es preciso regresar a la estación. Es preciso, es preciso, es preciso... Ya no somos sino cuerpos que trotan unos junto a otros. Yo ya no existo sino en las plantas de mis pies y en los músculos fatigados de mis muslos.

Diríase que hemos caminado horas de horas. Pero ¿dónde? Ya no recuerdo. Me asemejo ahora a un leño que se desliza suavemente a

lo largo de una cascada. Yo no soy un juez. No estoy llamado a dar mi opinión. Las casas y los árboles se ven iguales bajo esta luz gris. ¿Es aquello el correo? Aquella silueta allá abajo: ¿es una mujer que camina? He aquí la estación y si el tren me partiera en dos, yo volvería a encontrarme sano y salvo al otro lado de los rieles, pues soy uno e indivisible. Pero, lo más curioso del asunto, es que continúo aferrando entre mis dedos la mitad de mi pasaje de regreso a Waterloo, incluso en este momento, incluso durmiendo.

El sol se había puesto por fin. El cielo y el mar se confundían. Las olas, al romperse, desplegaban sus grandes abanicos sobre la orilla, enviando blancas sombras a las profundidades sonoras de las cavernas y enseguida retrocedían suspirando sobre el ripio.

El árbol sacudió sus ramas y un desorden de hojas cayó a tierra. Allí se posaban con una precisión perfecta, en el lugar exacto donde aguardarían su descomposición. El vaso roto que había contenido la roja luz no vertía ya sobre el jardín sino rayos negros y grises. Espesas tinieblas ennegrecían los túneles entre los tallos. El tordo estaba silencioso y un movimiento de succión llevaba a gusano al interior de su estrecha madriguera. De vez en cuando, una brizna de paja blanquizca, arrancada a su nido abandonado, caía sobre la hierba sombría entre las manzanas que se podrían. La luz se había desvanecido en la caseta del jardinero, y la telaraña, vacía de moscas, colgaba de un clavo. Todos los colores se habían mezclado en la habitación. Las pinceladas precisas se tornaban pesadas y torpes; los armarios y las sillas mezclaban sus masas pardas en una vasta espesura negra. Desde el techo hasta el suelo, las tinieblas tapizaban el muro con sus inmensos, con sus temblorosos cortinajes. El espejo estaba pálido como la entrada de una caverna sombreada de plantas trepadoras.

Las sólidas colinas parecían haber sufrido una pérdida de substancia. Luces errantes arrastraban sus penachos sobre caminos invisibles y sumergidos, pero ningún resplandor se abría entre las alas replegadas de las colinas y no se escuchaba el menor ruido, salvo el grito de algún pájaro en busca del más solitario de los

árboles. Al borde del peñasco, el murmullo del viento que había pasado sobre la extensión de las selvas, se encontraba con el murmullo del agua refrescada en las innumerables y vidriosas profundidades del océano.

Cual si hubiera una marea de oscuridad en el espacio, las tinieblas avanzaban sus olas, cubriendo las casas las colinas, los árboles, como las olas del mar que lavan los flancos de un barco naufrago. Las tinieblas invadían las calles arremolinándose alrededor de los paseantes solitarios, sumergiéndolos enteramente, y se tragaban a los amantes enlazados bajo las sombras de los olmos en pleno esplendor de sus follajes de verano. Las tinieblas arrojaban sus olas a lo largo de las pistas perdidas en la hierba, sobre la epidermis rugosa del suelo, envolviendo al espino solitario y los cascos vacíos de los caracoles que yacían a sus pies. Remontándose más alto, soplaban sobre los flancos desnudos de las colinas y alcanzaban finalmente los pináculos gastados y rozados de las montañas donde se aloja eternamente la nieve sobre la roca dura, incluso cuando los valles están llenos de aguas vivas, de viñas amarillentas, y las muchachas, sentadas en los balcones, alzan los ojos hasta las nieves haciéndose sombra a sus rostros con un abanico. Las tinieblas cubrían también a las muchachas.

—Es el momento de hacer el cómputo—dijo Bernardo—, es el momento de explicaros el sentido de mi vida. Como no nos conocemos (aun cuando creo haberos encontrado una vez a bordo de un barco que iba al África), podemos hablarnos con sinceridad. Tengo la ilusión de que algo se adhiere a mí algo dotado de peso, de redondez, de profundidad, de plenitud. En este instante, este algo parece constituir mi vida Si fuera posible cogerla con la mano, os la tendería como un racimo de uvas. «Tomad», os diría, «esta es mi vida».

«Pero, desgraciadamente, lo que yo veo (este globo lleno de innumerables personajes) vos no lo veis. Vos sólo me veis a mí sentado a una mesa, frente a vos, es decir a un señor entrado en años, un poco grueso y con las sienes grises. Me veis coger y



desplegar mi servilleta. Me veis llenar un vaso de vino. Y veis, detrás de mí, la puerta que se abre y la gente que pasa. Pero, para haceros comprender, para explicaros mi vida, es preciso que os narre una historia. Dios sabe cuántas historias existen: historias concernientes a la infancia y al colegio, al amor, al matrimonio, a la muerte y así sucesivamente. Y ninguna de ellas es verdadera. Sin embargo, siendo niños, nos contamos mutuamente historias y para adornarlas, inventamos estas frases ridículas, flamígeras y hermosas. ¡Cuán cansado estoy de las historias, cuán cansado de las frases que se posan elegantemente sobre el suelo y se ponen a caminar con un pie seguro! ¡Y cómo desconfío ahora de los diseños cuidadosamente trazados sobre una hoja de libreta que pretenden ilustrar la vida! Comienzo a soñar con un lenguaje ingenuo como el que emplean los amantes, hecho de palabras cortadas, desarticuladas, semejantes al ruido de pasos que se arrastran sobre el pavimento. Comienzo a buscar un diseño que esté más de acuerdo con aquellos momentos de humillación y de triunfo que nos ocurren de tiempo en tiempo, irremediabilmente. Tendido en el fondo de un pozo, en un día de tempestad en que ha estado lloviendo, veo nubarrones enormes atravesar el cielo en bandadas, nubes en jirones, manojos de nubes. Lo que me deleita es su confusión, su altura, su indiferencia y su furia. Grandes nubes eternamente cambiantes, eternamente en movimiento: algo de sulfuroso y siniestro arrojado sobre el cielo al azar: algo amenazante, arrastrado, roto, perdido, y yo minúsculo, olvidado en el fondo de un pozo. En semejantes momentos, no veo la menor huella de historia ni de diseño.

«Pero entre tanto, mientras comemos, repasemos una a una estas escenas de nuestra vida como niños que vuelven las hojas de sus libros de imágenes mientras la institutriz les dice indicándoles con el dedo: «Esta es una vaca. Este es un barco». Volvamos las hojas y yo iré añadiendo, para vuestro entretenimiento, un comentario al margen.

«En el comienzo, había la nursery, con sus ventanas que daban a un jardín, y más allá del jardín, el mar. Yo veía brillar algo que sin

duda era una perilla de bronce de la cómoda. Después, Mrs. Constable alzaba el brazo en alto sujetando la esponja, la oprimía y, en el acto, flechas de sensación corrían a lo largo de mi espalda. Y es así como, después, durante todo el resto de nuestras vidas, somos traspasados por las flechas de las sensaciones cuando tropezamos con una silla, con una mesa o con una mujer o cuando nos paseamos en un jardín o vaciamos este vaso. A veces, cuando paso frente a la ventana iluminada de una cabaña en la que un niño acaba de nacer, siento impulsos de suplicar a aquellas gentes que no opriman la esponja sobre el cuerpo nuevo. Después, había el jardín y el dosel de las hojas de grosella que parecían contener al mundo entero, y las flores que ardían como brasas en las profundidades verdes: y un ratón devorado por los gusanos debajo de una hoja de ruibarbo; y la mosca que revoloteaba cerca del techo en el dormitorio de los niños y numerosos platillos de panecillos inocentes. Todas estas cosas ocurren en un segundo y duran para siempre. Los rostros humanos se alzan frente a nosotros como en un espejismo. Ellos aparecen a la vuelta de una esquina. «¡Hola!» se dice uno. «Ahí viene Jinny. Y he aquí a Neville. Y aquel es Luis vestido de franela gris y con una hebilla en forma de serpiente. Y aquélla es Rhoda». Ella tenía un estanque en el cual mecía pétalos de flores blancas. Y fue Susana la que lloró el día en que yo estaba en la caseta del jardinero con Neville y en que sentí fundirse mi indiferencia. «Por consiguiente», me dije, «yo soy yo mismo y no Neville». ¡Prodigioso descubrimiento! Susana lloraba y yo la seguí. Yo estaba trastornado ante el espectáculo de su pequeño pañuelo mojado y de sus hombros que se alzaban y descendían como la manguera de una bomba. Lloraba porque algo le había sido rehusado. «Esto es algo que no puede ser soportado», exclamé al sentarme junto a ella sobre las raíces duras como esqueletos. Entonces, me di cuenta por vez primera de la presencia de estos enemigos que cambian, pero que están siempre presentes: las fuerzas contra las cuales combatimos. Dejarse llevar pasivamente es contrario a la naturaleza misma de nuestro pensamiento. «Aquel es tu camino, mundo,» se dice uno, «el mío es éste». De modo que propuse a Susana que explorásemos los alrededores. Levantándonos de un salto, descendimos corriendo el flanco de la

colina y vimos al mozo de cuadra paseándose por el patio y haciendo mucho ruido con sus grandes botas. Más abajo, a través de las profundidades del follaje, los jardineros barrían la pelusa con grandes escobas. Una dama estaba sentada escribiendo. Transfigurado, inmovilizado, muerto, me dije: «Yo nada puedo hacer contra un solo movimiento de estas escobas. Ellas barren y barren. Tampoco puedo nada contra la inmovilidad de aquella mujer que escribe». Es extraño que uno no pueda impedirles a los jardineros que barran ni obligar a una mujer a cambiar de lugar. Y allí han permanecido estas gentes durante toda mi vida. Es como si estos enemigos, estas presencias. Después, una paloma voló entre las ramas. Y como yo estaba enamorado por vez primera, hice una frase —un poema a propósito de una paloma torcaz—, una sola frase, pues un hueco acababa de hacerse en mi espíritu, una de esas súbitas aberturas a través de las cuales uno lo ve todo. Enseguida, nuevos montones de panecillos con mantequilla, nuevas moscas revoloteando cerca del techo de la nursery, en el cual temblaban islas de luz ondulante y opalescente, mientras que los dedos puntiagudos de la araña de cristal dejaban gotear lagunas azuladas en el rincón de la chimenea. Día tras día, a la hora del té, nosotros observábamos estas cosas.

«Pero cada uno de nosotros era diferente de los demás. La cera, la cera virginal que reviste nuestra espina dorsal se ha fundido para cada cual de una manera diferente. Los suspiros del lacayo haciéndole el amor a la ayudanta de la cocina entre los groselleros; la ropa recién lavada suspendida de una cuerda y agitada por el viento; el hombre muerto en el riachuelo: la dura silueta del manzano a la luz de la luna: la rata cubierta de gusanos, la araña de cristal con su gotera azul: cada una de estas cosas ha rayado y manchado de manera diferente nuestra blanca cera original. Luis se sintió disgustado por la naturaleza de la carne humana; Rhoda, por nuestra crueldad; Susana se negaba a compartir nada: Neville quería el orden; Jinny el amor. Todos hemos sufrido terriblemente a medida que nos convertíamos en individuos diferenciados.

«Y, sin embargo, yo he evitado estos sentimientos excesivos y he sobrevivido a muchos de mis amigos; ahora estoy algo obeso, mis cabellos se han tornado grises y tengo el pecho roído de tanto inclinarme a la ventana del tercer piso, pues es desde allí y no desde el tejado desde donde me gusta abarcar el panorama de la vida. Es todo el espectáculo humano el que me interesa y no lo que una mujer le diga a un hombre, aun cuando este hombre sea yo mismo. ¿Cómo podrían haberme alcanzado, pues, los castigos infligidos en el colegio? ¿Cómo podrían mis camaradas haberme hecho la vida difícil? El Rector entraba pesadamente a la capilla, oscilando un poco, cual si hubiera escalado el puente de un navío de guerra durante una tempestad y lanzara sus órdenes a través de un megáfono, pues las gentes que detentan la autoridad adoptan siempre actitudes melodramáticas. Yo no lo detestaba como Neville ni tampoco le admiraba como Luis. Sentado junto a ellos en la capilla, me entretenía en tomar notas en mi libreta Había en el colegio pilares góticos, rincones de sombras, tumbas de la Edad Media, muchachitos que reñían y cambiaban estampillas detrás de sus libros de oraciones, el ruido de una cañería enmohecida, el Rector bramando no sé qué cosas acerca de la Inmortalidad y de nuestros debates de hombres, y Percival que se rascaba el muslo. Yo tomaba notas para componer más tarde historias, trazaba retratos en el margen de mi carnet y, en esta forma, me separaba todavía más de los otros. He aquí una o dos de las figuras que recuerdo.

«Percival permanecía con los ojos fijos en algún punto frente a sí mismo, aquel día en la capilla. Tenía también el hábito de llevarse de cuando en cuando la mano a la nuca. Cada uno de sus gestos era notable. Todos tratábamos de imitarle llevándonos la mano a la nuca, pero sin éxito. Él poseía ese género de belleza que se defiende a sí misma contra cualquier caricia. Como no era en absoluto precoz, leía sin hacer comentarios irónicos el texto destinado a edificarnos aquel día y pensaba, con aquella magnífica ecuanimidad que había de preservarle de tantas pequeñeces y humillaciones, que las trenzas color de lino de Lucy y sus mejillas rosadas eran el máximo de la belleza femenina. Su gusto debía

ser más tarde, sin embargo, uno de los más refinados. Pero haría falta aquí un poco de música, una balada llena de una alegría salvaje. Por esta ventana abierta debería penetrar una canción de caza como expresión de una vida rápida y libre que repercute entre las colinas y muere en la lejanía. Todo lo que es inesperado, inexplicable, todo lo que trastorna y destruye el orden y arroja el ridículo sobre la fría razón acude bruscamente a mi espíritu cada vez que pienso en él. Los resortes del pequeño aparato que sirve a mis observaciones no funcionan. Los pilares se desploman: el Rector es lanzado en medio del mar: una súbita exaltación me posee. Percival se cayó de su caballo en medio de una loca carrera, y aquella noche, cuando yo descendía por la Avenida Shaftesbury, todos aquellos rostros insignificantes e informes que dejan escapar las puertas del metropolitano y esos innumerables hindúes oscuros y las gentes que mueren de hambre y de enfermedades y las mujeres a las que la vida ha frustrado y los perros golpeados y los niños que lloran, todos aquellos seres me produjeron la impresión de haber sido despojados de algo. Porque Percival hubiera hecho justicia. Él les hubiera protegido. A la edad de cuarenta años, él habría logrado sacudir a las autoridades de su imperturbabilidad. Ninguna berceuse me ha parecido jamás digna de arrullar su descanso.

«Pero, dejadme sumergir nuevamente mi cuchara y sacar á la superficie otro de aquellos objetos minúsculos que denominamos con optimismo: «el carácter de nuestros enemigos»: Luis, él miraba fijamente al orador: tenía los labios apretados y todo su ser parecía concentrado en sus ojos inmóviles por los que pasaba un rápido destello de alegría. Sufría de sabañones, lo cual revelaba en él una circulación defectuosa. Desdichado, exilado, solía a veces, en un momento de expansión, describir la manera como rompían las olas sobre las playas de su tierra natal. Los ojos implacables de sus camaradas se fijaban en sus manos hinchadas en las articulaciones. Mas no por ello dejábamos de apreciar su espíritu proceso, agudo y severo y, tendidos bajo los olmos, simulábamos contemplar una partida de caza, mientras aguardábamos, con toda naturalidad, una de esas palabras de aprobación que él no acordaba sino en raros

intervalos. Pero el ascendiente que él ejercía era soportado con irritación, mientras que el de Percival producía adoración. Orgullosa y desconfiado, caminaba alzando los pies igual que una cigüeña y, sin embargo, circulaba a su respecto una leyenda que decía que una vez había derribado una puerta de un puñetazo. Pero él se asemejaba a la cima de una montaña demasiado desnuda, demasiado granítica para prestarse a ser circundada por una neblina. Era incapaz de esos sentimientos simples que ligan a los hombres entre ellos. Permanecía solitario y enigmático, y como estudiante era poseedor de una capacidad de trabajo formidable. Mis frases (la descripción de un rayo de luna, por ejemplo) no merecían su aprobación. Por otra parte, me envidiaba hasta la desesperación por mi capacidad para familiarizarme con los sirvientes. No es que el sentido de sus propios desiertos le haya fallado. Esto estaba en armonía con su respeto por la disciplina, lo que explica a la vez el triunfo y la desdicha de su vida. Pero ¡mirad! Al examinarle yo en la palma de mi mano, él muere—

Llega un momento en que el sentido de lo que son nuestros amigos se esfuma. Vuelvo a sumirle, pues, en las profundidades del estanque donde él volverá a adquirir vida.

«Analicemos ahora a Neville, tendido de espaldas y contemplando el cielo azul. El flotaba entre nosotros como el polen de una flor, paseándose indolentemente por los terrenos de juego llenos de sol, sin escuchar a nadie y sin aparecer remoto, sin embargo. Es él quien me ha permitido husmear el sabor del latín clásico sin haber mordido verdaderamente este estudio y es de él también de quien he heredado ciertos prejuicios que inclinan irremediablemente mi pensamiento en un sentido: la idea, por ejemplo, de que hay algo diabólico en un crucifijo. Nuestras vacilaciones sobre este punto, nuestros amores y nuestros odios a medias, le parecían a él abominables traiciones. El sonoro y vacilante Rector al cual yo representé un día balanceando distraídamente sus suspensores sobre la estufa a gas, era para él nada menos que un instrumento de la Inquisición. Por eso se volvía, con una pasión que compensaba su apatía habitual, hacia Catulo, Horacio y Lucrecio.

Tendido indolentemente, soñador pero atento, contemplaba extasiado a los jugadores de cricket. Su espíritu alerta, rápido y adherente como la lengua de un insecto, buscaba todos los contornos y recovecos de las frases latinas, sin dejar por ello de desear que una persona amada por sobre todas las cosas, fuese a sentarse a su lado.

«Y las largas faldas de las esposas de nuestros profesores avanzaban amenazantes cual enormes montañas, haciendo que nuestras manos se precipitaran al borde de nuestras gorras. Y un tedio enorme, una monotonía sin fin descendía sobre nosotros. Nada, nada, nada vendría a agitar con un golpe de alerta la inmensidad de plomo de las aguas. Nada que viniera a levantar el peso de nuestro intolerable hastío. Los trimestres pasaban; nosotros crecíamos: nos transformábamos, ya que, después de todo, no somos sino animales. No siempre estamos pensando: respiramos, comemos y dormimos con la exactitud de autómatas. No existimos solamente en tanto que individuos, sino como masas indiferenciadas. De una sola paletada, una bandada de muchachos es lanzada a los aires y se va a jugar fútbol, cricket. Un ejército atraviesa Europa. Reunidos en parques o en salas de conciertos, sistemáticamente nos oponemos a los renegados (como Neville, Luis, Rhoda) que trazan su existencia separadamente del conjunto. Y yo estoy hecho de tal suerte que, si bien escucho una o dos melodías solitarias, como la que cantan Neville o Luis, también me siento irresistiblemente atraído por las voces del coro que entona las viejas canciones casi absurdas, casi desprovistas de sentido, las canciones cuyo eco resuena por la noche en los patios, que repercute en este momento a nuestro alrededor en medio del ruido de los carruajes y autobuses llenos de gentes que se dirigen a los teatros. (Escuchad los autos pasar a toda velocidad delante de este restaurante y, de vez en cuando, allá en el río, una sirena gime cuando un navío se dirige hacia el mar). Si un mozo de cordel me ofrece un cigarrillo en un tren, yo acepto. Amo el aspecto fácil, abundante, tibio, superficial, un poco imbécil e incluso vulgar de las cosas: la charla de los hombres reunidos en clubes o bares: las palabras cambiadas en una mina por mineros semidesnudos: a los

individuos absolutamente desprovistos de pretensiones y sin otra finalidad en la vida que comer, hacer el amor, ganar dinero y pasarlo bien, es decir, sin grandes esperanzas, sin ideales, ni nada por el estilo, y cuya sola ambición es desenvolverse sin demasiadas dificultades. Yo amo esto. Y por ello iba a reunirme a esta clase de gente cuando Neville refunfuñaba o cuando Luis me volvía la espalda con una innegable dignidad.

«En esta forma, mi envoltura de cera se fundía, al azar, irregularmente, con grandes rayas goteando aquí y allá. A través de la tela transparente, comenzaba yo a percibir maravillosos paisajes de praderas vírgenes tan radiantes en un principio y llenas de una blancura de luna; campos de rosas, de azafranes, con serpientes y rocas; con cosas negras y manchadas; trampas y obstáculos. Uno salta del lecho, abre la ventana, ¡qué clamor el del canto de los pájaros! Vos conocéis ese súbito estremecimiento de alas, esa confusión de gritos y gorjeos; ese balbuceante rumor de las voces; y todas las gotas tiemblan y resplandecen cual si el jardín fuera un mosaico fundido que centellea y va a desvanecerse; pero esto no forma todavía un todo; y un pájaro solitario canta junto a la ventana Yo escuché su canto. Yo perseguí a aquellos fantasmas. Yo vi a las Juanas, a las Doroteas, a las Miriams (he olvidado sus nombres) recorriendo aquellas avenidas, deteniéndose en medio de los puentes para mirar el río. Y, de entre el conjunto, se destacan dos o tres figuras precisas, dos o tres pájaros que cantaban junto a la ventana con el egoísmo extasiado de la juventud, que rompían con sus picos la corteza de los caracoles sobre los guijarros y luego se sumergían ávidamente en aquella masa pegajosa y viscosa; pájaros ávidos, duros, sin remordimientos: Jinny, Susana, Rhoda. Ellas habían sido educadas en un internado en el oeste o en el centro de Inglaterra. Las tres tenían trenzas largas y habían adquirido ese aspecto de potros asustados que es la marca de la adolescencia.

Jinny fue la primera en acercarse prudentemente hasta la verja y en aceptar un pedazo de azúcar. Lo cogía hábilmente, cuando se lo tendían en la palma de la mano, pero echaba las orejas hacia atrás, mostrando así que era capaz de morder. Rhoda era salvaje,



imposible aprisionar a Rhoda. Era temerosa y tosca. Susana fue la primera en convertirse enteramente en mujer, en ser perfectamente femenina. Fue ella la que dejó correr sobre mi rostro aquellas lágrimas quemantes que son terribles, hermosas: ambas cosas o ninguna. Susana había nacido para ser adorada por los poetas, pues los poetas tienen necesidad de seguridad; tienen necesidad de una mujer que se incline sobre su costura, que ame y que odie apasionadamente, que no sea ni particularmente agradable ni particularmente rica, pero que posea algunas cualidades en acuerdo con esa simple y elevada belleza de gran estilo que los poetas tanto admiran. Su padre arrastraba de habitación en habitación sus zapatillas y recorría los corredores embaldosados, envuelto en una bata que se deslizaba por el suelo. En las noches tranquilas, se oía el ruido de una caída de agua a una milla de distancia. El viejo perro apenas podía treparse sobre la silla donde dormía. Y, en lo alto de la casa, se escuchaba la risa tonta de alguna sirvienta que hacía girar la rueda de la máquina de coser.

«Tales eran los detalles que yo observaba aun en medio de mi quebranto, y, mientras Susana lloraba retorciendo su pañuelo entre sus dedos nerviosos, yo me decía: «Es una vulgar sirvienta la que ríe arriba en la buhardilla». Esta pequeña escena dramática demuestra cuán incompletamente nos sumergimos en nuestras propias experiencias. Al borde de cada desesperación, un observador dentro de nosotros nos señala lo que pasa a nuestro alrededor y cuchichea como cuchicheaba dentro de mí aquella mañana de verano, en la casa, mientras las espigas de trigo ondulaban bajo la ventana. «El sauce crece a orillas del río. Los jardineros barren con sus grandes escobas y la dama está sentada a una mesa escribiendo.» En esta forma, ese otro Yo dentro de mí me desviaba de mis propias angustias dirigiéndome hacia lo que es simbólico y quizás permanente, si es que existe alguna permanencia en nuestras vidas tumultuosas, repartidas entre el espíritu y la carne, entre la preocupación de dormir, de respirar, de comer.

«El sauce crecía al borde del río. Yo estaba sentado sobre el blando césped en compañía de Neville, de Larpent, de Baker, de Romsey,

Hughes, Percival y Jinny. A través de las finas ramillas del sauce, en las que asomaban en la primavera pequeñas orejas verdes que se tornaban rojizas en otoño, yo veía barcos, casas, viejas mujeres que pasaban. Yo enterraba en el césped un fósforo tras otro, metódicamente para marcar esta o aquella etapa en el proceso del conocimiento (podía ser un progreso en la filosofía, en la ciencia, o bien en mí mismo), pero la franja de mi inteligencia flotaba, suelta, cogiendo aquellas sensaciones lejanas que, al cabo de un tiempo, el espíritu concluye por atraer hacia sí y sobre las cuales el pensamiento trabaja: el tintineo de las campanas, murmullos imprecisos, siluetas que se escurren, una muchacha montada en una bicicleta que, al pasar, parecía alzar el borde de una cortina que ocultaba el caos populoso y confuso de la vida que se extendía más allá de las figuras de mis amigos y del sauce.

«Solamente el árbol resistía nuestro eterno ir y venir. Pues yo cambiaba incesantemente: ya era Shelley, ya Hamlet, ya el héroe, cuyo nombre he olvidado, de una novela de Dostoiewski. Durante un trimestre, fui, por extraño que ello parezca, Napoleón; pero por sobre todo, era Byron. Durante varias semanas, desempeñaba el papel de entrar a las habitaciones arrojando displicentemente mis guantes y mi capa sobre el respaldo de las sillas y de mirar a mí alrededor con un aire sombrío. Sin cesar, acudía al estante de libros a beber un nuevo sorbo del divino cordial. Enseguida, dejaba caer mi tremenda batería de frases sobre alguien completamente inapropiado para ello: sobre alguna muchacha que después se casó o que está muerta. Cata libro, cada alféizar de ventana, estaba atestado con mis cartas jamás concluidas dirigidas a la mujer que había hecho de mí un Byron. Y es que resulta difícil concluir una carta escrita en un estilo ajeno. También solía llegar a su casa en estado de ebullición; cambiaba con ella pequeños regalos, pero no me casé con ella, pues sin duda no estaba aún lo suficientemente maduro para semejante intensidad.

«Aquí nuevamente debería intervenir la música. No la música de Percival, aquella salvaje canción de caza, sino una música gutural, orgánica, desgarradora y aguda como el canto de una alondra, en

reemplazo de estas frases blandas y tibias, demasiado deliberadas, demasiado razonables, que se esfuerzan por describir el impulso del primer amor. Un cortinaje escarlata cuelga sobre el día. La habitación, después de su partida, no es la misma de antes de su llegada. Afuera, los indiferentes prosiguen su camino: ellos no ven ni escuchan: se limitan a seguir adelante. Cuando uno se mueve en esta atmósfera radiante y brumosa a la vez, adquiere una extraña conciencia de los menores gestos de uno mismo; algo se adhiere a nosotros, algo se nos prende a las manos, incluso cuando desplegamos un periódico.

«Enseguida, el enamorado tiene la sensación de ser un supliciado al cual le son arrancadas las entrañas, para retorcerlas como se enrolla la tela de una araña alrededor de un espino. Después, una fulminación de indiferencia absoluta la luz que se extingue; luego, el retorno de la alegría inconmensurable, irresponsable: ciertos prados que parecen de un verde eterno y la inocencia de los paisajes que aparece como bajo la luz de la primera aurora: jamás olvidaré, por ejemplo, aquel rincón de verdor en Hampstead. Y todos los rostros parecen iluminados, cómplices de una tierna alegría: y luego sentimiento místico de la plenitud y del éxtasis; y luego aquella rigidez áspera como la piel de una foca, que son las flechas negras del dolor, cuando no hay cartas, cuando ella no viene. Las sospechas asoman entonces sus cabezas por entre sus caparazones, horror de los horrores... Pero, la qué alinear dolorosamente estas frases que se encadenan cuando la única sucesión posible es la de un aullido, de un rugido del corazón. Y al cabo de algunos años, uno percibe en un restaurante a una mujer madura que se quita su abrigo—

«Pero retornemos. Tratemos de creer que la vida es un objeto sólido, un globo que podemos hacer girar entre nuestros dedos. Tratemos de creer que se puede forjar una narración sencilla y lógica, de modo que cuando hemos concluido un capítulo —el amor, por ejemplo—, podemos pasar ordenadamente al capítulo siguiente. Yo hablaba de un sauce. Su lluvia de hojas semejantes a una caída de agua, su corteza rugosa y resquebrajada parecían exteriores a

nuestras ilusiones y aun cuando su aspecto era a veces modificado por nuestros sueños, aquel árbol conservaba una estabilidad, una calma, una certidumbre de que nuestras vidas carecen, De aquí que él sirva de eje a mis reflexiones y de aquí también que parezca pesar y medir la razón de nuestros cambios y evoluciones, Neville, por ejemplo, estaba sentado junto a mí sobre el césped. Y, siguiendo su mirada a través de las ramas, yo veía, con una suprema claridad, un lugar del río donde un joven comía bananas que sacaba de una bolsa de papel. La escena se destacaba tan nítidamente, iluminada por la intensidad de su mirada, que, por un momento, yo veía como él aquel rincón del río, las bananas y aquel joven, a través de las ramas del sauce. Enseguida, todo se desvaneció.

«Rhoda erraba vagamente a nuestro alrededor. Ella se aprovechaba de la presencia del primer profesor que se acercaba con sus ropajes magistrales flotando al viento, o de la de algún asno, que arrastraba el rodillo sobre el césped, para ocultarse detrás. ¿Qué terror oculto palpataba como una llama en el fondo de sus ojos grises, atemorizados y soñadores? Por malos y vengativos que hubiésemos sido, no lo éramos a tal extremo. Estoy cierto de que tenemos nuestros momentos de profunda bondad, sin los cuales me sería imposible hablar así, a corazón abierto, a un interlocutor que apenas conozco: sin los cuales hubiésemos cesado de existir. El sauce, tal como ella le veía, crecía al borde de un desierto gris, donde ningún pájaro cantaba. Las hojas se encogían bajo su mirada y temblaban de agonía cuando ella pasaba bajo los árboles. El rugido ronco de los tranvías y de los ómnibus retumbaba en la calle más allá de las rocas y la espuma de la ribera. Quizás sólo una columna iluminada de sol se alzaba en su desierto, al borde de un estanque donde las bestias salvajes descendían a beber furtivamente.

«Enseguida vino Jinny. Su llama saltaba por sobre la copa del árbol. Ella se asemejaba a una amapola febril, cuyos pétalos doblados están ávidos del polvo ardiente. Erguida aguda, ni en lo más mínimo impulsiva; llegaba dispuesta a todo. Así, las pequeñas llamas corren por sobre las grietas de la tierra reseca. Su presencia hacía danzar

las ramas del sauce, pero no al compás de una ilusión, pues para ella sólo el mundo visible existía. Había allí un árbol; había un río; era el atardecer; allí estábamos nosotros, yo vestido con un traje de sarga, ella con un traje verde. No había ni pasado ni futuro, nada fuera del momento presente contenido en un círculo luminoso y nuestros dos cuerpos y el inevitable apogeo, el éxtasis.

«Antes de sentarse, Luis extendía cuidadosamente un impermeable sobre el césped (no exagero), y en el acto, todos nos sentíamos impelidos a reparar en su presencia. Era realmente formidable. Y yo era lo suficientemente inteligente para admirar su integridad; yo sabía que sus dedos huesudos, envueltos en vendas a causa de sus sabañones, buscaban en el suelo el diamante de una indisoluble verdad. A sus pies, yo enterraba cajetillas de fósforos quemados. Su lengua cínica y cáustica censuraba mi indolencia. Él me fascinaba con su lúgubre imaginación. Sus héroes usaban sombreros hongos y discutían la venta de un piano por diez libras esterlinas. A través de sus paisajes, se percibía el silbido del tren, y las usinas esparcían en medio de ellos sus ásperas humaredas. Él vagaba por callejuelas y ciudades sórdidas donde mujeres ebrias yacían desnudas sobre el reborde de las ventanas a la mañana siguiente de nochebuena. Sus palabras, lanzadas desde lo alto de un trampolín, caían en medio del agua que rebotaba alrededor de ellas. Una sola frase le bastaba para describir el claro de luna. Enseguida se levantaba y se marchaba y todos nosotros nos levantábamos también y nos marchábamos. Pero yo me detenía a mirar el árbol. Y aquel otoño, mientras yo contemplaba sus ramas ardientes y rojizas, un sedimento se formaba en el fondo de mi ser; una gota caía: es decir, yo acababa de emerger de alguna de las experiencias completas de mi vida.

«Después me levanté y me marché de allí. Yo, Yo, Yo y no Byron, ni Shelley ni Dostoiewski, sino Yo: Bernardo. Dos o tres veces incluso repetí mi nombre. Enseguida entré a un negocio, balanceando mi bastón, y compré un retrato de Beethoven en un marco de plata. No es que yo amara la música, sino que la vida en su totalidad, con sus hombres de genio y sus aventureros, se me aparecía en aquellos

momentos bajo la forma de largas hileras de seres humanos alineados detrás de mí. Y yo era el heredero de todos ellos, la persona milagrosamente designada para continuar su obra. En este estado de espíritu, con los ojos velados no de orgullo sino más bien de humildad, seguí calle abajo balanceando mi bastón. El primer batir de alas, las canciones de caza, las exclamaciones habían cesado: ahora uno entra a su casa, a la clara mansión sin compromisos, habitada por los suyos, al lugar lleno de tradiciones, de objetos, donde las cosas inútiles se acumulan junto a los tesoros sobre las mesas. Fui a ver al sastre de la familia que recordaba a mi tía. Las gentes entraron entonces en mi vida por multitudes y sus rostros ya no aparecían claramente trazados como en tiempos de mi juventud los de Neville, Luis, Jinny, Susana y Rhoda, sino confusos, vagos, o bien se transformaban tan rápidamente que parecían no tener osamenta. Lleno a la vez de desdén y de vergüenza, de la más extraña mezcla de escepticismo y entusiasmo, acepté estos golpes que nos inflige la vida: esta confusión de sensaciones inquietantes y complejas y enteramente imprevistas que caen sobre mí por todas partes simultáneamente. ¡Pero, cuán humillante, cuán descorazonador es el no estar jamás seguro de cuál será nuestra próxima palabra y el tener que soportar esos silencios penosos, relucientes como las arenas del desierto en que el menor guijarro es visible a la distancia; y luego el haber dicho lo que no se debió haber dicho y saberse en posesión de un lingote de sinceridad incorruptible que uno hubiera trocado de buena gana por una lluvia de grandes monedas. Pero, ¿Cómo haberlo hecho allí, en aquella fiesta donde Jinny estaba sentada, absolutamente dueña de sí, en un sillón dorado?

«Después, con un gesto elocuente, una dama nos pide que la acompañemos y nos conduce a un rincón solitario donde nos hace el honor de admitirnos en sus confidencias. Los nombres de pila reemplazan a los apellidos; los sobrenombres reemplazan a los nombres de pila. ¿Y que hay del problema de la India y de la cuestión irlandesa y la de Marruecos? Los viejos señores que se yerguen con sus condecoraciones debajo de las arañas de luces, tienen siempre una solución para todos los problemas. Uno se

encuentra de pronto asombrosamente informado acerca de los asuntos del mundo. Afuera, ruge el ruido confuso de las fuerzas indiferenciadas; aquí, estamos en la intimidad; nuestras palabras son nítidas y precisas y tenemos la sensación de que es aquí, en esta pequeña habitación, donde determinamos nosotros qué día de la semana es: viernes o sábado. El alma blanda, reluciente y nacarada se envuelve en una concha sobre la cual las sensaciones van a picotear en vano. Ella se formó en mí más temprano que en la mayoría de los seres. Muy pronto aprendió a mondar apaciblemente mi pera cuando los demás invitados habían concluido su postre y a terminar mis frases en medio de un completo silencio. En aquella estación de la vida es cuando la perfección adquiere también su mayor atractivo. Uno cree que basta con vencer el sueño de la mañana y levantarse temprano para aprender el español; uno cubre las páginas de su carnet con invitaciones a comer a las ocho en punto y a almorzar a la una y media. Y uno encuentra sus camisas, sus corbatas y calcetines preparados sobre el lecho.

«Pero esta precisión extrema, esta regularidad militar constituyen un error, un convencionalismo, una mentira. Incluso cuando llegamos puntualmente, a la hora convenida, con nuestro chaleco blanco y nuestras cortesías, fluye, en el fondo de nuestro ser, una corriente de sueños continuamente interrumpida, de canciones infantiles, de gritos de la calle, de frases inconclusas, y de visiones —olmos, sauces, jardineros con escobas, mujeres escribiendo— que surgen y desaparecen hasta cuando conducimos nuestra vecina al comedor. Al tocar el cubierto tan meticulosamente ordenado sobre el mantel, evocamos miles de rostros. No hay allí nada que se pueda coger con una cuchara: nada que se pueda denominar un acontecimiento. Sin embargo, esta corriente profunda está llena de vida. Sumergido en ella, yo me detengo entre dos bocados, contemplo fijamente un vaso que no contiene quizás sino una sola flor roja y la luz de una repentina revelación se hace dentro de mí. O bien, caminando a lo largo del Strand, me digo: «He ahí la frase que buscaba», al ver surgir el fantasma de un pájaro fabuloso, de un pez o de una nube sublime, en la cual se condensa para siempre alguna de las verdades que me obseden. Después de lo cual prosigo mi

paseo contemplando con una alegría nueva las vitrinas en que se exhiben corbatas.

«Este cristal, este globo lleno de vida como le llamo yo, lejos de ser duro y frío al tacto, es una frágil burbuja de aire. Si lo oprimo levemente, estallará. Cualquiera que sea la sentencia que logro extraer completa de este torbellino, ella no es otra cosa que una sarta de seis pescaditos que se dejan coger, mientras que hay allí millones que se me escabullen de entre los dedos, llenando la marmita de burbujas de plata. Innumerables rostros apoyan su belleza contra las paredes de esta burbuja de aire: Neville, Susana, Luis, Jinny, Rhoda y mil más. Pero es imposible poner orden en esta multitud, destacar cada rostro separadamente, ni abrazar todo el conjunto, como en una música. ¡Qué sinfonía constituyen con sus disonancias y sus melodías llenas de acompañamientos complicados!— Cada cual toca su propia melodía, violín o flauta, trompeta, tambor o cualquiera que sea su instrumento. Con Neville es preciso discutir a Hamlet; con Luis, la Ciencia; con Jinny, el Amor. Enseguida, repentinamente, en un momento de exasperación, parto a Cumberland a pasar una semana en alguna rústica posada, en compañía de algún viejo amigo de alma sencilla, sintiendo la lluvia que se desliza por los vidrios de la ventana y donde cada noche nos sirven carnero en la comida. Pero aquella semana subsiste en mis recuerdos como una piedra sólida en medio del torbellino de las sensaciones olvidadas. Fue entonces cuando jugamos al dominó y cuando reñimos porque el carnero estaba duro. Enseguida salimos a pasearnos al páramo. Y una muchachita, asomando la cabeza por la puerta entreabierta, me entrego una carta escrita en papel azul, por la que me enteré de que la muchacha que había hecho de mi un Byron, iba a casarse con un noble provinciano. Su marido sería sin duda un hombre que usaría borceguíes, agitaría un látigo y hablaría interminablemente durante las comidas sobre el mejor método para engordar a los bueyes. Lanzando una risa despectiva, me puse a contemplar las nubes que se perseguían en el cielo y sentí mi propio fracaso, mi deseo de ser libre, de vivir encadenado, de escaparme, de concluir con todo, de continuar viviendo, de ser Luis, de ser yo mismo. Envolviéndome en mi impermeable, eché a andar



completamente solo. Ante la eterna majestad del paisaje, me sentí desapacible y muy lejos de la sublimidad. Y al regresar a casa, me quejé de la comida y arreglé mis maletas. Y así retorné nuevamente al torbellino, a la tortura.

«Y, sin embargo, la vida es agradable, es tolerable. El martes sucede al lunes; luego viene el miércoles. El espíritu crece y se multiplica; el sentimiento del Yo se fortifica; también el dolor es absorbido en este continuo crecimiento. Abriéndose y cerrándose, cerrándose y abriéndose, con un incesante murmullo, el apresuramiento y la fiebre de la juventud encuentran su empleo hasta que todo el ser parece maniobrar con la perfección de un mecanismo de reloj. ¡Con qué rapidez nos transporta la corriente de enero a diciembre! ¡Somos arrastrados por el torrente de las cosas y estas cosas se han tornado tan familiares que ya no percibimos su sombra! Nos limitamos a flotar sobre la superficie de la corriente—

«Pero, como es preciso dar un salto sobre el tiempo, aunque no sea sino para contaros esta historia, saltaré, pues, aquí, en este punto y descenderé sobre algún objeto perfectamente vulgar, digamos por caso este tizón y las pinzas que vuelvo a ver tal como los vi después del matrimonio de la joven que había hecho de mí un Byron y a la luz que arroja sobre dicha época, aquella que denominaré la Tercera Miss Jones. Ella ha sido para mí ese tipo de muchacha de la cual uno observa que se ha puesto un traje especial para la comida, que se ha adornado con una rosa determinada y que, mientras nos afeitamos, nos obliga a pensar: «¡Cuidado, cuidado, este asunto es grave!» Y enseguida nos preguntamos: «¿Le gustan a ella los niños?» Uno observa que ella sujeta un poco torpemente el paraguas, pero que ha demostrado compasión por el topo cogido en la trampa y, por último, uno se dice que, en fin de cuentas, ella no haría de los panes del desayuno algo demasiado prosaico (yo pensaba en los interminables desayunos de la vida conyugal mientras me afeitaba). No, no me habría sorprendido ver posarse una libélula sobre el hombro de aquella joven sentada frente a mí a la hora del desayuno. Además, ella me inspiraba el deseo de triunfar en la vida y me hacía inclinarme con curiosidad sobre el rostro hasta

entonces repulsivo de los recién nacidos. Y el tictac apasionado de mi corazón, pareció de pronto obedecer a un ritmo más solemne. Yo vagaba por OxfordStreet. Somos los continuadores, somos los herederos, me decía, pensando en mis hijos y en mis hijas, y aun cuando los sentimientos sublimes que experimentamos son tan absurdos que es preciso disimularlos detrás de un periódico vespertino o trepándonos a un autobús, dicho elemento de fervor no deja, por eso, de persistir hasta en la manera de atarnos el cordón del zapato, o de dirigirnos a los amigos de la infancia cuyas vidas han tomado rumbos diferentes a la nuestra: Luis, el filósofo en su buhardilla, Rhoda, la ninfa de la fuente siempre bañada en lágrimas. Ambos escogieron lo contrario de lo que para mí era entonces algo tan positivo (la vida familiar, el matrimonio) y esta diferencia me hacía amarles, compadecerles y mirarles al mismo tiempo con una profunda envidia.

«Yo tuve en otro tiempo un biógrafo: hace tiempo que murió; pero, si hubiera continuado trazando mis pasos con la misma atención halagadora, al llegar a este punto habría escrito: «Por esta época, Bernardo se casó y compró una casa. Sus amigos observaron en él una creciente tendencia a la domesticidad— El nacimiento de sus hijos hízole desear más que nunca aumentar sus rentas.» Tal es el estilo del biógrafo, tal es su manera de ligar pequeños trozos de realidad, de esta realidad de bordes crudos. Después de todo, uno no puede reprocharle su estilo a un biógrafo cuando uno mismo comienza sus cartas con las palabras: «Muy señor mío» y las concluye con la expresión de sus sentimientos más distinguidos. Uno no puede despreciar estas frases que atraviesan nuestras vidas tumultuosas con la rectitud de un camino romano, puesto que ellas nos obligan a marchar al paso, como gentes bien educadas cuya circulación es regulada por el gesto lento y medido de los policías del tránsito, aun cuando uno pueda estar entretanto susurrando por lo bajo alguna insensatez: «Ser o no ser, he ahí el dilema», o alguna otra cita del mismo orden. «El ha tenido una carrera relativamente brillante... Heredó algo de dinero de un tío». Así prosigue el biógrafo, y si uno se sujeta los pantalones con suspensores o un cinturón, es algo que el biógrafo debe decirlo, aun cuando a veces

se siente la tentación de hacer la cimarra como en el colegio y jugar al escondite con las frases. Pero es preciso proporcionar esta clase de detalles.

«Lo que quiero decir es que concluí por formar parte de una especie de hombres, que me abrí mi camino en la vida como quien traza un sendero sobre el césped a fuerza de pasar sin cesar sobre él. Mis zapatos se han gastado siempre un poco más al lado izquierdo. Cuando yo entraba a una habitación, se producía una redistribución de grupos. «¡Ahí está Bernardo!» ¡De cuántas maneras diferentes dicen las gentes esta frase! Hay tantas habitaciones como Bernandos. Ha habido sucesivamente el hombre encantador, pero débil el hombre enérgico, pero altanero: el espíritu brillante, pero cínico: el muchacho excelente, pero, no lo dudo, espantosamente aburrido; el hombre amable, pero frío: el señor despreocupado en su vestir, pero (pasemos a la habitación vecina) el dandy pretencioso y demasiado bien vestido. En cuanto a lo que yo era ante mis propios ojos, difería todavía de todo esto. Me siento inclinado por ello a incrustarme en mi sitio en la mesa del desayuno, junto a mi esposa, quien, por el hecho de haber llegado a ser enteramente mi esposa y no ya la muchacha que se adornaba con una rosa determinada, cuando aguardaba mi visita, me ha procurado el sentimiento de existir en plena inconsciencia como un gusano pegado a una hoja bien verde!. «Pásame la leche», le digo, «María vendrá hoy», me informa ella, y estas palabras tan sencillas para aquellos que han heredado los tesoros seculares de la historia, se cargan de sentido para nosotros que las repetimos día a día, en plena vida, a la hora del desayuno por la mañana, a la hora en que uno se siente denso, completo. Los músculos, los nervios, los intestinos, las venas, todo lo que constituye el engranaje de la máquina humana funciona maravillosamente con la misma perfección que la lengua. El mecanismo se contrae, se dilata, como el de un reloj; se abre, se cierra: uno come, bebe, por momentos habla. Tostadas y mantequilla, café y tocino, el Times y el correo de la mañana. De pronto, el llamado insistente del teléfono repercute y, levantándome, me acerco con un paso decidido al receptor. Aproximo mi oreja a la boca negra. Observo con qué despejo se apresta mi espíritu a

asimilar el mensaje. Quizás van a proponerme (a uno suelen pasarle por la cabeza semejantes fantasías) el gobierno del Imperio británico. Observo mi compostura: constato que los átomos dispersos de mi atención se reúnen, asimilan el mensaje con una magnífica vitalidad, se adaptan a un nuevo estado de cosas y han creado así, en el momento en que cuelgo el receptor, un mundo más rico, más poderoso, más complicado, en el cual soy llamado a desempeñar una misión que no dudo que soy capaz de cumplir. Enseguida, calándome el sombrero, penetro en un universo habitado por innumerables hombres que acaban también de calarse el sombrero y, al disputarnos los asientos en los trenes y subterráneos, cambiamos el guiño familiar de los rivales y camaradas decididos a llegar, mediante miles de rodeos y de trampas, a una misma finalidad: la de ganar nuestro pan.

«La vida es agradable. La vida es buena. El mero proceso de vivir es satisfactorio, Tomemos al hombre corriente dotado de buena salud. Le gusta comer y dormir. Le gusta respirar el aire fresco caminando rápidamente por el Strand. O bien en el campo, percibe a un gallo que canta sobre una reja o un potrillo galopando alrededor de un prado. Siempre hay alguna cosa que hacer, el minuto siguiente. El martes sucede al lunes; el miércoles sucede al martes. Cada día arroja sobre la playa la misma ola de bienestar, repite la misma curva de ritmo; avanza un poco más lejos sobre la playa o muere sobre la arena un poco más atrás. En esta forma un ser crece por capas sucesivas y se torna robusto. Lo que era indómito y furtivo como un puñado de granos lanzado al espacio y diseminado en todas direcciones por las racha de viento desordenadas y violentas de la vida, es ahora ordenada y metódicamente sembrado con una finalidad— al parecer.

«¡Dios mío, cuán agradable, cuán buena es la vida! ¡Cuán soportable me parecía la vida de los pequeños comerciantes al atravesar el tren los suburbios y al percibir las ventanas iluminadas de sus dormitorios! He admirado a esos obreros activos y enérgicos como una tribu de hormigas, que se dirigen a la ciudad con sus cajas de utensilios. ¡Qué fuerza, qué potencia y qué violencia muscular

despliegan estos hombres de pantalón blanco que se disputan una pelota de fútbol en un campo, bajo la nieve! Al sentirme irritado por una nadería —un plato mal preparado, por ejemplo— he encontrado cierto placer en perturbar, con una ligera ondulación, la enorme estabilidad de mi vida conyugal, cuya alegría se había acrecentado ante el próximo nacimiento de nuestro hijo. A la hora de comida estuve de mal humor; hice reproches injustos cual un millonario que, para distraerse, arroja por la ventana unos cuantos chelines o como un clown que tropieza intencionadamente contra una tarimilla. Al subir a acostarnos, nos reconciliamos en el descanso de la escalera, frente a la ventana abierta a un cielo claro como el interior de un zafiro. «A Dios gracias, me dije, no necesitamos transformar esta prosa en poesía. Este lenguaje simple nos basta.» Pues el espacio diáfano que se extendía delante de nosotros, absolutamente desprovisto de obstáculos, parecía permitir a nuestros pensamientos extenderse hasta el infinito, más allá del paisaje atormentado de las chimeneas y de los tejados, hasta el horizonte sin tacha.

«Y fue entonces cuando se produjo aquella brusca catástrofe: la muerte de Percival. «¿Qué es la felicidad?», me pregunte, (nuestro hijo acababa de nacer) «¿qué es el sufrimiento?», aludiendo a estas dos sensaciones que parecían dividir mi cuerpo al descender aquel día la escalera. Al mismo tiempo, observaba lo que ocurría en la casa: una cortina agitada por el viento, la cocinera que cantaba y una puerta entornada que dejaba entrever un armario. Y me dije hablando de mí mismo cual si se tratara de otro: «Acordemos un instante de tregua a este desdichado. Apenas entre a este salón va a ponerse a sufrir. No hay medio de escapar a ello». Pero las palabras no bastan para expresar el dolor. Serían precisos gritos, crujidos, hendeduras, reflejos blancos pasando sobre las cretonas que cubren los muebles, una nueva percepción del tiempo, del espacio; sería preciso también dar la impresión de una extrema fijeza en las cosas que pasan; de ruidos muy remotos y bruscamente muy cercanos; de cara acuchillada, en la que estalla la sangre: de una articulación repentinamente retorcida; y más allá de todas estas cosas, surgiría algo muy importante y muy remoto que no se puede captar sino en la soledad. Por eso salí a la calle. Y vi la

primera mañana que Percival no vería jamás: los gorriones semejaban juguetes colgando de una cuerda sostenida por un niño. ¡Cuán extraño es ver las cosas desde afuera, admirar su belleza con desprendimiento! Y luego, la sensación de haberse liberado de un fardo. Toda pretensión, todo lo que parece falso, toda la ilusión desaparece y, dotado a la vez de ligereza y transparencia, se tiene la extraña impresión de ser uno mismo invisible y de ver a través de las cosas. «¿Cuál será el próximo descubrimiento?». me pregunté, y para conservar el estado de espíritu propicio no quise comprar ningún periódico sino que me dirigí a un Museo. Madonnas y columnas, arcadas y naranjos pendían sobre los muros, apacibles como en el primer día de la creación, pero habituados al dolor, y yo los contemplaba. «Aquí», me dije, «estamos juntos y nada puede interponerse entre Percival y yo.» Esta libertad, esta inmunidad, me parecieron entonces una conquista y me sumieron en un estado de exaltación tal, que me ocurre todavía retorna a aquel Museo, aun después de tantos años, para volver a encontrar dicha exaltación, para volver a encontrar a Percival. Pero aquello no duró. El peor tormento es esta horrible actividad de la imaginación: el ojo del pensamiento ve a Percival caer, y la expresión de su rostro, y el sitio a donde le transportaron, y los hombres desnudos, con un lienzo alrededor de las caderas, maniobrando cordeles y vendas y el barro. Enseguida viene el golpe terrible del recuerdo contra el cual jamás podré defenderme, que jamás podré alejar: el de no haberle acompañado a Hampton Court. Las garras destrozan, aquel colmillo corroe: yo no fui con él a Hampton Court. A pesar de sus protestas impacientes de que aquello no tenía ninguna importancia, ¿por qué he interrumpido yo, por qué he echado a perder aquel momento de perfecta comunión? Y, sin embargo, repito con obstinación, no fui a Hampton Court, y expulsado en esta forma del santuario por demonios vengadores, corrí a refugiarme junto a Jinny porque ella tenía una habitación propia, una habitación con mesitas y bibelots dispuestos sobre ellas. Allí confesé llorando que no había ido a Hampton Court. Y Jinny, recordando otras faltas del mismo género cometidas por ella, ligeras a mis ojos, pero cuyo recuerdo la torturaba, me demostró cómo se marchita la vida cuando existen cosas que no podemos compartir. Muy pronto entró una doncella

con una carta, y al volverse Jinny para contestarla, al sentir yo mi propia curiosidad por saber qué escribía y a quién, fue como si hubiera visto caer las primeras hojas sobre la tumba de Percival. La vi a ella, y me vi a mí mismo, empujados más allá del momento presente que dejábamos a nuestras espaldas para siempre. Enseguida, sentados muy próximos en el diván, recordamos inevitablemente los lugares comunes mil veces empleados antes de nosotros. Comparamos a Percival con el lirio que se marchita tan pronto— a Percival, a quien yo hubiera querido ver vivir lo suficiente para que hubiera comenzado a perder sus cabellos, para sacudir a las gentes de su sopor, para envejecer conmigo. Pero su tumba estaba ya cubierta con los lirios de nuestras frases.

«Así concluyó aquel instante de sinceridad: lo que era real se tornó simbólico y este cambio me fue insoportable. «Es preferible la blasfemia de la risa irreverente y las críticas a sudar estos lirios gelatinosos y cubrirle con nuestras frases» exclamé. Por consiguiente, dejé de hablar de Percival, y Jinny, que respetaba la plenitud del instante presente y no se cuidaba del futuro ni de las especulaciones filosóficas, se enderezó como bajo un latigazo, se empolvó las mejillas (¡cómo amo a Jinny, por ese cuidado que tiene de sí misma!) y se despidió de mí en el umbral mientras retenía sus cabellos con sus manos para que el viento no los desordenara. Y yo le rendí homenaje por aquel gesto, pues él confirmaba nuestra determinación de no dejar crecer los lirios sobre las tumbas.

«Yo observaba con una lucidez desilusionada la despreciable nulidad de las calles, los pórticos, las persianas en las ventanas, los vestidos opacos de los transeúntes, la expresión, voluptuosa y ávida de las mujeres que contemplaban los escaparates, los viejos señores paseados en sillas con ruedas, las gentes atravesando prudentemente la calzada: la universal determinación de vivir de aquellos imbéciles sobre los cuales podía caer una teja o a los que un automóvil que se volcara podría arrollar, pues no existen ni ritmo ni razón de nada desde el momento en que un ebrio tiene derecho a circular por la ciudad con la mano puesta en el volante. Yo era como alguien que observara de entre bastidores: alguien que sabía cómo

se producen los efectos. Retorné, no obstante, a mi confortable casa, donde la sirvienta me advirtió que subiera las escaleras sin hacer ruido: el niño estaba dormido. Subí, pues, a mi habitación.

«¿No había espadas, armas, nada con qué poder derribar estas murallas, esta vida protegida, este engendrar hijos y vivir detrás de cortinas y despertar cada mañana más compro, metido, más amarrado, en medio de libros y cuadros? Era preferible consumir la propia vida como Luis en la búsqueda de la perfección; o fugarse al desierto como Rhoda; o escoger de entre la multitud de seres humanos, un ser al cual amar por sobre todos, como Neville; o parecerse a Susana y maldecir o bendecir al sol quemante o a la helada mordiente, o ser como Jinny, un animal honrado. Todos tienen sus momentos de éxtasis, su sentido secreto de la muerte, algo, en fin, que les sostiene. Así he visitado a mis amigos, cada uno a su turno, y he tratado de abrir con mis gruesos dedos sus cofres cerrados. Fui de uno a otro llevando mi dolor —no, no mi dolor sino la incomprensible naturaleza de esta nuestra vida— para que lo examinaran conmigo. Hay gentes que buscan un refugio junto a los sacerdotes; otros, en la poesía; en cuanto a mí, me refugio junto a mis amigos, junto a mi propio corazón; yo parto a la búsqueda de alguna cosa intacta en medio de los fragmentos y miembros de las frases, yo, a quien no basta la belleza de la luna y de los árboles; yo, para quien el contacto humano lo es todo y que, sin embargo, no logro establecerlo; yo, que soy tan imperfecto, tan débil, tan inexpresablemente solitario. Allí permanecía sentado en aquella soledad.

«¿Sería esto el final de la historia? ¿Un suspiro? ¿Un último estremecimiento de la ola? ¿Un hilo de agua que corre y va a morir al riachuelo? Dejadme tocar esta mesa colocada delante de mí — así— a fin de recobrar la realidad presente. Un aparador cargado de alcuzas: un cesto lleno de panecillos: una fuente de plátanos: he aquí objetos reconfortantes. Pero, si no existen historias, ¿dónde concluir, dónde comenzar? Quizás la vida no es susceptible al tratamiento que le damos cuando intentamos describirla. Al permanecer despiertos hasta muy avanzada la noche, nos parece



extraño no poder tener mayor control sobre las cosas. Las etiquetas no sirven entonces de nada. La ola muere perdida en una grieta árida. Sentados en la soledad, nos creemos agotados; nuestras aguas apenas logran circundar débilmente las espinas del cardo marino; ni siquiera alcanzamos a aquel guijarro colocado fuera del alcance de las ondas. Todo ha terminado: ya no somos más. Pero, esperad —mi espera duró toda la noche—, de nuevo un impulso atraviesa nuestro ser; nos levantamos, sacudimos una blanca melena; nos lanzamos al asalto de la orilla y nada puede ya detenernos. Esto significa que me lavé y me afeité, que tome mi desayuno solo, sin despertar a mi esposa, que me calé mi sombrero y que salí a la calle a ganarme mi pan. El martes sucede al lunes.

«No obstante, una duda persistía, un punto de interrogación. Me sorprendí, al abrir una puerta, de encontrar en la habitación a gentes ocupadas; vacilé al tomar una taza de té, sin saber si era preciso pedir azúcar o crema. Y la luz de las estrellas caía como cae ahora, sobre mi mano, después de haber viajado durante millones de años. Por un segundo, esta idea me hizo estremecerme, pero fue sólo un minuto, pues mi imaginación se fatiga demasiado pronto. Pero una duda persistía. En mi espíritu palpaba una sombra, semejante a las alas de las mariposas nocturnas que revolotean en una habitación por la noche, alrededor de las sillas y las mesas. Cuando fui, por ejemplo, a Lincolnshire aquel verano, para ver a Susana, y ella avanzó hacia mí a través del jardín con ese movimiento perezoso que recuerda el de una vela semihinchada, con su ligero vaivén de mujer preñada, yo me pregunté de nuevo: «La vida continúa, pero ¿por qué?» Nos sentamos en el jardín; las carretas de la hacienda pasaban frente a nosotros desbordantes de heno; se escuchaba el habitual rumor campesino de las cornejas y las palomas: redes y coberturas de muselina protegían los frutos; el jardinero cavaba la tierra. Las abejas revoloteaban sobre los rojos cálices de las flores y se incrustaban en los tornasoles, como en un candelabro de oro. El viento paseaba sobre el césped pequeñas briznas de madera muerta. El mundo, lleno de una brumosa conciencia de sí mismo obedecía vagamente a un ritmo, pero todo aquello me era odioso como una red que me hubiera envuelto las piernas en una malla

dejándome trabado. Aquella que había rehusado a Percival aceptaba este universo, se dejaba cubrir por él como en una tumba.

«Sentado en un banco mientras esperaba mi tren, pensé entonces con qué facilidad cedemos, nos sometemos a la estupidez de la naturaleza. Bosques cubiertos de espesas hojas verdes se extendían delante de mí. Y algún aroma, o algún ruido quizás, hizo vibrar mis nervios despertando una antigua imagen: la de los jardineros que barrían en Elvedon y la vieja dama sentada a una mesa escribiendo. Pero ahora agregué a estas intuiciones de la infancia, la contribución de la madurez: el aniquilamiento y la saciedad; el sentido de lo que es in, evitable en nuestro destino; la muerte, el conocimiento de nuestros límites y la experiencia de que la vida es más inflexible de lo que habíamos creído. En aquel entonces, siendo un niño, yo había adquirido conciencia de la presencia de un Enemigo y el instinto de la lucha despertó en las profundidades de mi ser. Dando un salto había exclamado: «Vamos a explorar los alrededores». Y el horror de la situación tocó a su fin.

«Pero, ¿a qué situación había que poner fin ahora? Todo era tedio y aniquilamiento. ¿Y qué quedaba por explorar? Las hojas y el bosque no ocultaban ya secreto alguno. Un pájaro que alzara el vuelo no me inspiraría ya ningún poema: me limitaría a repetir lo que había dicho antaño. Si yo pudiera medir las curvas de mi vida con un bastón graduado, este sería el nivel más bajo de todos: un montón inútil reposando en el barro al abrigo de las olas. Sólo esto era mientras permanecía sentado allí, con el sombrero echado sobre los ojos y la espalda apoyada en un seto, mientras las ovejas avanzaban tranquilamente, paso a paso, con sus patas tiesas y puntiagudas. Pero si uno apoya demasiado tiempo una hoja de acero contra una rueda de moler, algo estalla: el filo se orna de un festón de chispas. Así, yo me apoyo contra la masa banal de la vulgaridad y del error y una llama de odio y de desprecio brota en mí. Cogiendo mis pensamientos, mi ser, estos viejos utensilios desechados, casi fuera de uso, azoté con ellos la superficie aceitosa del agua muerta donde flotaban al azar trozos de madera y briznas de paja, todos esos detestables restos náufragos. Dando un salto, lancé mi grito de

guerra; ingresando al mundo de la lucha y del esfuerzo, volví a sumergirme en la guerra incesante, en la absorbente persecución de cada día, con sus victorias y derrotas, sus exterminaciones y sus botines. Los árboles diseminados aquí y allá se ordenaron; el verde espesor de las hojas se aclaró convirtiéndose en un resplandor danzante. Yo había logrado aprisionarlos en una repentina metáfora, una simple ordenación de palabras los arrancó al caos.

«El tren entró a la estación. Estirándose a lo largo de la plataforma, se detuvo. Cogí mi tren. Y en la misma tarde llegaba a Londres. ¡Cuán satisfactoria resulta esta atmósfera de buen sentido y de humo de tabaco: viejas mujeres suben penosamente a los vagones de tercera clase con sus canastos: se dan chupadas a las pipas: los amigos que descienden en las estaciones intermedias se separan con un «buenas noches» y «hasta mañana» y luego, las luces de Londres, no yo el éxtasis encefalizador de la juventud, no ya aquel estandarte violeta desgarrado en el combate, sino simplemente las luces de Londres: las duras luces eléctricas, las oficinas iluminadas en los pisos altos de los edificios, los postes que se suceden a lo largo del pavimento seco y llamas de antorchas que flamean por encima de los mercados, a cielo abierto. Yo amo todo esto, cuando por un instante he logrado rechazar al enemigo.

«Me gusta también ver pasar el tumultuoso cortejo de la existencia en el teatro, por ejemplo. El animal de los campos, el animal terrestre de rasgos informes, de color de arcilla, se alza allí y con infinito esfuerzo e ingenuidad lucha contra los prados y bosques revestidos de verdor y contra las ovejas que avanzan a paso lento, sin cesar de masticar. Naturalmente, las ventanas estaban iluminadas en las largas calles grises; alfombras desplegadas cubrían una parte del pavimento; había habitaciones ordenadas y elegantes y el calor de la lumbre, alimentos, vino y conversaciones. Hombres de manos marchitas, mujeres con las orejas adornadas de perlas barrocas entraban y salían. He visto rostros de viejos que el trabajo de la vida había surcado de arrugas profundas; y la belleza tan celosamente preservada, que ella parecía brotar con una frescura de fuente en la frente de mujeres de edad: y a la juventud

tan pronta para el placer que uno concluía por pensar que el placer debe existir. Sin duda por esto ondulan las praderas y palpitan las olas del mar y los bosques se estremecen al paso de los pájaros multicolores, solamente a causa de la juventud y de sus esperanzas. Allí uno encontraba a Jinny y a Hal, a Tom y Betty: allí hemos tenido nuestros momentos de alegría, hemos cambiado nuestras confidencias y jamás nos hemos separado en el umbral, sin ponernos de acuerdo para reunirnos en otro lugar, según lo estableciera la ocasión y la estación del año. La vida es agradable. La vida es buena. El martes sucede al lunes y a continuación viene el miércoles.

«Si, pero al cabo de un tiempo hay, sin embargo, una diferencia. Puede ser que una noche el aspecto de una habitación, o el arreglo de unos sillones, nos ayude a adquirir conciencia del cambio. Parece agradable dejarse caer sobre un sofá colocado en un rincón y mirar, escuchar. Pero, de pronto, dos personas que vuelven la espalda a la ventana, perfilan sus siluetas contra las ramas de un árbol. Uno exclama con una brusca emoción: «¡He ahí formas sin rostro, totalmente revestidas de belleza!» Y, en el intervalo de silencio en el cual se propagan las ondas de esta emoción, la muchacha con la cual uno debiera haber continuado charlando se dice para sí: «Se está poniendo viejo». Pero ella se equivoca. No es la vejez: es simplemente una nueva gota que ha caído, una nueva sacudida imprimida a las cosas por el Tiempo. Nos deslizamos fuera del arco de las hojas de grosella y desembocamos en un universo más vasto. El verdadero orden de las cosas —tal es nuestra perpetua ilusión— se nos revela. Durante un instante, en el rincón de un salón, nuestra vida se ajusta a la marcha majestuosa del día en los cielos.

«Por esta razón, en vez de calzarme penosamente mis zapatos relucientes y buscar una corbata pasable, fui a buscar a Neville. Fui en busca de mi viejo amigo que me había conocido cuando yo era Byron, cuando yo era un héroe de Meredith y también aquel otro héroe de una novela de Dostoievski cuyo nombre he olvidado. Encontré a Neville solo, leyendo. Sobre su mesa de trabajo todos

los objetos estaban dispuestos en un orden meticuloso: la cortina caía en pliegues rectos; un cortapapeles dividía las hojas de un libro francés y yo me dije que la actitud o los vestidos que tenían nuestros amigos cuando les encontramos por vez primera no se modifican jamás. Neville estaba sentado en aquel mismo sillón, vestido con aquel mismo traje desde nuestro primer encuentro. Todo allí respiraba una libertad y una intimidad apacibles: el reflejo del fuego hacía salir del cortinaje la forma redonda de una manzana. Sentados en aquella habitación, conversamos, recorrimos aquella avenida, la larga avenida sombreada por árboles de hojas espesas y murmurantes, por árboles cargados de frutos a cuya sombra nos hemos paseado tan a menudo que el suelo está desnudo alrededor de sus raíces, alrededor de nuestros poemas y dramas predilectos; sí, aquel suelo por el que hemos ido y venido al azar permanecerá desnudo para siempre. Apenas tengo un momento que perder, cojo un libro. Si despierto en la noche, voy al estante en busca de un libro. Un vasto acumulamiento de conocimientos olvidados crece sin cesar en mi cerebro y perpetuamente añadido a él algo nuevo. De vez en cuando, logro desprender algún trozo, una obra del Shakespeare, por ejemplo, o alguna vieja llamada Peck y me digo fumando un cigarrillo en mi lecho: Este es Shakespeare. Aquella es Peck—, con una certidumbre en el conocimiento y un sentido de posesión intelectual que me procuran alegrías infinitas, aunque incomunicables. Pero Neville y yo compartimos nuestras Pecks, nuestros Shakespeares; hemos comparado nuestras versiones diferentes de ambos y este intercambio de puntos de vista ha permitido a cada cual percibir bajo una luz mejor a su propio Shakespeare y a su propia Peck. Enseguida nos hundimos en uno de aquellos silencios interrumpidos de vez en cuando por algunas raras palabras cual si una aleta se alzara entre las vastas extensiones mudas para tornar a hundirse en las profundidades, dejando tras ella una pequeña oleada de satisfacción, de contentamiento.

«Sí, pero de pronto uno escucha el tic tac de un reloj y adquiere conciencia de un mundo diferente de aquel en el cual nos habíamos sumergido. Es algo doloroso. Fue Neville quien tuvo la culpa de que

el tiempo que vivíamos hubiera cambiado de ritmo. El, que había estado pensando en ese Tiempo infinito dentro del cual se mueve el pensamiento, en el cual solo el resplandor de un instante nos separa de Shakespeare, se puso a remover el fuego y comenzó a vivir en el tiempo de aquel otro reloj que marca la aproximación de una determinada persona. El noble y vasto espacio de su pensamiento se contrajo. Ahora estaba alerta. Yo le sentía atento a los ruidos de la calle y observé la manera como ordenó un cojín. Entre las miríadas de seres humanos y de toda la extensión del tiempo pasado, él había escogido a un ser, un instante en particular. Se escuchó un ruido en el vestíbulo. Sus palabras oscilaron en el espacio como una llama inquieta. Yo le observaba mientras él trataba de reconocer un paso de entre todos los pasos, aguardando el signo esperado, lanzando sobre la perilla de la puerta una mirada rápida de serpiente. (De allí proviene la asombrosa seguridad de sus percepciones; él se ha adiestrado siempre en la atención de un ser amado.) Una pasión tan concentrada rechaza al resto del mundo igual que el agua límpida y serena que filtra todas las materias extrañas. Yo me di cuenta de cuán vaga y nebulosa era mi propia naturaleza y de cuán cargada de sedimentos, de dudas, de giros de frases y anotaciones en carnets. Los pliegues del cortinaje se inmovilizaron, se tornaron esculturales; el cortapapel adquirió dureza, el diseño en la trama de la cortina se puso a brillar; todo se torno nítido, exterior; todo formó parte de una escena en la cual yo no desempeñaba ningún papel. Me levanté por consiguiente y abandoné a Neville.

«¡Cielos! ¡Cómo se incrustaron en mi carne en el momento en que salía de aquella habitación, las garras del antiguo dolor, el deseo de alguien que no estaba allí! ¿Quién? En el primer momento no lo supe, después me acordé de Percival. Hacía meses que no había pensado en él. ¡Cómo deseaba es aquel momento reír con él, reírme con él de Neville, caminar con él cogido del brazo, riéndonos! Pero él no estaba allí. La calle estaba vacía.

«¡Es extraño cómo los muertos se arrojan sobre nosotros en las esquinas de las calles, o en sueños!

«Aquella misma ráfaga de viento helado me llevó aquella noche a través de Londres en busca de otros amigos, de Rhoda y de Luis, en mi afán de certidumbre y de contacto humano. Mientras subía la escalera me pregunté cuál sería la naturaleza de sus relaciones. ¿Qué se decían cuando estaban solos? Me imaginaba a Rhoda un poco torpe con la tetera en la mano. Ella miraba vagamente por encima de los tejados, ella, la ninfa de la fuente, siempre bañada en lágrimas, obsedida por visiones, eternamente sumida en un sueño. Ella apartaba la cortina para mirar en la noche. «¡Ah, marcharse!» murmuraba, «el páramo es sombrío bajo la luna» Toqué el timbre y aguardé. Luis estaría quizás ocupado en verter leche para el gato en un platillo, Luis, cuyas manos huesudas eran semejantes a las compuertas de una esclusa cerrándose con un lento esfuerzo sobre el enorme tumulto de las aguas, Luis que sabía lo que había sido dicho por los egipcios, por los indios, por hombres de pómulos salientes y por solitarios revestidos de camisas de crin. Toqué el timbre y aguardé: pero no hubo respuesta. Descendí la escalera de piedra con un paso lento. ¡Cuán lejos de nosotros están nuestros amigos, cuán silenciosos, cuán raramente les vemos y cuán poco conocemos de sus vidas! Y yo también, soy para ellos misterioso y confuso como las raras apariciones de un fantasma. Ciertamente la vida es un sueño. Nuestra llama, el fuego fatuo que danza en algunos ojos es muy pronto apagado, muy pronto distinguido. Yo había recordado a mis amigos. Había pensado en Susana. Ella había comprado nuevas propiedades. Pepinos y tomates maduraban en sus invernaderos. La viña muerta bajo la helada del año anterior comenzaba a empujar dos o tres hojas. Ella caminaba con un paso fatigado y lento por sus prados en compañía de sus hijos y recorría sus dominios seguida por hombres en borcequies que mostraban con el extremo de su bastón un tejado, un seto, un muro que era preciso reparar. Los pichones la seguían balanceándose, en la espera del grano que ella dejaría caer entre sus dedos robustos, hechos de terrestre arcilla, «¡Pero ya no me levanto jamás a la aurora!» suspira. Pensé enseguida en Jinny que recibe sin duda a algún nuevo invitado: un hombre joven. La banal conversación alcanza su fin secreto. La habitación estaría a oscuras, los sillones colocados en el ángulo propicio. Pues ella

aguarda todavía el instante favorable. Sin ilusiones dura y clara como el cristal, ella vaga en pleno día, con el pecho desnudo, para que los rayos del sol lo atravesen. Cuando el bucle de cabellos blanqueó sobre su frente, lo entrelazó valientemente entre los demás bucles. El día que la entierren nada estará en desorden en su persona. Las cintas estarán cuidadosamente enrolladas. Pero la puerta se abre todavía. ¿Quién es? pregunta poniéndose de pie para recibir al visitante, preparada, como durante aquellas primeras noches le primavera cuando la sombra de un árbol en el umbral de las solemnes casas de Londres, llenas de ciudadanos apaciblemente dormidos, bastaba apenas para albergar sus amores: y el crujido de los tranvías se mezclaba a sus gemidos de voluptuosidad, y el murmullo de las hojas tenía que abanicar su languidez, la deliciosa lasitud a la cual se abandonaba refrescada por la dulzura de la naturaleza satisfecha. Sí, es verdad ¡cuán raramente vemos a nuestros amigos, cuán poco les conocemos! Y sin embargo, cuando converso con un desconocido y me esfuerzo por contarle lo que yo denomino «mi vida». como lo hago esta noche, en esta mesa, no solamente hacia mi propio pasado me vuelvo; yo no soy un solo ser sino varios: no sé exactamente quién soy: Jinny, Susana, Neville, Rhoda o Luis, ni cómo distinguir mi vida de la de ellos.

«En esto pensaba aquella noche de comienzos de otoño cuando nos reunimos una vez más para comer en Hampton Court. En el primer momento, nos sentimos muy inconfortables, pues cada uno de nosotros se encontraba ya comprometido en un orden de cosas que la llegada de otra persona que se acercaba por el camino vestida de tal o cual modo, parecía contradecir. Yo vi a Jinny mirar los dedos toscos de Susana y disimular en el acto sus manos: y yo mismo, al contemplar a Neville tan correcto, tan meticuloso, sentí la nebulosidad de mi propia vida envuelta en una bruma de palabras.

«Por su parte, Neville comenzó a jactarse de sus éxitos, pues tenía vergüenza de ellos y de su vida pasada en una sola habitación, consagrada a un solo ser amado. Luis y Rhoda los conspiradores, los espías sentados a nuestra mesa, se dijeron: «Después de todo,



Bernardo es capaz de obligar al mozo a buscarnos panes, y ese talento nos es negado a nosotros.» Durante un instante, vimos, extendido entre nosotros, el cadáver del ser humano completo que no habíamos logrado ser, pero al cual no podíamos olvidar. Tuvimos bajo los ojos, todo lo que nosotros no habíamos sido, todo lo que habíamos descuidado y, durante un instante, sentimos rencor unos de otros, por haber triunfado uno donde los otros habían fracasado, como niños que ven disminuir su hermosa torta entera hace un instante y que acaba de ser cortada en pedazos.

«Sin embargo, teníamos nuestra botella de vino y, bajo esa seducción, cesó nuestra enemistad y pusimos término a nuestras comparaciones. Hacia la mitad de la comida, habíamos sentido pesar sobre nosotros vastas tinieblas exteriores ti todo lo que nos era extraño, todo lo que nosotros no éramos. El viento, el crujido de las ruedas, se transformó en el tumulto del Tiempo y nos sentimos precipitados... ¿hacia qué? ¿Y qué éramos nosotros? Durante un instante, desaparecimos, extinguidos como partículas de fuego en un papel quemado. y las tinieblas hicieron su clamor de tempestad. Habíamos atravesado e<sup>TM</sup> tiempo y la historia. Para mí, semejante estado no dura sino un segundo. Mi propia pugnacidad puso fin a él. Golpeé la mesa con mi cuchara. Si yo pudiera medir las cosas con ayuda de un compás, lo haría, pero mi única medida la constituyen las palabras, de modo que elaboré una frase que he olvidado. Nuevamente, éramos seis personas sentadas alrededor de una mesa en Hampton Court. Nos levantamos todos juntos y descendimos por la avenida. En el crepúsculo transparente e irreal, la jovialidad volvió a apoderarse de mí por bocanadas, como el eco de voces y risas que se sienten resonar a lo lejos en un sendero. Vi resplandecer contra una verja, contra el tronco de un cedro, el rostro de Neville y de Jinny, de Rhoda, de Luis, de Susana y el mío propio, el de nuestra vida, de nuestra identidad. El rey Guillermo continuaba pareciéndome un monarca irreal y su corona mero oropel. Pero nosotros, nosotros seis apoyados contra aquel muro, contra las ramas de los árboles, elegidos de entre millones y millones de seres humanos, arrancados por un instante a la infinita abundancia del pasado y del porvenir, nosotros resplandecíamos allí triunfantes. El

momento presente bastaba: él lo contenía todo. Enseguida, como una ola que se quiebra, Neville, Jinny, Susana y yo nosseparamos, nos abandonamos uno a aquella hoja, otro a aquel pájaro, a un niño que pasaba jugando con un arco, a un perro que brincaba a nuestro alrededor, al calor que atesoran los bosques después de un día de verano, a los resplandores que se entrelazaban como cintas blancas sobre las aguas danzantes. Nos separamos, nos consumimos en las tinieblas de los árboles, dejando a Rhoda y Luis solos en la terraza, junto a una urna de piedra.

«Cuando emergimos a la superficie después de aquella inmersión tan dulce y profunda, con una especie de contrición nos reunimos a los dos conspiradores inmóviles en el lugar en que les habíamos dejado. Nosotros habíamos perdido lo que ellos habían preservado. Nosotros habíamos interrumpido algo. Pero estábamos fatigados, y ya hubiésemos obrado bien o mal, ya hubiésemos realizado o dejado algo sin hacer, el velo del crepúsculo caía sobre nuestros actos: las luces se extinguían en el momento en que nos detuvimos un instante sobre la terraza que domina el río. Los vaporcitos vaciaban en la orilla a sus turistas; a lo lejos, se oía un rumor de voces y canciones alegres, como si las gentes, agitando sus sombreros, hubieran formado un coro antes de separarse. El sonido del coro llegaba hasta nosotros desde la otra orilla y yo sentí agitarse dentro de mí el viejo deseo de toda mi vida, el deseo de entonar el mismo canto, de perderme en el clamor de las voces humanas, de dejarme llevar por la ola de la alegría insensata, del triunfo, de la pasión, del deseo. Pero no en aquel momento. No, yo no podía recobrarme; no podía situarme aparte, no podía impedir que cayeran al agua las cosas que hacia un instante habían excitado mi curiosidad, mis celos, mi vigilancia y miles de otros sentimientos más todavía. Yo no podía oponerme a aquella incesante dispersión a aquella huida silenciosa bajo los arcos del puente, alrededor de los bosquecillos de árboles y de las islas, hasta las embocaduras donde las aves marinas se posan sobre estacas y donde la onda más ruda se convierte en una ola del océano. Yo no podía arrancarme a aquella dispersión. Por eso nos separamos.

¿Era entonces una especie de muerte esta huida, esta confusa mezcla con Susana, Jinny y Neville y Rhoda y Luis? ¿Una nueva asamblea de elementos? ¿Un presagio de lo que había de venir? La frase había sido garrapateada, el libro había sido cerrado, pues yo soy un estudiante inconstante. Yo no recito jamás mis lecciones a la hora establecida. Más tarde, caminando por Flush Street, a la hora de la salida de las oficinas, me acordé de aquel instante y lo continué. «¿Debo acaso pasarme la vida golpeando el mantel con mi cuchara?» me dije. «¿No debo concluir por ceder como los demás?» Los ómnibus estaban atestados de gentes; se seguían en fila y se detenían con un ruido metálico, como el eslabón añadido a alguna cadena. Las gentes pasaban.

«Multitudes de hombres llevando cartapacios de abogados bajo el brazo, surgiendo y desapareciendo con una increíble rapidez, pasaban como un río después de la lluvia y rugiendo como un tren que se precipita en un túnel. Escogí el momento oportuno para cruzar, me sumergí en una callejuela oscura y entré a la peluquería que acostumbro frecuentar. Eché mi cabeza hacia atrás y me sentí envuelto en una toalla. Por todas partes me confrontaban espejos que reflejaban mi cuerpo maniatado, y las gentes que pasaban se detenían, miraban y proseguían su camino con indiferencia. El peluquero comenzó a pasear sus tijeras por entre mis cabellos. Yo me sentía impotente para detener las frías oscilaciones del acero. Es así como nos cortan en atados, me dije, así yacemos unos junto a otros sobre la hierba húmeda, ramas en flor y ramas muertas. No tenemos que exponernos más al viento y a la nieve sobre las cimas despojadas de los setos; no tenemos ya que mantenernos erguidos en medio de la tempestad que ruge sobre nosotros ni que llevar valerosamente nuestro fardo; no tenemos que mantenernos inmóviles y silenciosos bajo los pálidos soles de mediodía cuando los pájaros se refugian entre las ramas y la humedad blanquea las hojas. Hemos sido cortados; hemos caído. Nos hemos convertido en parte de ese universo insensible que duerme cuando dentro de nosotros la vida se estremece y se reanima como una brasa cuando yacemos dormidos. Hemos renunciado al sitio que nos pertenecía y yacemos sobre tierra,

aplastados, marchitos ,y bien pronto olvidados. En aquel momento, percibí una expresión en la mirada del peluquero, cual si algo se hubiera interesado en la calle.

«¿Qué era lo que interesaba al peluquero? ¿Qué era lo que veía en la calle? Estas son las preguntas que me hacen retornar siempre a la vida. (Pues yo no soy un místico; sin cesar algo me tironea por la manga: la curiosidad, la envidia, la admiración, el interés que siento por la vida de los peluqueros y cosas parecidas, me vuelven a la superficie). Mientras él cepillaba las pelusas de mi sobretodo, yo le miré atentamente para compenetrarme de su identidad y enseguida, balanceando mi bastón, me dirigí hacia el Strand y allí, buscando algo totalmente opuesto a mí, evoqué la imagen de Rhoda, siempre tan furtiva, siempre con el temor reflejado en sus ojos, siempre a la búsqueda de alguna columna perdida en el desierto, en pos de la cual había partido, se había matado. ,<sup>TM</sup>Aguarda, le dije cogiéndola del brazo en mi imaginación (pues es así como tratamos a nuestros amigos). Guarda a que hayan pasado estos ómnibus. No atraveses la calle tan imprudentemente. Estos hombres son tus hermanos.» Al tratar de convencerla, yo trataba de convencerme a mí mismo. Porque esta no es una sola vida y yo no siempre sé si soy hombre o mujer, Bernardo o Neville, Luis, Susana, Jinny o Rhoda: tan extraños son los contactos de unos con otros.

«Balanceando mi bastón, y sintiendo un cosquilleo en mi nuca recién afeitada, crucé la calle situada junto a San Pablo, donde los hombres ofrecen juguetes de a un céntimo importados de Alemania y expuestos en bandejas. San Pablo: la gallina clueca con sus alas extendidas, a cuyo alrededor se agitan las mareas de las multitudes humanas y el va y viene de los ómnibus a la hora de salida de las oficinas. Pensé en la manera como Luis subiría aquellas escaleras con su vestón impecable, su paso anguloso, su bastón en la mano, y su acento australiano («Mi padre, un banquero en Brisbane»). Sin duda él entraría aquí con mayor respeto por estas viejas ceremonias que yo que vengo oyendo estas mismas cantilenas desde hace mil años. Cada vez que entro a esta iglesia, me siento impresionado por la nariz gastada de las estatuas, los cobres pulidos, la salmodia de

los cantos, en los que se destaca la voz de un muchacho y gime alrededor de la cúpula como una paloma extraviada. El reposo y la paz de los muertos, de estos guerreros que descansan bajo sus antiguos estandartes me impresiona. Pero muy pronto percibo el ridículo del estilo florido y absurdo de alguna tumba barroca, con sus trompetas, sus victorias, sus blasones y la certidumbre, tan sonoramente repetida, de la resurrección, de la vida eterna. Enseguida, mis ojos escrutadores descubren en algún rincón a un muchachito sobrecogido de respeto, o algún viejo soldado que arrastra las piernas o las genuflexiones de las pobres empleadas de pechos planos, doblegadas por el peso de Dios sabe qué combates interiores, que vienen a refugiarse aquí, por un instante, a la salida de sus trabajos. Yo vago, miro y admiro y a veces, furtivamente, me esfuerzo por alzarme en alas de la oración que alguien reza hasta la cúpula y más allá, a dondequiera que vayan las oraciones. Pero luego, como la paloma extraviada y gimiente, pierdo altura y caigo, con las alas palpitantes, descendiendo para ir a posarme sobre alguna extraña gárgola, sobre la nariz estropeada de alguna estatua o sobre alguna absurda tumba. Con admiración, con ironía, comienzo nuevamente a observar a los turistas que pasan con sus Baedeker en la mano, en tanto que la voz del muchachito vibra en la cúpula y el órgano se abandona a momentos de triunfo que hacen pensar en el paso macizo de un elefante. Me pregunto cómo lograría Luis amalgamar todo esto. ¿Cómo lograría él limitarnos, unirnos, con ayuda de su fina pluma empapada en tinta roja? La voz se extinguió en el interior de la cúpula, en un gemido.

«Nuevamente me encuentro en la calle balanceando mi bastón, mirando el contenido de las bandejas de hilo de fierro de las vitrinas de los librerías y las canastillas de frutas exóticas, murmurando para mis adentros alguna canción infantil o el refrán de alguna poesía de Shakespeare; mezclando siempre la poesía con lo absurdo, floto siguiendo la corriente. Siempre queda algo que hacer. El martes sucede al lunes; el miércoles sucede al martes. Cada día prolonga a su alrededor los mismos círculos sobre el agua. El ser humano se alarga como el tronco de una encina. Como una encina, también, ve caer sus hojas.

«Una vez solamente, apoyado a una barrera en medio de un campo, sentí que el ritmo se interrumpía: las rimas infantiles y las canciones tarareadas al azar, el absurdo y la poesía. Un vacío se hizo en mi espíritu. Vi a través del espeso follaje del hábito. Apoyado contra aquella barrera, lamenté que la vida estuviera hecha de tantas menudencias, de tantas cosas inconclusas y de tantas separaciones, pues uno tiene siempre demasiado que hacer para disponer de un momento en que atravesar Londres en busca de los viejos amigos, o para embarcarse rumbo a la India, a fin de ver a un hombre desnudo pescando en el agua azul. Me dije entonces que mi vida había sido imperfecta, que era una frase inconclusa. Me ha sido imposible a mí, que acepto un cigarrillo del primer individuo encontrado en un tren, mantener una coherencia, ese sentido de las generaciones, de mujeres llevando ánforas rojas al Nilo, del ruiseñor que canta en medio de las guerras y de las migraciones de pueblos. Había sido una empresa demasiado grande, me dije, y ¿cómo podría yo continuar levantando perpetuamente el pie para subir la escalera? Hablaba conmigo mismo, como quien hablaría a un compañero con quien viaja al Polo Norte.

«Yo hablaba a ese compañero que ha atravesado conmigo tantas terribles aventuras: al amigo fiel que permanece sentado junto al fuego cuando todo el mundo ha ido a acostarse y remueve las cenizas con un tizón; a hombre que se ha construido tan misteriosamente, por etapas sucesivas, en un bosque de hayas, al pie de un sauce que se alza a orillas de un río o inclinado sobre un parapeto en Hampton Court al hombre que se ha erguido en los momentos críticos y golpeando la mesa con una cuchara, ha exclamado: «No consentiré».

«En el momento en que, inclinado sobre aquella barrera, contemplaba yo los campos que despleaban sus olas de color a mis pies, este ser no me respondió. No me contradijo. No ensayó oponerme una frase. No mostró el puño. Yo esperé escuché. Nada vino, nada. Exclamé entonces con una súbita convicción de absoluta soledad: «Ahora, ya sé que no existe nada. Ninguna aleta rompe la infinita extensión de este mar inconmensurable. La vida me ha

destruido. Ningún eco me responde cuando hablo ni transforma mis palabras. Esta muerte es peor que la muerte de los amigos, que la muerte de la juventud. Ya no soy sino un personaje espeso que ocupa un lugar en la peluquería».

«El decorado que se extendía ante mis ojos se marchitó. Era como durante un eclipse, cuando el sol desaparece y la tierra, cubierta de su más hermoso follaje de verano, parece, sin embargo, ella también marchita, quebradiza, irreal. Y vi sobre el camino sinuoso bailar en el polvo nuestros grupos de antaño, vi cómo nos encontramos, cómo comíamos juntos, como nos reuníamos en tal o cual habitación. Y me vi a mí mismo: vi mis infatigables afanes, mi ir y venir del uno al otro, llevando esto, informando de aquello, yo rechazado duramente, ya acogido con besos: siempre sostenido por algún extraordinario propósito, con la nariz pegada al suelo, como un perro que sigue una pista; alzando de vez en cuando la cabeza, irrumpía en un grito de estupor o de desesperación para lanzarme de nuevo a la caza. ¡Qué confusión, qué amontonamiento de menudencias: el nacimiento y la muerte; los placeres y las alegrías; los esfuerzos y las angustias; y mis correrías sin fin! Ahora, todo había concluido. Ya no sentía apetito de engullir cosas: no más dardos con los cuales envenenar a la gente; no más dientes agudos ni manos ávidas, ni mi deseo de coger las peras y las uvas y de gozar del sol que golpea sobre el muro del huerto.

«Los bosques se habían desvanecido: la tierra no era sino un desierto de sombras. Ningún ruido turbaba el silencio del paisaje invernal. Ningún canto de gallo; ningún humo alzándose de un tejado; ningún tren atravesando el espacio. Yo era un hombre sin alma, me dije, un cuerpo pesado apoyado contra una barrera. Un muerto. Con la imparcialidad de la desesperación, con una absoluta ausencia de ilusiones, miraba danzar el polvo: mi vida, la vida de mis amigos y aquellas presencias fabulosas, los hombres con las escobas, la dama escribiendo, el sauce a orillas del río —fantasmas y nubes hechos ellos también de polvo, de polvo que cambiaba de forma, como las nubes que aumentan o disminuyen, se revisten de rojo o de oro, pierden sus cimas y ruedan aquí y allá versátiles,

vanas. Y yo, con mi libreta de notas en la mano, siempre forjando frases, no había hecho otra cosa que registrar cambios: yo no había sido sino una sombra ocupada en consignar sombras. ¿Cómo puedo continuar ahora, me dije, sin un Yo, sin peso y sin visión, en un mundo sin ilusiones y sin peso? La inmensidad de mi desaliento hizo ceder la barrera en que me apoyaba, y el hombre envejecido que soy, el hombre de cabellos grises y cuerpo espeso, se sintió empujado a través de la vasta extensión de los campos vacíos y sin color. Ya no era cuestión de escuchar ecos, ni de ver fantasmas, ni de conjurar la presencia de un opositor, sino de caminar sin cesar, de caminar a pleno viento, sin dejar sombra ni huella sobre la tierra muerta. Si al menos hubiera habido algún rebaño pastando la hierba y avanzando lentamente, o un pájaro o un hombre cavando una fosa en el suelo, si hubiera habido zarzas que me hubieran hecho titubear o un foso lleno de húmedas hojas muertas en el cual yo hubiera podido caer: pero no, el sendero melancólico que se alargaba sobre la llanura no conducía sino a nuevos aspectos de invierno y de palidez, y por todas partes se extendía el mismo paisaje indiferente y triste.

¿Cómo se produce entonces el retorno de la luz a la tierra después de un eclipse del sol? Por milagro. Débilmente. En delgados rayos. La luz permanece suspendida por encima de la tierra como una jaula de cristal. Como un frágil anillo que el menor golpe puede trizar. Una chispa resplandece y es rápidamente reemplazada por una ráfaga de sombra. Enseguida se eleva un vapor cual si la tierra se pusiera a respirar por vez primera. Enseguida, parece que bajo esta lúgubre atmósfera alguien caminara teniendo en la mano una linterna verde. Después, surge un resplandor blanco. Una pulsación verde y azul atraviesa los bosques: los campos beben, poco a poco, rojo, oro, pardo. Bruscamente, un río se apodera de una luz azul. La tierra se impregna lentamente de color como una esponja absorbe el agua. Ella adquiere peso: se redondea: recupera su equilibrio y oscila bajo nuestros pies en el espacio.

«Fue así como el paisaje retornó a mí: fue así como vi extenderse los campos a mis pies en olas de color, pero esta vez, ya no era



como antaño: yo veía, pero no era visto. Ningún dosel me cubría, ningún heraldo anunciaba mi venida. El viejo manto del Yo se había desprendido de mis espaldas; mi mano hueca no se esforzaba ya por recibir los sonidos. Diáfano como un espectro, sin dejar ninguna huella de mi paso, reducido a no ser sino una mirada que contemplaba, ya caminaba solo en un mundo nuevo, en un mundo virgen de toda huella: rozando nuevas flores a mi paso e incapaz de hablar, excepto sirviéndome de monosílabos, igual que un niño, yo que he dado forma a tantas frases, no tenía ya el abrigo de las frases para protegerme: yo que siempre he buscado la sociedad de mis semejantes, carecía de compañeros: ya que siempre he tenido a alguien con quien compartir el hogar sin fuego o el puño dorado de la perilla de la cómoda, estaba solitario.

«Pero, ¿cómo describir un mundo en el cual el Yo estar ausente? No existen palabras para ello. El azul, el rojo, también estos nombres de colores distraen la atención, también ellos espesan la atmósfera en vez de dejar pasar la luz. ¿Cómo, describir o decir nuevamente algo en palabras articulada? Lo más que puede decirse es que la visión palidece, que ella experimenta una transformación gradual y que se torna, incluso después de un paseo tan breve, familiar también. La ceguera retorna a medida que uno avanza, y que las hojas se repiten. La belleza retorna a medida que uno mira, arrastrando tras sí su escolta de frases fantasmas. Uno respira con una respiración substancial: abajo, en el valle, el tren cruza los campos con su cabellera de vapor.

«Pero, durante un instante, yo había permanecido sobre la hierba por encima del nivel del mar y el rumor de los bosques: había visto la casa, el jardín y las olas que se rompían en la orilla. La vieja nodriza que vuelve las páginas del libro de imágenes se había detenido y me había dicho: «Mira. Esta es la verdad».

«En esto pensaba yo esta noche al descender por la Avenida Skafesbury. Pensaba en aquella página del libro de imágenes. Y cuando os encontré en el vestuario, me dije: Poco importa a quien hable. Todo este asunto del ser y del no ser, ha concluido. Ignoro

quién es este señor y no me importa saberlo. Vamos a comer juntos». De modo que, después de haber colgado mi sobretodo, os palmoteé ligeramente el hombro y os dije: «Sentaos a mi mesa».

«Ahora, la comida ha terminado, estamos rodeados de cáscaras de frutas y de migas de pan. He tratado de coger este racimo de mi vida y ofrecéroslo, pero si hay substancia o verdad en ella, no lo sé, Tampoco sé exactamente dónde estamos. ¿Cuál es la ciudad sobre la cual se extiende aquella banda de cielo? ¿Estamos en Londres, en París o en alguna ciudad del Mediodía de Europa con sus casas rosadas que yacen bajo cipreses, al pie de altas montañas donde rugen las águilas? En este momento, no estoy seguro de nada.

«Comienzo nuevamente a olvidar; comienzo a dudar de la existencia de las mesas, de la realidad de este instante y de este lugar. Golpeo con mis nudillos los ángulos de los objetos que parecen sólidos y les pregunto: «¿Sois duros?» He visto tantas cosas, he pronunciado tantas palabras. En el proceso de esta rutina de comer y de beber y de gastar mis ojos sobre la superficie de las cosas, he perdido esa cáscara delgada y dura que, en la juventud, le encierra a uno toda entera el alma y que explica el salvajismo de los jóvenes y sus picotadas incesantes y feroces. Y ahora me pregunto: «¿Quién soy yo?» He estado hablando de Bernardo, de Neville, de Jinny, de Susana, de Rhoda y de Luis. ¿Soy yo todos ellos, Soy uno solo y diferente de todos? No lo sé. Estamos sentados aquí juntos. Pero ahora Percival está muerto y Rhoda está muerta; estamos dispersados, estamos ausentes. Y, sin embargo, me parece que nada nos separa. Ningún obstáculo se alza entre nosotros. Al hablaros, tenía la impresión de que vos eráis yo mismo. Estas diferencias a las que concedemos tanta importancia, esta identidad que acariciamos tan febrilmente, habían sido vencidas. Sí, desde aquella época en que Mrs. Constable oprimía sobre mi cabeza su esponja empapada de agua cubriéndome así de una envoltura de carne tibia, he sido receptivo, sensitivo. Aquí en mi frente está el golpe que recibí cuando Percival se cayó del caballo. Aquí, en mi nuca está el beso que Jinny le dio a Luis. Mis ojos se llenan con las lágrimas de Susana. Y a lo lejos, vibrando como una hebra de oro,

percibo la columna que Rhoda entreveía y siento a mí alrededor la ráfaga del viento de su fuga cuando se lanzó al abismo.

«Así, cuando me esfuerzo aquí, en esta mesa, por dar forma entre mis manos a la historia de mi vida para depositarla delante de vuestros ojos como una cosa completa, me veo obligado a recordar cosas perdidas en la lejanía, en las profundidades, sumergidas en estas innumerables existencias, con, vertidas en parte de ellas: sueños, cosas que formaban parte del decorado y aquellos comensales, aquellos viejos fantasmas semi—inertes que me acosan día y noche, que se retuercen en su sueño, que lanzan gritos confusos, que me aferran con sus dedos de espectros cuando trato de escaparme: sombras de gentes que uno hubiera podido ser; identidades que no nacieron jamás. Y está también la vieja bestia bruta, el salvaje, el hombre de las cavernas que se hunde a manos llenas en tu festín de entrañas, que engulle y vomita, que habla con una voz gutural, visceral: él está siempre presente. Se instala en mí. Esta noche se ha dado un festín de perdices, de ensaladas y de mollejas de ternera. En este instante, sostiene entre sus garras un vaso de exquisito coñac añejo. Cuando bebo, sus estremecimientos de placer se deslizan a lo largo de mi espina dorsal. Es verdad que se lava las manos antes de comer, pero ellas son todavía velludas: es verdad que abotona su chaleco y sus pantalones, pero estas vestimentas cubren siempre los mismos órganos. El gruñe si no le sirvo su comida a tiempo. Hace muecas y refunfuña sin cesar, señalando con gestos de idiota los objetos que inflaman su gula. Os aseguro que a veces tengo gran dificultad en controlarle. Este hombre, el mono velludo, ha desempeñado su papel en mi vida. El ha hecho resplandecer de verdor las cosas verdes, ha blandido delante de mí su antorcha de llamas rojas que dejaban tras sí una espesa huella de humo, y, al resplandor de su antorcha, el verde de cada hoja de árbol relucía más verde que nunca y hasta el jardín helado se iluminaba. El ha blandido su antorcha en lóbregas callejuelas donde el rostro de las muchachas parecía brillar de pronto con reflejos rosados y lleno de una intoxicante belleza. ¡Oh, él ha empuñado su antorcha bien en alto y me ha hecho danzar salvajes danzas!—

«Pero todo ha concluido. Esta noche mi cuerpo se eleva poco a poco como los muros de un templo lleno de frescura, con el pavimento cubierto de espesos tapices, en el cual suben los murmullos y los altares están envueltos de incienso. Pero aquí, muy alto, hasta mi cráneo sereno, sólo llegan bocanadas de perfumes y melodías, oleadas de incienso, y la paloma extraviada gime y los estandartes se estremecen sobre las sepulturas, y por las ventanas abiertas se ve palpar la cima de los árboles en la atmósfera negra de la noche. Vistas desde tan alto ¡cuán hermosas parecen incluso las migas de pan!— ¡Qué admirables espirales forman las cáscaras de las peras, delicadamente manchadas como el huevo de un pájaro de mar! Igualmente los tenedores colocados uno al lado de otro aparecen llenos de lógica, de exactitud, de lucidez, y los cuernos de los panecillos que hemos dejado intactos son barnizados, duros y dorados. Me siento lleno de adoración hasta por mis manos, con su abanico de huesos entrelazado de misteriosas venas azules, por su sorprendente adaptabilidad, por su flexibilidad, por su habilidad de replegarse dulcemente de destrozar súbitamente alguna cosa en su puño y por su infinita sensibilidad.

«Mi ser me parece esta noche capaz de comprenderlo todo, de abrazarlo todo, tembloroso de plenitud, y no obstante límpido, dueño de sí ahora que el deseo no le precipita más de un lado a otro, ahora que la curiosidad no lo tiñe más con sus mil colores. El es profundo, exento de toda marea, inmune, ahora que el hombre al cual yo llamaba «Bernardo» está muerto, este hombre que tenía en su bolsillo una libreta en la que anotaba definiciones para la luna y croquis de rostros y descripciones de cómo las gentes miraban, se volvían, o dejaban caer las colillas de sus cigarrillos. Bajo la letra P, polvo de mariposas y bajo la letra M, perífrasis para definir la muerte. Pero yo quisiera ver abrirse aquella puerta, la puerta de vidrio que gira sin cesar sobre sus goznes. Yo quisiera ver entrar por ella a una mujer, o a un joven vestido de etiqueta, y con un pequeño bigote; yo quisiera que ellos se sentaran cerca de mí. ¿Hay algo que ellos podrían enseñarme? ¡No! Todo lo que ellos saben yo lo sé también. Y si esta mujer se levanta de pronto y se va, «Querida mía», le digo, «ya no siento deseo de seguirla...» El ruido de la ola

al quebrarse, que he sentido resonar toda mi vida, que me tenía despierto hasta que veía relucir el ojal de oro de la cómoda, ya no hace vibrar lo que tengo en la mano.

«Por eso ahora, levando sobre mis espaldas el misterio de las cosas, yo podría marcharme como un espía sin dejar este lugar, sin moverme de esta silla. Puedo visitar los confines remotos de los desiertos donde los salvajes se agrupan alrededor de su fuego de campo. El día se alza; la muchacha alza hasta su frente las joyas transparentes y encendidas del mar; el sol alarga sus rayos sobre la casa dormida; grietas cada vez más profundas separan las olas que se rompen en la orilla, enseguida, su espuma retorna atrás empujada por el viento; extendiendo sus aguas, ellas rodean la barca y el cardo de mar. Los pájaros cantan en coro; verdes profundidades se cruzan entre los tallos de las flores; la casa se esclarece; el durmiente estira los brazos; poco a poco, todo despierta. La luz inunda la habitación y hace retroceder las sombras hasta el rincón donde cuelgan en pliegues inescrutables. ¿Qué hay detrás de estas tinieblas? ¿Algo? ¿Nada? No lo sé.

«¡Oh, pero percibo vuestro rostro! Cojo vuestra mirada. Yo que me sentía tan vasto como un templo, una iglesia, un universo entero, yo que me sentía sin confines, y capaz de estar en todas partes a la vez sobre el borde de las cosas, no soy ya sino lo que veis: un viejo un poco obeso, con las sienes grises, que apoya un codo sobre la mesa (veo mi imagen reflejada en el espejo) y sostiene en la mano izquierda un vaso de coñac viejo. Tal es el efecto del golpe que me habéis infligido. Acabo de estrellarme contra un foco y todavía me tambaleo. Me llevo las manos a la cabeza: he perdido mi sombrero y he dejado caer mi bastón. Me he cubierto de ridículo y los transeúntes se ríen justificadamente de mí.

¡Dios, cuán repugnante es la vida! ¡Qué malas pasadas nos juega: después de un momento de libertad, esto!— He, nos aquí nuevamente en medio de las migas de pan y de las servilletas manchadas. La grasa comienza a congelarse en el filo de este cuchillo. El desorden, la sordidez y la corrupción nos rodean. Hemos

estado llevándonos a la boca cadáveres de pájaros. Y pensar que con estas migas de pan impregnadas de grasa, baboseadas sobre las servilletas, y con estos pequeño cadáveres, construimos. Y esto recomienza sin cesar, es, tamos siempre en presencia del enemigo; nuestros ojos se encuentran con otros ojos; otros dedos se apoderan de los nuestros; sin cesar se exige de nosotros un nuevo esfuerzo. Es preciso llamar al mozo. Es preciso pagar la cuenta. Es preciso levantarnos de esta mesa. Es preciso ir a buscar nuestros sobretodos. Es preciso partir. Es preciso, es preciso, es preciso— ¡qué palabras tan detestables! Una vez más, yo que me creía inmune, yo que me había dicho: «Ahora estoy libre de todo esto», me siento arrollado por la ola que dispersa todo lo que poseo y me obliga a recuperar, a reunir nuevamente mis fuerzas, a alzarme para confrontar al enemigo.

«Es extraño que nosotros, que somos capaces de sufrir tanto, podamos infligir a las gentes tantos sufrimientos. Es extraño que el rostro de alguien a quien conozco levemente (apenas si recuerdo haberos encontrado una vez en la pasarela de un paquebote, durante un viaje al África), que un mero esbozo de ojos, de mejillas y de una nariz tenga el poder de infligirme este insulto. Vos miráis, coméis, sonreís, tenéis el aire contento, preocupado o parecéis aburridos: esto es todo lo que sé. Y, sin embargo, esta sombra que ha estado sentada frente a mí durante una o dos horas, esta máscara a través de la cual me espían dos ojos, tiene el poder de hacerme retroceder, de clavarme entretodos aquellos otros rostros, de encerrarme en una habitación ahogada y de precipitarme como una polilla de candelabro en candelabro.

«Pero aguardad. Mientras preparan la cuenta detrás del biombo, aguardad todavía un instante. Ahora que os he injuriado por el puñetazo que me hizo tambalearme entre las cascadas de frutas y las migas de pan y los restos de carne voy a expresaros en algunas palabras muy simples, cómo también, bajo la presión de vuestra mirada, he comenzado a percibir esto y aquello y lo de más allá. El reloj hace tictac, aquella mujer estornuda, el mozo se acerca: e produce en mí un sentimiento gradual de aceleración, de unificación,

de reunión con el universo. Escuchad: resuena un silbato, se percibe el ruido sordo de las ruedas, una puerta rechina sobre sus goznes. Gracias a vos, he reconquistado el sentido del esfuerzo, de la realidad y de la complejidad de las cosas. Y, con un poco de piedad, con un poco de envidia y mucho de buena voluntad os tiendo las manos y os digo: Buenas noches.

«¡Loado sea el cielo que nos ha dado la soledad!– Estoy solo ahora. Este señor casi desconocido se ha marchado a tomar algún tren, algún taxi para ir a no sé qué lugar a ver a no sé quién. El rostro que vigilaba el mío se ha ido. Ya no siento la presión de su mirada. Tazas de café vacías quedan sobre la mesa. Las sillas están removidas, pero nadie se sienta en ellas. Nadie más vendrá esta noche a instalarse a comer frente a estas mesas vacías.

«Dejadme entonar ahora mi cántico de gloria. ¡Loado sea el cielo por la soledad!– Quiero estar solo. Quiero arrojar lejos de mí este velo del ser, esta nube que cambia al menor soplo, noche y día, y cada noche y cada día. Mientras he estado sentado a esta mesa he cambiado. He espiado los cambios del cielo. He visto a las nubes cubrir las estrellas luego liberar a las estrellas y velarlas de nuevo. Ahora, ya no contemplo más sus cambios. Nadie me ve y ya no cambio más. ¡Loado sea el cielo por la soledad que me ha librado de la presión de las miradas, de la solicitud de los cuerpos, de la necesidad de las palabras y de las mentiras!

«Mi libro, hinchado de frases, ha caído al suelo. Yace debajo de la mesa pronto para ser barrido por la criada en el servicio que vendrá mañana temprano y se aproximará con un paso fatigado a recoger trozos de papel, viejos billetes de tranvía, y aquí y allá, una nota inconclusa escrita en una hoja con la que se ha hecho una pelotilla que se ha tirado lejos. ¿Cómo describir el claro de luna? ¿Y cómo describir el amor? ¿Con qué nombres podemos designar a la muerte? No lo sé. Necesito un lenguaje ingenuo como el que emplean los amantes, palabras de una sola sílaba como las que emplean los niños cuando entran a la habitación y encuentran a su madre ocupada en coser, y recogen un trozo de lana brillante, una

pluma o un pedazo de cretona. Necesito un alarido, un grito. Cuando, tendido en el fondo de un pozo, contemplo la tempestad que me ignora, barriendo el cielo por encima de los pantanos, no tengo necesidad de palabras. Nada de preciso. Nada que pose sobre el suelo un pie seguro. Nada de aquellas resonancias y hermosos ecos que repercuten de nervio en nervio en nuestros pechos, música insensata y frases que mienten. No quiero saber más de frases.

«Cuánto mejor es el silencio; esta taza de café, esta mesa. Cuánto mejor es estar sentado en esta habitación vacía, semejante al solitario pájaro de mar que extiende sus alas sobre las olas. Quisiera permanecer para siempre aquí, en medio de estas cosas simples: esta taza de café, este tenedor, cosas en sí, y ser, en fin, yo mismo. No vengáis a perturbarme: no tratéis de hacerme comprender que se hace tarde y que es hora de cerrar el local. Os daría gustoso cuanto poseo a fin de que me dejaseis en paz, a fin de que me dejaseis permanecer perpetuamente sentado en este lugar, silencioso y solitario.

«Pero ahora el maître d<sup>TM</sup>hôtel, que ha concluido su propia comida, se acerca frunciendo el ceño: saca su chalina del bolsillo y se prepara ostentosamente a marcharse. Es preciso que ellos partan, es preciso que cierren los postigos: es preciso que plieguen los manteles y que pasen un estropajo húmedo por debajo de las mesas.

«¡Que el diablo os lleve!— No obstante lo fatigado, lo cansado que estoy de todo, debo levantarme penosamente y buscar el sobretodo que me pertenece: debo meter mis brazos en las mangas: debo protegerme del aire de la noche y debo salir. Yo, Yo, Yo, cansado como estoy, extenuado como estos y casi consumido a fuerza de frotar mi nariz contra la superficie de las cosas; incluso Yo, un viejo que se torna obeso y detesta caminar, me veo obligado a ir a coger el último tren.

«De nuevo veo frente a mí la calle familiar. El cielo está negro como el dorso pulido de una ballena.



Pero en el cielo algo se enciende: ¿es el resplandor de una lámpara o de la aurora? Y algo se agita: son gorriones que pían sobre un plátano. Por todas partes se esparce el presentimiento del nacimiento del día. Yo no llamaré a esto la aurora. A un viejo que está parado en medio de la calle y que alza la cabeza para mirar al cielo con una ligera sensación de vértigo, ¿qué le importa la aurora que nace sobre la ciudad? La aurora no es sino una especie de aclaramiento del cielo: una especie de renovación. Un día más: otro viernes, otro veinte de marzo, de enero o septiembre. Una vez más, el mundo despierta. Las estrellas retroceden y se extinguen. Grietas cada vez más profundas separan a las olas. Un velo de neblina se espesa sobre los campos. Una rojez sube a las mejillas de las rosas, incluso de la rosa pálida que se inclina sobre la ventana del dormitorio. Un pájaro gorjea. Los aldeanos matinales encienden sus velas. Sí, ésta es la eterna renovación, el incesante subir y caer, y caer para volver a subir.

«Y en mí también la marea sube. La ola se hincha: arquea el dorso. Una vez más, siento nacer en mí un nuevo deseo: algo se alza debajo de mí como el fiero caballo al que su jinete aprieta las espuelas y retiene enseguida. ¡Oh, tú, mi montura, ¿cuál es el enemigo que percibimos avanzando hacia nosotros, en este momento en que golpeas con tu herradura el pavimento de las calles? Es la Muerte. La Muerte es nuestro enemigo. Y al encuentro de la Muerte cabalgo blandiendo la espada, con mis cabellos flotando al viento como los de un joven, como flotaban al viento los cabellos de Percival cuando galopaba en la India. hincando las espuelas contra los flancos de mi caballo, invencido, indomado, me precipito a tu encuentro, ¡oh Muerte!—

Y las olas se quebraron sobre la orilla.